

DIARIO



de vida

CUARENTAÑERA



Los propósitos de Sara



D.J.57



LYNA PIÑÓN



Diario de una cuarentañera. Los propósitos de Sara

Primera edición, año 2019

© de la obra: Luna Piñón

Instagram: @el_mundo_de_las_palabras_

Facebook: Luna Piñón

Wattpad: @nagopi

Edita: Rubric

www.rubric.es

C/ María Díaz de Haro, 13 1ª

48920 Portugalete

944 06 37 46

ISBN: 978-84-120924-5-5

Diseño de cubierta: Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diario de una cuarentañera

LOS PROPÓSITOS DE SARA



LUNA PIÑÓN

A todas las personas cuarentañeras...
... de edad o de espíritu

«La edad es un tema de la mente sobre la materia.
Si no te importa, no importa».

MARK TWAIN

«Los cuarenta son la edad madura de la juventud;
los cincuenta son la juventud de la edad madura».

VÍCTOR HUGO

«Los cuarenta primeros años de vida nos dan el texto;
los treinta restantes, el comentario».

ARTHUR SCHOPENHAUER

Prólogo

AHORA O NUNCA

¿Cuándo te das cuenta de si realmente es tu vida lo que quieres o necesitas un cambio?

¿Qué te parece si te cuento la historia de la mía?

Un divorcio complicado, relaciones que no se consolidan, dos hijos maravillosos que abarcan todas mis horas, un trabajo estresante en una multinacional y una familia caótica sin la cual no puedo vivir.

La necesidad de pararme un minuto y encontrar el rumbo correcto.

Recuerdos de infancia y adolescencia, momentos increíbles y experiencias desgarradoras, relaciones imposibles, nuevas ilusiones...

La vida misma en un puñado de palabras.

Conoce mi historia.



Martes, 13 de febrero

A treinta días de cumplir cuarenta y un años y a uno solo de San Valentín. Estado: divorciada y sin compromiso. Dolores musculares por todas las partes del cuerpo que no sabía ni que existían, un trabajo estresante, dos maravillosos hijos que absorben veinticinco horas de mi día y una familia caótica sin la que no puedo vivir.

Total: ¡necesito días de cuarenta y cinco horas para poder empezar a organizarme!

Problema: creo que no es posible, por lo que es necesario que algo en mi vida comience a cambiar. ¿El qué? Lo malo es que aún no lo sé. Pero es AHORA O NUNCA.

Llevo semanas pensando en que necesito un cambio. Mi vida pasa sin que me dé tiempo a pararme a pensar qué es lo que necesito o lo que realmente quiero. Son tantas las cosas que abarcan mis horas del día que, cuando me voy a acostar, me doy cuenta de que no me he parado ni un segundo a analizar cómo llevarlo a cabo.

Mi vida, estos últimos años, ha sido un no parar de emociones. Realmente es como una montaña rusa. Me explico: cuando te subes a una de estas atracciones sabes que vas a experimentar una sensación alucinante. Te sientes nerviosa, exultante. Sabes que vas a sentir sensaciones contrarias, desde un miedo atroz a una alegría extrema en cuestión de segundos; y eso es divertido. Es más que divertido: es excitante. Pero lo mejor de todo es que sabes que tiene una corta

duración y en cuestión de minutos volverás a la tranquilidad, a tu zona de confort. Y eso te relaja.

Sin embargo, últimamente me estoy dando cuenta de que mi vida es tal cual. Es como una de esas atracciones, pero de la cual no me puedo bajar. Llevo montada en ese vagón varios años y cada vez que quiero encontrar esa tranquilidad del final del turno me doy cuenta de que no llega nunca. Y ha llegado la hora de que el vagón pare. De que me pueda bajar unos segundos y disfrutar de la adrenalina vivida. De saborearla. Lo necesito.

Siempre decimos el tópico de que la vida es muy corta y hay que disfrutarla al máximo. Y yo lo creo. Pero también pienso que muchas veces nos dejamos llevar por el día a día, por la rutina que nos envuelve sin darnos cuenta. Porque ese ajetreo diario en el que vivimos no nos deja, la mayor parte de los días, ni un solo instante para pensar si la forma en que la estamos disfrutando es la correcta o la que realmente nos hace felices.

Y considero que es necesario. Os preguntaréis: ¿no estás contenta con la vida que llevas? Y mi respuesta sería un rotundo SÍ, simplemente porque tengo los dos hijos más maravillosos del mundo que me colman de felicidad. Pero sé que puedo hacer más.

Soy madre soltera y trabajo horas a destajo en una multinacional. Mis padres se hacen mayores y mi hermana acaba de pasar por el terrible trago de enfrentarse a un cáncer. Sé que muchos de vosotros os sentiréis identificados conmigo.

La vida es una caja de sorpresas y no sabes cuál es la que te espera mañana.

Durante estos últimos ocho meses de tratamiento con mi hermana María nuestro lema era: *Just breathe* (solo respira). Sin embargo, ahora me doy cuenta de que es un error. De que no es bueno vivir sólo el momento. Es cierto que situaciones límites te llevan a pensar así, pero, cuando paras un segundo, te das cuenta de que viviendo solamente el día a día dejas de crear sueños, de luchar por conseguir ilusiones que son las que hacen que la vida tenga sentido.

No puedes vivir pensando que no va a haber un mañana. Al revés. Hay que vivir el momento, pero teniendo siempre en mente aquellos sueños y metas que hacen que todo gire.

Creo que lo más bonito de esta vida es conseguir encontrar la dirección correcta. Encontrar el motivo por el que estamos aquí y descubrir cuál va a ser nuestro legado.

Si hace unos años me hubierais preguntado si creía en el destino os habría respondido que era una absurdez simplemente pensarlo. Sin embargo, después de lo vivido, de todas las experiencias pasadas, tanto buenas como malas, ahora sí estoy convencida de que todo pasa por algo.

Por eso no puedo dejar pasar más tiempo. Es el momento de parar y encontrar el motivo, la razón, mi rumbo. Hoy es martes de carnaval. ¿Qué mejor día para empezar?



Miércoles, 14 de febrero

Día de los Enamorados (para algunos, claro).

Aún me acuerdo de cómo hace años esperaba este día. Porque puedo afirmar que, en la actualidad, la diferencia entre San Valentín y cualquier otro día de mi calendario es: NINGUNA.

Hace exactamente catorce años, en un día como el de hoy, fue cuando mi exmarido se me declaró. Después de una enorme discusión (cosa normal en nuestra relación) en la cual decidimos dejarlo y estando yo destrozada en pleno drama pensando que había perdido al amor de mi vida, de repente todo dio un giro de 180 grados cuando, horas más tarde, Javier (así se llama el susodicho) apareció en mi piso, aquel que me había comprado con toda la ilusión del mundo con mi primer empleo y, rodilla en suelo sobre un pañuelo con sus iniciales grabadas, sacó un anillo y me pidió matrimonio.

Llevábamos solamente cinco meses de relación. Fue un *shock* para las dos familias, las cuales no se lo esperaban ni de broma. Pero en ese momento nos encontrábamos en el *boom* inicial de la relación y yo locamente enamorada (o eso creía, ya que nunca había sentido una dependencia tan grande por alguien). Tenía trabajo estable, un piso en propiedad, veintisiete años..., ¿por qué no?

Y creo que ese fue el último San Valentín que celebré. Ahora, si lo pienso detenidamente, me doy cuenta de lo especial que ha sido para mí este día desde la adolescencia. A pesar de que para algunas personas sea simplemente una invención de las grandes superficies comerciales para hacer negocio, a mí siempre me hizo ilusión hacer algún regalo o demostración de amor especial cada catorce de febrero. Y por qué no, también recibirla.

Me acuerdo de cuando a mi novio del instituto por este día, con quince años,

le compré un peluche enorme con un gran lazo rojo atado al cuello, el cual tuve que cargar por toda la ciudad en brazos para poder dárselo mientras no me sacaba de la cabeza la cara que pondría su madre al verlo. O cuando, años más tarde, le hice un árbol con chupachups de color rojo. Me encantaba hacer regalos originales y ver sus reacciones al recibirlos. También me doy cuenta ahora de que es probable que no haya estado con muchas personas que se involucrasen como yo en la celebración de este día o de cualquier otro día que para mí fuese señalado: cumpleaños, aniversarios, navidades... Y creo que ese es uno de los muchos problemas que han acabado con mis relaciones.

Creo que nunca he estado con una persona que realmente haya compartido mis gustos e ilusiones. Siempre he intentado contentarlos y amoldarme a ellos. Creo que siempre me ha gustado más dar que recibir, o bien me he conformado con lo primero únicamente y eso pensaba que me hacía feliz.

Uno de mis fallos ha sido priorizar la atracción física por encima del resto y creo que nunca he estado con el perfil de chico que realmente me conviene y completa.

Y es así como llegamos al día de hoy: sin flechas ni cupido a la vista. Aunque es cierto que hoy pienso que no es muy importante en el esquema general de mi vida futura. De hecho, no me da miedo un futuro sola, ni el tener pareja es una de las prioridades en mi lista de deseos. Solamente cuando me engancho a alguna serie romántica de Netflix como *Historias de Chesapeake* o *Las chicas Gilmore* es cuando me entra la nostalgia y vuelvo a pensar si algún día celebraré un San Valentín donde algún caballero andante se currará el conseguir que vuelva a esperar con ilusión un día como el de hoy.



Jueves, 15 de febrero

7:15 a. m. Suena la alarma. ¡Bienvenida a la rutina diaria! Por desgracia, se acabaron las vacaciones de carnaval.

Empiezo por prepararme un descafeinado mientras enciendo el portátil y veo cómo se va actualizando la bandeja de entrada de Outlook y entran los nuevos mensajes sin cesar.

Ochenta y ocho mensajes sin leer es el número que me da los buenos días hoy. No está mal, podría ser peor...

Me quedan veinte minutos para desayunar, ducharme y arreglarme mientras voy abriendo alguno de los *e-mails*, antes de levantar a mis dos maravillosos hijos y que empiece la hecatombe precolegio matutina.

—¡Mamá! ¿Dónde está mi jersey del cole?

—¡Mamá! ¿Y mi ropa de gimnasia?

—¡Mamá! ¿Dónde hay calcetines?

—¡Mamá! ¡No encuentro el cargador del iPad! ¿Sabes dónde está?

Dos hijos y el doble de preguntas sobre asuntos que supuestamente me dijeron al darme las buenas noches que estaban controlados.

Tiempo que me queda para resolverlas: treinta segundos, ya que necesito unos cinco minutos para darles los buenos días a los dos perros que completan la unidad familiar de mi hogar.

Os podéis imaginar que mi casa en estos momentos es un caos encantador: muchas fotos de los cinco miembros felices repartidas por todas las estancias, bolsas preparadas para los entrenamientos de los niños en varios puntos de la casa, varios calendarios con notas y recordatorios pegados en distintas paredes... Tiene la suciedad justa para poder vivir de forma decente y que vengan mis

padres a casa sin mascarilla, pero también es cierto que necesito encontrar un hueco esta semana para hacer una puesta a punto y no dejar criar a los ácaros de forma descontrolada.

8:25 a. m. Si no salen ya de casa los niños llegarán tarde a clase. Lo tengo todo controlado para que lleguen a menos diez en punto. Salir dos minutos más tarde de casa puede suponer un retraso de diez minutos más. En los tres años que llevamos viviendo en este lugar he conseguido realizar la estadística de horas de salida y minutos de retraso.

Y hoy no podemos permitirnos retrasos, ya que a las 10:00 a. m. tengo una reunión con mi jefe para preparar el posible cierre de un trato con uno de los clientes más importantes de mi cartera.

8:49 a. m. ¡Bingo! Conseguido: estacionada en la puerta del colegio. Llegamos a tiempo. Como todas las mañanas los niños se despiden dándome un beso en la mejilla y yo les grito que los quiero mientras se marchan corriendo a la puerta principal del colegio.

Miguel, el mayor de mis niños, vuelve corriendo justo antes de que arranque el motor, ya que se dejaba el iPad en el asiento. Ya estoy acostumbrada. Doce años, ¡qué os voy a contar! Está en plena preadolescencia, lo que implica que tiene la cabeza en cualquier parte que no sea en la que se espera. El baloncesto, el Instagram, el WhatsApp y la Play 4 son todas sus preocupaciones. Empiezo a echar de menos esa dependencia tan grande que hace meses tenía de mí. Se me hace mayor y, aunque me encanta, a la vez un poquito me duele.

9:50 a. m. He llegado al trabajo, aunque mi histerismo iba creciendo por momentos durante el trayecto en el coche porque había un montón de tráfico y encima no es fácil encontrar aparcamiento en esta zona.

Pero tengo diez minutos aún para escribir los puntos claves de la reunión. Sé que la voz cantante la va a llevar mi jefe, pero no quiero que me pille desprevenida en algún punto.

10:00 a. m. Entro en la sala de reuniones. Ahí se encuentra mi jefe, Sergio, con su traje gris habitual y los puños de la camisa remangados, preparado para el combate.

—¡Sara! ¡Perfecto! Ya vi el informe que me enviaste ayer por la noche. Resume muy bien todos los puntos claves que tener en cuenta en la negociación. Vamos a mirar ahora los números para analizar la propuesta que más nos interesa presentar y la estrategia que vamos a seguir. ¡A por ellos! —exclama lanzando el puño al aire con una euforia desmedida.

Me da que va a ser una jornada muy larga...

9:00 p. m. Al final se cumplieron mis expectativas y la reunión se alargó más de lo previsto. Sé que hoy era el día para comenzar el cambio, pero no he encontrado tiempo para ello. Lo voy a posponer hasta mañana. Pero de mañana juro que no pasa. Además, ya será viernes. Seguro que eso ayuda.

Estoy entrando en casa después de recoger a los niños de sus entrenamientos de baloncesto. Los jueves es Santi el último en terminar. Es mi niño pequeño, el menor de toda la familia. Cumple diez años en diciembre y es increíblemente dulce. Tenía un año cuando me separé y siempre ha sido muy maduro para su edad. Nada más cruzar la puerta de la entrada, corre directo hacia Lebrón, el border collie que Papá Noel le trajo las Navidades pasadas y el cual duerme junto a él todas las noches.

—Mami, ¿les echamos ya de comer a los perros? —pregunta Miguel mientras entramos, después de dejar en el suelo de la entrada todas las bolsas con la ropa para lavar de los entrenamientos de hoy.

—Sí, cariño. Voy preparando la cena mientras. Acordaos de deshacer las bolsas y dejar las cosas listas para mañana por la mañana.

9:45 p. m. El teléfono empieza a sonar. He perdido la cuenta de las llamadas que he contestado a lo largo del día. Es mi madre... Me acabo de dar cuenta de que no le he devuelto las cinco llamadas perdidas que tenía esta mañana de ella.

—Solo llamaba para ver qué tal estabais.

—Estoy bien, mamá —digo—. A tope, preparando todo para mañana.

—¿Seguro que no te pasa nada? Te llamé varias veces y tienes voz de cansada.

Tengo que aclarar que mi madre, si no le contestas al momento o con un tono de alegría descontrolada, siempre va a pensar que algo no va bien y es capaz de

estarte interrogando hasta que confieras lo que quiere escuchar. No sirve de nada que hayas tenido un día agotador sin un solo segundo libre. Eso no es motivo suficiente para estar cansada a última hora del día.

Pero ella es así y no voy a cambiarla, y tampoco me gusta que se preocupe.

—Todo está perfecto, mamá. Es que me pillaste un poco liada acostando a los niños. ¿Y qué tal hoy tu día? ¿Todo bien?

—Oh, sí, muy bien. Dentro de lo esperado. ¿Y el trabajo? ¿Qué tal el trabajo? ¿Viajas mañana?

—El trabajo muy bien. Algo liadilla, como siempre. Aún no lo sé, ahora planificaré las visitas a ver a dónde me toca ir.

Tras varios minutos de conversación rutinaria miro el reloj. Ya tendría que estar recogiendo los restos de la cena de los niños e intentando cerrar algo de todo el trabajo atrasado que tengo para mañana.

—Mami, te dejo, que me reclama Santi, que no sé qué le pasa. Mañana hablamos, ¿vale? Buenas noches —digo, inventándome una excusa para intentar acostarme antes de la una de la mañana

—Buenas noches, hija. Y no te acuestes tarde, que luego andas con una cara de cansada... A ver si te maquillas algo. Tienes que arreglarte más.

—Vale, mamá. No te preocupes. Que descanses.

Es una de las grandes preocupaciones de mi madre: que me levante media hora antes cada día para echarme cremas específicas para cada parte del cuerpo y maquillarme para mostrarle al mundo mi cutis descansado y terso.

11:50 p. m. Los niños y los perros ya están durmiendo. He cenado un yogur mientras terminaba de contestar alguno de los *e-mails* que me quedan pendientes. Hoy no me ha dado tiempo de sacar a pasear a los peludos. Menos mal que vivimos en un bajo con jardín y al menos están todo el día al aire libre.

Esto me recuerda que tengo que sacar tiempo este fin de semana para limpiarlo y arreglar la hierba.

Mientras voy a la cocina a por un vaso de agua veo las bolsas de los entrenamientos sin deshacer y el pantalón del uniforme de Miguel encima de una de ellas. Sé que esto implica unas cuatro preguntas más por la mañana como mínimo y otros treinta segundos para resolverlas.

«Quedan solo veinticuatro horas para que sea sábado», pienso.

Regreso a mi cuarto y enciendo el ordenador. Lo apoyo en la mesilla de al lado de mi cama mientras pongo un capítulo de una de las series de mi lista... y me sumerjo en un maravilloso sueño.



Viernes, 16 de febrero

7:30 a. m. Es la tercera vez que apago la alarma. Últimamente, cada vez que llega un viernes, más que levantarme me arrastro literalmente fuera de la cama. Miro el móvil y me doy cuenta de que o espabilo o se me va a complicar toda la mañana. Lo que más me sorprende es la nitidez con la que veo la pantalla y lo secos que noto los ojos.

—¡NO! Otra vez he vuelto a quedarme dormida con las lentillas puestas. ¡Qué desastre!

No os lo había contado, pero soy miope. No hasta el punto de no ver un burro a cuatro pasos, pero sí lo suficiente como para acercarme lo necesario la etiqueta de la crema corporal a la nariz para no echármela en el pelo a modo de champú. Ahora todo el mundo está con la fiebre de operarse de la vista. Yo la verdad es que ni me lo planteo, porque entre el miedo que me dan los quirófanos y que dada mi edad en pocos años tendré ya presbicia y volveré a necesitar gafas, me parece innecesario.

Intentando encontrar el lado positivo, me acabo de acordar de que tengo que pasar por la óptica a recoger las gafas nuevas que tengo encargadas, ya que las últimas se me rompieron ya hace unos cinco meses y hasta la semana pasada no encontré el momento de ir a mirar unas nuevas. Fue una de las compras más rápidas de mi vida. Acababa de dejar a los niños en sus entrenamientos correspondientes y aproveché ese intervalo de tiempo para ir al centro comercial a hacer la compra, ya que en mi nevera empezaban a salir telarañas. Nada más subir las escaleras mecánicas del *parking*, allí estaba la óptica. En cinco minutos

tenía elegido el modelo de montura, el tipo de cristal y realizado el pago. La dependienta me miraba con cara de perplejidad: pienso que aún está intentando entender cuáles fueron sus armas comerciales secretas.

12:00 p. m. La mañana transcurre bastante tranquila. Al final no he programado ninguna visita, ya que he decidido quedarme a trabajar desde casa para adelantar algunos asuntos pendientes. Esto implica que la semana que viene va a tocar hacer muchos kilómetros, pero espero que al menos un buen número de los 169 *e-mails* que están en negrita en mi bandeja de entrada pase a mejor vida.

1:15 p. m. Vibra mi móvil. Se trata de un *wasap* de Javier que indica que recoge él hoy a los niños para comer.

La verdad es que cuando nos separamos, sobre todo las primeras semanas, lo único que podía pensar era lo duro que sería separarme solo unas horas de Miguel y Santi. En esos momentos, Javier luchaba por verlos lo máximo posible. Luego me di cuenta de que solo lo hacía porque sabía que a mí me dolía separarme de ellos y no porque fuese su deseo estar cambiando pañales y recogiendo juguetes durante horas. De hecho, esos deseos de pasar horas con ellos, con el paso de los años, se fue diluyendo y hoy por hoy se ajusta a sus sábados y domingos cada dos semanas, y para eso no siempre puede.

El hecho de recibir hoy este mensaje se debe a que estos carnavales pasados le tocaba a él disfrutarlos con los niños, pero dos semanas antes empezó una relación con una nueva veinteañera y decidió que sería una buena forma de empezar pasando el día de San Valentín con ella en Venecia.

Aquí es donde me doy cuenta de que yo debo de ser el fallo, ya que conmigo no lo celebraba. ¡A pesar de ser el aniversario de nuestra pedida! «El cariño se demuestra todos los días, no uno impuesto», decía. Menudo morro. Y ahora lo celebra en una góndola, mientras el remero les canta una serenata a los tortolitos. Aunque, si lo pienso bien, lo más probable es que encima sea ella quien lo haya organizado. Y si no es así, al menos pensarlo algo me consuela. Así que cambio de planes. Que conste que en el fondo me alegré. Todo el mundo me dice que tengo que imponerme y no puedo ceder siempre, que tiene que hacerse cargo, pero reconozco que cada vez que me dice que no puede recogerlos me alivia. Sé que necesito que mis días tengan más horas, pero todo el tiempo que paso con

ellos me parece poco.

Siempre pienso que, como es lógico, en unos años preferirán pasar el tiempo con sus amigos, novias o *hobbies* antes que conmigo. Necesito aprovechar este momento, aunque ello suponga seguir haciendo la compra en las gasolineras a horas intempestivas, hacer unos seis viajes al día en coche para recogerlos del colegio y llevarlos a entrenar, no pisar la peluquería en seis meses y andar con mechas californianas obligadas o tardar otros cinco en comprar unas gafas nuevas, ya que Jordan, el golden retriever que le regalé a Miguel cuando cumplió los nueve años, decidió un día que las viejas eran el juguete perfecto para pasar una noche divertida.

Ya que hoy tenía programada la nueva fase de cambio, este *wasap* ha encontrado el hueco necesario para que esta noche pueda caer dormida y despertarme sin las lentillas puestas. ¡Al fin voy a ir a recoger las gafas nuevas!

7:00 p. m. Aún me cuesta acostumbrarme a ellas. Ha sido recogerlas y sentir la necesidad de ir al baño del centro comercial a quitarme mis lentillas diarias y estrenarlas. No puedo evitar ir mirándome en todos los escaparates para ver si acerté con el modelo. ¿Sería muy precipitada la elección? Ya que estoy en pleno proceso de cambio, es muy importante que haya invertido bien el dinero en unas gafas que me favorezcan, ya que no voy a perder tiempo en los próximos diez años en dedicar otros cinco minutos a la compra de otras (siempre y cuando Jordan no decida comerse estas también, claro).

Es una de las cosas que me gustan de esta edad. Cuando eres adolescente, tener que llevar gafas es un trauma y puede llegar a crearte un complejo horroroso y que los niños del colegio te humillen y se metan contigo. Ya no podrás entrar en el grupo de los guais ni de los populares. Estás sentenciado. Sin embargo, ahora, con cuarenta, ya no son gafas, son complementos que te dan un aire más intelectual e incluso te hacen más interesante. Siempre y cuando aciertes con el modelo, claro.

11:30 p. m. Al fin en casa. Al final es cierto que hoy un poquito he contribuido al cambio; o al menos algún avance he hecho. Una hora de recados en el centro comercial, tres llamadas telefónicas contestadas a mi madre en tiempo y hora, los niños ya cenados, 85 *e-mails* menos en la bandeja de entrada y hasta me he permitido el lujo de darles un paseo de media hora hasta la playa a

los dos peludos de cuatro patas.

A esto lo llamo yo terminar bien el día. Ahora solamente me queda empezar bien el fin de semana. Tengo tarea programada: realizar mi lista de propósitos. Siempre me ha gustado hacer listas para todo. Pero mi problema es que cuando veo que la lista no decrece me empiezo a estresar y acabo por abandonarla. Pero esta vez va a ser diferente. Necesito marcarme pequeñas metas. Siempre pensé que, cuando llegase a los cuarenta, haría una lista con todos aquellos sueños que me quedasen por cumplir.

Porque los sueños son lo más importante que tenemos en la vida. Son los que te fijan la dirección a seguir, lo que da sentido a las cosas que haces. Si no nos fijamos unas metas que alcanzar, estaríamos siempre entrando y saliendo de situaciones y vidas paralelas, sin una finalidad y sin sentirnos completos.

Así que voy a empezar a fijar los objetivos de mi lista. No quiero que sea muy larga, ni que dichos objetivos sean a muy largo plazo. Mi primera idea era hacer una lista que fuese desde los 40 a los 50, que abarcase toda la década, pero sé que así morirá en el intento. Lo mejor será comenzar con pequeños propósitos realistas que crea que puedo cumplir y de esa forma me motive a continuar.

Aunque con el sueño que tengo, casi mejor la empiezo mañana...



Sábado, 17 de febrero

7:30 a. m. ¡Oh, noooooooooo! ¡Otra vez no! He vuelto a olvidarme de desconectar la alarma. Otro sábado más. ¡No me lo puedo creer! Y encima, una vez que me despierto soy incapaz de volver a dormirme de nuevo. Por un día que podía levantarme tarde... ¡Por qué!

Doy un par de vueltas abrazándome a la almohada en un último intento de regresar al paraíso de los sueños, pero nada. Entonces me doy cuenta de que dos preciosos ojos color almendra me miran fijamente desde los pies de mi cama.

—¡Estarás contento! Como a ti te da igual lunes que sábado, ¿verdad? —le digo a Lebrón mientras repto hasta su lado a hacerle una caricia en su suave cabecita.

Nunca nadie puso esa cara de felicidad al verme recién levantada. Es uno de los argumentos que utilizo siempre con todos aquellos que me dicen que cómo se me ocurre complicarme la vida con dos perros con el poco tiempo que tengo y el trabajo que dan: ningún hombre a lo largo de mi vida se ha alegrado tanto por verme al llegar a casa, o al despertarme, ni ha agradecido tanto una caricia sin esperar nada a cambio, ni ha sido tan leal y sincero como lo son Lebrón y Jordan.

Es cierto que mi vida sería mucho más sencilla si ellos no estuviesen en ella, pero el cariño y la compañía que me dan compensan con creces esos zapatos roídos, ese jardín lleno de agujeros y esas bolas de pelo que me obligan a pasar la aspiradora día sí y día también.

Además, son los únicos que en los últimos tres años me han obligado a hacer algo de ejercicio. Porque ese es uno de mis temas pendientes. Desde pequeña siempre me encantó hacer deporte. Jugué al baloncesto durante diecisiete años y la verdad es que no se me daba nada mal. Ahora entenderéis de dónde sacaron mis hijos su afición.

Pero desde que nació Miguel, nada de nada. He tenido intentos, es decir, me he apuntado a varios gimnasios a lo largo de estos trece últimos años, y cuando lo digo en plural es porque lo intenté en unos cuantos. Pero al final el resultado siempre es el mismo: me doy de alta, voy dos días la primera semana, uno la segunda y pago el siguiente año entero hasta que un día, cuando de repente reparo en el cargo de la cuota, me paro a pensar y me doy cuenta de que llevo más de nueve meses sin pisarlo y decido darme de baja.

Este va a ser el primer punto de mi lista.

Propósito 1: Puesta en forma. No hay nada mejor que sentirse bien con uno mismo para ver las cosas desde un punto de vista positivo. Y la verdad es que en los últimos meses reconozco que me he dejado un poco. Tengo la suerte de que mi cuerpo es bastante agradecido y a pesar de la comida basura que engulle y lo poco que lo ejercito, pues vestida aún doy el pego. El problema es cuando voy a la ducha y me miro al espejo. A veces pienso que era mejor no haber podido presumir de un buen cuerpo durante mucho tiempo, porque la caída es más dura. Hay partes que empiezan a estar donde no deberían y en aquellas piernas duras y tersas que me encantaba lucir con minúsculas minifaldas en mi adolescencia está empezando a aparecer la temida celulitis que las invade sin control.

Creo que también es uno de los motivos que me sacan las ganas de mantener relaciones con un hombre en estos momentos. Dado que no me veo volviendo a tener relaciones con ninguno de mis ex, tampoco me imagino en una primera cita realizando un estriptis sexi con el maromo de turno con mi cuerpo en estas condiciones.

Así que ¡decidido! Voy a hacer un último intento. Esta tarde voy a darme de alta a Mr. Fitness, uno de los gimnasios con las mayores novedades tecnológicas de la ciudad, a ver si consigo dos milagros: el primero, engancharme; y el segundo, luchar contra la gravedad y que todas las partes de mi cuerpo recuperen su lugar inicial.

7:00 p. m. La chica de la recepción lleva unos veinticinco minutos intentándome convencer de todas las bondades de las instalaciones del centro y la cantidad de servicios que prestan. No sé cómo decirle, sin parecer borde, que no tiene que convencerme y que, si sigue hablando sin darme el papelito de inscripción para firmar, lo único que puede conseguir es que recapacite y salga corriendo:

—Tenemos cuatro salas para las distintas actividades que se indican en el

folleto adjunto y cuyo horario varía cada mes. Tenemos tres salas más dedicadas a *spinning*. Dos salas de *fitness* con más de doscientos aparatos. Una piscina olímpica, zona talaso, saunas húmedas y secas, baño turco, servicios de *personal trainer*...

No sé si se daba cuenta de que, en lugar de que me entren ganas de apuntarme, me estoy cansando ya antes de empezar.

Firmo los papeles, le doy la tarjeta de crédito para el pago de la primera cuota y oficializar así el comienzo del cumplimiento del primer punto de mi lista. La verdad es que me siento orgullosa. Hace unas horas fijo mi primer propósito y acabo de formalizar las bases para cumplirlo.

Pero estaba claro que hoy el día estaba siendo demasiado tranquilo...

—¿Sara? ¿Y tú por aquí?

Cuando me giro no puedo creer lo que ven mis ojos. No puede ser cierto. De todos los gimnasios que pude elegir y tenía que estar en este. Allí, justo enfrente de mí, veo a Sebas, con sus dos metros de altura y una sudadera Adidas blanca inmaculada marcando sus anchos hombros, su pelo perfectamente peinado, escrutándome con esos enormes ojos negros.

—Sebas, la verdad es que no esperaba verte aquí. Hacía tanto tiempo que no nos veíamos ni hablamos... —Es lo que consigo decir.

—Sí, la verdad es que sí. Espera... Hace exactamente un año, cinco meses y once días desde tu último mensaje —dice mirando la pantalla de su móvil.



Domingo, 18 de febrero

Menuda mañana de domingo más improductiva. Mi mente no ha sido capaz de asimilar aún mi encuentro de ayer. ¡Si es que tengo una puntería...! No podía encontrarme con otra persona, no; ¡tenía que ser con él!

A Sebas lo conozco desde mi infancia. Siempre estuvo en mi pandilla, desde el instituto hasta que me fui a estudiar a la universidad. Durante esa época éramos inseparables. Luego, cada uno, por circunstancias de la vida, tomamos distintos caminos. Yo me fui a vivir a otra ciudad para iniciar mis estudios de economía, mientras que él se alistó en la Marina. Era un deportista excepcional, pero a la vez muy mal estudiante y su relación en casa con sus padres y su hermana era muy difícil. Era un chico con un carácter muy fuerte y chocaba mucho con su padre, ya que este confiaba en que Sebas lo sustituiría en la dirección del negocio familiar, cosa que no entraba en sus planes. Por eso, al cumplir los dieciocho, vio en alistarse una escapatoria.

Durante mi primer año de universidad mantuvimos contacto a través de las cartas que nos escribíamos. Aún las conservo y me hace gracia ver lo que han cambiado los tiempos y lo rápido que ha avanzado la tecnología. De aquellas, hace unos veinte años, no existían ni los móviles, ni internet y mucho menos las redes sociales, así que la única forma de mantener el contacto era por cartas escritas de nuestro puño y letra. Al principio eran bastante constantes, pero con el tiempo nuestras nuevas vidas, nuevas amistades y rutinas se fueron espaciando cada vez más y más hasta que sin darnos cuenta dejamos de escribir.

Fue hace unos diez años, una mañana de verano, cuando, estando embarazada de ocho meses de Santi, salía de casa toda apurada junto a Javier, con Miguel agarrado a mi falda y cargada con todas las bolsas de la playa. Al mirar al frente vi como dos increíbles y conocidos ojos negros se encontraban clavados en mí. Allí, frente a mi portal, se encontraba Sebas, más guapo que nunca, increíblemente musculado, con una camisa blanca que marcaba sus perfectos bíceps tatuados y resaltaba su morena piel, apoyado en su flamante BMW. De repente, miles de recuerdos vinieron a mi mente: aquellas tardes en el parque con diecisiete años de risas y confianzas, nuestras llamadas, las cuales duraban horas para cabreo de mi padre, poniéndonos al día de nuestros líos amorosos, noches de discotecas y copas que terminaban acompañándome a casa al amanecer. Verlo allí era como retroceder veinte años en el tiempo. Y solamente había buenos recuerdos. Nunca había pasado nada entre nosotros. Éramos amigos, más que eso incluso. Era mi confidente y siempre estábamos juntos. Todo el mundo que nos conocía, incluso nuestros propios amigos de la pandilla y hasta alguna de nuestras parejas de entonces, daba por hecho de que entre nosotros había algo más. Pero no era cierto. Por aquel entonces, nuestra amistad era sincera. Y preciosa.

Pero ahí estaba ahora. Mirándome de una forma muy distinta a la que recordaba. Pasaron unos segundos que se me hicieron eternos. Me gustaría acercarme y preguntarle mil cosas. De repente, sentí la necesidad de saber todo de él, qué había pasado en su vida en todos estos años. Pero un tirón de mi falda me devolvió a la realidad.

—Mami, ¿cogiste el cubo y el rastrillo de Pocoyó? —preguntó Miguel con su preciosa vocecilla.

—Claro, cariño, está en mi mochila —le contesté, desviando rápido la mirada de Sebas al darme cuenta de que Javier me empezaba a mirar con un gesto conocido que lo único que indicaba era que después íbamos a tener problemas.

Y es que el principal motivo de mi separación fueron los celos de Javier. Es un hombre muy posesivo y dominante. Y digo «es» porque ahora, con la edad, me doy cuenta de que las personas no cambiamos. Podemos amoldarnos o intentar controlar nuestro carácter, pero hay determinados comportamientos y actitudes que nos van a acompañar el resto de nuestra existencia. Y Javier, desde que lo conocí, siempre fue igual. Lo único que cambió fue mi manera de percibirlo: al principio, para mí, sus celos eran un halago que me demostraba que me quería solo para él y lo mucho que yo le importaba porque no quería compartirme con

nadie más. Con el paso del tiempo me fui dando cuenta de que no eran sanos: me aislaba, me controlaba, no soportaba pensar que había tenido un pasado y que había estado con otros hombres y las discusiones eran cada vez más frecuentes. Y a mí lo único que me preocupaba era no discutir, que Miguel fuese feliz y que no viese que sus padres se peleaban. Por eso cedía a sus deseos y adopté el papel de madre y esposa ejemplar, apartando al resto del mundo de nosotros, incluida a mi propia familia.

Fue por eso por lo que en ese momento, hace diez años, lo único que pude hacer al ver a Sebas fue apartar el rostro y no decir nada. Ni un saludo, ni una sonrisa confidente, ni un gesto que le indicase a Sebas la alegría que me producía nuestro reencuentro.

Pero como comprenderéis después de sus palabras de ayer al encontrarnos en la recepción del gimnasio, esa no fue la última vez que nos vimos. Hubo más, muchas más. Un total de cinco años de tortuosa relación que terminó hace un año, cinco meses y once días con un simple mensaje de WhatsApp.



Martes, 20 de febrero

A penas puedo mantener los ojos abiertos. Llevo dos noches sin pegar ojo y mi cara es lamentable. El espejo de mi baño me devuelve el reflejo de unas ojeras generosas y observo como las dos líneas que se vislumbran en mi entrecejo están más marcadas que unos meses atrás.

Al final voy a tener que darle la razón a mi madre y conseguir sacar unos minutos al día para empezar a aplicarme una buena crema antiarrugas, o no sé si mi aspecto en breve tendrá una fácil solución.

Miro de reojo la báscula que tengo arrinconada al lado del cubo de la ropa sucia y suspiro. Es la hora de empezar: ¡16,5 kilos! No me lo puedo creer. Llevaba tiempo posponiendo este momento porque no sabía si realmente quería saber mi peso. Era consciente de que últimamente me costaba un poco más abrochar los pantalones y que la ropa interior empezaba a dejarme una marca en la piel que meses atrás no aparecía, pero no pensaba que hubiese llegado a engordar ¡7 kilos!

Creo que los dos donuts que cené ayer junto con un buen tazón de ColaCao y unas veinte galletas han contribuido a añadir unos cuantos gramos más a este resultado final. Siempre pienso en la suerte que tiene la gente a la que, cuando se estresa o pasa por un estado de ansiedad, se le cierra el estómago. Mi caso es al revés: se abre de par en par y su fondo no tiene fin.

Reconozco que el encuentro con Sebas del otro día tiene algo que ver. No he podido sacármelo de la cabeza. Solo pensar en la posibilidad de volverme a

cruzar con él en el gimnasio hace que todo mi cuerpo se tense. Pensar que después de una estúpida excusa salí lo que se dice «casi corriendo» tampoco ayuda.

Y es que no estoy preparada para mantener una conversación con él. Todo acabó hace más de un año. Reconozco que puede que mi forma de terminar no fuese la más adecuada, pero los motivos eran más que suficientes. No tenía derecho a pronunciar esas palabras intentando hacerme sentir mal por la ruptura. Él fue el único culpable. Se lo di todo, me entregué a él, lo incluí en mi vida. Pero me engañó. Conocía toda mi historia y sabía lo mal que lo había pasado después de mi divorcio y prometió que él nunca me haría daño, que podía confiar en él. Pero me lo hizo.

Era mi amigo, o eso creí durante tantos años. Más allá de nuestra relación teníamos una vida en común. Por eso, de él no me lo esperaba. Llegó a conseguir que confiase en él plenamente y aun así me falló.

En todo este tiempo pensé que ya lo había superado. Que Sebas era pasado. No he vuelto a tener ninguna relación seria desde nuestra ruptura. Pero nuestro encuentro el otro día en el gimnasio despertó en mí sentimientos que no sabría cómo definir, pero está claro que no de indiferencia. ¿Rabia? ¿Rencor? No sabría explicarlo.

Lo único que sé es que, cuando me voy a la cama, no puedo sacarme de la mente su penetrante mirada ni sus últimas palabras.

Esto me ha servido para tener claro cuál va a ser el segundo punto en mi lista.

Propósito 2: No volver a caer con ningún ex. Es el sino de mi existencia. Entro en un círculo vicioso y soy incapaz de salir. Y realmente soy consciente de que lo que no ha funcionado en un pasado por algo es, y estoy convencida de que segundas oportunidades nunca fueron buenas. Y menos terceras o cuartas. Y en esto soy una experta.

Pero no aprendo y vuelvo a probar y como resultado a estrellarme una y otra vez.

Reconozco que uno de los motivos es que me da pereza empezar a conocer a alguien de cero. No tengo paciencia ni ganas. Y la verdad es que, con mi día a día, tampoco tengo el tiempo necesario como para dedicar una parte del mismo a una relación.

Por eso tengo que conseguir que lo de Sebas no me afecte. Mi propósito 1 no puede verse afectado por mi propósito 2, por lo que me tiene que dar igual que él o diez ex más estén apuntados en Mr. Fitness. Mañana sin falta voy a renovar mi armario deportivo y a empezar con mi nuevo cambio: ¡7 kilos son palabras mayores!

5:00 p. m. Después de una mañana de locos delante del ordenador y con el teléfono ardiendo (creo que se está convirtiendo en un apéndice de mi oreja), voy a la oficina a toda prisa para llevar unos contratos que tenían que salir urgentemente por valija a la oficina central. Y es que al final mi jefe y yo conseguimos cerrar el trato. ¡Aleluya!

Una de las cosas buenas que tiene este puesto al que me incorporé hace casi tres años es la flexibilidad horaria. También creo que es el único beneficio que tiene, ya que la sobrecarga es brutal y los kilómetros semanales también son importantes. Mis clientes están lo que se dice bastante dispersos y es normal que a la semana me acerque a los dos mil kilómetros recorridos. Solamente entre ayer y esta mañana ya llego casi a los mil.

Pero hoy he conseguido terminar la ruta relativamente pronto. Tengo que enviar toda la documentación que conseguí que me firmasen entre ayer y hoy después de una dura negociación, y, como mañana Miguel tiene examen de mates, esta noche toca repaso de las ecuaciones de primer grado.

Nada más entrar en la oficina me encuentro con Fran, un administrativo insoportablemente hiperactivo, dando voces y saltos por toda la estancia. Parece ser que una de las fotocopiadoras no funciona y su grado de estrés va en aumento. Echo una visual rápida y veo a Inma, una de mis compañeras favoritas. Es un encanto de persona: siempre está alegre, va perfectamente arreglada y dispuesta a ayudarte en todo lo que necesites. Es algo mayor que yo, unos cinco años aproximadamente, y madre de dos hijos guapísimos que ya están en proceso de independizarse.

—¡Hola, Inma! ¿Cómo lo llevas? —Me acerco sonriendo.

—¡Hola, Sara! ¿Cómo no me avisaste antes de que ibas a venir? Si quieres bajamos a tomar un café. Así nos ponemos al día y me despejo un poco. Mira que me propuse este año que iba a llevarlo todo al día, y la verdad es que empecé bien, pero esto es imposible. Todo son quejas, reclamaciones, cierres de contratos, informes de última hora, inversiones a destajo... ¿Tú crees que en la central alguien tiene idea del trabajo que hacemos? Esto es increíble.

La miro y me río. Me siento totalmente identificada.

—En cuanto a lo segundo te aseguro que no. Pero lo que sí creo es que necesitamos ese café urgentemente —le digo mientras le guiño un ojo. Además, estoy convencida de que para superar lo que me queda de día ese café lo necesito doble.



Miércoles, 21 de febrero

7:05 a. m. ¿Por qué? ¡Si aún me quedaban diez minutos para dormir! ¿Cómo es posible que el simple sonido de un *wasap* sea capaz de despertarme? Ya puede ser importante. Y entonces suena el teléfono:

—¿Estás despierta? —Esto es todo lo que se limita a decir mi queridísima hermana María a estas horas de la mañana.

—¡Tú que crees si te estoy contestando! ¿Qué pasó? —Reconozco que cuando me despierto antes de lo esperado mi humor no está precisamente para tirar cohetes, pero a medida que mi mente va despertando voy suavizando.

María es mi hermana del medio. Me lleva dos años y medio. Juntas hemos vivido de todo. Y cuando digo «de todo» es eso y mucho más.

Mi hermano mayor, Raúl, siempre fue el hijo responsable y deseado por cualquier padre. No le gustaba salir, su círculo de amistades era muy reducido y en su adolescencia se gastaba toda su paga mensual en una tienda de segunda mano de la ciudad comprando cientos de libros que devoraba sin parar. A los veintidós años ya había terminado su carrera de Administración y Dirección de Empresas en una de las mejores universidades del país y tres meses más tarde estaba trabajando en la empresa en la que actualmente es un alto directivo. La única vez que salió de noche, que de aquella ya rondaría los veintitrés, conoció a la que es su actual mujer, Lucía, una espectacular modelo muy conocida en todo el país con la que está felizmente casado y tiene a Laura, una preciosa adolescente de catorce años y dos adorables mellizas de diez.

Pero claro, María venía detrás. Se llevan solamente un año y medio y ella fue la encargada de abrirme las puertas de la libertad, es decir, la que se fue comiendo todos los marrones: las primeras discusiones por la hora de llegada en las primeras salidas nocturnas con mis padres, la lucha por poder ir de *camping* con las amigas, mi compañera de lágrimas en nuestros primeros desengaños amorosos, la primera en decirle a mi madre que quería tomar la píldora...

Los dos son muy distintos, pero los adoro por igual. Pero lo cierto es que con María tengo, a pesar de ser mayor que yo, un cierto sentimiento de protección. Y es que, si a alguien le puede salir algo mal, ahí está ella. Es gafe por naturaleza. Y últimamente los problemas se le amontonan. Hace ocho meses pasamos por el terrible trago de que le detectasen un bultito en un pecho. Así, sin más. De repente. Sin previo aviso. Por suerte, después de una locura de tratamiento, hace tres semanas el médico nos dio al final la noticia esperada: el tratamiento había funcionado y el tumor ya no estaba. Solo nos quedan revisiones rutinarias. Yo sabía que juntas podríamos con cualquier cosa, incluida esa maldita enfermedad.

Lo normal, al pasar por un trago de tal magnitud, es que tu forma de ver la vida y tus prioridades cambien, que aprendas a relativizar toda aquello que no tiene importancia y a tomarte la vida de una forma más relajada. Pero María no: se puede decir que ese propósito le duró desde que salió de la última consulta con su ginecóloga hasta que cruzó la puerta del hospital que daba a la calle. Como que a ella lo de relativizar no le va.

Así que cada vez que me llama o me manda un mensaje me pongo a temblar.

—¡Manu tiene a otra! ¿Cómo puede hacerme esto en este momento? ¿Te lo puedes creer?

Manu es su último novio: dependiente de día en una de las tiendas de moda más chics de la ciudad y guitarrista en un grupo de *rock* por las noches. Llevan juntos unos dos años y, a pesar de que se supone que mi apoyo tiene que ser para ella, tengo que decir que él se merece el cielo.

—Pero ¿estás segura? María, Manu te adora. Él sería incapaz de algo así.

—Te lo digo en serio, Sara. Con la nueva becaria de su empresa, «Vanessa» (el nombre lo pongo entre comillas para que os imaginéis la entonación que le da al pronunciarlo). Tienes que ver el tonto que se traen. Lo llama veinte veces al día, aunque según Manu es solo por trabajo. Pero no se da cuenta de que yo veo la sonrisa de gilipollas que se le pone cada vez que habla con ella. ¡Conmigo desde luego no la pone!

—¿No crees que te estás precipitando? Estoy convencida de que no hay nada. Además, ¿no tenía 19 años? María, por Dios, que puede ser su padre. Y dentro de poco su abuelo. Y, es más, en contestación a tu última observación, no es posible que veas su cara cuando habla contigo por teléfono, a no ser que lo

intentos ya controlar por Skype, que a este paso...

—Te lo digo en serio. ¡Que el otro día vi cómo le daba a «me gusta» a sus fotos en el Instagram y la sigue en Facebook!

Aquí llegamos a uno de los puntos más preocupantes de la sociedad en el momento actual: tengo que confesar que no puedo con las redes sociales y la obsesión de control que ejerce sobre las personas. La gente se obsesiona con ellas y llegan a poner en peligro sus relaciones en función de los *likes*, las visualizaciones, los comentarios que te pongan, los que pongas, los estados o por las solicitudes de amistad que recibas.

Y María es una experta en ellas. Cada dos meses las borra todas de su iPhone cuando ve que empieza a perder el control, pero enseguida cae de nuevo en la tentación y las vuelve a instalar. Es su droga. Aunque solo le traiga disgustos.

—Relativiza, María, por favor. Es su compañera y está empezando. Y mientras las llamadas no sean a deshoras y los «me gusta» no sean a fotos tuyas en bolas, estoy convencida de que puedes estar tranquila —le contesto sabiendo que va a dar por zanjada así la conversación. Lo bueno es que sé que solo necesitaba oír que no era cierto, al menos hasta que encuentre otro tema con el que estresarse. Ella es así.

Aunque tiene sus motivos. Reconozco que mi vida amorosa en estos cuarenta años no ha sido lo que se dice perfecta, aunque yo creo que en gran parte la culpa ha sido mía por los perfiles que elijo como pareja. Pero se puede decir que María tampoco ha tenido mucha suerte. Es guapa, divertida, es ortodontista y tiene su propia clínica. Hasta aquí todo perfecto. Pero desde su adolescencia todas las parejas que ha tenido la han engañado. El motivo: no lo sé. Para mí es un misterio. No uno, ni dos. Todas sus relaciones terminaban cuando descubría una infidelidad. Sé que su carácter no es fácil, pero aun así la estadística es demoledora. Bueno, todos no. A lo mejor exagero un poco. De hecho, con el padre de su hijo Mario, con el que nunca se llegó a casar a pesar de estar juntos más de trece años, en la actualidad mantiene una excelente relación.

Así que, aunque entiendo sus pensamientos paranoicos cada vez que Manu le da un a «me gusta» en Facebook a alguna tía buenorra, quiero pensar que esta vez va a ser diferente.

3:00 p. m. Tengo antojo de espaguetis a la carbonara.

3:05 p. m. Dejo a un lado mi antojo y pillo el coche. Conduzco directa al centro comercial para hacer la compra de mi atuendo deportivo necesario para Mr. Fitness. Después de mi encuentro con Sebas del otro día se hace más que necesaria la renovación. Una cosa es ir con 7 kilos encima y otra con ropa que los remarque y de cuatro temporadas atrás.

3:35 p. m. Entro en la primera tienda con la idea de terminar lo antes posible. No tiene que ser difícil: dos camisetas, un par de mallas, calcetines bajos y unas deportivas molonas. Podemos añadir una sudadera, ya que recuerdo que la que tengo está llena de bollos.

Después de echar una visual a las pocas rebajas que quedaban, me decanto por los artículos de la nueva temporada. Siempre me pasa lo mismo.

La verdad es que me da mucha pereza desnudarme, pero ya que he llegado hasta aquí no puedo llegar a casa y perder otro día en volver a cambiar las prendas que no me convenzan. Así que ¡al lío!

Y aquí es cuando empiezan los problemas. Uno de mis peores enemigos son los espejos de los probadores: no sé si es la colocación de las luces o que los espejos amplían la imagen, pero os aseguro que en los de mi casa no me veo tantos defectos. Después de probar todas las prendas llego a la conclusión de que mallas aún no y que con lo único que me siento bien es con los calcetines y las deportivas.

Esto es desesperante. En lugar de darme ganas de empezar a hacer deporte para intentar arreglar la situación de mis glúteos y piernas, lo único que consigo es que se me pase por la cabeza la necesidad de comerme dos dónuts para eliminar la ansiedad.

Hago un último intento y termino viendo un pantalón de chándal negro flojito bastante mono y una sudadera gris con unas grandes letras rosas que ponen «Love Yourself». No está mal. Un par de camisetas en tonos grises y rosas y listos.

Voy a intentar ser positiva, por mucho que a veces me cueste. No estoy tan mal. Eso sí, la compra del bañador, la piscina y los chorros de los que me hablaba la recepcionista van a tener que esperar un par de meses. Me niego a ir enseñando mis carnes por todo el gimnasio, encima sabiendo a quién puedo encontrarme de frente.

Siempre me admiraron las personas que no tienen complejos en mostrar sus defectos. Ojalá yo fuese una de ellas. Pero una fuerza interior me lo impide. ¿Cuántas horas de mi vida he estado preocupada por el peso o por no mostrar mi

celulitis con algún conjuntito de verano? ¿Cuántas he evitado ir a la playa o bien una vez allí no me he ido a dar un baño y me he quedado sudando la gota gorda en la toalla por no darme un paseíto hasta la orilla luciendo mi lustroso cuerpo? Últimamente, se puede decir que unas cuantas.

Pero en eso estamos. En intentar que la grasa liberada bajo mi piel se vaya quemando paulatinamente hasta reducir la circunferencia de mis muslos y tonificarlos lo suficiente para poder disfrutar de todas las instalaciones del gimnasio por las que acabo de firmar la permanencia de un año.

10:00 p. m. Absolutamente exhausta después de las compras, trabajo y entrenamiento de los niños. El día se me ha quedado en nada. Sé que hoy iba a ser mi primer día en Mr. Fitness, pero después de darme cuenta de que mis piernas estaban sin depilar, mis axilas sin afeitar y que me había olvidado de comer con tanto trajín, he decidido posponerlo hasta mañana. Eso sí, estoy orgullosa de mi avance.

Acabo de acordarme de que me queda una tableta de chocolate negro en la nevera que a los niños no les gusta. Será mejor que me la consuma entera, así mañana empiezo de cero.



Jueves, 22 de febrero

6:30 p. m. Aquí estamos, delante de una maquina en la que tengo que poner mi pulgar derecho para que me reconozca la huella dactilar y así pueda entrar a sudar como una posesa. Observo cómo aparece la señal verde que me da la bienvenida a Mr. Fitness y que hace que las puertecillas transparentes se abran para permitirme la entrada.

Creo que he tardado más hoy en arreglarme para venir al gimnasio que en los últimos cinco meses para asistir a las reuniones de trabajo. Pero el resultado no está mal. Lo peor fue el pelo, que no me acababa de convencer el recogido.

Y menos mal que me he esmerado un poco. Porque al entrar en la sala de tortura en la cual se encuentran todas las máquinas diabólicas, me doy cuenta de lo que han cambiado los tiempos. Esto es un club social, no un lugar donde venir a dejar tus complejos. La sala está llena de grupitos de adolescentes de cuerpos perfectos y ropa extremadamente ceñida y pequeña. Las pocas personas que se aproximan a mi edad aparentan la mitad y siguen la misma estética de los anteriores. ¡Ellos no necesitan estar aquí desprendiendo sudor por cada poro de su cuerpo! La verdad es que tampoco parece que lo hagan.

Tengo que venirme arriba. Esta visión tiene que servirme de motivación. Ese va a ser mi resultado dentro de unos meses, y me encargaré de comprarme un top de esos bien cortitos para hacer sentir mal a la pobre Sara de turno que se le ocurra entrar en la sala por primera vez, como yo hoy.

Decido ir en busca de un monitor para que me haga una tabla especializada. Ya de hacerlo, pues hacerlo bien.

—Buenas tardes, perdona. Es mi primer día aquí y me gustaría que me hicieses una tabla específica de entrenamiento. ¿Eres tú el que te encargas de

ello? —le digo a un chico de unos veinticinco años totalmente musculado que lleva una camiseta verde con el logo de Mr. Fitness.

—¡Buenas tardes! Efectivamente, me encargo de ello. Mi nombre es Fidel. ¡Bienvenida! ¿Con quién tengo el placer de hablar? —responde con una alegría contagiosa.

—Ah, sí, perdona... Me llamo Sara —le contesto, dándome cuenta de lo desagradable que he sido por no haberme presentando antes.

—¡Encantado, Sara! ¿Tienes el móvil contigo? Ahora funcionamos a través de una aplicación donde te grabamos tu tabla en función de los objetivos que desees conseguir. ¿Los tienes claros?

—Por supuesto, conseguir un cuerpo de una de veinte en el plazo de un mes —respondo con mi sonrisa más encantadora mientras saco mi móvil y rezo por que me quede batería y tenga espacio libre en la memoria. ¡Siempre se acaba cuando la necesito! Un 15 % y comienza la descarga. La cosa marcha.

—Ja, ja, ja. Vamos a intentarlo, pero el plazo es demasiado corto. Si lo consiguiésemos en ese tiempo los clientes se nos irían demasiado rápido y ya no sería rentable el negocio —contesta con su sonrisa perfecta mientras me guiña un ojo. Es un buen comercial, no me importaría cambiarlo por alguno de mis compañeros de trabajo...

—Está bien. Lo ampliaremos un poco entonces.

—¿Sueles practicar algún tipo de deporte?

—Si correr detrás de mis hijos para que recojan las cosas o sacar de vez en cuando a los perros a dar un paseo cuenta como tal, pues sí.

—Vale. Vamos a poner que «de forma esporádica» entonces —indica diplomáticamente mientras teclea en la pantalla de la *tablet* que lleva consigo—. Una vez que termine la descarga de la aplicación procedemos a configurar los ejercicios.

Después de unos quince minutos ya tenía en mi móvil una tabla de ejercicios perfectamente detallada con tiempos y calorías consumidas en cada uno de ellos.

Primero: 10 minutos de bicicleta (cinco a nivel 3 y otros cinco a nivel 4).

Me dirijo hacia las bicis estáticas y veo una vacía. Me siento en ella y ¡no puedo creer lo que ven mis ojos! ¡Cada aparato tiene tele incorporada! Puedes poner el canal que quieras..., pero lo mejor de todo: ¡tiene acceso directo a Netflix!

Me parece increíble. No me extraña que la gente se enganche ahora a los gimnasios. Al final voy a tener la excusa perfecta para ponerme al día en las series de mi lista. La única pega es no poder traer un bol de palomitas para quemarlas mientras tanto. Conecto mis cascos a la máquina diabólica, introduzco mi contraseña y busco el capítulo en el que me había quedado: esta serie está

genial, es una americana en la que la protagonista, una ejecutiva de treinta y cinco años divorciada y con dos hijos que vive a mil por hora, se va a pasar unas vacaciones al pueblo en el que nació y se reencuentra con su primer amor, con el que, como no podía ser de otra forma, renace la llama del pasado nada más verse de nuevo.

Cuando termina el capítulo me doy cuenta de que ¡he estado 45 minutos pedaleando! No me lo puedo creer. Otro día sigo la tabla. Ahora tengo que irme a la ducha, de lo contrario no voy a llegar a recoger a los niños.

Cuando voy a bajarme de la bicicleta, al girarme me doy cuenta de que en el aparato de al lado alguien me observa. Me giro y cómo no: allí está Sebas sentado, mirándome con una sonrisa en su cara. Inmaculado, con un pantalón corto negro y una camiseta bastante ajustada también de color negro que resalta sus abdominales perfectamente marcados.

No quiero ni imaginarme las pintas que puedo tener yo en estos momentos. Lo único que sé es que el sudor resbala por mi cara, baja por mi cuello y que noto mis mejillas como si estuviesen a punto de arder. ¡Qué estará pasando por su cabecita viendo semejante estampa!

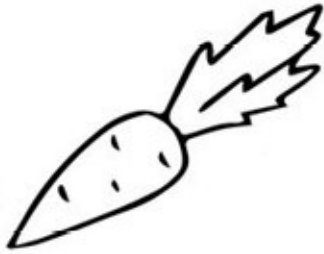
—Puedo ayudarte a bajar si necesitas ayuda —me dice de forma sádica al ver que casi me caigo de morros al intentar apoyar el segundo pie en el suelo. No fue buena idea engancharme a un capítulo entero después de llevar años sin hacer lo que se dice ejercicio aeróbico. Es como si mis piernas no respondiesen a mis impulsos.

—No, gracias. Puedo sola, pero se agradecen tus intenciones —le contesto con la sonrisa más falsa que soy capaz de poner.

—No te he visto mucho por aquí. No deben de coincidir nuestros horarios —me dice irónicamente mientras me mira de arriba abajo de forma muy descarada. ¡Tendrá morro! ¿Cómo es capaz de hablarme como si nada hubiese pasado? ¿Piensa que se va a reír de mí en mi cara? ¡Pues lo lleva claro!

—Es mi primer día, pero en lo de coincidir ya deberías saber que, en nosotros, no es nada nuevo —digo dándome la vuelta y poniéndome a andar en dirección a la salida.

Cuando salí de su ángulo de visión eché a correr hacia el vestuario como si alguien me persiguiese. ¿Pero qué se cree? ¿Cómo es posible que no le afecte nada de lo que pasó entre nosotros y sea capaz de actuar así? Por un momento noto cómo los ojos se me llenan de lágrimas de la rabia que va creciendo en mi interior. Se va a enterar. Tengo que conseguir que a mí tampoco me afecte. A ver quién juega más duro. Porque si hay una cosa que tengo clara es que esta vez no me va a volver a hacer daño. Ya no.



Viernes, 23 de febrero

No puedo casi moverme. He tenido que bajarme de la cama haciendo la croqueta, ya que no siento las piernas. No sé si a esto se le podría llamar agujetas o realmente me habré roto todas las fibras existentes en mi cuerpo. Se supone que con el tiempo me iré acostumbrando a pedalear hasta ser capaz de verme tres capítulos seguidos y salir como una rosa. Para el siguiente día pruebo con la cinta o la elíptica, a lo mejor es más *light*.

¡66,4 kilos! Está claro que algo falla. Y es que ayer al llegar a casa, entre el encuentro con Sebas y que no sé a vosotros, pero a mí el ejercicio me abre el apetito, la cena lo que se dice ligera no fue: un bol entero de ensalada de pasta completita que tenía en la nevera desde hacía unos días, acompañado de medio litro de Coca-Cola.

Esto me lleva a fijar el tercer punto de mi lista.

Propósito 3: Hacer una dieta equilibrada. Reducir la cantidad de azúcares que consumo al día, eliminar los carbohidratos a partir de las seis de la tarde e incorporar las legumbres y hortalizas a mis hábitos alimenticios. En el fondo la teoría me la sé y no parece difícil. A ver si así empezamos a notar los resultados.

Parte positiva del día: es viernes y tengo todo el fin de semana por delante para descansar un poco. Además, los niños lo pasarán con Javier. Parte negativa: tengo visitas atrasadas de trabajo, por lo que hoy me queda una recua de kilómetros por delante. Para el mes que viene es el cierre de objetivos y no quiero que Sergio tenga excusas justificadas para bajarme el porcentaje de cumplimiento y reducir mi paga extra. Así que si consigo arrastrarme hasta el

asiento de mi Ford, si llego, el resto es pan comido.

9:00 p. m. Acabo de entrar en casa y estoy deseando espatarrarme en el sofá. Me quito la ropa y me pongo mi pijama calentito de felpa con mis zapatillas rellenas de borreguito. Hace mucho tiempo que no experimento el placer de tener la tele y todo el sofá para mí (la televisión principalmente, porque en los pocos momentos que estamos en el piso, mis hijos la tienen secuestrada con la Play 4 y el dichoso Fornite). No me considero mala madre por pensar en disfrutar una noche de tranquilidad con manta y palomitas. Hoy me las merezco después del ejercicio de ayer.

Pillo el móvil y veo que tengo unos sesenta y cinco *wasaps* sin leer. La mayoría son de los grupos de padres de los compañeros de los niños. Odio esos grupos. Los tengo todos silenciados hasta el próximo año. Si no lo hiciese, estoy convencida de que mi cabeza sería capaz de llegar a explorar por el continuo goteo de mensajes que entran sin parar. Por no decir cuando entre dos madres o padres se ponen a chatear entre ellos dentro del dichoso grupo: ¿no se dan cuenta de que el resto tenemos vida y no nos interesa su conversación ni los veinte mensajes seguidos de emoticonos que se envían? Si a esto le añadimos que, teniendo en cuenta que tengo dos hijos y que los dos juegan en deportes de equipo, haciendo cálculos nos salen la friolera de unos ¡diez grupos activos a la vez!

Reviso los remitentes a ver si hay algo interesante. De pronto me doy cuenta de que me encuentro mirando lo que más de un año llevo evitando: ¡el estado de Sebas! ¿Para qué? ¿Me estaré ya volviendo una paranoica como mi hermana María? No, qué va, yo no soy así. Es simple curiosidad. Además, lo tengo bloqueado, por lo que él no puede saber ni que estoy en línea ni que lo estoy mirando. Y pienso dejarlo así. ¿Qué se ha creído con esa actitud de sobrado de ayer?

De repente mi móvil empieza a sonar metiéndome un susto de muerte.

—¡Menudo susto, María! —grito al responder.

—¿Qué pasa? ¿Interrumpí algo? —dice en tonito sarcástico.

—No, simpática. Es que estaba aquí concentrada con un tema del chollo y empezó a sonar de repente —mentí de forma deliberada, ya que ella vivió mi ruptura con Sebas y sabe de sobra los motivos. No me apetece que sepa que lo he vuelto a ver porque si no me va a estar comiendo la cabeza con: ten cuidado, no te fíes, aléjate de él, que te vuelve a enganchar y tú caes, ya sabes que los hombres no cambian, si lo hizo una vez lo volverá a hacer...

—¡Cancela todos los planes que tengas para mañana! ¡Nos vamos de concierto! Manu toca con su grupo en el nuevo local de moda del que te hablé el otro día, ¿te acuerdas? —dice emocionada.

—María, en serio, estoy reventada. Llevo una semana de locos y este fin de semana lo único que quiero es descansar —digo con la esperanza de que se apiade de mí.

—¡No puedes hacerme esto! ¡Sabes que llevo mucho tiempo sin salir de marcha y lo necesito! Además, estoy segura de que la arpía de la becaria es capaz de estar allí moviendo su culo para intentar camelarlo. ¡No puedes dejarme sola! —grita a punto de entrar en un ataque de ansiedad.

—Vale, vale. Pero cuando termine el concierto me retiro —contesto resignada.

—¡Genial! ¿Quién es la mejor hermanita pequeña del mundo? —La escucho decir mientras me puedo imaginar la cara de felicidad que tiene al otro lado de la línea después de haberse salido con la suya. ¿Cómo puede pasar de la histeria total a la alegría más eufórica en cuestión de segundos?



Domingo, 25 de febrero

¡Dios mío! Me explota la cabeza. No recordaba lo que era levantarse después de traspasar. Pero ahora me doy cuenta de cuánto lo odiaba. Reconozco que en mi vida ha habido varias etapas muy dispares entre sí, en lo relativo a mi forma de disfrutar los domingos: en mi juventud lo hacía levantándome a la una del mediodía y rememorando con los colegas las aventuras de la noche anterior; cuando con veintinueve años fui mamá, pasaron a ser como otro día cualquiera, ya que todas las noches cada tres horas tocaba biberón. Sin embargo, desde hace ya unos siete años, mi mayor placer es despertarme temprano para disfrutar de las máximas horas posibles de luz antes de acostarme y volver a la loca rutina del comienzo de semana.

Y es que, aunque ayer no me retiré muy tarde (véanse las 2:00 a. m. aproximadamente), mi cuerpo no está acostumbrado ya a estos excesos. ¡Con lo que yo era en mis tiempos mozos! ¡La reina de las noches! En mi etapa universitaria era capaz de salir de martes a domingo sin parar. Y no os creáis que era mala estudiante, sino todo lo contrario. Mis padres eran de la teoría de que mientras los resultados fuesen buenos, no pedirían explicaciones. Así que yo cumplía con las notas y, como vivía fuera de casa, ellos no tenían ni idea de mi vida nocturna.

Aún me acuerdo cuando los fines de semana trabajaba en uno de los locales

más de moda de mi ciudad: Kanal Oh! se llamaba. Nos lo pasábamos genial. Me venía los viernes en el último bus de la tarde y dejaba la mochila con las cosas para el fin de semana en casa de mi amiga Susi. Las dos trabajábamos en la misma barra del *pub* todos los viernes y sábados del año. ¡Qué recuerdos y cuántas anécdotas para no dormir! Después, al salir, nos íbamos a Real, una discoteca en la que trabajaban unos amigos, la cual estaba abierta hasta las siete de la mañana, para terminar desayunando un tres en uno en la cafetería que quedaba debajo de su casa, antes de recoger la mochila y hacer que llegaba a casa de mis padres directa en el primer autobús de la mañana.

Todo esto para que el otro día una amiga de mi sobrina Laura me preguntase: «¿Pero en tus tiempos se salía de noche?». ¿Pero qué se creen los adolescentes de hoy en día? ¿Que con cuarenta años pertenecemos a la Edad de Piedra? Pues realmente sí, eso es lo que piensan. Sobre todo, cuando les cuentas alguna aventura y sale a relucir que en aquellos tiempos no existían ni los móviles ni internet. Se quedan con cara de terror y mirada de pena, como compadeciéndose de ti.

Pero volviendo al día de ayer, después de una tarde de desenfreno en un intento de poner la casa al día y comenzar con el arreglo del jardín, lo cual quedó en eso mismo, en un intento, mi hermana María me llevó a cenar a Delicius, un agradable restaurante de comida tailandesa riquísima que acaban de abrir hace un par de meses. Conseguir mesa no es fácil, pero ya visteis cómo es María: cuando se propone convencer a alguien, os aseguro que lo consigue. Estoy segura de que después de unas cuantas llamadas al local indicándole al encargado que era cuestión de vida o muerte que le hiciese la reserva, este acabó por claudicar.

Durante la cena no podía parar de mirar la dichosa pantalla del móvil. No sé si era por la hora, para comprobar que el tiempo pasaba rápido y que quedaba poco para que empezase el concierto y así retirarme lo antes posible a descansar, o bien para ver si entraba algún mensaje interesante. María, que se dio cuenta enseguida, muy sutilmente, me preguntó:

—*¿Hay alguna novedad en tu vida que me quieras contar?*

—*¿Por qué preguntas eso?*

—*No sé, te noto rara estos últimos días. Estás como ida.*

—*María, ya sabes el ritmo de vida que llevo últimamente. Este año ha sido una locura y tengo un montón de temas atrasados que no consigo controlar. Entre el trabajo, la casa, los niños, los perros y las veinte llamadas de mami al día, tienes razón en que hay veces que no sé ni dónde tengo la cabeza. Pero me he propuesto organizarme y que este año sea distinto. Tengo que cambiar el ritmo de vida. Y tú deberías hacer lo mismo. Después de lo que hemos pasado,*

hay que sacar tiempo para disfrutar un poco y aprender a relativizar.

—¡Tienes razón! Así que ya sabes: esta noche a darlo todo y a disfrutar.

Así de fácil lo ve ella. Pero la verdad es que me alegra tanto verla tan bien y feliz que estoy dispuesta a intentar que esa noche la disfrute como nunca.

Tras la cena propone que vayamos yendo hacia el concierto. Entramos en el local y pedimos unas cervezas. En la cena no había bebido nada de alcohol, solo una Coca-Cola. Pero una vez dentro me puse a sopesar la posibilidad de cogermela y dejar de pensar en todo hasta el lunes.

Manu y su grupo estaban con los últimos preparativos antes de empezar a tocar. Había bastante gente formando un corrillo alrededor del escenario. En esos momentos lo único en lo que pensaba era en que la becaria no estuviese en él y así no se nos amargase la noche. María se alejó un momento, se acercó al grupo y se puso a ronronear a los pies de su novio, que se encontraba ya subido en el escenario.

A los pocos minutos empezaron a sonar los primeros acordes. A pesar de que Manu y su grupo han grabado un CD con unas cuantas canciones compuestas por ellos, en la actuación versionaron canciones conocidas. Cuando comenzó a tocar su guitarra, me di cuenta de que reconocía la canción: *Always*, de Bon Jovi. ¡Una de mis preferidas!

De repente, la pareja que tenía delante se apartó y entonces lo vi. Joder, no puede ser: Sebas. Mil y una preguntas empezaron a amontonarse en mi cabeza: «¿Que estará haciendo aquí? ¿Sabía ya que el concierto lo daba Manu? ¿Es una maldita broma del destino o bien ha buscado él este encuentro sabiendo que era probable que viniese a acompañar a María?».

No puede ser que después de un año habiendo conseguido no coincidir con él ni un solo día, ahora parezca que no hay ni un rincón en esta ciudad donde no nos vayamos a encontrar.

Cuando María lo vio se quedó pálida y vino corriendo a mi lado.

—Por favor, no dejes que me vea. No me apetece nada hablar con él. Esta noche era para disfrutar y ya de nuevo está aquí para fastidiarlo todo —le digo, buscando la forma de esconderme detrás de todas las personas que empezaban a arremolinarse para escuchar el concierto.

Pero me ve. Justo en ese instante Sebas alza la cabeza y su mirada se cruza con la mía. Con su altura estaba claro que no iba a ser difícil. Lo noto dudar unos segundos. Me doy cuenta de que no está solo. A su lado hay una chica. Sin embargo, Sebas no aparta sus ojos de mí. Esos ojos negros tan penetrantes que se me clavan provocando que me cueste hasta respirar.

Esa mirada que me obliga a darme cuenta de que soy gilipollas. No hay más. A ser consciente de que ese hombre que está a pocos metros de mí fue el

causante de que no fuese capaz de volver a sentir nada por nadie más después de nuestra ruptura y que me volvió fría y desconfiada. Que fue él quien hizo que entendiese que la gente no cambia y que llegas a una edad en la que es mejor estar sola que mal acompañada.

Pero aun así duele. Y me cuesta enfrentarme a tantos sentimientos encontrados cada vez que lo tengo enfrente. ¿Y quién será ella? ¿Será uno de mis engaños? ¿Cómo tiene la desfachatez de traerla a un concierto de Manu? ¿Y por qué no, si ya no somos nada?

Y entonces es cuando decidí que lo de la cogorza no estaba tan mal. Me giré dándole la espalda y me dirigí a la barra:

—Un G'vine con 1724, por favor —le digo al camarero. «Ya de cogérmela, por lo menos con glamur», pensé dejando la cerveza medio caliente que aún tenía en la mano.

—Sara, ¿estás segura de que estás bien? Si quieres que nos vayamos... —dice María, aunque en sus ojos noto lo importante que es para ella que nos quedemos.

—No te preocupes, estoy bien. Ya no me afecta. Porque, como dijimos antes, por una vez que salimos, pues habrá que disfrutarlo a tope, ¿no?

Y así llegamos al día de hoy. Después de la media cerveza, tres *gin-tonics* y una resaca de mil demonios, voy a intentar descansar el resto de horas que me quedan antes de ir a buscar a los niños a casa de Javier.



Martes, 27 de febrero

¡Mañana ya se acaba febrero! No me puedo creer lo rápido que pasan los días. Aún parece que fue ayer cuando estábamos celebrando la Nochebuena en casa de Raúl y ya han pasado ¡2 meses!

Cada año nuevo parece que el tiempo pasa más y más rápido. Sobre todo, lo noto desde que tengo hijos. Me parece increíble la velocidad con la que crecen.

El otro día se me acerca Miguel para preguntarme, como siempre, por algo que no encuentra pero que no ha empezado a buscar, y al girarme me doy cuenta de que ¡es igual de alto que yo! Pero ¿cuándo pegó este último estirón? Y eso que yo no soy baja para mi generación: mido 1,70 metros, o eso medía antes, porque pienso que ya he empezado a encoger (a lo alto, porque a lo ancho me expando).

¡Pero si hace nada aún lo cogía en brazos para llevarlo a la cama cada noche que se quedaba dormido en el sofá! ¿Cómo es posible que estos doce años hayan pasado sin darme cuenta?

Y con Santi ya me pierdo. De los segundos ni te enteras: cuando te das cuenta han pasado del biberón a tener móvil en un pestañeo.

Pero lo peor de todo es que dentro de dieciséis días cumplo un año más. Siempre me gustó cumplir años y celebrarlo por todo lo alto. Pero la verdad es que una vez que entras en esta década, cada vez que sumas uno te das cuenta de que empiezas la cuenta atrás: es como si los cuarenta fuesen el ecuador, por lo que una vez que los cumples comienzas a restar.

Todos mis compañeros dicen que los cuarenta de ahora son los nuevos treinta,

pero claro, partimos de la base de que la mayoría están entrando en la cincuentena y que no se consuela quien no quiere.

Al pensar en esto, recuerdo que hace cinco minutos acaba de entrar en mi calendario de Outlook una reunión programada por Sergio para mañana con carácter urgente. ¡A saber de qué se trata! Todos los años, en el primer trimestre vienen los cambios. Mi empresa está en pleno proceso de expansión y quiere entrar con fuerza en el mercado mexicano, así que creo que se avecinan sorpresas.

Confirmando mi asistencia, que si no luego se me olvida. La verdad es que cada vez me dan más pereza estas reuniones. Se hacen eternas. Están bien por ver a los compañeros, ya que al ir poco por la oficina con algunos es difícil coincidir, pero lo malo es que se suelen prolongar con comidas que terminan casi a la hora de cenar.

Y teniendo en cuenta que ayer no fue un día muy productivo laboralmente hablando (aún me duraban los efectos de la resaca, a lo que se unió una visita a un cliente gruñón a trescientos kilómetros de distancia y ayudar a Manu y Sergio con los exámenes parciales), se me va a acumular aún más el chollo, si es que es posible.

6:00 p. m. Mientras espero a que Miguel y Santi terminen de preparar las bolsas de la ducha para sus entrenamientos de baloncesto, me doy cuenta de que hace ya seis días desde mi estreno en Mr. Fitness y de que no he vuelto a pisarlo.

Paso por delante del baño y miro la báscula de reojo. No sé si debería subirme y arruinar lo que me queda de día. Desde el concierto del sábado se puede decir que el punto tres de mi lista quedó en *stand-by* y mi dieta, estos días, más que ligera podemos decir que estuvo formada por alimentos con elevadas dosis de azúcares variados.

¡66,6 kilos! ¡No me lo puedo creer! No solo no he conseguido mantener los cien gramos perdidos, sino que los he ganado multiplicados por dos. Hasta los dígitos se puede decir que forman un número diabólico. He dejado pasar ya la sexta parte del año y solo he fijado tres objetivos y cumplo uno de milagro (vamos, porque no se presentó la ocasión, que si no...).

—¡Vamos, mami, que vamos a llegar tarde! —grita Santi desesperado. Ojalá tuviera la misma prisa por las mañanas para ir al colegio. Entonces es cuando puedo estar yo chillando media hora para que apuren sin resultado alguno.

—¡Voy! ¡Voy! Un segundo, que estoy terminando de preparar mi bolsa para el gimnasio.

7:00 p.m. Una vez dentro de la sala de *fitness* y después de pensar unos cinco minutos, me decidí por la cinta. Me conecto a Netflix y coloco los cascos en las orejas, pero soy incapaz de concentrarme en el capítulo. No paro de pensar en el encuentro del sábado con Sebas: Después de la tercera copa y de bailar en el concierto como si no hubiese un mañana delante de él y su acompañante para demostrarle lo bien que me lo estaba pasando y lo poco que me importaba su presencia (lo sé, muy maduro), María y Manu consiguieron sacarme casi a rastras y acercarme hasta casa, ya que pillar el coche en mi estado no sería una buena idea.

¿Estará hoy por aquí? ¿Qué más me da que esté o no? Tengo que conseguir desconectar la idea de gimnasio con su persona. Eso no me aporta nada bueno.

Es más, tengo que reconocer que el cambio de aparato no fue porque me apeteciese más correr que pedalear, sino porque desde la cinta la panorámica de la sala es mejor.

Regreso a la realidad cuando veo en la pantallita del aparato los créditos que indican que el capítulo ha terminado. ¡Mierda! Tengo que ir pitando a la ducha, que si no voy a llegar tarde a recoger a los niños.

11:00 p. m. Me voy a la cama. Reconozco que estoy un poco decepcionada conmigo misma porque, en el fondo, me fastidió no ver a Sebas hoy. No sé qué esperaba. Tengo que conseguir cambiar eso y no sé cómo, porque está claro que así no avanzo.

Voy a poner varias alarmas, que mañana es la reunión y toca madrugar. Al coger el móvil suena el sonido de un SMS:

*Al menos de la cinta te bajas con más gracia. Buenas noches.
Que descanses.*



Miércoles, 28 de febrero

5:00 a. m. ¿Por qué no se pueden bloquear los SMS? ¿Con qué intenciones me lo manda? Creo que es bastante obvio que si lo tengo bloqueado en todas mis redes sociales, incluido el WhatsApp, es porque no quiero mantener ninguna conversación con él ni tener noticias suyas.

Desde que vi el mensaje de Sebas he intentado dormir y pasar del tema. Pero no lo he conseguido. No voy a entrar de nuevo en este juego. Esta vez va a ser diferente. Desde aquel último mensaje en el que le dejé claro que lo nuestro se había acabado para siempre, no volví a darle señales de vida. Él me llamó muchas veces los tres primeros días, aunque al cuarto se cansó. El quinto y el sexto los dedicó a enviarme mensajes con el propósito de recuperar lo nuestro a través de Facebook (que se me había olvidado bloquear). Eran mensajes bonitos indicando que todo era falso y que me quería. Se supone que me deberían haber hecho sentir mejor, pero su efecto fue el contrario. Mis pruebas eran contundentes y las evidencias claras. Por lo que lo único que consiguió fue que lo odiase más. Y si ahora lo que espera es una respuesta, va listo. Por mucho que me cueste contenerme.

Como dice mi hermana María: «Haz caso de las señales». Puede parecer una tontería, pero tiene toda la razón del mundo. Toda señal va unida a un motivo que la justifica y a un hecho que la respalda. Siempre que veía algo que no cuadraba, mi subconsciente era capaz de encontrar un motivo lo suficientemente estable para su justificación. Pero claro, cuando las señales se amontonan, está claro: blanco y en botella.

10:00 a. m. Prometo que he intentado por todos los medios adecentar mi aspecto para venir a la reunión, pero creo que este es uno de los inconvenientes de los cuarenta: cuando tenía la mitad de edad y llegaba a casa después de una noche loca y al día siguiente tocaba comida familiar, con una toallita desmaquilladora, crema hidratante y un poquito de base de maquillaje todo estaba arreglado.

Pero ahora no. Las bolsas y ojeras no hay forma de disimularlas y, teniendo en cuenta que mi cutis no es lo que era, todas esas líneas de expresión y arruguitas que han ido repartiéndose por toda mi cara en los últimos meses, cuando no duermo bien, parece que se multiplican por cien.

Y como no estaba de humor, después de la nohecita que he pasado, para ponerme a planchar el pelo, pues lo recogí en una coleta y listo. Total, solo es una reunión de trabajo, no voy a ir a los Óscar.

Al entrar en la oficina, veo a Sergio charlando animadamente en el medio del pasillo con otro chico que no me suena de nada. Me llama la atención su indumentaria. Cuando vamos a este tipo de reuniones todos mis compañeros del sexo masculino van de traje y corbata. Sin embargo, él no: un abrigo gris largo que marca unos anchos hombros; una camisa blanca sin corbata y unos vaqueros. Y su indumentaria termina en unos bonitos zapatos de color marrón con la puntera desgastada. No parece muy alto, un poco más que yo. No soy capaz de ver su cara, pero hay algo en su postura que llama mi atención.

Es otra de las cosas en las que noto la edad: ahora me fijo mucho en la expresión corporal de las personas, aspecto que anteriormente me hubiese dado igual si el chico estaba bueno. Sin embargo, ahora creo que dice mucho de la personalidad del individuo y es uno de los aspectos que más me atraen en un hombre. Ya puede ser muy guapo, que si forma de moverse y colocarse no me gusta, para mí pierde todo su atractivo (puede que me esté volviendo demasiado exigente). Y la del nuevo chico desconocido de la oficina se puede decir que no está mal.

Después de todos los saludos oportunos al resto de los asistentes, vamos entrando a la sala de reuniones. Me siento junto a Inma, como es costumbre, y aprovechamos para ponernos al día y desahogarnos un poco por los retrasos en las tareas.

—Cuando entré me fijé en que Sergio estaba hablando con un chico al que no conozco. ¿Sabes quién es? —la interrogó de forma disimulada.

—Supongo que te refieres a Paco. Se acaba de incorporar la semana pasada a la empresa. Viene de fuera a sustituir a José, que se jubila en tres días. Me

imagino que aprovechará la reunión de hoy para presentarlo —dice Inma mientras enciende su portátil.

—¡Ah! ¿Lo conoces ya? —Me entra la curiosidad.

—Coincidí con él ayer, cuando pasé por aquí después de mi última visita. Creo que va a estar unos días por la oficina para ponerse al día y hacer el traspaso de la cartera de clientes.

Justo en ese momento, entra Sergio seguido de Paco en la sala y este se sienta enfrente de mí. Eran los únicos que faltaban para poder empezar la reunión. Paco me mira y me saluda con una sonrisa, la cual le devuelvo.

Tengo que reconocer que es un chico atractivo. La verdad, sin ofender al pobre José, que es un encanto, físicamente hay que reconocer que ganamos bastante con el cambio. Ya no solo es cuestión de edad, ya que considero que hay muchos hombres que ganan mucho con los años y creo que José fue uno de ellos, pero el físico no es uno de sus fuertes.

Me gusta su peinado. Tiene el pelo como enmarañado, de un precioso color tabaco a juego con su barba, corta pero espesa, tal y como se lleva ahora, no estilo *hípster*, que en mi opinión ya pasó de moda y la verdad es que a mí nunca me gustó. Sus ojos son de un verde intenso; la nariz, rotunda pero elegante y masculina, como a mí me gusta.

Ahora es cuando me arrepiento de no haberme esmerado más esta mañana en mi aspecto. No es por nada en especial, el resto de mis compañeros ya están acostumbrados a él en función de mi estado emocional. La verdad es que cuando consigo estar más o menos al día y bien conmigo misma, voy hecha un primor. Pero este último año reconozco que he sido un desastre y la mayor parte de las veces me he conformado con coger lo primero que encontraba en el armario con el fin de ahorrar cinco minutos. Además, con los kilos que he ganado, no toda la ropa me sienta lo que se dice genial, por lo que suelo tirar de las prendas que me resultan más cómodas.

Esto me lleva a fijar sin falta el siguiente punto de mi lista.

Propósito 4: Renovación de mi armario. En el último año, siempre que he ido de compras, terminaba pillando solo para los niños, o bien cuando conseguía encontrar algo para mí, al final me decidía por ropa cómoda y práctica. Los días que no voy a visitar a los clientes de mi cartera, al final, para andar de un lado a otro de taxista de Miguel y Santi y trabajar desde casa en el ordenador, con unas mallas remetidas por dentro de mis UGG imitación y un jersey flojo voy lista. Y con los dos trajes que tengo, para el resto de los días voy arreglando.

Pero hace tres años, cuando empecé en la empresa, no era así. Con la emoción del cambio de puesto, teniendo en cuenta que mi relación con Sebas iba viento

en popa y que mi cuerpo lucía bastante más esbelto, pues me preocupaba de lucirlo y no me costaba nada arreglarme. Es más, me encantaba sentirme guapa y cada poco me compraba algún trapito o complemento.

—Antes de empezar con la reunión os quiero presentar a nuestro nuevo compañero Paco, que se acaba de incorporar a nuestra delegación. Sustituirá a José, que como sabéis pasará a mejor vida en tres días, en el mejor sentido de la expresión —dice Sergio, riéndose de forma escandalosa y devolviéndome a la realidad.

—Buenos días a todos y encantado de empezar a trabajar con vosotros. Espero aportar mi experiencia al puesto y que tengáis paciencia conmigo mientras me pongo al día —contesta Paco con una sonrisa dirigiéndose a toda la sala.

Tiene una bonita voz. No sabría decir su edad, pero creo que algo más joven que yo. La verdad es que soy muy mala echando años a la gente, pero de un tiempo a esta parte reconozco que me atraen los hombres maduros. Ahora que ya tengo a un preadolescente en casa, a los jovencillos los veo más desde un punto de vista materno, por muy buenos que estén.

8:00 p. m. Después de todos los cambios que nos comunicó Sergio (desde los traslados de compañeros de la central a México hasta las nuevas herramientas ofimáticas que se han empeñado en que tenemos que empezar a utilizar este año y que para lo único que sirven es para duplicarnos el trabajo), fuimos a comer todos juntos al restaurante de abajo de la oficina. Al final no estuvo tan mal, hasta reconozco que me divertí por momentos.

Además, tengo que reconocer que gracias a la novedad de Paco fui capaz de olvidarme durante todo el día del SMS de Sebas. Pero ahora, al llegar a casa y coger el teléfono para devolverle todas las llamadas a mi madre, no puedo evitar releerlo. Lo mejor es que lo borre y me olvide del asunto. Malo será que vuelva a coincidir con él los próximos días en el gimnasio. Tendré que buscar un horario en el que sepa que él no puede ir y listo (es lo bueno de haber estado tantos años de relación, que más o menos conozco su rutina y raro sería que tanto hubiese cambiado).

De repente oigo a Miguel llamándome a gritos, para variar, desde su habitación. Por lo poco que pude entender, parece tener problemas con un ejercicio de matemáticas.

Será mejor que acuda en su ayuda... Luego lo borro.



Jueves, 1 de marzo

¡Me encanta este mes! Supongo que influirá el hecho de que haya nacido en él y también que sea el responsable de que se acabe el invierno y comience la primavera, que es mi estación del año favorita.

Hoy me he despertado con una actitud positiva. He decidido tomarme en serio mi cambio de chip y mi lista de propósitos. ¡Mes nuevo, vida nueva!

He conseguido levantarme con el tiempo suficiente para pegarme una buena ducha caliente y preparar un desayuno en condiciones. La verdad es que es la comida que más me gusta del día, pero con las prisas siempre acabo bebiéndome un ColaCao a toda prisa y cogiendo lo primero dulce que me queda a tiro (es uno de los principales problemas de tener hijos e intentar hacer dieta, que siempre tienes la casa llena de veinte tipos diferentes de galletas, por no hablar de los bollitos de leche o magdalenas).

Pero hoy tengo tiempo. Me pongo manos a la obra y comienzo preparando unas tostadas con el pan que me sobró de ayer, con aceite de oliva virgen y tomate triturado, acompañadas de un zumo de naranja natural y un descafeinado sin lactosa.

Cuando veo mi resultado me siento muy orgullosa. La verdad es que con lo poco que cuesta una vez que lo haces... ¡Pero empezar es tan difícil! Por no hablar de conseguir convertirlo en una costumbre.

Dicen que para establecer un hábito solo lo consigues cuando eres capaz de

realizarlo durante veintiún días de forma consecutiva. Así que, mirándolo así, solo me quedarían veinte. No parecen tantos...

Cuando los niños se levantan me miran con cara de extrañeza:

—Mami, ¿y esto? —dice Santi mirando el despliegue de tostadas, zumos y ColaCaos que invaden toda la mesa de la cocina.

—Vuestro desayuno, cariño. ¿No te gusta?

—Sí, me encanta. Lo que pasa es que se me hace raro. ¡Parece el desayuno bufé de un hotel! —exclama con esa carita somnolienta que dan ganas de achuchar.

—¡Pues venga! ¡A desayunar los dos, que no quiero que lleguéis tarde!

—¿Y tú tan arreglada? —dice Miguel mientras coge una tostada y me mira de arriba abajo.

Esto último no sé si me halaga o me preocupa, porque no es que me haya puesto precisamente de tiros largos: unos vaqueros ceñidos que siempre me gustaron porque creo que me hacen un buen culo (aunque llevaba tiempo sin ponérmelos y me aprietan un poco más de lo normal), con una americana y unos zapatos con un poco de tacón. Es cierto que me he echado un poco de rímel y les puse brillo a los labios, pero por su cara de sorpresa tengo que empezar a cuestionarme cuál es la imagen que les proyecto a diario. Aunque casi mejor no saberlo.

11:00 a. m. Oficina. No es que tuviese que venir hoy de forma urgente, pero como tenía la liquidación de los viajes del mes pasado pendiente de enviar a la central, pues pensé que no estaría mal que, por primera vez en los tres años que llevo trabajando, la mandase de forma puntual. Aunque puede, pero solo de forma remota, que la posibilidad de ver a Paco haya influido algo en ello.

Ayer la verdad es que solo intercambiamos un par de palabras durante la comida, pero me pareció muy majo. No sé, tiene algo que despierta mi curiosidad. No porque me parezca guapo, que me lo parece. Quizás porque... porque tiene pinta de ser un tipo con una vida interesante.

Mientras comíamos, Inma y el resto de mis compañeros estuvieron interrogándolo acerca de su vida: de dónde era, en qué empresas había estado trabajando antes, si estaba contento con el cambio... Y él contestaba a todas sus preguntas con una sonrisa, sin parar de hablar. Me hubiese gustado preguntarle más cosas: «¿qué edad tienes?, ¿estás casado?, ¿tienes hijos...?», pero decidí que no era el momento más apropiado.

Echo un vistazo a mi alrededor a ver si veo a algún compañero interesante

para intercambiar un par de impresiones y, como no es el caso, me dirijo a mi mesa.

Al cabo de un par de horas, cuando ya tengo todo prácticamente preparado para enviar, levanto la mirada y justo, en la segunda fila frente a mi mesa, lo veo. Paco frunce el ceño delante de su portátil. Me quedo observándolo y empiezo a imaginarme qué tipo de música escuchará, si será de esos chicos selectos con la música que escucha o de los del *trap* infernal, si será exquisito en cuanto a gustos culinarios o no (me da que es de los que en la primera cita te llevaría al nuevo local de *sushi* de la ciudad) y que, además, tiene pinta de entender de vinos. Y de mujeres. De eso también tiene pinta.

O a lo mejor todas esas impresiones son solo un montón de cosas que mi imaginación desea creer y solamente es un treintañero (que es lo que aparenta) con mentalidad de preadolescente y dos dedos de frente cuyos únicos intereses son la juerga y acostarse con una diferente cada noche, llevándola antes a cenar al primer local de comida rápida que le quede a mano.

Consigo terminar con el papeleo y me levanto para llevar el sobre a Elena, la administrativa que tenemos en la oficina que se encarga de la valija y de hacer los envíos. Pero en esos instantes, sin poder evitarlo, mis ojos se dirigen hacia el pelo revuelto de Paco, el cual lleva un poco largo. La verdad es que tiene un color bonito. Al igual que el de su barba. Sigo bajando la mirada hacia su torso y me doy cuenta de que su camisa tiene dos botones abiertos y no veo pelo en su torso... ¿Tendrá por el resto del cuerpo?

Mientras mi imaginación comienza a volar hacia el resto de las partes de su cuerpo sin ropa, levanto los ojos y me encuentro de golpe con sus dos ojos verdes mirándome de forma divertida. Intento disimular, sin apartar la mirada, el hecho de que me lo estaba imaginando desnudo, así que le sonrío y me voy directa a donde se encuentra Elena.

—Buenos días, Elena. Necesitaba que este sobre saliese en la valija de hoy. ¿Es posible?

—¡Claro, Sara! Aún no la cerré. No te preocupes, que yo me encargo.

—Mil gracias. —Me despido de ella con una sonrisa. La verdad es que es un encanto. Es la típica persona que siempre te transmite energía positiva.

Me dirijo a Paco para intentar romper un poco el hielo y hacerle ver que antes estaba con mi mente en otro lado y no recorriendo su anatomía e imaginándomelo en cueros.

—¡Buenos días! ¿Cómo lo llevas? ¿Poniéndote al día? —digo en un alarde de originalidad.

—¡Hola, Sara! La verdad es que un poco agobiado. Son tantas aplicaciones diferentes que me estoy volviendo loco. Estoy deseando empezar con las visitas

para conocer a mis clientes, pero antes necesito revisar toda la documentación de cada uno de ellos y la verdad es que me pierdo con tantos sitios en donde mirar.

—Bueno, si necesitas ayuda ya sabes. Para eso estamos, que todos pasamos por lo mismo —le contesto con mi mejor sonrisa y dándome cuenta de que estoy coqueteando con él y no sé por qué. Por muy mono que me parezca nunca se me ocurriría tener un lío con nadie del trabajo. Lo que me hacía falta, vamos.

—¡Te tomo la palabra! No sabes dónde te has metido —me contesta riéndose de forma que puedo ver sus dientes blancos y perfectos. No sé cómo explicar la sensación que me produjo su sonrisa.

De repente, veo que se pone en pie y se aproxima a mí.

—Muchas gracias, de verdad. Me alegro de verte de nuevo —dice mientras me planta dos besos en las mejillas y yo me quedo tiesa sin saber cómo reaccionar. En esos momentos me llega su olor, no sé cómo describirlo, es a un perfume con un aroma suave pero masculino a la vez. Noto como los pelos de su barba me hacen cosquillas y la calidez de su aliento hace que note como el color empieza a subir por mis mejillas.

—De nada, en serio —digo mientras me separo intentando disimular lo quinceañera que me siento en este momento. ¿Qué me pasa? Es solo un nuevo compañero. Nada más. Sería bueno que consiguiese verlo con los mismos ojos que al bueno de José (aunque es bastante complicado, teniendo en cuenta la comparación).

11:00 p. m. Terminando mi día de locos. Pero lo bueno es que mañana por la tarde comienza un nuevo fin de semana. La verdad es que estos días se me están pasando volando. Ya en breve empiezan las vacaciones de Semana Santa y en catorce días me caen los 41.

Un *e-mail* suena en mi móvil. ¿Pero quién seguirá trabajando a estas horas?

Remitente: Francisco Montero

Asunto: Buenas noches

Muchas gracias por tu ofrecimiento. Que sepas que lo voy a tener muy en cuenta. Por cierto, aunque no te lo dije esta mañana, hoy estabas especialmente guapa.

Un cordial saludo,

Paco

Estoy alucinando en colores. Casi me da un soponcio al ver el nombre de Paco al final del mensaje. ¿Es cosa mía o está intentando ligar conmigo? Reflexioné un momento. No tengo muy claras las intenciones de este mensaje. A lo mejor soy yo, que me estoy volviendo paranoica, y lo único que quiere es ser amable. Pero entonces, ¿por qué me dice lo de lo guapa que estoy? Aunque también puede ser por las pintas que llevaba el primer día que me vio. A lo mejor Miguel esta mañana tenía razón y mi cambio fue demasiado radical.

Remitente: Sara García

Asunto: Buenas noches también de mi parte

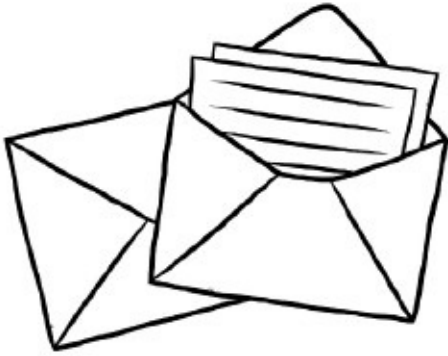
No tienes por qué darlas. Para eso somos un equipo y, como compañera, en lo que te pueda servir de ayuda, a tu disposición. Por cierto, tú tampoco estabas nada mal hoy.

Un cordial saludo,

Sara

Pero... ¿cómo he podido contestarle así? Ahora me arrepiento de haberle mandado el mensaje. Pero bueno, tampoco he hecho nada que él no hiciese antes. Y ahora qué: ¿me quedo a mirar el teléfono como una imbécil durante horas a ver si contesta?

Mejor no. Lo apago y me meto en la cama. Hoy la alarma la pongo en el teléfono de Miguel. Y con una sonrisa tonta apago la luz de la lamparita de al lado de mi cama.



Viernes, 2 de marzo

66,2 kilos. ¡Muy, pero que muy bien!

Supongo que la última sesión de gimnasio, unida a dos días de desayuno sano y saludable, comienza a dar resultados. Estas son las pequeñas cosas que hacen que tengas un buen comienzo por la mañana: ver que si te esfuerzas empiezas a estar más cerca de tus metas. Ya sé que solo son unos gramos, pero lo importante es que la tendencia es a la baja.

Al ir a sacar la ropa de la lavadora me doy cuenta de que está chorreando. No funcionó el centrifugado. Ya me había fallado hace unos meses y me costó una pasta repararla. Por lo que me va a tocar comprar una nueva. Y encima este mes, que es cuando tengo que pagar los campamentos de verano de los niños si no quiero que se queden sin plaza. E intentar contar con que Javier colabore es una tontería, ya no pierdo fuerzas en el intento.

¡La dichosa Ley de Murphy! Conmigo siempre se cumple. Estas son las pequeñas cosas que ensombrecen las anteriores.

Propósito 5: Conseguir ahorrar algo (ya no especifico cantidad, ya que con que ahorre algo ya será más de lo que llevo hasta ahora).

Es uno de los temas que te planteas cuando llegas a esta edad. Hasta ahora nunca me importó el tener dinero en el banco. No me quejo de mi sueldo, pero dos hijos dan mucho gasto (y dos perros aún más). Tengo que reconocer que nunca he escatimado en nada. El piso en el que vivimos es de alquiler, pero en una de las zonas más exclusivas de la ciudad, de ahí que su precio sea bastante elevado. Es un bajo muy bonito con un amplio jardín en el que Lebrón y Jordan

pueden estar correteando todo el día a sus anchas. La playa nos queda a 300 metros, pero lo más importante es que mis padres viven al lado y os aseguro que eso no se paga con dinero. El tener a los abuelos cerca siempre es de gran ayuda (como ahora, ya que serán los encargados de centrifugarme la colada).

Pero después del tratamiento de mi hermana María te das cuenta que, aunque el dinero no es lo más importante, el tenerlo ayuda.

7:00 p. m. ¡Fin de la jornada! ¡Al fin empieza el fin de semana! No he tenido noticias de Paco en todo el día. Después de mi mensaje de anoche no volví a tener contestación. Y eso que fue lo primero que comprobé al despertarme y encender mi móvil. Debí de hacerme pajas mentales con las intenciones del suyo. Es un tío joven con buen rollo y hoy en día son tan abiertos, y eso unido a que llevo más de un año a palo seco, que con que me digan que estoy guapa me vengo muy arriba.

Aunque a lo mejor no lo ha leído. Tenía que haberlo enviado con confirmación de lectura. Al llegar a casa puedo intentar recuperarlo. Creo que Outlook tenía esa opción... ¡Ahora es cuando te das cuenta de lo importante que es hacer esos dichosos cursos *on-line* de ofimática que te mandan cada dos por tres desde la central para que te actualices y de los que pasas! Seguro que Miguel sabe hacerlo...

Es increíble pensar que, con doce o diez años, tanto Miguel como Santi me dan mil vueltas en cualquier tema relacionado con los aparatos electrónicos que tenemos en casa. Llevo utilizando el ordenador unos veinte años más que cualquiera de los dos y aun así me podrían dar un máster en cualquier programa de Office. Por no hablar ya de las aplicaciones de móvil, *tablet* o manejo de mandos inalámbricos variados. Esto me hace sentir mayor.

11:00 p. m. No solo no he conseguido recuperar el dichoso mensaje, sino que mi móvil, en este preciso instante, suena avisándome de la entrada de un nuevo *e-mail*. ¿Un viernes a las once de la noche?

Remitente: Francisco Montero

Asunto: Buenas noches, guapa

Mi jornada laboral de hoy ha sido muy dura. Me han asaltado muchas

dudas acerca del funcionamiento de la herramienta de gestión comercial que no he sido capaz de subsanar. Me preguntaba si sería posible quedar el lunes para almorzar y que así, de esa forma, me ayudases como buena compañera.

Con gratitud,

Paco

P. D.: Sé buena el fin de semana.

¡O estoy loca o se me está insinuando en este mensaje! Tengo que reflexionar un momento. «Sara, que luego las cosas se te van de las manos», pienso en voz alta mientras releo una y otra vez el dichoso texto que aparece en la pantalla de mi móvil. Lo mejor sería no contestar y el lunes decirle que tengo programada una visita a un cliente y que me es imposible. Pero, por otra parte, si me ofrecí ayer y le dije que contase conmigo, tampoco sería de muy buena compañera pasar de él...

Claro que la ayuda que se me pasa por la cabeza ofrecerle en estos momentos no es precisamente con la aplicación informática.

Este fue el mensaje de respuesta:

Remitente: Sara García

Asunto: Buenas noches, chico nuevo

Me siento en el deber de empatizar con mi nuevo compañero, por lo que organizaré mi agenda para poder reunirme contigo el lunes a la hora del almuerzo. Agradecería que me envíes la propuesta de reunión a mi calendario de Outlook con la hora y el lugar de encuentro. Espero tu convocatoria.

Atentamente,

Sara

P. D.: Creo que tienes más peligro tú que yo. Cuidado con las borracheras, ya que sería bueno que el lunes tu mente luciese despejada.

A ver si así consigo despejar alguna de las incógnitas que me rondan. Al fin vamos a saber si es chico de *sushi* o de comida rápida.



Domingo, 4 de marzo

Totalmente exhausta después de haber pasado todo el fin de semana preparando la «no cita» con Paco de mañana. Sé que es solo una comida de trabajo de una compañera solidaria que se presta a ayudar a un compañero novato, pero no está de más dar una buena imagen.

A veces, lo único que necesitamos para arrancar es un aliciente, y Paco se ha convertido en el mío.

Así que ayer aproveché que los niños tenían el cumpleaños de unos amigos para ir de compras y a la peluquería, y así eliminar las dichas canas que desde hace unos años han decidido poblar mis raíces. Estos son dos de los principales problemas a los que te enfrentas cuando eres una madre cuarentañera: el primero, que tus hijos pequeños tienen mucha más vida social que tú (si es que tienes alguna), y el segundo, que las visitas a la peluquería tienen que ser mucho más frecuentes y, sin embargo, lo tienes mucho más difícil para cuadrarlas.

Por eso, cuando consigo cuadrar la cita en la peluquería, cada dos o tres meses, necesito al menos de dos a tres horas para una buena puesta a punto: tinte para tapar las raíces blancas, mechas para intentar darle algo de vida al pelo, que con el paso de los años se vuelve más fino y apagado, eliminación de bigote o pelos situados en el labio superior (parece que suena como más femenino), depilación de cejas y, gracias a que estamos en invierno, solo toca hacer la manicura (la pedicura puede esperar a la siguiente cita), ya que si mañana voy a tener que explicarle a Paco las aplicaciones informáticas, mis uñas serán una de las partes del cuerpo más expuestas a esos preciosos ojos verdes.

Y no me digas por qué, pero solo el hecho de tener las uñas arregladas y pintadas de rojo me hace sentir que puedo con cualquier cosa. Solo mirarlas me

da una dosis de optimismo que creo que me como el mundo (o incluso a Paco en este caso).

Es increíble la cantidad de gente que se puede llegar a juntar un sábado por la tarde en los centros comerciales. Y si llueve, como era el caso, os podéis imaginar. Y como además necesito encontrar el modelo perfecto, esto iba a implicar tener que recorrer unas cuantas tiendas antes de lograrlo. El problema de no saber a dónde me va a llevar a comer es que necesito un *look* que me sirva para cualquiera de las opciones que pueda elegir: desde un restaurante de postín hasta, Dios no lo quiera, el Burger King.

Después de recorrer unas veinte tiendas diferentes y rebuscar como una posea en el primer día de rebajas, me decanté por unos *leggings* de Zara de cuero negro, con un jersey de cuello alto negro ceñido de Stradivarius y unos zapatos muy monos con poco tacón y piedrecillas incrustadas de Bimba y Lola (Paco no es muy alto y prefiero no arriesgar). En Mango encontré una gabardina muy bonita en color mostaza para rematar el conjunto.

Decidí también que era hora de hacer una limpieza en mi cajón de ropa interior. Como llevo tanto tiempo sin tener relaciones, es un tema que he dejado un poco de lado, por lo que se puede decir que desde que Sebas y yo terminamos no me he preocupado mucho de mis conjuntos de lencería. Sencillamente, suelo ponerme lo que me queda más a mano cuando abro el cajón, ya que en los últimos tiempos ninguna prenda difiere mucho de la otra: braguitas de algodón blancas o negras y sujetadores básicos en los mismos colores. Total, para que no los vea nadie, pues me decanto por lo cómodo.

Después de tres bodis de encaje con sujetador *push up* incorporado y un conjuntito con *culotte* en tonos morados muy sexi, puedo decir que me sentía mucho mejor. Es sorprendente la forma en que las mujeres ganamos confianza en nosotras mismas con un pintauñas y un poco de licra.

8:00 p. m. El día de hoy lo he dedicado a un repaso de la depilación corporal, masajes con crema hidratante en un intento de disolver la celulitis alojada en mis muslos, piedra pómez para las durezas de los talones y limpieza de la casa mientras los niños preparan los exámenes de esta semana.

Miro el móvil unas cuantas veces porque aún no me ha llegado la notificación del Outlook con la programación de la «no cita». ¿Se habrá olvidado? ¿Y si no me lo manda? ¿Le mandaré yo un mensaje para que me diga hora? Mira que le dije que tenía que organizarme. ¿Qué se cree? ¿Que me puede avisar cinco minutos antes?

Me doy cuenta de que estoy empezando a impacientarme un poco. ¿Por qué le doy tanta importancia? Ni que me gustase Paco o me fuese la vida en quedar con él. Está claro que la novedad me hace gracia, pero nada más.

La verdad es que después de lo de Sebas mis intentos por relacionarme con el sexo opuesto se pueden resumir a dos ocasiones esporádicas, las cuales no puedo considerar muy satisfactorias. Se puede decir que él me quitó las ganas de intentarlo, de creer que existiría alguien que realmente valiera la pena.

Mentiría si dijese que me pilló por sorpresa el enterarme de su engaño, ya que nuestra relación, al final, era cada vez más distante. Con la excusa de que los fines de semana trabajaba de portero en la discoteca más de moda de la ciudad, se pasaba el resto de los días cansado por la acumulación de la falta de sueño y siempre había una u otra milonga que lo alejaba de mí y de mi cama.

Lo que más me dolió fue una de las personas con las que eligió hacerlo. No era mi amiga, pero sí habíamos salido a cenar unas cuantas veces juntos porque trabajaba con él y nunca me lo hubiese imaginado. Incluso ella me había ayudado a organizar su fiesta de cumpleaños. Nos habíamos mandado mensajes. Me había aconsejado con los detalles. Habíamos reído juntas e incluso siempre se encargaba de airear la buena pareja que hacíamos Sebas y yo. Más tarde me enteré de que de aquellas ya estaban liados. En aquellos momentos estaba claro que a ninguno de los dos le importaba una mierda cómo me pudiese sentir. No puedo decir nada contra ella. El único culpable fue él. Sebas era mi pareja, mi amigo. Él era el que tenía el compromiso conmigo. Y encima lo negó una y otra vez, cuando yo tenía decenas de pruebas de ello.

Pero no era la primera vez. Después de nuestro primer año de relación tuvimos una ruptura que duró 6 meses. En aquella ocasión fue más lamentable aún. No fue necesario ni pillarlo en un renuncio, ni siquiera un mensaje. Simplemente, un día, fue él quien me dijo que necesitaba dejarlo un tiempo porque no sabía si seguía enamorado de su exmujer... y que necesitaba confirmarlo.

Cuando empezamos a salir me enteré de que había estado casado y que llevaba menos de un año separado. No tenían hijos, por lo que yo misma supuse que no había razones para que siguiesen manteniendo contacto, ya que ella, cuando se separaron, se fue a trabajar fuera. Pero justo cuando estábamos en lo mejor de nuestra relación, decidió volver e intentarlo de nuevo con Sebas.

Y yo, como buena amiga y teniendo en cuenta que después de un divorcio complicado y con dos niños pequeños no quería sufrir más ni perderlo como amigo, pues accedí a romper temporalmente nuestra relación hasta que él se aclarase. Eso le llevó medio año, que fue cuando decidió volver llorando y diciendo que había sido el mayor error de su vida porque estaba locamente

enamorado de mí. Y, cómo no, yo lo recibí con los brazos abiertos de nuevo.

11:53 p. m. Ahora que estaba ya consiguiendo quedarme dormida, suena el móvil:

Remitente: Francisco Montero

Asunto: Convocatoria de reunión

Lugar: La Consentida

Día: 05/03/2018

Hora: 14:30

Confirmar Confirmar con mensaje Rechazar

¡Bueno! Una grata sorpresa. No es *sushi*, pero sí es un local que me encanta. No va mal. De momento cumple las expectativas. Al final mereció la pena la espera. Voy a esperar hasta mañana para darle a «confirmar». Por supuesto sin mensaje...



Lunes, 5 de marzo

2:25 p. m. Aquí me encuentro, dándole los últimos retoques a mi maquillaje metida dentro del coche, el cual he aparcado a unos cincuenta metros de distancia del restaurante, pero con una buena perspectiva de su entrada. La idea es hacer tiempo hasta que vea a Paco entrar. El único inconveniente es que ya esté dentro.

No quiero llegar antes que él, no vaya a ser que piense que estoy desesperada y deseosa por verlo y comer con él. Pero tampoco quiero llegar tarde, ya que no quiero que se haga una idea equivocada pensando que soy una informal y que me resulta una lata ayudarlo. Un verdadero dilema.

2:35 p. m. No lo veo entrar, por lo que voy a ir yendo. No quiero arriesgar. Me miro por última vez en el espejo retrovisor y me doy otra pasada con mi nuevo pintalabios rojo, comprado para la ocasión.

Me pasa lo mismo que con las uñas. Ya puedo estar hecha un desastre, que me pinto los labios de rojo y, oye, me convierto en otra persona. Mi cara cambia por completo y mi estado de ánimo también.

Es una imagen que tengo grabada de cuando acompañé a María a una de sus primeras sesiones de quimio. Mientras estábamos esperando en la sala de espera, justo a nuestro lado se sentó una mujer de unos 60 años. Era guapísima: alta, delgada e iba vestida muy elegante con un precioso pañuelo en la cabeza de

color turquesa a juego con su abrigo. Al mirarla, lo que más me llamó la atención fueron sus labios rojos.

Después de ese día coincidimos varios más y llegamos a entablar con ella una buena amistad, y es hoy el día que aún mantenemos el contacto por WhatsApp. Y como ella decía: «Lo importante es la actitud, y con un pintalabios rojo pasión nada ni nadie podrán contigo».

2:40 p. m. Tomé la decisión correcta, ya que nada más entrar lo vi: en una bonita mesa al fondo del local, concentrado en su móvil..., no sé si escribiendo mensajitos a su novia o mujer o mandando algún *e-mail* de trabajo.

Tengo que reconocer que es guapo, o por lo menos a mí me lo parece. Lo poco que veo de su indumentaria me hace aún tener menos idea de cuál será su edad: puede ir desde los ventimuchos hasta los cuarenta. Reconozco que no es una de mis virtudes la de adivinar los años de las personas, pero es que hoy en día la mayoría se cuida tanto que es difícil acertar. El margen de error es elevado.

En ese momento levanta la vista de la pantalla del móvil y al verme sonrío. Reconozco que su sonrisa tiene algo que encandila: es una mezcla entre canalla e infantil que lo hace definitivamente irresistible. Y creo que él lo sabe.

Sus ojazos verdes se achinan y bajo su barba se acentúan unos bonitos hoyuelos, que le dan un aire travieso. Tiene el pelo tan enmarañado como el día que lo conocí, lo que le da un toque tan natural que me encanta. Nunca me gustaron los chicos con la cabeza llena de gomina. Es como lo de los pantalones vaqueros de tiro bajo ceñidos hasta los tobillos. Son modas en las que me doy cuenta de que voy mayor, porque no les encuentro el lado sexi.

—¡Sara! ¡Mi salvadora! —grita mientras se levanta directo hacia mí y me planta dos besos en la cara mientras apoya su mano en mi brazo. Al acercarse, huelo el mismo perfume que llevaba el otro día en la oficina, al que podría llegar a acostumbrarme de buena gana.

—¿Qué tal vas? Tampoco estarás tan perdido. Estoy convencida de que con tu encanto personal ya habrás conseguido engañar a muchos para que te ayuden —contesto con mi sonrisa más sensual mientras le guiño un ojo. ¡Vamos bien! ¡Lo importante es conseguir llevar las riendas de la situación desde el principio!

—Ja, ja, ja. Veo que me miras con buenos ojos. Espero que te guste el local. Me hablaron muy bien de él. Aún ando un poco perdido con el traslado y no me ha dado tiempo a conocer mucho la ciudad. Si te parece bien, primero pedimos —dice mientras me pasa la carta.

Hacía mucho tiempo que no conseguía tener una conversación tan natural y

fluida con una persona del sexo opuesto. Es curiosa la vida. Nos acabamos de conocer y sin embargo pasamos más de cuatro horas hablando sin parar. Me contó un poco de su vida y del pueblo donde había nacido, de los trabajos en los que estuvo y cómo, sin esperarlo, llegó a donde nos encontramos. Yo lo puse un poco al día sobre la empresa, los clientes de mi cartera y sus principales quejas e inquietudes, y también le hablé de mis puestos anteriores. Compartimos nuestro gusto por viajar y me relató algunas situaciones graciosas de sus últimos viajes al extranjero.

Tenía razón al pensar que tenía una vida interesante. Y lo mejor de todo es que parece una persona sencilla. Y es que, aunque parezca mentira, encontrar a alguien natural y normal hoy en día no es tan fácil. Ya estoy un poco cansada de los perfiles atormentados con pasados tórridos. De esos voy servida.

Es increíble cómo en pocos días alguien que no conoces se presenta en tu oficina y después de un conjunto de *e-mails*, sonrisas, una comida y cuatro horas de conversación, el destino decide que hay una posibilidad de que vayáis a crear recuerdos juntos.

6:30 p. m. Mi móvil empieza a vibrar. Había decidido quitarle el sonido para que no nos interrumpiesen por si la conversación se ponía interesante. Pero en esos momentos me fijo en la pantalla y veo cuatro llamadas perdidas de mi madre. Menos mal que lo silencié. Pero entonces me doy cuenta:

—¡Oh, Dios mío! ¡Es tardísimo! Lo siento, Paco. El tiempo se me ha pasado volando, pero tengo que irme —digo dándome cuenta de que en veinte minutos los niños salen del entrenamiento.

«Después de cuatro horas de charla y ni he mencionado el hecho de que tengo dos hijos ni sé la situación sentimental de él. Ni siquiera su edad», pienso mientras me giro para llamar al camarero y que nos traiga la cuenta.

—Siento haberte robado tanto tiempo, Sara. Bueno, si te soy sincero, realmente no lo siento, porque ha sido un verdadero placer —suelta mirándome a los ojos con una sonrisa que derrite a cualquier fémica que se preste.

—Sí, tengo que reconocer que ha sido una comida muy agradable. Aunque creo que no he sido de mucha ayuda y que te vas con las mismas dudas que cuando viniste. Porque tu portátil no ha salido de su funda —le indico divertida señalando la mochila que descansa en la silla que tiene a su lado.

—Eso tiene fácil solución. Me debes una invitación por haberte aprovechado del chico nuevo y de su inexperiencia y no haberle resuelto todas sus dudas para poder hacer bien su trabajo. No querrás quedarte con la mala conciencia de que

no pase el periodo de prueba, ¿no? —Sonríe con cara de niño travieso mientras sus dos hoyuelos como dos soles hacen que me derrita un poco más.

Cuando nos dirigíamos hacia la puerta de salida, coloca su mano en mi cintura con la intención de cederme el paso. Justo en ese momento una voz trae de nuevo mi mente a la realidad:

—¿Sara? —dice una voz femenina conocida que proviene de la mesa que está justo a la entrada del local.

—¡Amanda! ¡Cuánto tiempo sin verte! —respondo, incrédula, al ver a la espectacular morena de 1,80 metros de altura que se dirige sonriente hacia mí a toda velocidad para darme un enorme abrazo.

No me lo puedo creer. La hermana de Sebas. Si es que el destino a veces es injusto. ¿Por qué ahora? ¿Por qué si llevo tanto tiempo sin saber nada de él y de su familia tienen que aparecer de la nada en cualquier sitio al que vaya? ¿Por qué en este preciso instante que mi velada con Paco estaba siendo perfecta?

Amanda no tiene la culpa. La adoro. Siempre he tenido una relación muy especial con ella. La conozco desde niña. Pero al verla, lo único que consigo es que vuelva a mi mente Sebas y todo lo que eso conlleva. Y eso lo odio.

Miro de reojo a Paco, que observa desde una distancia prudencial la situación.

—Ya me dijo mi hermano que vais juntos al gimnasio. ¡Cómo me alegro! A ver si coincidimos un día y tomamos algo. Ya sabía yo que al final todo se iba a solucionar —contesta con su sonrisa perfecta que ilumina todo el local.

¿Perdona? ¿Cómo que vamos juntos al gimnasio? ¿Pero qué se ha creído ese imbécil? Está fuera de mi vida y no va a volver a entrar. ¿Cómo puede ir contando esas mentiras por ahí? Estoy furiosa, pero intento mantener la compostura.

—Me alegro mucho de verte, Amanda. A ver si nos vemos otro día y tomamos algo, pero es que ahora voy con un montón de prisa. —Me despido con dos besos, intentando que no se me note que lo único que deseo es salir corriendo y alejar de mi mente todos los recuerdos que empiezan a aflorar de nuevo en ella.

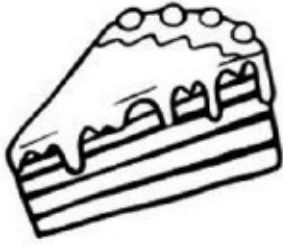
—Sara, ¿estás bien? —me pregunta Paco al salir, mirándome con el ceño fruncido.

—¡Sí, claro! En serio, ha sido una comida genial. Ya repetiremos otro día, pero ahora es que tengo muchísima prisa, que se me ha hecho muy tarde sin darme cuenta. Muchas gracias por la invitación, de verdad —contesto con una sonrisa muy forzada intentando disimular mi malestar mientras busco en el bolso las llaves de mi coche.

Le planto dos besos a toda prisa y salgo corriendo. Creo que ni Bolt tardaría menos en recorrer los cincuenta metros que me separaban de mi Ford.

11:00 p. m. Me siento imbécil. ¿Por qué no consigo que todo lo relacionado con Sebas deje de afectarme? Pensaba que lo tenía superado, pero cada vez que algo relacionado con él vuelve a mi vida, mi sistema nervioso se altera.

Pensaba que un año, cinco meses y veintisiete días era tiempo suficiente para olvidarlo.



Martes, 6 de marzo

Como hecho positivo, tengo que destacar que ayer por la noche he conseguido no abalanzarme sobre todos los azúcares almacenados en casa. Y doy fe de que mi trabajo me costó contenerme.

¿Cómo pudo ser capaz Sebas de hacer creer a Amanda que entre nosotros todo estaba bien? Es que no puedo entender sus intenciones. ¡Pero si el otro día estaba con aquella chica en el concierto!

Pues muy fácil, Sara. ¡La gente no cambia! No sé por qué siempre, en un rinconcito de mi corazón, me queda una pequeña esperanza de que por mí alguien lo hará, a pesar de que sé y me ha quedado grabado a fuego en el alma en estos cuarenta años que eso es imposible. ¡Olvídalo!

Cuando conoces a una persona y empiezas una relación, tienes que aceptar a ese alguien con todos sus defectos y virtudes. Y que sus actitudes o forma de ver la vida estén en un grupo u otro va a depender solamente de que vuestros intereses sean los mismos, al igual que el concepto de relación.

Por eso pienso que la culpa del fracaso de mis relaciones ha sido siempre mía. Esperaba en ellos siempre ese cambio que nunca llegaba:

Cuando empecé con Javier, él ya era un celoso compulsivo. Después del primer mes de relación ya prefería que no saliésemos por la noche para evitarnos problemas, no fuese a ser que algún chico me mirase más de la cuenta en el *pub* de turno, o que me encontrase con alguna expareja que se acercase a saludarme. «Con lo bien que estamos los dos juntos, sabes que no necesitamos nada más», solía decir. Y al principio me hacía gracia su gran posesión hacia mí, hasta que me cansé e intenté cambiarlo, pero lo único que conseguí fue que se acentuase más.

Y con Sebas, pues tres cuartos de lo mismo. Desde que éramos niños, toda la

pandilla sabíamos que era un mujeriego. Él mismo, en nuestras tardes de confidencias, me contaba sus aventuras amorosas y sus líos de faldas. Claro que en aquel entonces no me importaban y hasta me hacían gracia algunas situaciones que se le llegaban a formar, cuando a veces se le juntaban dos chicas con las que salía a la vez en el mismo local. Con el tiempo no cambió, ya que uno de los principales motivos de su divorcio fueron las infidelidades, las cuales justificaba con el hecho de que se encontraba destinado mucho tiempo fuera de casa.

Entonces, ¿qué me esperaba? ¿Por qué iba a ser distinto conmigo? Por nada, simplemente no iba a serlo, porque por mucho que me quisiese vender la moto y que lo intentase, Sebas no era así y sería ir contra natura. He ahí mi error.

Además, yo creo que el karma también algo influye, y conmigo se debe de estar vengando. Tengo que reconocer que no siempre he sido un angelito. A mi novio del árbol de los chupachups le rompí el corazón. Su único problema fue ser demasiado bueno y que se cruzase en mi camino Javier, con su chulería y confianza en sí mismo. Y ahí caí yo, rompiendo mi relación con una persona que me adoraba y me daba seguridad, para caer a los pies del que sabía que en un futuro no muy lejano me haría llorar en lugar de reír.

11:00 a. m. Tengo que conseguir concentrarme hoy en revisar lo asuntos pendientes, porque mi bandeja de Outlook empieza a enviar mensajes amenazantes de memoria llena y sé que como empiece a archivar correos sin resolver en las carpetas personales son asunto perdido.

—¿Sara? Cariño, soy mamá. —Me hace gracia cómo mi madre aún no se da cuenta de que cada vez que me llama al móvil su nombre aparece reflejado en la pantallita del aparato.

—Buenos días, mami. ¿Todo bien?

—Sí, solo llamaba para decirte que esta tarde te van a llevar la lavadora nueva. ¡Es preciosa, ya verás! —Al decirlo noto la emoción en su voz.

Reconozco que, algunas veces, delego en mi madre determinados recados que sé que en el fondo la hacen feliz y a mí me ahorran un tiempo muy valioso. Para ella es importante, porque es como si aún la necesitase, cosa que es totalmente cierta. No sé qué haría yo sin mis padres, porque los adoro. Cuando el otro día, al llevarle la ropa a centrifugar, le dije que tenía que comprar una nueva, empezó a hablarme de los mil modelos que acababan de salir, de la importancia de las revoluciones de cada una para que el centrifugado sea bueno, que si la marca, que si había unas ofertas increíbles no sé dónde, y me pareció buena idea que

fuese ella quien se encargase de elegirla. Además, si no a saber cuándo lo haría yo. Ya me veía como con las gafas, meses y meses sin lavadora.

—¡Genial! ¿Sabes sobre qué hora vendrán?

—Les dije que si podía ser a la hora de comer, mejor. Como me dijiste que no viajabas, pensé que así sería más cómodo. Pero si tienes que salir avisa, que cruzamos tu padre o yo. —Noto la satisfacción en su voz al saber que lo tiene todo bajo control.

—¡Muchas gracias, mami! Si tengo que salir te aviso. Un beso.

—Nada, cariño. Llama cuando llegue. Un beso. ¡Ah! Y ya me dirás qué te apetece de regalo por tu cumpleaños. Que quedan pocos días y preferimos cogerte algo que te haga ilusión o necesites. ¿O te gustaría más una sorpresa? ¡Piénsalo y me lo dices!

¡Mierda! Ya no recordaba que solo quedan nueve días. Y este año no tengo ganas de hacer nada especial. Quizás una comida con la familia para que los niños se junten con todos los primos. No sé, ya pensaré. Pero algo tengo que hacer, aunque solo sea porque mis padres lo disfruten.

Al volver la vista para la pantalla de mi ordenador veo que, en este preciso instante, acaba de entrar un nuevo *e-mail*.

¡Es de Paco!

Remitente: Francisco Montero

Asunto: Buenas días, guapa

Uno de los clientes que me acaban de asignar me acaba de plantear una duda, la cual no sé muy bien cómo resolver y necesitaría consejo de alguna buena compañera con experiencia que me pudiese asesorar. Me preguntaba si sería posible quedar esta tarde para tomar un café y así poder ayudar a mi pobre cliente, que no tiene la culpa de mi inexperiencia.

Agradeciéndote de antemano tu colaboración.

Paco

P. D.: La comida de ayer ha sido muy interesante..., aunque se me hizo algo corta.

El corazón, sin poder evitarlo, reconozco que se me aceleró un poquito. ¡Quiere volver a quedar! Aquel mensaje era la búsqueda de una segunda «no cita». Pensé que, después de mi media huida al salir de la comida, lo habría

espantado ya. Aunque a lo mejor es cierto que soy su única opción y que el resto de mis compañeros pasan de complicarse la vida. Pero, conociendo a Inma y la ayuda que me prestó cuando yo me incorporé, descarto esa idea.

Pensé en contestarle que lo sentía mucho, pero que esta semana estaba hasta arriba de visitas; pero, tras pensarlo un poco, le contesté:

Remitente: Sara García

Asunto: Buenas días, guapo inexperto

Siento decirte que esta tarde me es imposible poder ayudarte por tener mi agenda ya cerrada y repleta, por lo que es necesario posponer dicho café.

Sin embargo, me siento en el deber y la obligación de no dejar desamparado al nuevo integrante del equipo, no solo desde un punto de vista moral, sino que, dado que tenemos objetivos comunes, si me negase a dicha ayuda mi salario variable podría verse afectado.

Es por ello, y teniendo en cuenta que seguramente en las próximas horas la duda existente se transformará en unas veinte más (hablo desde la experiencia), te propongo quedar en otro momento y solventar así todas las cuestiones que se te planteen hasta entonces.

Siempre a disposición,

Sara

P. D.: Interesante elección del lugar..., punto positivo a tu favor.

¿Dónde me estoy metiendo? Ni yo misma lo sé. ¿Cuál será su defecto? Está claro que no puede ser perfecto. Todos tienen algo. ¿Celoso? ¿Infiel?

Ya tiene un defecto muy gordo que estoy intentando pasar por alto. ¡Trabaja conmigo! Si no es peor que los anteriores, por ahí anda. Un compañero de trabajo con el que voy a tener que convivir puede que por muchos años. Y encima, como para que trascendiese al resto de la empresa...

Creo que estoy elucubrando demasiado. Solo me ha pedido que comamos un día y quedar otro para tomar un café y resolver dudas. Debe de ser la sequía de los últimos tiempos, que hace que ya me lo imagine aprisionando su cuerpo contra el mío en el ascensor de la oficina mientras sus labios cubren los míos en una demanda de deseo necesitada y hambrienta...

En ese mismo momento, un leve sonido me sobresalta. Una nueva notificación de mi correo aparece ante mis ojos:

Remitente: Francisco Montero

Asunto: 2.ª convocatoria de reunión (incluye cena)

Lugar: C/ Real n.º 3, 1.º izquierda

Día: 9 de marzo

Hora: 20:30

Confirmar Confirmar con mensaje Rechazar

Mi cara en estos momentos debe de ser un poema, porque, leyendo el mensaje, me ha faltado poco para que los ojos se me salgan de sus órbitas. ¿Me acaba de invitar a cenar a su casa el viernes? Porque entiendo que será la dirección de su casa... No me suena ningún local de moda en esa zona en un primero. ¿Sería profesional aceptar? No creo que sea una buena idea. Lo mejor es que lo llame y le deje las cosas claras, porque a lo mejor le estoy haciendo ver cosas que no son y que no deberán ser nunca.

Pero es entonces cuando mi mano toma vida propia y, sin poder evitarlo, dirige la flechita del ratón justo encima de la casilla «Aceptar». Y antes de que mi cerebro reaccione y mande la señal correcta, mi dedo índice aprieta sin dudarlo.

Ahora sí que ya no hay vuelta atrás.



Jueves, 8 de marzo

7:15 a. m. Hoy no me ha costado nada levantarme. Supongo que son los nervios de mi encuentro con Paco de mañana. Hace ya tanto tiempo que no quedo para cenar con un hombre un viernes por la noche que, a pesar de que ya me había acostumbrado y creía que no lo echaba de menos, me doy cuenta de que un poquito de ilusión sí que me hace.

Aunque no tenga la necesidad de mantener una relación de pareja con nadie en estos momentos, ¿a quién no le gusta gustar o sentir que otras personas se interesan por una?

El intercambio de *e-mails* entre Paco y yo continuó ayer durante todo el día. La verdad es que me está costando un poco concentrarme en el trabajo, ya que cada vez que abro la bandeja de entrada y veo los cientos de mensajes sin leer mis ojos se van directos al apellido «Montero» y vuelvo a abrir sus correos y releerlos una y otra vez, mientras el resto se sigue acumulando. ¡Sara, céntrate!

11:00 a. m. No he podido remediarlo. Después de media hora buscando en el último organigrama que nos mandaron desde el departamento de relaciones laborales con las nuevas incorporaciones de la empresa, he conseguido encontrarlo: el número de móvil de Paco. No es que me disguste el comunicarnos a través de los *e-mails*, simplemente es por la curiosidad de saber cuál será su foto de perfil de WhatsApp. Y si tengo la suerte de que es una suya, poder recrearme un poco como preparativo de nuestro próximo encuentro. Aunque también cabe la posibilidad de que sea abrazado a una explosiva rubia que sea su mujer y madre de sus hijos. No quiero pensar en eso.

¡Cada día me parezco más a María! Si es que todo se pega. ¡Solo me queda

empezar a buscarlo como una posesa en Instagram y Facebook!

Y lo peor es que encima a ella no puedo contarle nada. ¡Con un compañero de trabajo! Ya me puedo imaginar su sermón: «Sara, no creo que sea el momento de complicarte la vida de esa manera. ¿Crees que es tu mejor opción? ¡Claro que no! ¡Espabila! Mira que no habrá hombres en el mundo...».

Cuando veo su foto de perfil, el corazón casi me da un vuelo. Es una foto preciosa de él sonriendo en un banco de un jardín... ¡Con un niño de unos dos años en sus brazos! No entiendo nada. ¿Será su hijo? Intento analizar el parecido entre los dos, pero tengo que reconocer que no soy muy buena en fisionomía. Y ¿por qué no me comentó nada el otro día durante la comida? ¿Será que su defecto es también la infidelidad? ¡No, no puede ser! ¿O será que en realidad solo quiere de mí una ayuda laboral y yo me he hecho muchas pajas mentales?

Tengo que reconocer que yo tampoco le he dicho nada acerca de mi situación sentimental, ni de que estoy divorciada ni de que tengo dos hijos. A lo mejor a él le pasa lo mismo. Además, de lo contrario no me invitaría a cenar a su casa.

Porque se supone que la dirección que me dio es de su casa, ¿no? ¿Estará su familia allí cuando llegue? ¡Dios! No me quiero imaginar la situación. Yo en la puerta parada con cara de imbécil mientras una rubia sexi con un delantal me abre la puerta, dándome dos besos de bienvenida e invitándome a entrar, mientras dice lo contenta que está de que ayude a «su Paco» a ponerse al día. ¡Me estoy volviendo loca!

4:00 p. m. No he podido soportar la tentación de venir hasta la oficina para intentar recabar más información (es decir, para ver si está Paco), pero no veo a nadie interesante. Solo a Fran (el administrativo histérico) dando tumbos de un lado a otro, que se acerca a saludarme.

—¡Buenas tardes, Sara! ¿No habrás visto al chico de mantenimiento al subir? ¡Me tiene loco! ¡Se ha estropeado la máquina de café y lo avisé hace unas tres horas! ¿Te lo puedes creer?

—Lo siento, Fran, pero no lo he visto —contesto intentando poner cara de afligida para que vea que empatizo con él, mientras lo único que pienso es que ojalá tarde tres horas más y que no le arreglen la máquina, porque lo que realmente necesita es una tila.

—Qué vacía está la oficina hoy, ¿no? ¿No se ha pasado Inma o alguno de mis otros compañeros por aquí hoy? —le pregunto con cara de inocente e intentando que no se me escape el nombre de Paco a la primera.

—Pues la verdad es que no. Sergio estuvo por la mañana, pero tenía una

comida con un cliente y se fue hace unas dos horas. Y del resto, no pasó ninguno hoy. Imagino que estarán de visitas o decidirían trabajar desde casa. Con el día que hace... —dice mientras mira cómo cae la lluvia sin cesar al otro lado de la ventana.

¡Mierda! Voy a tener que esperar hasta mañana para averiguar algo más. ¿Qué me pasa? Parezco una quinceañera. Ni que fuese mi primera cita con un hombre. Si es que es una cita, claro. Parece mentira que a mi edad y con la experiencia que tengo a estas alturas me comporte así.

11:00 p. m. Los niños ya duermen y aquí me encuentro, sentada en mi cama con el portátil en las rodillas. A los pies de la misma, Lebrón me mira fijamente. Yo creo que está intentando disuadirme de lo que pretendo hacer.

—Tampoco es nada malo. Solo es curiosear un poquito. Nada más. Si todo el mundo lo hace... Seguro que él ya lo ha hecho también —le digo, intentando excusarme. Cuando empiezas a darle explicaciones a tu perro, debes darte cuenta de que hay algo que no está bien.

Pero no lo puedo evitar y entro primero en Instagram: «Francisco Montero», tecleo en el buscador. Más de doscientos resultados aparecen ante mis ojos: «franmontero», «fmontero», «franciscoMontero»... Pero ninguno parece ser el suyo. ¡Odio esta intriga! ¡Esto es un sinvivir!

Hago lo mismo con Facebook y nada. ¿Pero qué tipo de persona hoy en día no tiene redes sociales? Es increíble. A ver si es de esos que no las usan porque tienen demasiado que esconder.

Veo cómo Lebrón me sigue mirando, pero esta vez veo cómo su lengua está fuera de su boca y me observa con una expresión divertida en su linda carita. Es como si se estuviese riendo de mí. Siempre pensé que los perros pueden pensar. Y creo que en estos momentos está disfrutando de mi agonía.



Viernes, 9 de marzo

Son las 9:15 de la mañana cuando consigo aparcar mi Ford en el segundo sótano del edificio de trece plantas donde se encuentra mi oficina. Cojo mi maletín a toda prisa y voy corriendo hacia los ascensores mientras intento hacer malabares para que no se me caiga el abrigo a la vez que introduzco las llaves del coche y el móvil en el bolso. Es entonces cuando lo veo frente a mí. Ahí estamos, solos Paco y yo, en medio del garaje, atrapados en un enorme campo de alto voltaje, sintiendo cómo su mirada consigue derretir mi últimamente frío corazón. Sintiendo la necesidad de acercarnos poco a poco, sin dejar de mirarnos, como si una fuerza similar a la de un imán nos atrajese sin poder evitarlo.

Todo en él encaja a la perfección, como una maquinaria bien engrasada. Su pelo enmarañado, esos ojos verdes, su sonrisa, que se tuerce hacia un lado en un intento de controlarla mientras sus hoyuelos se insinúan debajo de esa barba sexi y arreglada. Puedo notar cómo sus labios se tensan y dejan entrever sus dientes blancos y perfectos.

Entonces, de repente, abro los ojos y mi sueño se desvanece con el sonido de la alarma de mi móvil.

¡NO! ¿De qué narices iba todo esto? Intento volver a dormirme, aunque solo sean diez minutos más para poder saber el desenlace del sueño. ¡No es justo! En el momento más interesante. Si es que siempre pasa lo mismo. ¡Hasta en sueños me quedo a medias! ¡Qué injusticia!

7:30 a. m. Resignada ya de que no vaya a ser posible disfrutar de un final feliz mañanero, decido levantarme y comenzar a preparar las mochilas de los niños con todo lo necesario para que pasen el fin de semana con Javier, aunque sé que siempre quedará algo que tendré que acercarlos, por mucho que las revise. Si no es el móvil de Miguel, son las botas de baloncesto de Santi, o el libro de matemáticas de cualquiera de los dos. En el fondo, no sé si mi subconsciente no lo hará a propósito para no estar tanto tiempo seguido sin verlos. Es lo bueno que tiene que jueguen a deportes de equipo, que al menos los veo en los partidos.

6:00 p. m. Estoy totalmente agotada. Yo, que tenía pensado tomarme la tarde relajada para preparar con tiempo la velada de esta noche, no he parado en todo el día. ¿Cómo puede ser posible que preparar una cita me lleve más tiempo que a algunas personas correr una media maratón?

Después de la visita de trabajo que tenía programa hoy (ya me encargué de que fuese cerquita para terminar pronto), tuve que hacerme una puesta a punto. Una vez realizado el repaso de la depilación de todas las partes de mi cuerpo, masajearlas con crema hidratante y elegir la ropa interior, me costó mucho decidirme por el modelito que ponerme para el encuentro.

Barajadas todas las posibilidades que podían darse, desde una velada familiar con mujer e hijos hasta un encuentro sexual de los que hacen época, pasando por una simple reunión delante de un ordenador de dos compañeros de trabajo que se ayudan a ponerse al día (quizás esta fue la opción que menos contemplé), me decanté por un vestido en tonos marrones de gasa por encima de la rodilla que me da un aire juvenil, unas botas de media caña y una bonita chupa de cuero desgastada que me compré la pasada temporada. Intenté durante más de una hora conseguir un maquillaje «natural». No os podéis imaginar lo complicado que es esto último: echarte muchas capas para conseguir que parezca que no llevas nada.

Estuve dudando durante un buen rato si debería llevar algo para la cena. Al no saber cómo iba a ser la velada no quería quedar fuera de lugar. Al final me decidí por una botella de vino bastante buena que me había regalado un cliente las Navidades pasadas. En cualquiera de las tres opciones anteriormente contempladas podría cuadrar, a no ser que Paco estuviese en un programa de alcohólicos anónimos, lo cual preferí obviar.

8:30 p. m. Aquí me encuentro, delante de la puerta de la dirección que me mandó Paco. Estuve tentada a mandarle un mensaje al móvil para confirmar la cita, por si acaso se hubiese olvidado. Pero al final decidí no hacerlo, ya que él aún no me ha dado su número de teléfono, no quiero que piense que he estado indagando hasta conseguirlo.

No sé por qué al llamar a la puerta me siento más nerviosa que el día que tuve la entrevista de trabajo con Sergio. ¡Esto empieza a ser preocupante! ¡Sara, por favor, que ya tienes cuarenta y has perdido la cuenta de todas las primeras citas que has tenido a lo largo de tu vida!

La puerta se abrió de golpe, sin darme tiempo a prepararme. Allí estaba Paco, con una sencilla camiseta blanca y unos vaqueros desgastados. ¡Cómo le quedaba aquella camiseta, por el amor de Dios! En este mismo instante, si me preguntáis cual es la indumentaria más sexi con la que me podría recibir un hombre en su casa, os diría sin dudar que la que Paco lleva puesta.

Con su perfecta sonrisa me da la bienvenida. Al entrar puedo comprobar que se trataba de un pequeño piso muy bien distribuido. La verdad es que se encuentra en pleno centro de la ciudad. Lo que más me llama la atención es su decoración: siempre identifico los pisos de los chicos solteros con un diseño práctico (porque quiero pensar que esa es su situación sentimental). Sin embargo, todas las estancias que podía visualizar transmitían una sensación muy acogedora.

Un pequeño distribuidor en tonos blancos da la bienvenida al resto de las estancias:

A la derecha, un bonito salón rectangular pintado en un color topo llama mi atención. Al fondo del mismo se encuentra una cocina separada por una preciosa isla de madera que hace a la vez de mesa de comedor. Las paredes están cubiertas con preciosos dibujos pintados a carboncillo de siluetas de cuerpos desnudos. Un bonito sofá de piel marrón se situaba enfrente de una chimenea de piedra sobre la que cuelga una pequeña televisión.

A la izquierda, una habitación cerrada, que supongo que será su dormitorio, y de frente el cuarto de baño, que está abierto de par en par.

Después de reparar en que, aparentemente, no hay nadie más en la vivienda, intento hacer una rápida revisión visual por si veo alguna foto de familia feliz apoyada en alguna estantería o en la repisa de la chimenea. En principio no diviso nada inquietante.

—¡Pasa y ponte cómoda! ¡Estás en tu casa! —me dice mientras se inclina para

darme dos besos en la mejilla a modo de saludo. Es entonces cuando vuelvo a sentir su aroma y eso hace que un cosquilleo recorra mi estómago.

Con una tímida sonrisa me dirijo al salón, donde miro de forma más detallada a mi alrededor. Ni una foto comprometida ni ningún objeto personal. Solo, en un pequeño escritorio que se encuentra en un rincón de la estancia, veo el portátil junto a un montón de papeles y un par de libros.

—He traído esta botella de vino, espero te guste. Como no sabía cuál era el menú, espero haber acertado —digo, intentando entablar una conversación y, de paso, relajarme un poco.

—Esperaba sorprenderte con uno de mis deliciosos platos, encima de que me aprovecho de tu ayuda. Pero como se me complicó bastante el día, tengo que confesar que decidí tirar de Tele-Sushi, que siempre es una buena opción.

«¿Dónde está el fallo? ¿Dónde? Tiene que tenerlo», pienso mientras me fijo en los platos preparados en la isla con un bonito centro con dos velas encendidas y varias bandejas de sushi repartidas con una pinta exquisita. Vuelvo mi mirada hacia Paco y observo cómo aquella camiseta le marca los hombros y el pecho. Y es que un hombre que está sexi con una camiseta blanca y vaqueros es que está perfecto con cualquier cosa.

Realmente esto cada vez tiene más pinta de ser la segunda de las tres posibilidades que barajaba. ¡Y no puede ser! Sara, puedes controlarlo... Tengo que intentar que al final esto se convierta en la tercera opción.

La cena transcurrió sin darme cuenta. La verdad es que es increíble cuando conectas con una persona y estás a gusto, lo rápido que pasan las horas. Me contó muchas más cosas de su vida: supe que tenía una hermana mayor y un sobrino del cual era padrino, por lo que deduje que sería el niño que salía con él en su foto de perfil. Deduje que se había trasladado solo, ya que me indicó que su última relación había terminado hacía más de un año debido a una infidelidad. Un alivio recorrió mi cuerpo cuando me contó que fue ella la que le puso los cuernos. Aún seguía sin saber su gran defecto.

Yo también le conté un poco más de mí. Sin entrar en detalles escabrosos, le dije que tenía dos hijos y que estaba divorciada.

—¡No sé cómo puedes con todo! Yo no soy capaz de conseguir ponerme al día con el trabajo, como para hacerlo con dos niños a tu cargo. ¡Ahora sí que eres mi heroína! —me dice con cara de sorprendido.

—Y aún me queda tiempo para ayudar a un compañero novato en apuros —le contesto con mi mejor y más seductora sonrisa.

Me doy cuenta de que he bebido de más. No ha sido buena idea mezclar el vino de la comida con los dos *gin-tonics* que Paco se ofreció a preparar amablemente mientras nos sentábamos en el sofá. Y mi cabeza empieza a pensar

que lo que debo hacer es retirarme antes de cometer una tontería.

—Ha sido una velada perfecta. Pero creo que debería irme ya —digo en un momento de cordura.

—Sí. Ha estado genial. Pero podemos tomar la última antes de que te vayas. Además, aún no hemos encendido el ordenador —me dice risueño mientras se mesa el pelo y me mira con esos ojazos que me ponen a mil por hora.

Es en este momento donde el sueño de esta mañana empieza a hacerse real. Son increíbles las cosas que suceden sin esperarlas. Alguien a quien no conoces de nada, de repente, entra en tu trabajo y unos días más tarde te encuentras sentada frente a él, en el sofá de su casa, con cuatro vinos y dos copas encima.

Y ocurre: en este instante, nuestros ojos se encuentran. Un cosquilleo recorre mi estómago mientras me pierdo en su mirada. Miro su boca y cojo aire. Creo que ha llegado el momento, y la verdad es que estoy deseando que suceda. Paco se inclina y noto como su mano acaricia mi barbilla. Los centímetros que nos separan cada vez son más escasos. Mis ojos abandonan los suyos para dirigirse a sus labios. Compruebo cómo su boca se dirige a la mía. Y entonces pasa..., sin más. Como pasan los besos.



Sábado, 10 de marzo

12:00 a. m. Aquí estoy, intentando abrir la puerta de casa con una necesidad horrorosa de meterme en la ducha. No sé si con ello seré capaz de limpiar mis pecados. Bueno, más bien «EL PECADO» que acabo de cometer.

Nada más entrar, puedo ver como desde el pasillo Jordan y Lebrón me observan con cara de interrogación. ¿Qué pasa? ¿Acaso son capaces de oler los restos de la noche de sexo desenfrenado que he tenido con Paco? «No es posible que sean tan inteligentes», pienso mientras los observo fijamente antes de acercarme a acariciar sus peludas cabezas.

Corro a la ducha y empiezo a enjabonarme el pelo con tal intensidad que parece que me lo voy a arrancar. A lo mejor así soy capaz de borrar de mi mente todos los recuerdos que se agolpan en ella. Lo cierto es que mi preocupación no es solo laboral. Este último año había conseguido eliminar, al menos, uno de mis principales problemas: las comeduras de tarro que te aporta el tener relaciones con un hombre. Sé que también pierdes disfrutar otras cosas, pero os aseguro que, con el ajetreo que es mi vida en los últimos tiempos, casi me compensaba estar a dos velas.

Salgo de la ducha, no como nueva, pero por lo menos me siento limpia y con la mente un poco más despejada. Lo que tengo es una mezcla entre la sensación de una resaca y la de culpabilidad por algo que no debió haber pasado. Voy directa al armario para coger mi pijama de franela, ya que no pienso salir en lo que queda de día. Tengo que pensar cuál va a ser ahora mi estrategia. ¿Hacer

como que no ha pasado nada? ¿Enviarle un mensaje a Paco diciendo que los dos sabemos que lo que ha pasado ha sido un error y que es mejor que quede en eso y que nadie tiene por qué enterarse? Y en caso contrario, si alguien llegase a saberlo por algún remoto motivo, negarlo. Negarlo hasta la muerte.

Ya sabéis lo que es trabajar en una multinacional donde la mayoría de los directivos y altos cargos son hombres. Mientras sean ellos los que tienen los líos de faldas en el trabajo, no pasa nada. Pero si somos nosotras las que tenemos un escarceo, quedas condenada de por vida y pasas a ser la comidilla de todas las reuniones y momentos de café.

Aunque tengo que reconocer que uno de los efectos positivos de haber cumplido los cuarenta es que cada vez me importa menos lo que la gente piense de mí. Me preocupa más mi estabilidad emocional. A estas alturas ya no creo en el amor eterno y sé que el hombre perfecto no existe. Si tenemos la suerte de encontrar uno inteligente, no suele ser guapo. Si es guapo, le van a faltar unas cuantas neuronas para poder mantener con él una conversación interesante. Y si es rico..., pues si es rico no le hacen falta ninguna de las dos cualidades anteriores. Lo malo es que ahora, a mi edad y en mi posición, necesitaría las tres. O podría ceder en la última, siempre y cuando ganase lo suficiente para no tener que mantenerlo, que es una característica que se da en mis relaciones cada vez que pasan de los seis meses. Por eso empiezo a creer en el sexo libre, sin necesidad de involucración sentimental. Simplemente como necesidad animal, sin más.

¡Pero no con un compañero de trabajo! Debería ampliar el punto 2 de mi lista y añadir este requisito.

De repente, suena el teléfono de casa. Es mi madre.

—Buenos días, cariño. Solo llamaba para saber qué querías de regalo de cumpleaños.

—Buenos días, mami. Me acabo de levantar. La verdad es que no lo he pensado, pero aún quedan días. Pero ya sabes que cualquier detalle me va a encantar. Tú siempre aciertas —contesto, intentando que no se me note mi deseo de colgar el teléfono y terminar lo antes posible la conversación. No es que no me apetezca hablar con ella; simplemente, en estos momentos no me apetece hablar con nadie. Solo necesito mi manta, mi sofá y un capítulo de alguna serie romántica que me haga olvidar la noche pasada.

—Entonces, ¿quieres que sea sorpresa? ¿Seguro que no prefieres algo que necesites? Ya sabes que es una tontería que te compre algo que después no te guste y quede en casa sin que le des uso. Al final, eso es tirar el dinero. Casi prefiero que decidas tú algo; ¿quieres que vayamos hoy al centro comercial y lo eliges? —dice mientras noto cierta emoción en su voz.

—¡No! —grité sin querer. Solo pensar en meterme hoy de compras en un centro comercial hace que me vuelva a explotar la cabeza—. Lo siento, de verdad. No es que no quiera ir. Es que tengo la casa patas arriba hoy y, aprovechando que los niños están con Javier, quiero intentar ordenar algo, que después durante la semana no tengo mucho tiempo.

—Ya te lo digo siempre: tienes que buscar tiempo libre. Andas todo el día como una moto. A tu padre y a mí nos preocupa. Aún ayer por la noche estuvimos hablando de ti. Entre que estás todo el día en el coche y los niños con tantas actividades, nos tienes muy preocupados.

Estoy agotada. Siempre que hablamos, terminamos la conversación de la misma forma. Me alejo un instante el teléfono del oído en un intento de conseguir que mi cabeza deje de dar vueltas. No fue buena idea, porque mi mente, en el momento que desconectó de la conversación de mi madre, volvió a la casa de Paco la noche anterior.

Cuando me despierto no sé exactamente dónde estoy. Reconozco que es un lugar duro pero cómodo. Es suave y hace calor. A los pocos segundos me doy cuenta de que se trata de una alfombra. La alfombra que está a los pies de la chimenea del salón de Paco, para ser exactos. ¡Oh, no! Me duele la cabeza. A esta edad debería de saber que la mezcla de vino con cualquier otra clase de licor, al cabo de unas horas, me produce este efecto.

Entonces me llega ese aroma. Ese olor al que, solo en unos pocos encuentros, he conseguido acostumbrarme. Ese olor masculino y familiar. Al girar la cabeza descubro un bulto a mi lado. Y lo veo. La luz se filtra por el ventanal del salón dejándome ver la figura que se encuentra tumbada desnuda a mi lado: Paco. Me giro en un intento de localizar mi móvil para saber qué hora será. Noto mis ojos secos. Me doy cuenta de que sigo con las lentillas puestas del día anterior. ¡Las 11:30 de la mañana!

Me apresuro a intentar localizar toda mi ropa. Tengo que salir de aquí pitando. ¡Por favor, que no se despierte! No estoy preparada para mantener una conversación en estos momentos sobre lo que ha pasado hace unas horas. ¡Y qué horas! Entonces me paro un momento y lo miro: allí está Paco, acostado sobre su estómago, con la cabeza en dirección contraria a donde me encuentro. La manta que estaba anoche en el brazo del sofá consigue taparle solo la pierna derecha y una parte de sus perfectos glúteos. Tengo que reconocer que está buenísimo, con todo su cabello color tabaco desordenado apuntando para todos lados.

Entonces mi madre me trae de vuelta a la realidad.

—¿Sara? ¿Me estás escuchando?

—Sí, mami. Te dejo, que tengo que llamar a Miguel para saber si al final se llevó la equipación de juego, que mañana tiene partido. Luego te llamo, ¿vale? Un beso —me despido intentando colgar lo antes posible para ir a la cocina a tomarme un ibuprofeno y preparar algo de comer que consiga eliminar todos los restos de la resaca.

7:00 p. m. Me despierto en el sofá con la sensación de haber metido la pata de nuevo. Parece que es una capacidad innata en mí. Aparte de que mi factor de recuperación alcohólica ha disminuido de forma considerable en los últimos veinte años, no he conseguido quitarme de la cabeza en todo el día lo sucedido anoche. Incluso cuando caí rendida después de comer (supongo que sería debido a la falta de costumbre de tantas horas de ejercicio físico), soñé con ello. ¿Por qué me siento así? Supongo que porque, simplemente, no era la persona adecuada. No debería haber pasado nada con Paco. ¡Por Dios, es mi nuevo compañero! Parece que mi mente se divierte torturándome con ello.

Ni siquiera, después de desaparecer de su casa sin haber dicho nada, me he atrevido a mirar mi móvil a ver si tenía algún mensaje suyo o algún *e-mail* preguntando por mi huida. Debería escribirle. Soy una mujer madura y tengo que acarrear con las consecuencias de mis actos. Así que voy a por el bolso y busco mi móvil.

¡Maldita sea! No está. Se me tuvo que quedar en el coche y lo que menos me apetece en estos momentos es vestirme para ir a por él. Me pongo una chaqueta por encima del pijama, me calzo mis UGG imitación y bajo al garaje. Busco dentro del coche por todas partes, cuando de repente una imagen me viene a la cabeza: la de mi móvil apoyado en el brazo del sofá de piel de Paco mientras recogía todas mis prendas de ropa esparcidas por el salón.

¡No puede ser cierto! ¿Cómo me he podido olvidar el móvil en su casa? Subo las escaleras corriendo hacia casa. Cómo no, en la carrera una de mis botas se resbala y a punto estoy de caerme de bruces. Siempre me pasa lo mismo. Cuando algo puede salir mal, me sale peor aún.

Abro la puerta y voy corriendo hacia el ordenador. Antes de encenderlo, necesito parar y respirar hondo.

Nada más darle a «actualizar» a la bandeja de Outlook veo como decenas de mensajes comienzan a entrar sin parar. Y de repente aparece. El corazón me da un vuelco cuando veo lo que estaba esperando. Me tiemblan las manos al colocar el puntero del ratón encima de su nombre y darle a abrir:

Remitente: Francisco Montero

Asunto: Buenas tardes, bella fugitiva

No sabes cuánto me alegra tener tu móvil de rehén de forma involuntaria, supongo. Estoy dispuesto a negociar un justo rescate. Espero impaciente hora y lugar.

Paco

P. D.: Si no fuese porque desperté desnudo en mi alfombra, juraría que solo habría podido ser un sueño una noche tan perfecta y salvaje.



Domingo, 11 de marzo

7:00 p. m. Aquí me encuentro, en el pabellón de baloncesto esperando a que comience el partido de Miguel. Es la brillante idea que se me ocurrió ayer para poder recuperar mi móvil después de recibir el *e-mail* de Paco, sin la necesidad de quedar en algún lugar que pudiese dar pie a repetir lo de la noche del viernes.

Creo que es la forma perfecta de asustarlo y se le quiten las ganas de seguir con este juego y consiga así que salga de mi mente, ya que de mi vida es un poco difícil porque ¡trabaja conmigo!

Un pabellón con mis dos hijos, mi hermana María (mi sobrino Mario juega en el equipo de mi hijo), mi exmarido y unas decenas de padres histéricos chillando desde la grada al árbitro para eliminar todo el estrés antes de comenzar la semana es un método infalible.

Así que, después de sopesarlo durante unos minutos y releer unas ochenta veces su mensaje, esta fue mi contestación con la propuesta de rescate:

Remitente: Sara García

Asunto: Buenas noches, salvaje y oportunista secuestrador

Dado que no me queda más remedio que ceder a la negociación propuesta por la necesidad inminente de recuperar mi dispositivo móvil, parte vital en mi día a día, te convoco a acudir al pabellón ubicado en la calle de la Habana n.º 3, a las 20:00 horas de mañana.

Por favor, no le hagas daño.

Sara

P. D.: Perfectos eran los glúteos que quedaban a mi vista antes de la fuga descansando sobre la alfombra después de una noche de alcohol y lujuria, motivando así que mi mente se olvidase de mi tan preciado aparato.

Sí, ya sé que no estoy siendo muy clara ni estoy cerrando todas las puertas para que Paco piense que no quiero nada más con él y que lo que pasó fue un error, pero es que después de mi huida me siento en el fondo un poco culpable y no quiero que se sienta utilizado. Si es que, por mucho que lo intente, mi corazón se ablanda fácilmente. Además, lo peor de todo es que, lo que se dice arrepentir, tampoco es que me arrepienta de la increíble sesión de sexo que tuvimos.

7:30 p. m. Un cosquilleo empieza a recorrer mi estómago solo con la idea de pensar que, en breve, Paco pueda aparecer por la puerta. El hecho de que le dijese que viniese una hora más tarde del inicio del partido era para asegurarme de que ya se encontraría allí todo el mundo y que el impacto fuese mayor. Además, así, con la excusa de que el juego estuviese en marcha, ya no daría pie a mucha conversación y seguro que él tendría cosas más interesantes que hacer una tarde de domingo que ver a unos niños de doce años tirar a la canasta. Es una forma de ganar tiempo para aplazar la conversación sobre lo ocurrido y que se enfríe un poco el tema.

Entonces es cuando recuerdo que mi teléfono no tiene patrón de bloqueo. ¡Mierda! Mira que todo el mundo me insistió, en numerosas ocasiones, en que le pusiese uno por seguridad, pero yo lo fui dejando porque me parece un auténtico coñazo el tener que estar, a cada minuto que pasa, dibujando una figurita con el dedo en la pantalla o tecleando cuatro números. Además, como Santi lo usa muchas veces para jugar, ver algún vídeo de YouTube o poner música, pues me parece poco práctico. Es como lo del volcado de datos a la dichosa nube... Algún día me pondré con ello. Espero que no sea demasiado tarde, como con lo del patrón...

Porque, ahora que lo pienso..., ¡todas mis conversaciones con Sebas están en él! ¿Sería capaz Paco de cotillear mis mensajes? ¿Tendré alguna foto comprometida? Creo que las borré todas por si me las pillaban los niños, aunque a lo mejor quedó alguna. Aunque esto es lo que menos importa, creo, ya que hace dos días estaba desnuda cabalgando encima de él. ¡Sara, borra esa imagen de tu mente! ¡Que llegue ya, por favor! Creo que estoy a punto de un ataque de ansiedad.

7:43 p. m. El partido está al rojo vivo. Ganamos solo por dos puntos y empieza la segunda parte. La verdad es que este año es una gozada verlos jugar. Y Miguel está que se sale. Es una máquina física. Pero, a pesar de eso, no puedo evitar que mis ojos, cada veinte segundos, se dirijan hacia la puerta de entrada.

—Sara, ¿esperas a alguien? Llevas todo el partido mirando para la entrada —me pregunta María mirándome con el ceño fruncido.

—Pues la verdad es que sí. Es que un compañero se quedó el otro día por descuido con mi móvil y quedó hoy en traérmelo hasta aquí —digo, intentando quitarle importancia al asunto.

—Me estás ocultando algo. ¿Qué compañero? ¿Lo conozco? Ahora entiendo que no me contestases a los veinte *wasaps* que te mandé y que no me apareciese el doble *check* azul en ellos —contesta. Creo que realmente no se da cuenta de que su comentario resulta un poco psicópata.

—¡Qué va! Es un compañero nuevo y el viernes quedé con él por la tarde para explicarle el funcionamiento de unas aplicaciones. Y como nuestros móviles son iguales, pues cogió el mío por equivocación y no me di cuenta hasta ayer.

En ese momento lo veo entrar en el pabellón. Me retuerzo en mi sitio ante la profunda mirada que clava en mí. Si continúa mirándome así, tendré que darme una ducha fría al llegar a casa. Otra vez las dichas cosquillas que anteceden a una excitación intensa y placentera. Y solo con el simple hecho de mirarme.

—Ya veo, ya. Supongo que ese adonis que está entrando por la puerta es el compañero que me decías que cogió tu móvil sin querer y con el que no ha pasado nada de nada, ¿verdad? Por cierto, disimula un poco, que estás a punto de empaparnos a todos con el charco de baba que está cayendo de tu boca, guapa —me dice María en voz baja y con una sonrisa socarrona.

Veo como Paco se dirige sin dudar hacia donde me encuentro. No puedo evitar fijarme en su vestimenta deportiva: un pantalón de chándal de algodón azul marino con una sudadera de cuello redondo gris con la silueta de Michael Jordan en su pecho izquierdo y unas Asics multicolor. ¡Es que no puede estar más bueno!

Os preguntaréis cómo es posible que a estas alturas de mi vida me atraiga un tío en chándal. Es como si no se hubiese preocupado mucho por arreglarse para venir a verme. Pero, teniendo en cuenta que lo cité en un pabellón, que el chándal le queda de miedo y que no puedo dejar de imaginármelo sudándolo entero, creo que su atuendo es perfecto.

—¡Hola! ¡Menudo ambientazo tenéis aquí! —me dice mientras se sienta en la butaca que se encuentra vacía a mi lado.

—La verdad es que sí. ¿Te fijaste en el marcador? Es que está muy emocionante. Por cierto, ¿te costó mucho encontrar el pabellón? —digo

intentando que no se me noten todos los pensamientos que se agolpan en mi mente al mirar esos labios tan carnosos que hace poco mordía con pasión.

—No te creas, es lo bueno de traer dos móviles con acceso a Google Maps — me dice con una sonrisa de medio lado mientras me guiña uno de sus preciosos ojos verdes.

8:40 p. m. ¡Hemos ganado por uno! El partido ha sido increíblemente intenso. No hemos parado de animar y, a pesar de mis esfuerzos por espantarlo, resultó que el baloncesto es el deporte favorito de Paco. Cuando el destino te la quiere jugar, no puedes hacer nada.

Después de que se presentase a mi hermana, hablase con el resto de los padres de los compañeros de Miguel como si los conociese de toda la vida, jugase con Santi cada vez que se acercaba a nosotros en las gradas y celebrase la victoria como si le fuese la vida en ello, tocó la hora de las despedidas. Los niños esta noche duermen con Javier y María tenía prisa por marcharse, ya que Mario mañana tiene un examen y aún tenía que repasarlo.

Así que aquí estamos de nuevo Paco y yo a solas, delante del pabellón, que se encuentra ya cerrado.

—Muchas gracias por invitarme a venir. El partido ha sido muy emocionante —dice mientras se aproxima a mí sin apartar sus ojos de los míos.

—Lo que tiene que hacer una por recuperar su móvil —le contesto con ironía mientras retrocedo un paso sin dejar de mirar a esos ojos que brillan hasta en la oscuridad.

Un paso. Otro. Mi espalda contra la pared. Estamos en medio de la calle. Noto como se inclina y su boca se dirige a la mía. De repente siento como su mano se encuentra dentro de mi chaqueta, dibujando el perfil de mi cintura hacia arriba, mientras sus caderas empujan instintivamente hacia mí.

—Aún no he aceptado el rescate —dice mientras sus labios se encajan en los míos. Durante una milésima de segundo dudo si apartarlo. Pero descarto esa opción. Un pequeño chasquido entre nuestros labios. Otro. Y otro. Cada uno de ellos suena un poco más húmedo que el anterior. No es un beso inocente. Es pasional, sexual..., y ahí me abandono, dejándome llevar.

Mis manos se internan en su pelo revuelto atrayéndolo más y más hacia mí mientras las suyas me arquean la espalda hasta sentir todo mi cuerpo pegado al suyo.

—Dios, Paco... —dije, sin pensar, en voz alta.

Separé mi boca de la suya, pero solo para dirigirla hacia su cuello. Se lo besé,

pasé mi lengua por el lóbulo de su oreja mientras él abandonaba mi cintura para dirigir sus manos a mis pechos.

De ahí nos dirigiríamos a mi coche. Y de ahí a su cama, donde más tarde nos quitaríamos la ropa y nos dejaríamos llevar una noche más por el placer. ¿Qué más da? Lo deseábamos. En ese momento no éramos compañeros, no había nada más que puro deseo y nuestros cuerpos fundiéndose en un éxtasis de placer. Solo pasión y la necesidad de una noche de enajenación mental dentro de la boca del otro.

¿Es un error? Puede ser. Pero... ¿qué más da a veces equivocarse? Solo se vive una vez y hay errores de los que prefieres arrepentirte una vez que los has llevado a cabo antes que quedarte con las ganas de haberlos cometido.



Miércoles, 14 de marzo

Cuando desperté el lunes por la mañana, sabía que era el momento adecuado para mantener «la conversación» con Paco, la cual era necesaria, aunque en el fondo deseaba evitarla.

Y más teniendo en cuenta que mi plan de quedar con él en el partido del domingo de Miguel para no volver a caer en sus brazos, más que infalible, había sido lo contrario. A estas alturas de la película, el pobre hombre debía de estar pensando que lo que yo realmente tenía en mente cuando le mandé el *e-mail*, era una encerrona en toda regla para presentarle a mi familia al completo y casi pedirle matrimonio.

Es increíble cómo organizas mentalmente un plan y, en función del resultado y enfoque que le des, puede parecer totalmente lo opuesto a lo que pretendías.

Eran las 7 de la mañana y estaba en su cama. Tenía que pensar en levantarme para ir corriendo a casa y encender el portátil. Estaba segura de que mi bandeja de entrada estaría a punto de estallar. Menos mal que la primera visita de esta semana la tenía fijada el martes.

Puedo decir que, cuando abrí los ojos y lo vi dormido a mi lado, me pareció un momento perfecto. No podía recordar la última vez que había dormido tan bien, quizás porque hacía mucho tiempo que no dormía abrazada a nadie después de una increíble sesión de sexo. Esto era incluso mejor que los orgasmos que me había hecho alcanzar. Es una sensación tan reconfortante que no recuerdas lo mucho que lo echas de menos hasta que lo vuelves a tener.

Estaba desnudo, dormido de lado, cubriéndole la sábana hasta un poco más

arriba de su cintura. Reconozco que me encanta su cuerpo. En los últimos tiempos me he tropezado con pocos hombres que me resultasen atractivos. Sebas dejó el listón muy alto. Y mi corazón muy cerrado. Pero Paco tiene algo que me atrae y me hace sentir bien.

Entonces noté como empezaba a moverse y sus ojos se abrieron clavándose en los míos. ¿Qué toca ahora? ¿Un beso de buenos días? ¿Más sexo? ¿Levantarme corriendo como la otra vez y salir pitando? No. Es el momento de afrontar la situación con madurez y hacer lo correcto:

—Paco, sabes que tenemos que hablar. No podemos seguir así —digo mientras miro cómo en sus verdes ojos se refleja el brillante sol de la mañana que entra por la ventana de su habitación.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que me he despertado. Es uno de esos momentos en los que te gustaría detener el tiempo. Todo es perfecto. Quedarme aquí, acurrucada a su lado, sin tener que preocuparme por nada más, aunque solo sea por unos segundos.

—Lo sé. —Es lo único que dice mientras se frota los ojos y se coloca boca arriba, mirando para el techo de su habitación.

—Ha sido un fin de semana perfecto, en serio. Hacía mucho tiempo que no estaba tan a gusto con nadie, pero no podemos seguir viéndonos así. Somos compañeros de trabajo y ya ves que mi vida es una locura. No tengo tiempo para ningún tipo de relación y no quiero malentendidos, y menos contigo. —Las palabras salen de mi boca sin pensar, a pesar de que lo único que me apetece es subirme encima de él de nuevo y volver a sentirlo dentro de mí.

Noto cómo él suspira, pero sigue sin decir nada. ¿Por qué será tan diferente el cerebro de los hombres al nuestro? ¿No entiende que en este momento lo que necesito es que pronuncie algo, cualquier cosa? Porque quiero creer que estará pensando en algo...

Pero entonces empieza a hablar, y creo que prefería que hubiese continuado callado, porque una cosa es saber lo que debes hacer y otra muy distinta escuchar lo que no te apetece oír:

—Lo siento. No lo pensé, Sara. No quiero que creas que soy el típico que hace estas cosas porque me siento solo al llegar a esta ciudad donde no conozco a nadie más. Eres preciosa y genial. Me dejé llevar. Pero entiendo que tienes tu vida y fue solamente un fin de semana especial sin más. Supongo que es lo que queremos los dos...

Abrí la boca para contestar, pero volví a cerrarla enseguida sin saber muy bien qué decir. Mejor así...

Recogí mi ropa y me vestí en silencio. Salí de la habitación de Paco sin volverme a mirarlo. Él tampoco dijo nada.

Quizás debimos haberlo hecho de otro modo. Este fin de semana no había sido nada más que un oasis inconsciente en mi ajetreada vida. Un paréntesis que, en estos momentos, me estaba encargando yo de cerrar y en el que todo lo sucedido había sido increíble. No podía ponerle ninguna pega a nada de lo ocurrido. Ni siquiera a él. No habíamos hecho daño a nadie, pero reconozco que tampoco estoy preparada para incluir de nuevo a alguien en mi vida y volverlo a pasar mal.

Ahora, al pensarlo, siento cómo un nudo se forma en la boca de mi estómago. Hacía mucho tiempo que no tenía esta sensación. Exactamente, desde mi ruptura con Sebas. Pero, al igual que entonces, sé que es lo mejor en este momento de mi vida. O no. Pero, al menos, es lo menos complicado.

10:00 p. m. Con el móvil en la mano siento la necesidad de mandarle un mensaje a Paco. Me fastidia el hecho de que pueda sentirse mal por lo que ha pasado y que la situación se vuelva tensa entre nosotros.

Reconozco que tuve la esperanza de ver aparecer algún *e-mail* suyo desde el momento en que salí de su casa. Creo que nunca tantas horas estuve pegada al ordenador y atenta al sonido de mi móvil. Pero nada. Y encima puedo ver como se encuentra en línea. ¿Pero qué me esperaba? Fui yo quien quiso dejar las cosas claras.

Entro en la aplicación y miro su foto de perfil. La verdad es que tiene una sonrisa preciosa. Se le ve tan feliz y despreocupado...

Pero entonces no puedo evitar seguir bajando en mi lista de contactos hasta que en la pantalla del móvil aparece ante mí la foto de Sebas. A él también se le ve feliz. Pero su sonrisa es muy diferente, o al menos yo la percibo así. Parece que aún se ríe de mí.

¿Por qué me hiciste así? ¿Por qué has hecho que prefiera alejar de mi lado a las personas que pueden llegar a significar algo, por el simple hecho de no volver a sentirme como tú conseguiste que lo hiciese? Has logrado que no confíe en nadie. Gracias a ti me he vuelto egoísta y no quiero darle a nadie la oportunidad de que me puedan volver a fallar.

Me recuerdo que el amor no es para mí y que, además, con mis hijos, mis dos perros y mi familia ya tengo suficiente. La vida así es más sencilla.



Jueves, 15 de marzo

7:00 a. m. Hoy no he necesitado ni que sonase la alarma. ¡41 años! Después de conseguir superar el primer año de la temida década, esto hay que celebrarlo. Comienzo del día: un estado de ánimo totalmente nuevo y positivo.

La verdad es que mi entrada en los cuarenta no pudo ser peor, ya que hoy hace justo un año que a María le extirparon el tumor y pasamos mi cumpleaños las dos metidas en una habitación de hospital. Un día para olvidar.

Pero mirando todas las situaciones vividas desde la perspectiva actual te das cuenta de que la vida es eso: un conjunto de momentos, algunos muy buenos y otros no tanto. Pero lo importante es el resultado final de todos ellos. Y, en este caso, ha sido muy positivo. Esto es lo que anima a superar el resto de los problemas que se presenten, porque, cuando tienes que pasar por un trago tan amargo y ves que tiene solución, sabes que entonces no hay nada contra lo que no puedas luchar.

Por eso este año se merece que el día de hoy lo celebre por todo lo alto. Tengo que resarcirme y disfrutarlo por este y el anterior.

8:00 a. m. He decidido invitar a toda la familia a comer para celebrarlo, así que pillo el teléfono para dejar en el grupo que tenemos entre todos un mensaje para convidarlos.

Al coger el teléfono veo que tengo varios mensajes sin leer y otros tantos *e-mails* indicando en el asunto: «¡Felicidades!».

Me parece muy bonito que personas con las que no tienes contacto habitual durante todo el año, aunque sea Facebook u otra aplicación las que les recuerde que hoy es un día especial para ti, utilicen un minuto de su tiempo en escribir una felicitación. Al menos es un segundo de su vida que te están dedicando. Y hay que tener en cuenta que el tiempo es una de las cosas más importantes que tenemos, por el simple hecho de que una vez que pasa no lo podemos recuperar.

Todos los años mi padre es el primero en felicitar me. Ya tengo por costumbre hacer una rápida pasada con mi dedo índice por los chats del WhatsApp para poder ver, al inicio de los no leídos, su mensaje de felicitación en cabeza. Este año lo ha mandado a las 12:03 a. m. No puedo evitar sonreír. A mi padre lo adoro. Él es lo que me hace creer que existe alguna excepción en los hombres y que alguno bueno hay. Es el ejemplo de marido devoto, padre perfecto y abuelo dedicado. No sé qué haríamos mis hermanos y yo sin su ayuda.

Cuando termino de revisarlos y de contestar a todos, me doy cuenta de que, en la parte de arriba de la pantalla de mi móvil, hay un sobrecito cerrado. Mi corazón empieza a acelerarse. La última vez que recibí un SMS ya sabemos de quién fue. Supongo que no tendría la desfachatez de mandar otro, aunque de él me puedo esperar cualquier cosa.

Dudo unos segundos antes de abrirlo. Puede que simplemente sea un aviso de llamadas perdidas y mi cabecita esté inventándose sus propias paranoias. Pero me parece improbable porque anoche, antes de dormirme, no estaba.

Y ahí está: Sebas. Y encima le ganó a mi padre en la hora. ¡No puedo creer que haya sido el primero en felicitar me! ¡A las 12:01! No me preguntéis por qué, pero esto me enfada el doble. ¿Por qué quiere ser siempre el centro de atención? ¿Por qué tuvo que ser él el primero? ¡Siempre lo es mi padre! No tenía derecho a quitarme este recuerdo.

Y entonces lo abro y veo una foto nuestra de hace unos dos años durante una cena romántica, en la que se nos ve brindando sonrientes. Sobre ella aparece escrito un texto:

Te deseo un feliz día, viejilla. Semper Fi. Sebas ♥♥

¡Manda huevos! ¡Pero tendrá morro! Encima parece que se cachondea de mí. Mi corazón está desatado y mi cabeza a punto de explotar. ¿Pero cómo se puede ser tan cínico para mandarme ese mensaje? Siento como la sangre sube por mi

cuello. Noto que la cara me arde de rabia. Tengo que controlarme: habíamos dicho que ánimo positivo...

Cuento hasta diez mentalmente intentando tranquilizarme y pienso que lo mejor es no contestar. ¿Qué se cree? ¿Que voy a darle las gracias y actuar como que nada ha pasado entre nosotros? Es que es de traca.

Pero el problema es que mi rabia y cerebro van por un lado y mi corazón por otro, y encima este último es el que maneja mi mano. Y sí, se las doy:

Muchas gracias por acordarte.

¿Pero cómo puedo ser tan gilipollas? ¿Semper Fi? ¿Por qué no le pongo nada recordándole lo fiel que me fue? No me digáis por qué, pero no puedo. No puedo quitar los ojos de esa foto y de nuestras caras sonrientes y dejar de pensar en lo que sentía en esos momentos por dentro. Y me gustaba. Me gustaba mucho.

9:00 p. m. La verdad es que al final ha sido un día genial. Quedé para comer con mis padres, hermanos, hijos y sobrinos en un nuevo restaurante italiano que abrieron hace menos de un mes en el centro: La Mamma. Lo cierto es que la comida estuvo espectacular y, encima, como colofón final, cuando pedimos el postre, todos los camareros del local se acercaron a la mesa con una enorme tarta con dos bengalas encendidas mientras cantaban el cumpleaños feliz. Al principio me quería morir de la vergüenza, pero al final todo el local se unió con palmas, para alegría de los niños.

¡Me encanta cuando nos reunimos todos! Reímos, recordamos anécdotas de nuestra infancia y mis hermanos y yo aprovechamos para compartir y reírnos de la preadolescencia tan dura de nuestra prole. Aunque os aseguro que, con este último punto, a veces dan ganas de llorar.

Al menos, entre todos, consiguieron que olvidase el mensaje de Sebas y los sentimientos encontrados que se produjeron en mí al recibirlo. Tengo que reconocer que aún consigue removerme por dentro, y el no ser capaz de controlar mis emociones en lo referente a él me duele.

Miro los regalos tan bonitos que me han hecho:

María me regaló una preciosa sudadera con la frase «Vive la vida» serigrafiada y una pulsera con el texto «Cosquillas a las nubes grises». Es

una tradición entre nosotras hacernos regalos con mensajes especiales; Raúl, como no podía ser de otra forma, los últimos cuatro libros que más le gustaron junto con un precioso maletín de piel para el trabajo; mis padres, una preciosa cadena de oro con el símbolo del infinito, y entre todos los niños, un enorme mural con fotos de todos nosotros juntos.

Me encantan. Son regalos tan personales que todos llevan un poquito de ellos, lo que los hace muy especiales.

11:58 p. m. Todo listo para mañana. Ya no queda nada para que este día se acabe. Dos minutos y toca esperar otro año más para poder celebrarlo de nuevo.

Entonces mi móvil suena en la mesilla. Un último mensaje de algún rezagado para despedirlo.

Vale por otro momento perfecto juntos. Sin fecha de caducidad.

No tengo ni idea de cómo se enteró de que era mi cumpleaños ni de cómo consiguió mi número. Lo único que sé es que, solo con una simple frase, hizo que este día fuese un poco más especial.



Viernes, 16 de marzo

—Sara, Manu y yo vamos a tomarnos un descanso. —Oigo decir a María al otro lado del teléfono. Noto como su voz suena triste.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? Yo pensé que últimamente estabais muy bien juntos —respondo sorprendida.

Sé que han pasado por muchos baches, pero ahora que ya todo se empezaba a normalizar después de su enfermedad, merecían disfrutar de estos nuevos momentos juntos.

—Es que no tengo tiempo para una relación. Ahora, con la vuelta al trabajo y los exámenes de Mario, mi vida es un caos y al final siempre acabamos discutiendo. Ando agotada y tengo que encontrar un hueco para ponerme en forma, que estoy hecha un desastre. Y claro, cada día nos vemos menos y Manu se queja con razón, pero yo no tengo la culpa de que él tenga tanto tiempo libre. ¡Estoy hecha un lío, porque lo quiero! ¿Y si me estoy equivocando, Sara?

«¡A buen sitio viene a preguntar!», pienso para mis adentros. Otra con la crisis de los cuarenta, sus relaciones, las prioridades y el tiempo. Se está convirtiendo en una plaga. Os sorprendería saber cuántas cuarentañeras y cuarentañeros se encuentran en situaciones similares. No entiendo cómo aún no han publicado estadísticas al respecto.

Tengo que intentar animarla y darle algún consejo que está claro que yo seguro que no llevaría a la práctica en su misma situación y que, incluso, en el caso de hacerlo, podría ser la decisión equivocada. ¡Qué complicados somos a veces, con lo fácil que es la vida!

El problema es que pensamos demasiado. Siempre recuerdo un jefe que tuve; entre las muchas perlas que me soltó en los años que trabajamos juntos, una de ellas fue: «Sara, no se te paga para pensar. Así que mejor no lo hagas». Y al final

le voy a tener que dar en cierta parte la razón, ya que nuestra mente nos juega muy malas pasadas por darle doscientas vueltas a la misma situación y encontrar doscientas razones diferentes que te hagan dudar de cuál sería el camino correcto. ¡Con lo fácil que sería actuar sin más con el primer impulso y dejarse llevar!

—María, sé que antes de tomar la decisión habrás tenido en cuenta todas las posibilidades, pero... ¿te has planteado que, si es un descanso, él podrá hacer lo que «quiera», y es posible que la distancia os aleje del todo? ¿Estás segura de que es buena idea correr ese riesgo? —le pregunto mientras me recuerdo en alguna situación similar elaborando alguna de mis listas de pros y contras. Ahora me viene a la mente que tengo que hacer un repaso de mi lista de propósitos.

Noto como María tarda unos segundos en digerir mis palabras al otro lado de la línea.

—Sé que lo puedo perder después de todo lo que hemos pasado juntos. Pero necesito un tiempo para respirar. Tengo la clínica patas arriba después de tanto tiempo sin currar y Mario terminó ayer los exámenes, y creo que carga una. Es culpa mía, que no he estado encima de él lo suficiente. Para él este año no ha sido fácil. Y, simplemente, Manu no encaja ahora en mi vida, por muy mal que suene. Sé que suena egoísta, pero si estamos juntos, no puedo evitar estar medio día hablando con él y otro medio enganchada a las redes sociales. Y encima está la becaria dichosa. No puedo estarme comiéndome la cabeza con esas cosas todo el día. ¡Necesito desconectar! Tú me dijiste hace poco que, después de todo lo pasado, creías en el destino, ¿no? Pues creo que, si tenemos que terminar juntos, se acabará cumpliendo, ¿no crees?

—¿Y cómo se lo ha tomado Manu? —respondo intentando eludir su pregunta.

—Pues te lo puedes imaginar, después de soltarle la típica frase: «Cariño, solo quiero que sepas que el problema no eres tú, soy yo». ¡Aún no me puedo creer que le haya dicho eso! Creo que lo hice para que comprendiese que nada de lo que dijese podría hacerme cambiar de opinión, porque si lo intentaba podría acabar cediendo. Sara, ¡me siento fatal y lo echo de menos!

Pobres. Me dan pena los dos. ¿Quién no ha pasado por cualquiera de las dos situaciones alguna vez en su vida? Creo que se merecen que lo suyo funcione. Se merecen algo más.

—Creo que ya lo tienes claro, para bien o para mal, pero si estás tan segura ahora de que esto es lo que necesitas, entonces es lo correcto —le respondo al verla convencida con sus razonamientos.

No quiero influir en ella. Es su decisión, su vida y sus consecuencias. Aunque en el fondo me da un poco de pena. Creo que formaban una bonita pareja imperfecta.



Domingo, 18 de marzo

Domingo por la mañana.

No recordaba la sensación de despertar y pensar que tengo todo el día por delante sin ningún tipo de compromiso. A través de las cortinas de mi habitación veo que entran unos rayos de sol para darme los buenos días. ¡Y encima ha dejado de llover! No es posible que se presente un día tan perfecto.

Agarro el móvil y le echo un vistazo: son tan solo las nueve de la mañana. Pero sé que no podré dormirme otra vez, por lo que decido levantarme para empezar a disfrutar de este maravilloso día.

Los niños todavía duermen. Tienen que estar agotados, ya que ayer tuvieron partido. No sé cómo explicar la sensación que recorrió mi cuerpo cuando, durante el partido de Miguel, varios padres me preguntaron por Paco. Aparte, claro, del exhaustivo interrogatorio de María acerca de él. Está claro que, por mucho que intente disimular, no se cree que no pasó nada entre nosotros.

Entonces viene a mi mente el recuerdo de los dos juntos el domingo pasado. Su cuerpo aprisionando el mío contra la pared en mitad de la calle mientras sus manos recorrían mi espalda y su lengua jugaba con la mía dentro de mi boca, traspasándome un sabor que no consigo olvidar. Por mucho que quiera sacármelo de la cabeza y verlo solo como un compañero de trabajo, las sensaciones que recorren mi interior cada vez que pienso en él me hacen preguntarme: ¿por qué tiene que ser malo algo que sientes tan placentero y te da esos momentos de felicidad? ¿Por qué tengo que continuar pensando que no es buena idea que estemos juntos, simplemente por el hecho de que hayamos coincidido trabajando en el mismo lugar? Nunca sabes dónde va a estar esa persona que el destino ha decidido que es tu media naranja, que te completa.

¿Por qué en mi caso no puede ser él esa persona? ¿Por qué tengo tantas ganas de volver a sentirlo como hace una semana?

En este momento, un ladrido me devuelve a la realidad y veo como Lebrón, situado a mis pies en la cocina, me mira con sus preciosos ojos mientras derramo toda la leche fuera de la taza. ¡Sara, céntrate!

11:00 a. m. Al salir de la ducha escucho como mi móvil suena en algún lugar de la casa. Me enrolló en una toalla para no mojar todo el suelo y echo a correr porque no quiero que Miguel y Santi se despierten con su sonido. A punto estoy de matarme por el camino, pero consigo descolgar antes de que se corte la llamada.

—¡Hola, Sara! No estarías durmiendo, ¿no? —dice Raúl alegremente.

—¡Buenos días! No, es que me pillaste saliendo de la ducha. ¿Y tú, tan madrugador un domingo? —le pregunto, aunque sé que para mi querido hermanito da igual el día de la semana que sea, porque él siempre se despierta muy pronto. Muchos días de diario, a las seis de la mañana está enviando algún mensaje al grupo de la familia con algún mensaje divertido. Es lo que tiene vivir en las afueras, que tu mujer viaje tanto, tener tres hijas que llevar al colegio y un alto cargo. Que dormir, duermes poco. Y los fines de semana le encanta madrugar para leer o ir a montar a caballo, que son sus dos pasiones.

—Se me ocurrió que, como hace un día muy bonito y los niños ya han acabado los exámenes, podía hacer una comida campestre aquí en casa. Hace tiempo que los primos no se juntan con tiempo para jugar, y como en Semana Santa no vamos a estar, ya que tenemos planeado ir a esquiar, me pareció una buena idea. ¿Puedes o ya tenías planes?

Mi plan era un día tranquilo, sin ningún compromiso, tirada en casa, limpiando algo y relajándome un poco mientras preparaba con calma mi comienzo de semana. Pero la verdad es que sé que a Miguel y a Santi los voy a hacer los niños más felices del mundo si le digo a Raúl que sí.

—Me parece una idea genial, ¿necesitas que lleve algo? —pregunto, a pesar de que sé que decirle eso a Raúl es una tontería. ¿Qué será lo que no hay en aquella casa?

—¡Nada, no te preocupes! ¡Genial! Voy a avisar a papá, a mamá y a María. Espero que ellos también puedan. ¡A las dos aquí! ¡Un besazo!

—¡Perfecto! En un ratito nos vemos. ¡Un besazo!

2:20 p. m. Estoy en el coche, parada delante de la casa de Raúl, esperando a que se abra la puerta de forja automática que da acceso a la finca. Sonrío al recordar las caritas de felicidad de los niños cuando les dije el plan para el día de hoy.

Cuando se abre, antes de arrancar para dirigirnos con el coche por la pista que lleva hacia la casa, me fijo durante unos segundos en lo espectacular que es la vista que tengo frente a mis ojos. La verdad es que llega un momento en que, como ya estás acostumbrada, lo ves hasta normal. Pero recuerdo la primera vez que traje a Javier o a Sebas. Podía ver sus caras de asombro al entrar en este impresionante lugar.

Veo como, desde el porche de entrada, Daniela nos saluda alegremente con la mano.

Daniela es mi ahijada y una de las mellizas de Raúl y Lucía. La verdad es que parecen dos angelitos con su larguísima melena rubia y sus clarísimos ojos azules. Son clavadas a Lucía. Aún no soy capaz de comprender cómo, a los meses de que naciesen, Lucía era capaz de lucir el mismo tipo que antes de quedarse embarazada de ellas. ¡Qué injusta es la genética a veces con algunas como yo!

En el interior se encuentra ya el resto de la familia.

—¡Sara! Estábamos a punto de empezar sin ti —contesta mi cuñada acercándose a mí con una enorme bandeja de asado en las manos.

Fue capaz de arreglárselas para besarme, cerrar la puerta de la entrada con la cadera y dedicarme una de sus mejores sonrisas, todo en un solo movimiento y con sus manos ocupadas mientras yo me quitaba el abrigo y lo colgaba en el carísimo perchero que se encontraba a mi lado.

Al salir al jardín, puedo observar la preciosa mesa que ha preparado con unos espectaculares y coloridos centros de flores, dándole un aire bucólico y ensoñador. Desde ella se puede ver la espectacular piscina que te invita a lanzarte sin pensarlo. Me recuerda a las casas que salían en una serie americana que echaban en la tele cuando yo era pequeña que se llamaba *Beverly Hills, 90210 Sensación de vivir*, donde salían espectaculares mansiones en las que soñabas vivir algún día, cuando fueses mayor. Estos son los típicos recuerdos que te hacen darte cuenta de que te estás haciendo vieja.

Al finalizar la comida, Raúl se llevó a todos los niños a dar una vuelta en su nuevo bólido mientras mis padres y los de Lucía charlaban animadamente alrededor de la mesa, tomándose un segundo café.

Lucía, María y yo decidimos irnos a tumbar en unas bonitas hamacas ubicadas alrededor de la piscina y aprovechar para intentar coger un poco de color, al

menos en el rostro, y eliminar este tono mortecino tan poco favorecedor.

—¿Volviste a saber algo de Manu? —pregunto a María, al notarla muy callada y pensativa.

—No lo he llamado, y la verdad es que él tampoco se ha intentado poner en contacto conmigo —contesta sin poder evitar que se note en su voz una cierta desilusión.

—Eso no es malo, María. Aún es muy reciente. Es bueno que desconectéis un tiempo —le digo en un intento de hacer que se sienta un poquito mejor.

—Entiendo que quieras saber de él después de tanto tiempo juntos, pero tienes que darte cuenta de que es normal que Manu se sienta triste, o incluso enfadado. Tú tomaste la decisión y ahora las cosas están en caliente todavía, por lo que lo mejor es que pase un tiempo antes de que volváis a hablar. En este momento, el vaivén de emociones contrapuestas que tenéis los dos lo único que puede hacer es llevaros a reproches y a que no actuéis de la manera más adecuada —dice Lucía, que siempre ha sido muy coherente y templada.

—Creo que me ha bloqueado en todas sus redes sociales —dice con una expresión de tristeza en sus ojos.

—María, si él quiere volver a aparecer en tu vida lo hará. Dale tiempo. Debes dejar que las cosas fluyan. Está claro que después de lo pasado necesita desconectar y aclarar sus sentimientos.

—Si ya lo sé. Pero, aunque suene egoísta, me da miedo pensar que me he equivocado y descubrir que lo necesito en mi vida, y que entonces él ya no esté.

—Tomaste una decisión que conlleva un riesgo. Pero, pase lo que pase, tienes que saber que nadie es imprescindible en esta vida. Durante muchos años has sido feliz sin él. Tienes que darle tiempo al tiempo y ver qué es lo que realmente necesitáis los dos. Seguro que al final te darás cuenta de que la decisión ha sido correcta. Si él te quiere y estáis destinados a terminar juntos, así será —sentencia Lucía.

Nos quedamos en silencio unos minutos disfrutando de este momento de tranquilidad, pero mi mente no puede dejar de pensar en las palabras que Lucía acaba de pronunciar.

Creo que tiene razón y que debo aplicarme lo que le acaba de decir a María. Tengo que disfrutar del día a día y dejar que mi vida fluya. Está claro que lo que tenga que pasar pasará. Cojo mi móvil y no puedo evitar volver a leer el último mensaje que Paco me mandó el día de mi cumpleaños:

Vale por otro momento perfecto juntos. Sin fecha de caducidad.

Pienso en sus ojos verdes, su sonrisa, el aroma de su piel. Sin fecha de caducidad... Qué cabrón. La pelota está en mi tejado..., y qué ganas de lanzarla.



lunes, 19 DE MARZO

8:00 p. m. Es increíble la sensación de paz que se siente a estas horas andando por la playa. Se nota que los días cada vez son más largos. Es un privilegio poder estar aquí, paseando por la arena, disfrutando del ruido de las olas y de la brisa del mar. La verdad es que estos momentos no tienen precio.

Sonríó al ver a lo lejos cómo Lebrón y Jordan disfrutaban corriendo sin parar sobre las rocas, uno al lado del otro. ¡Es tan fácil hacer felices a estos dos peludos!

Viéndolos pienso que con que los hombres fuesen la mitad de leales y fieles que ellos me conformaba.

Hoy ha sido un día extraño, con mezcla de sentimientos, de ahí la necesidad de pasear y desconectar durante unos minutos contemplando este fantástico paisaje.

Por una parte, estoy feliz porque es el Día del Padre y, aunque reconozco que tanto este día como el de la madre deberían de ser los 365 del año por el trabajo que los hijos damos (¡cómo te cambia la perspectiva cuando pasas al otro lado!), me encanta celebrarlo. Yo a todo lo que sea fiesta me apunto.

Pero, por otro, es un día un poco triste, porque coincide con el santo de mi abuelo Pepe, el Bisa, como lo llaman Miguel y Santi. Fue el único abuelo que conocí y, aunque era un hombre serio y muy recto por la educación que recibió, todos sus nietos lo adorábamos. A pesar del poco tiempo que nos dedicaba, Raúl, María y yo alucinábamos con él. Era electricista, nos enseñó a hacer preciosas pulseras con los cables de miles de colores que tenía en su taller; con él probamos nuestro primer porrón de cerveza con gaseosa y cuando nos íbamos de vacaciones en su coche lo martirizábamos haciéndole escuchar el casete del grupo Parchís durante más de diez horas sin parar. Solo tenía diez canciones y no

podías darle ni para delante ni para atrás. ¡Lo que hemos avanzado en tecnología en tan poco tiempo! Eso sí, mi abuelo lo soportaba de forma estoica. ¡No sé yo si tendré esa paciencia el día de mañana con mis nietos! Los abuelos de antes y los de ahora están hechos de otra pasta. Se merecen un monumento.

Pero hace cuatro años enfermó y nada se pudo hacer. Para Miguel, a pesar de tener solo ocho años, fue un duro golpe. Para él era «su Bisa», el que lo cogía y lo sentaba en su regazo para hacer carreras en su silla de ruedas y el que disfrutaba con sus comienzos deportivos. Miguel fue su primer bisnieto varón y cuando nació entre los dos se creó un vínculo muy especial. Aún recuerdo cuántas noches sin dormir pasó el pobre niño después de que el Bisa Pepe nos dejase y cómo en sus primeras canastas, siendo un renacuajo, levantaba sus deditos señalando al cielo para dedicárselas a él.

De repente me doy cuenta de que ya ha oscurecido. ¡Qué rápido pasa el tiempo cuando te relajas y te evades unos segundos!

Busco en el bolsillo del abrigo el móvil para mirar la hora. ¡No puede ser! Ahora recuerdo que lo dejé encima de la mesa de la cocina mientras les ponía la correa antes de salir.

Silbo para avisar a los perros de que ya es hora de volver. Los niños están solos en casa y, aunque sé que en estos momentos no me están echando mucho de menos, es más, les faltó ponerse a aplaudir cuando supieron que se quedarían un rato a solas con la tele y la Play para ellos solos, aún me queda trabajo por hacer y no me apetece acostarme muy tarde.

9:00 p. m. —¡Hola! ¿Preparados para iros a la cama? ¡Mañana hay que madrugar! —digo mientras entro en casa, a pesar de que sé que la respuesta a mi pregunta va a ser una negativa.

—¡Solo una más, mami, *porfa!* —suplica Santi, poniéndome morritos para conseguir ablandarme.

—¡Es muy tarde y mañana hay cole! Luego pasa como todos los días, que no hay forma de levantarlos.

Paso de discutir con ellos porque sé que me van a vencer por agotamiento, así que decido pegarme una ducha y ponerme el pijama antes de mandarlos para la cama, encender el ordenador y preparar el día de mañana.

—Por cierto, tu teléfono no dejó de pitar desde que te fuiste —dice Miguel sin apartar su mirada de la pantalla de la televisión antes de que salga del salón.

No puedo evitar ir a mirar de qué se trata. ¡Es increíble la dependencia que nos genera este maldito aparatito! Ni que no pudiese esperar veinte minutos a

mirar de quién serán los mensajes o las llamadas. En serio, no sé cómo éramos capaces de sobrevivir hace unos años sin los dichos móviles. Y estoy convencida de que vivíamos mejor. Son la peor droga que conozco. No hay nada que nos genere más adicción.

Dos llamadas de mi madre, cuarenta y dos mensajes de WhatsApp (la mayoría de los grupos de baloncesto de los niños), varias notificaciones de Instagram y Facebook y quince *e-mails* es el balance en el tiempo de duración del paseo. No me extraña que Miguel dijese que no paraba de sonar.

Echo un vistazo por encima antes de dejarlo por si hay algo interesante, y entonces me fijo en uno de los correos electrónicos:

Remitente: Departamento de Formación

Asunto: Convocatoria curso LÍDERES TRANSFORMADORES

Lugar: Sede central

Sara:

Tenemos el gusto de confirmarle su participación en la acción formativa LÍDERES TRANSFORMADORES que se va a impartir los próximos días 21 y 22 de marzo. Recuerde reservar estas fechas en su agenda.

Horario: de 9:00 a 18:00 h.

No olvide reservar su viaje a través del Gestor de Gastos del Empleado.

¡La esperamos!

EL EQUIPO DE FORMACIÓN Y APRENDIZAJE

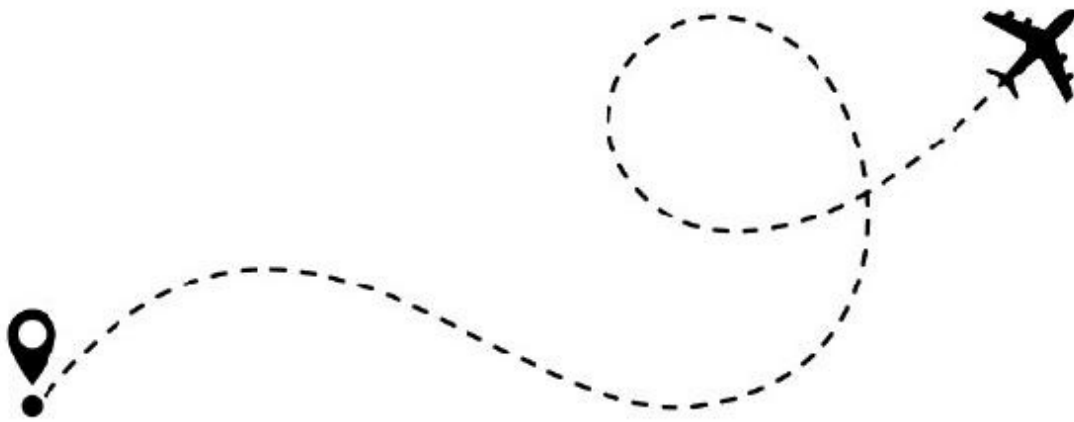
¡Lo que me hacía falta! Un viaje de dos días fuera de casa y todo lo que ello conlleva. Y, encima, siempre avisan con tanta antelación... La mayoría de mis compañeros estarán encantados. Dormir fuera de casa en un hotel de cinco estrellas con todo incluido y saliendo de juerga por las noches mientras sus respectivos o respectivas se encargan de la casa y los pupilos. Pero para mí es un marrón: aparte de los niños, que se tendrán que quedar a dormir con los abuelos, tengo que dejar a mi padre al cuidado de los perros y yo sé que, aunque me diga que no hay problema y que lo hace encantado, es mucho trabajo. Por no hablar de que estar ese tiempo en la formación implica que durante esos dos días mi trabajo se va a seguir acumulando hasta límites insospechados.

Entonces me doy cuenta de que en el mensaje hay un archivo adjunto. Se trata

de un listado con el reparto de empleados y las fechas de asistencia.

Antes de abrirlo, un ligero cosquilleo recorre mi estómago. No sería buena idea. Lo mejor sería que no coincidiésemos y nos tocara en turnos distintos. En un hotel, los dos, rodeados de compañeros de trabajo por todos lados... Sería hasta cruel.

Pero en el fondo, a pesar de pensar en todo eso, algo dentro de mí me indica que no me importaría que la realidad fuese otra. Y entonces lo veo. Su nombre junto al mío. Mismos días, mismo hotel. Un vale pendiente de canjear...



Miércoles, 21 de marzo

5:00 a. m. ¡Esto es inhumano! Debería estar prohibido levantarse a estas horas. A ver cómo consigo mantener mis ojos abiertos y no quedarme dormida en medio del curso. Solo el pensar que tengo que aguantar hasta las seis de la tarde sin descanso alguno me mata. Creo que el café va a ser hoy el mejor de mis amigos.

Después de muchas dudas sobre si irme el día anterior, como supongo que harían la mayoría de mis compañeros, o el mismo día del curso, me decanté por la segunda opción. Sé que era mucho más cómodo haber cogido ayer el avión de la tarde, cenar relajadamente en la habitación del hotel y levantarme con calma para desplazarme hasta las oficinas donde se realiza el curso, después de meterme un tremendo desayuno bufé entre pecho y espalda.

Pero, sabiendo que ya no me quedaba más remedio que pasar una noche fuera, el tema de la conciliación familiar decantó la balanza: una noche más con niños y perros les quitaba mucho trabajo de encima a mis padres, por lo que no tuve mucho más que pensar.

6:00 a. m. Aquí me encuentro, en el aeropuerto, haciendo cola para pasar el puesto de control. No os imagináis lo que odio viajar en avión.

Que conste que no siempre fue así. Me acuerdo de mi primer viaje, que fue el de la excursión de «paso de ecuador» en el penúltimo curso de universidad. Entonces me encantaba. Veintidós chicos de veintiún años que íbamos a pasar una semana loca de sexo, alcohol y *rock and roll*. Además, de aquellas no había ningún tipo de control: los asientos no estaban asignados, te podías levantar cuando querías e incluso se podía fumar libremente durante todo el vuelo. Así que allí estábamos nosotros, todos en la parte de atrás del aparato, envueltos en una inmensa nube de humo y tomándonos unas copas, las de la ida para ir cogiendo el tono antes de empezar la fiesta, y las del trayecto de vuelta, como despedida de una semana de desenfreno.

Pero todo cambió después de un mal vuelo en uno de los desplazamientos a una de las pruebas de selección para mi puesto de trabajo. Recuerdo que iba con mi padre y había mucho temporal. El avión subía y bajada de golpe. Nadie era capaz de decir nada, pero todos nos mirábamos entre nosotros, con la esperanza de ver que el de al lado no se alteraba y así dar por hecho que aquella situación era normal. Mi preocupación comenzó a ir en aumento cuando vi que las azafatas se encontraban sentadas con los cinturones abrochados y que en su rostro se reflejaba un cierto grado de preocupación, y, sobre todo, cuando al mirar a mi padre, el cual llevaba un buen rato callado, me di cuenta de que el libro que en teoría estaba leyendo se encontraba al revés. Nunca había vivido unas turbulencias semejantes. Pero desde ese momento me quedó claro que, por muy seguro que me digan que es viajar en avión, me resulta muy antinatural que un aparato tan pesado se pueda mantener en el aire sin estar sujeto con ningún mecanismo al suelo.

Por lo que, sobre todo desde aquella experiencia y posteriormente, después del nacimiento de los niños, la sensación de inseguridad que me entra cada vez que subo a uno de ellos es brutal.

Y esos son los principales motivos por los que lo odio. Por ellos y por el hecho de que prácticamente me tenga que quedar desnuda todas las santas veces que intento pasar a la zona de embarque. Tengo un imán para los cacheos aleatorios y las pruebas antidroga. Empiezo a pensar que deben tener mi foto allí pegada, detrás de un mostrador, y que cuando los de seguridad ven que me estoy acercando ya se avisan entre ellos para que suene el dichoso pitido.

8:30 a. m. Al bajarme del taxi miro hacia la puerta que da acceso al edificio

de la sede central de la compañía. Hay que reconocer que tiene un aspecto imponente. Aún recuerdo la sensación de asombro que experimenté la primera vez que entré en él.

Su aspecto exterior es el de un enorme cubo de acero y cristal. Nada más atravesar las puertas y los tornos del control de seguridad te encuentras con unos enormes jardines centrales desde donde se da acceso a los seis edificios de diferentes colores que componen el cubo. Es como si te trasladases a otro mundo, un lugar donde las personas parecen hormigas robotizadas que se mueven sin parar.

Busco el edificio de formación: es el de color rojo. Me dirijo a toda prisa. No me ha extrañado no encontrarme a ninguno de mis compañeros en el aeropuerto. Ya imaginaba que no estarían por la labor de pegarse el madrugón, aunque tengo que reconocer que hasta que no bajé del avión albergaba la esperanza de que Paco hubiese embarcado antes que yo y pudiésemos compartir el trayecto en taxi juntos. Sí, lo sé: soy masoquista. Porque si me lo llego a encontrar no tengo muy claro cuál habría sido mi reacción ni qué tema de conversación habría sacado después de lo que pasó entre nosotros.

Después de preguntar en la recepción por la sala en la que tenía lugar el curso, me dirijo a la segunda planta. Nada más salir del ascensor veo un cartel con una flecha indicando la actividad formativa. Avanzo en dicha dirección y al fondo puedo ver como un grupo de gente se encuentra arremolinada a la entrada de lo que parece una sala de reuniones.

Y entonces lo veo, de espaldas a mí. No puedo evitar notar cómo mi corazón se acelera. ¡Sara, tienes que controlarte! Lo que me faltaba era que el resto de mis compañeros se diesen cuenta de lo sucedido entre nosotros. Lleva un bonito traje azul marino y su posición me recuerda a la primera vez que lo vi hablando con Sergio en la oficina.

—¡Sara! ¡Has llegado! —Veo como viene hacia mí Inma con una enorme sonrisa en la cara. Me encanta la sensación de felicidad que me transmite cada vez que la encuentro.

—¡Hola, Inma! Al final decidí madrugar. A ver cómo llevo el día. Espero que el curso sea entretenido, porque si no voy a tener que confiar en tus codazos para conseguir acabar el día con dignidad —le contesto sonriendo, pero sin poder evitar mirar de reojo la espalda de Paco.

Y entonces se gira. Sus preciosos ojos verdes se clavan en mí mientras una ligera sonrisa se dibuja debajo de la corta barba que decora su rostro. Muevo la cabeza y es entonces cuando nuestras miradas se cruzan. Noto como el aire se hace más denso a mi alrededor y siento como una tensión palpable se instala entre nosotros. Espero que Inma no se esté dando cuenta.

—¡Buenos días, Sara! No sabía que venías, ¿llegaste ahora? Me alegro de verte —me dice mientras sus ojos me recorren de arriba abajo y noto como el calor se empieza a instalar en mis mejillas.

Que no sabía que venía... Eso no se lo cree ni él. Estoy convencida de que lo primero que miró al ver la convocatoria fue si mi nombre estaba en su grupo. Que me lo cuente con veinte, pues vale. Pero a los cuarenta esas frasecitas ya no me las trago.

9:00 p. m. Decir que estoy reventada es quedarme corta. Encima, con la cantidad de café que me he metido en vena para conseguir aguantar con dignidad toda la jornada, tengo el estómago hecho polvo.

Ha sido un sufrimiento. Entre que los formadores tenían una voz bastante plana y que el contenido del curso era el mismo que nos repiten una y otra vez año tras año, los intentos para no dormirme fueron tremendos. Es horrible esa sensación de querer mantener los ojos abiertos y notar como, a pesar de tus esfuerzos, tus párpados acaban por ceder. Y son segundos, o espero que así fuese, durante los cuales tu mente se va a un lugar mucho más placentero y relajante.

Encima tenía que luchar contra su perfume. ¡Justo tenía que estar sentado delante de mí! Su aroma me torturó durante todo el día. Y su espalda. No podía dejar de pensar en esos momentos en los que mis manos la recorrían palmo a palmo y cómo mis uñas se clavaban en su piel. ¡Sara! ¡YA!

Tengo que pensar que solamente me queda resistir un día. Miro a mi alrededor y tengo que reconocer que la habitación que me ha tocado esta vez es impresionante. Una enorme cama de dos metros de ancho se encuentra en el centro de la estancia con una preciosa colcha en color ocre, a juego con unas enormes cortinas que cubren el ventanal que da a la calle. A su lado se encuentra una gran estructura de cristal dentro de la cual se encuentra una espectacular ducha hidromasaje. Y una enorme televisión led se encuentra colgada en la pared, de forma que puedes verla desde cualquiera de los dos lugares.

Lo primero que se me viene a la cabeza es que no es el lugar adecuado para una primera cita. Todo es muy moderno e impresiona a simple vista, pero le falta un poco de intimidad. No me imagino traer a un ligue y que, mientras me ducho, lo tenga tumbado en la cama contemplándome en todo mi esplendor. Aunque peor sería que, teniendo ese panorama delante, me diese cuenta de que prefiriese mirar el partido de fútbol que estuviesen echando en alguno de los múltiples canales que mi cuerpo desnudo. Menudo bajón.

Después de hablar con mis padres y los niños me tumbo en la cama. Mañana toca madrugar de nuevo. Lo bueno es que a las seis de la tarde se habrá acabado la tortura. De repente, suena un *wasap*. Seguro que es Miguel, que siempre, antes de dormirse, aunque hayamos hablado cinco minutos antes, me manda un mensaje para desearme las buenas noches.

Pero no. Mis ojos se abren de par en par al ver la fotografía de una habitación similar a la mía. Encima de la cama hay un papel escrito. La amplío para ver si consigo leer lo que pone.

Es un número: 457. Y justo debajo de él aparece una frase que hace que mi cuerpo se estremezca:

Sería un buen momento para canjearlo.



Jueves, 22 de marzo

7:00 a. m. He conseguido regresar triunfante a mi habitación después de una heroica expedición por el hotel escaleras arriba, intentando evitar encontrarme con algún otro compañero de trabajo. Pillar el ascensor sería demasiado arriesgado. ¿Por qué la habitación de Paco tenía que estar cinco pisos más abajo que la mía?

No necesité ni alarma. Solo el miedo de pensar en quedarme dormida y que me pudiesen ver salir toda despeinada y con la ropa del día anterior de su habitación fue motivo más que suficiente para que, a pesar del sueño que tenía, mi mente reaccionase a tiempo y mandase las señales correctas para que mis ojos se abriesen de repente.

Estoy totalmente exhausta. Hoy va a ser una jornada incluso peor que la de ayer.

7:30 a. m. Noto cómo el agua recorre mi pelo para terminar bajando como un riachuelo hacia el resto de las partes de mi cuerpo. Aquí me encuentro, metida en la urna de cristal de mi habitación, intentando aclarar las ideas y despejarme un poco. Necesito borrar de mi cabeza la imagen de Paco desnudo a mi lado al despertar. No me ayuda tenerla grabada en mi mente, teniendo en cuenta que voy a estar más de ocho horas mirando su espalda y fingiendo, durante alguna más, que lo de anoche no sucedió.

Creo que fueron veinte minutos los que tardé ayer, después de recibir su mensaje, en decidirme, ducharme, vestirme corriendo de nuevo con la misma ropa, con la idea de que pensase que aún estaba llegando al hotel, y maquillarme para intentar disimular las ojeras instaladas bajo mis cansados ojos.

Cuando estuve delante de la puerta con el número 457, un cosquilleo recorrió toda mi columna vertebral. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Dar un par de golpecitos en la puerta y decir: «Cari, soy yo»? ¡La situación es de película! ¡Que me pasen estas cosas a mi edad...! Y encima no tengo mucho tiempo para pensar, no vaya a ser que en las habitaciones próximas se encuentre gente conocida. Ya me veo inventándome una excusa chorra del tipo «es que me olvidé la pasta de dientes y Paco se ofreció amablemente a prestarme la suya».

Abre.

Fue el wasap que decidí mandar como contestación al suyo. Ya de venir, creo que es mejor no mostrar dudas y tomar las riendas de la situación. Ahora ya no puedo dar marcha atrás. Y está claro que, después de su mensaje, no creo que espere que en el caso de que bajase viniese a tener una charla con él trascendental acerca de la vida o del contenido del curso de hoy. Los dos sabemos lo que supone que atraviere esa puerta.

En unos segundos la puerta se abre. Nada más entrar veo a Paco, que me mira fijamente sin moverse. Solo lleva puesto un pantalón de pijama, lo que hace que clave mis ojos en su torso desnudo. ¡Está tan sexi...! Nos quedamos en silencio un rato, hasta que mis piernas toman vida propia y se mueven acercándome a él un poco más. Ahora su rostro está mucho más cerca del mío y nuestros ojos se encuentran.

Esto no debería estar pasando. No debería estar aquí. Pero es tarde para pensar en ello.

—Sara... —murmura.

—No es momento para hablar, Paco. Estoy aquí porque creo que tienes algo para mí. Mi regalo, ¿no? —contesto mirándolo fijamente mientras me acerco hasta que noto que mi pecho roza el suyo.

Paco coge aire, luego lo suelta muy despacio mientras sus brazos rodean mi cintura. Me mira y noto como su nuez sube y baja dentro de su garganta. Cierro los ojos mientras noto como su fragancia lo invade todo.

Al abrir los ojos veo su boca. El contorno de sus labios no me permite pensar más y los calambres que noto en el bajo vientre han tomado el control de todo mi cuerpo.

Paco ladea la cabeza esbozando esa preciosa sonrisa que dice todo lo que no necesito escuchar. Tiene claro el efecto que produce sobre mí y que mi piel se vuelve loca con una simple mirada suya.

No hay más tiempo que perder. Noto como sus manos agarran mis mejillas y las acerca hasta que sus labios se juntan con los míos. Su cuerpo me aprisiona contra el cristal de la ducha que se encuentra en el centro de la estancia. Abro los ojos y puedo ver su espalda reflejada en el espejo que está justo detrás de él. ¡Dios, qué bueno está! No es un beso tierno, dulce, sino que es duro, apasionado, exigente.

Me dejo llevar. Es él quien tiene el control. Y no quiero pararlo. Es su regalo.

No sé durante cuánto tiempo nos besamos, pero fue con rabia, con deseo, en un intento de recuperar todos los días pasados que estuvimos sin hacerlo.

—Felicidades, Sara. Voy a darte mi regalo: con mi boca, con mi lengua, con mis dedos. Espero que te guste —dice mientras sus manos se deslizan por todo mi cuerpo, acariciando cada rincón de mi piel.

Me quedo callada, simplemente dejando que haga lo que quiera conmigo. Me dejo llevar, quiero disfrutar de cada una de sus caricias sin importarme en este momento nada más.

—¡Dios, Paco...! —susurro con los ojos cerrados.

Me aprieta con más fuerza, acercando su cuerpo más al mío, si es que eso es posible. Estamos solos en su habitación, él y yo, olvidándonos de lo que nos rodea fuera de esas paredes. Solo nuestros jadeos y gruñidos quiebran el silencio de la noche.

Cuando despierto, no sé exactamente dónde estoy. Algo me impulsa a abrir los ojos y, al hacerlo, no acierto a reconocer el lugar donde me encuentro.

Al girar la cabeza hacia mi derecha puedo ver el cristal y entonces recuerdo que me encuentro en el hotel. Cientos de imágenes empiezan a venir a mi cabeza. ¿Sería un sueño? Sin embargo, en ese momento, el aroma que llega hasta mi nariz me dice que no. Una agradable sensación me invade cuando me giro hacia el otro lado y veo a Paco dormido a mi lado. Está acostado sobre su espalda, ligeramente girado hacia mí. Su cabello se encuentra como siempre, desordenado, y una sensación de paz se refleja en su rostro. ¡Se le ve tan relajado! Aunque no me extraña después de la sesión de anoche.

La verdad es que tiene una piel perfecta. Mis ojos bajan por su brazo y no puedo evitar observar sus abdominales. La sábana lo cubre solo de la cintura para abajo, por lo que en estos momentos la adoro por dejarme disfrutar de este bonito espectáculo.

Entonces me doy cuenta de que tengo que salir de aquí lo antes posible. No puedo encontrarme con nadie al salir. Me levanto muy despacio intentando no despertarlo. Recojo lo más rápido que puedo mi ropa, la cual se encuentra desperdigada por toda la habitación.

Otra vez voy a salir corriendo después de una noche de pasión. Va a pensar

que tengo un serio problema. Me giro para mirarlo y pienso que no es una buena idea. En la mesilla de noche veo un bloc de notas y un bolígrafo. Arranco una hoja y sonrío mientras escribo:

Muchas gracias por el regalo. Me ha encantado. Eres todo un detallista. Además, tengo que reconocer que te lo has currado.



Domingo, 25 de marzo

¡Al fin he vuelto a la vida!

La luz que inunda mi habitación me arranca del profundo sueño en el que me encontraba. El día de ayer no existió para mí.

El viernes llegué reventada del curso, aunque al menos puedo decir que conseguí sobrevivir a la última jornada de formación. Tengo que agradecerle al tremendo cansancio que tenía acumulado en todo mi ser el no haber pensado mucho en lo pasado la noche anterior en el hotel y en la situación de tener a Paco justo delante de mi cara durante el último día del curso. Me limité a mantener mi mirada fija en su espalda y en los descansos a beber café sin parar, evitando tenerlo cerca; primero, porque mi aspecto no era el de mis mejores días, y segundo, porque si miraba su cara no iba a poder evitar pensar en volver a morder esos labios que me vuelven loca. Hasta Inma me preguntó si estaba bien, que tenía cara de no haber pasado muy buena noche. ¡Pobre, qué equivocada estaba! Dormir se puede decir que poco, pero precisamente de la noche puedo decir que fue una de las más placenteras de mi ya extensa vida.

Menos mal que este fin de semana los niños están con Javier y ayer pude recuperar algo de sueño además de intentar resucitar la casa, que después de dos días fuera mejor no os cuento cómo se encontraba. Creo que va siendo hora de que busque un poco de ayuda para las tareas domésticas. Mi madre siempre me insiste en ello. Y sé que tiene razón. Que yo con todo no doy. Pero, como con todo, siempre lo voy dejando y digo «mañana lo hago», y al final pasan las semanas y los meses y sigo igual.

Me desperezo y abro los ojos. Es una bonita mañana de domingo. Hace un día perfecto para ir a pasear y sacar a los perros para que corran un rato, que los pobres esta semana han salido poco.

Llamo a mi madre para decirle que estoy viva. Ayer la pobre se cansó de hacerlo y la única vez que le contesté la llamada duró alrededor de un minuto, y

para eso yo seguía dormida. Menos mal que ya me conoce y sabe que soy capaz de contestar al teléfono en sueños. Varias veces me ha tenido que recordar al día siguiente que habíamos tenido una conversación, porque por mi tono es capaz de reconocer si estoy consciente o, por el contrario, hablo por inercia.

Mientras observo en el espejo del baño unas nuevas arrugas en las comisuras de mis labios que, creo recordar, no se encontraban ahí ayer, noto como mis tripas empiezan a rugir.

¡Dios, qué hambre tengo!

Entonces me doy cuenta de que anoche no cené. Así que hoy, que tengo tiempo, voy a prepararme un desayuno de esos que hacen historia. Cojo el móvil y elijo la última lista de Spotify que me descargó Miguel. No es exactamente la música que me vuelve loca, pero al menos es marchosa. Aunque creo que abusa un poco del reguetón y de un tal Maluma, por no hablar del nuevo cantante de moda entre los de su edad, un nuevo rapero llamado Bud Bunny, con el que me martirizan en todos los viajes al colegio. Yo es que siempre fui más del pop-rock nacional, pero claro, ahora ellos son los que mandan. Ay, Bisa Pepe, ¡cómo te entiendo ahora!

Mientras suena una canción de *trap* latino pongo el beicon en la plancha y a continuación bato dos huevos. He decidido hacerme un desayuno proteico para coger fuerzas para afrontar el día. Un zumo de naranja y un té verde rematan el festín. Está delicioso. Siempre pensé que si fuese millonaria contrataría a un chef que me tuviese preparado todos los días, al despertar, un desayuno como los de los hoteles. Tuve la esperanza con alguna de mis exparejas, pero hoy por hoy creo que es más fácil que me toque la lotería y contratar al cocinero que encontrar a un hombre que se moleste en darme ese capricho. Es más, acabaría yo haciéndoselo a él, como a todos.

Estoy recogiendo la cocina cuando suena el teléfono.

—¡Hola! ¿Qué tal el curso? Tía, estás desaparecida. ¡Tengo novedades! ¿No te habré pillado en un mal momento? —me suelta María atropelladamente.

—¡Hola! No, qué va. Acabo de terminar de desayunar. Iba a intentar limpiar un poco cuando he oído el teléfono. ¿Qué tal todo? ¿Tienen que ver con Manu?

—¡Síííí! ¡Hemos vuelto! —responde al borde de la histeria.

—¡Cómo me alegro! Sabía que lo acabaríais solucionando. A ver si ahora dejas de comerte la cabeza y disfrutas de la relación, que ya va siendo hora —le contesto. A veces me doy cuenta de que le hablo como si fuese su madre en lugar de su hermana pequeña.

—¿Y tú qué tal? ¿Aprendiste muchas cosas en el curso? Seguro que Paco estuvo dispuesto a enseñarte «unas cuantas» —suelta con su ironía habitual.

—¡No! Bueno, sí —respondo dubitativa. No sé si es buena idea darle muchos

detalles a María.

—¡Olé tú! —Noto como se carcajea al otro lado del teléfono. Debería tomárselo algo más en serio. No es algo bueno. Sabe que es mi compañero y que no debo. Lo que pasa es que como está en esa etapa de vivir la vida al límite, pues no piensa en las consecuencias que podría tener mi desliz con Paco. Tendría de ejercer de hermana mayor y echarme un sermón para que no vuelva a repetirlo—. Y, dime, ¿qué es lo que pasó? ¿Un vuelo pasional de ida o de regreso? ¿Una noche de lujuria en vuestro hotelazo? ¿O aprovechasteis un descanso para dar rienda suelta a vuestros deseos más salvajes en los baños de la oficina?

—Te había contado lo de su mensaje el día de mi cumpleaños —digo, pasando de sus comentarios—, pues el jueves, después de terminar el curso, cuando llegué al hotel, me mandó otro diciéndome si quería recoger mi regalo...

—¿Y qué le contestaste?

—Pues que sí —respondo mientras me dejo caer en el sofá, observando el techo.

La carcajada de María resuena en mi oído. Le encantan las historias de amor romántico. Estoy segura de que en estos momentos se está haciendo su propia película mental de lo que sucedió esa noche entre Paco y yo en el hotel.

—¿Y cómo fue? ¿Es bueno en la cama?

—Eso es lo peor. Que es increíble. ¿Por qué no podía ser un auténtico desastre? Así sería más fácil pasarlo al bando de errores cometidos que sé que no voy a volver a repetir.

—Bo, no seas tonta... ¿Qué hay de malo en lo que ha pasado?

—Pues que me gusta, que disfruto estando con él. Y que tengo que parar esto como sea. Sé que al final no me va a traer nada bueno.

Suelto un suspiro. Pienso en lo vivido este último mes. Tengo que verlo como un pequeño desliz que cualquiera puede tener de vez en cuando. Tengo mucha experiencia. Debo comportarme como una mujer adulta que es capaz de controlar sus emociones. Llevo mucho tiempo haciéndolo. Ahora no tiene por qué ser distinto.

—En serio, Sara. Disfruta el momento. Recuerda el año pasado y todo lo que hemos vivido y sufrido. No estás haciendo nada malo. Solo siendo feliz y creando bonitos recuerdos. Nada más, así que no te rayes.

Ojalá tuviera razón y fuese todo tan fácil. Pero, después de tantos años vividos, sé lo que viene después y no tengo claro que me compense.

Al colgar, vuelvo a releer el mensaje que le envié el jueves. No hemos vuelto a hablar desde entonces. Podía haberme mandado un mensaje después de lo ocurrido. A lo mejor se arrepiente o, simplemente, se lo ha tomado como una

noche más. Aunque puede que él también esté pensando lo mismo de mí. ¿Por qué no lo llamé o le escribí? Ya le dejé una nota cuando me fui de la habitación, aunque tampoco dejaba ver que quería saber más de él, ¿o sí?

¡Dios! ¿Por qué somos tan complicados? Con lo fácil que sería hacer lo que te apetece en cada momento sin darle cien mil vueltas a cada cosa. Si lo llego a saber, esta vez me dejaba el teléfono a propósito. Al menos así ya tendría una excusa para volver a verlo.



Martes, 27 de marzo

El regreso a la rutina, después de la locura de la semana pasada, está siendo más duro de lo habitual. Se está acabando marzo y sigo sin hacer nada para lograr el cambio que decidí que necesitaba a principios de año. Sigo dejándome llevar por mi ajetreo diario y la única novedad que he incorporado en mi día a día, a diferencia de años anteriores, ha sido Paco, el cual solo consigue que me coma más la cabeza en lugar de facilitarme las cosas. Aunque tengo que reconocer que me ha dado unos muy buenos momentos de esparcimiento, sobre todo físicos.

Ayer mi ordenador echaba humo. Mi bandeja de entrada estaba saturada: diez mensajes de mi buzón de Outlook diciéndome que estaba lleno. ¿Por qué si está lleno me manda diez mensajes iguales? Se supone que los nueve siguientes no deberían entrar, ¿no? Y por no hablar de las visitas pendientes. Y pasado mañana ¡es Jueves Santo!

Y encima, además de trabajo, tengo a Miguel y a Santi en casa de vacaciones. Ahora es cuando tengo que reconocer el gran invento que es la Play y el dichoso Fornite, ya que puedo tenerlos entretenidos durante horas sin que se acuerden de que existe más mundo a su alrededor. El único problema es que se tienen que turnar para jugar y siempre acaban discutiendo cada cinco minutos, lo que no ayuda mucho a mi concentración. Y solo me quedan hoy y mañana para sacar algunos temas importantes. Ya me estoy viendo trabajando todos los festivos para intentar, al menos, liquidar los asuntos administrativos más urgentes.

Lo único bueno es que por fin empieza a hacer calor. Ya era hora de que se empezase a notar que estamos en primavera. Este invierno ha sido muy duro y se agradece que llegue el buen tiempo. Por lo menos a mí me influye mucho en el estado de ánimo.

11:00 a. m. Decido que es mejor que realice algunas visitas hoy. Necesito quitármelas del medio. Ya tendré tiempo para dedicarle al ordenador los días festivos, así que llamo a mi madre para ver si puede quedarse a cargo de los niños. Sé que mis padres siempre están dispuestos cuando los necesito. No me puedo imaginar al resto de las madres en mi situación que no tienen a sus padres cerca, o bien no los tienen ya. ¡Tiene que ser tan duro...! Es uno de los grandes privilegios de los que aún puedo disfrutar a mi edad.

Cojo mi agenda y echo un vistazo. Si me doy prisa, aún me da tiempo de ir a ver a dos clientes. Hago las llamadas de rigor y voy corriendo a la ducha. Antes de meterme en ella, miro la báscula. No he vuelto al gimnasio y la verdad es que, entre el viaje y el estrés, puedo decir que mi dieta ha ido un poco por libre. ¡Qué triste! ¡Si fue el primer objetivo que me puse! Me subo con miedo y... ¡65,7 kilos! ¡Increíble! Parece ser que al final Paco es mejor que Mr. Fitness. Voy a tener que analizarlo a fondo, ya que es más satisfactorio y me resulta mucho más barato..., al menos al principio.

6:00 p. m. Mientras conduzco por la autopista de vuelta a casa mi mente divaga. No me quito de la cabeza qué es lo que debo hacer con Paco... ¿Estará esperando que le escriba? ¿Debería llamarlo?

Echo un vistazo al velocímetro. Hoy conduzco bastante más despacio de lo habitual. No tengo prisa por llegar. Hace diez minutos hablé con mi madre y me dijo que ya habían dejado a los niños en los entrenamientos, por lo que tengo tiempo de sobra para llegar antes de que terminen. La verdad es que me encanta conducir los días de sol mientras me evado en mis pensamientos. Además, así puedo recrearme en las imágenes que se agolpan en mi mente de la noche del hotel.

Enciendo la radio, subo el volumen y me reclino hacia atrás en el asiento mientras me ajusto las gafas de sol. El sonido de mi móvil me devuelve a la realidad. Llevo conectado el manos libres y en la pantalla del ordenador de abordo miro con extrañeza el nombre que aparece escrito en ella: ¿Dani? ¿Qué es lo que habrá pasado?

Dani es un amigo de la infancia. Era de mi pandilla de entonces. Y es uno de los mejores amigos de Sebas. Durante todo el tiempo que estuvimos juntos, era muy usual que quedásemos para salir con él y con su mujer, Diana. Pero desde que Sebas y yo rompimos hemos coincidido poco. Con Diana sí he hablado en alguna ocasión por teléfono, pero que me llame él directamente me sorprende.

—¡Hola, Dani! ¡Cuánto tiempo! ¿A qué debo el honor de tu llamada? —le contesto divertida, aunque reconozco que me tiene bastante intrigada el motivo.

—Hola, Sara. La verdad es que ya hacía tiempo que no hablábamos. ¿Cómo te va todo?

—Bien. Me pillas ahora en el coche, de vuelta para casa, intentando cerrar ya en breve la jornada laboral. ¿Qué tal está Diana?

—Diana bien. La verdad es que te llamaba para comentarte algo que creo que deberías saber. Y como no sé si te han avisado o no, pues decidí hacerlo yo por si acaso —suelta mientras noto en su voz un cierto tono de indecisión.

—¿Pasó algo? —Noto cómo una sensación de inquietud empieza a crecer en mi interior. No sé por qué, pero creo que no son buenas noticias.

—Pues la verdad es que sí. Sé que últimamente tu relación con Sebas no es muy buena, o al menos eso creo. Pero también sé que siempre te has llevado muy bien con su familia. —Noto como Dani deja unos segundos de silencio antes de continuar—. Ayer me encontré con Amanda y me dijo que estaban muy preocupados porque a su madre le había dado un infarto. Está ingresada en el hospital, pero la situación es delicada. Pensé que debías saberlo.

Noto como mis manos empiezan a sudar y un nudo se forma en mi garganta. Pienso en Sebas y en cómo se encontrará. A pesar de las diferencias entre él y sus padres durante la adolescencia, con los años consiguieron entenderse y sé que precisamente su madre es la persona más importante para él en este mundo. Me puedo imaginar cómo se debe sentir en estos momentos. No es la primera vez que su madre tiene un problema cardíaco. Hace unos tres años tuvo un pequeño aviso. Y creo que es la única vez que vi a Sebas romperse. Por mucho que intentaba disimular y hacerse el fuerte, su mirada de terror se quedó grabada en mi corazón.

—Mil gracias por avisar, Dani —dije mientras colgaba, intentando asimilar aún la noticia que acababa de darme.

Miles de pensamientos se amontonan en mi cabeza. No sé qué es lo que debo hacer. A la madre de Sebas la adoro. Siempre ha sido muy buena conmigo y con los niños en el tiempo que duró mi relación con su hijo. Ella no tiene la culpa de lo que Sebas me haya hecho. Respiro hondo e intento decidir qué es lo más adecuado.

¿Debería llamar a Sebas? ¿Enviarle un mensaje? Lo mejor sería que llamase a Amanda y que así ella me diga cómo se encuentra su madre. Aunque le iba a parecer un poco raro que la llamase a ella si, según dijo el último día que me la encontré, su hermano le dejó entrever que seguíamos viéndonos.

Quizás debería decirle a Dani que me acompañe al hospital a verla. ¿Por qué es tan complicado decidir en una situación de este tipo? Se supone que la salud

de una persona a la que aprecias está por encima de cualquier otra circunstancia que se pueda dar, ¿no?

Pero me da miedo. Tengo pánico a tenerlo enfrente de nuevo. De encontrármelo otra vez y ser incapaz de expresarme. De que todos los recuerdos que intento borrar y encerrar en un rincón de mi memoria vuelvan a salir para torturarme una vez más.

Subo el volumen a tope y escucho el ritmo de la música en un intento de olvidarme de todo mientras piso el acelerador a fondo. Necesito llegar a casa ya.



Miércoles, 28 de marzo

2:00 p. m. Veo cómo mi madre va de aquí para allá por su pequeña y bonita cocina. Me he ofrecido más de cinco veces a ayudarla, pero una de sus muchas manías es que no soporta que nadie toque nada en este pequeño espacio que considera su feudo.

En uno de sus mil giros, en un intento de alcanzar la panera, nos tropezamos. Intento convencerla de que no puede hacerlo sola todo. Misión imposible. Ni cortar el pan me deja.

—Mamá, solo somos nosotros cuatro. No te estreses, no tenemos prisa. Hoy trabajo desde casa y los niños no entrenan, por eso decidimos venir a comer con vosotros. Mañana van a pasar con Javier dos días. Así que relájate y no te apures. ¿Qué más da que la mesa no esté perfecta? Si seguro que todo lo que has cocinado está riquísimo. Como siempre.

—Ya sabes que me da igual quién venga. La hora de comer es sagrada y me gusta que las cosas estén bien hechas —afirma rotundamente de espaldas a mí.

—Miguel y Santi adoran cualquier cosa que hagas. Te aseguro que tu comida es su favorita. Incluso estás por encima de mí en su *ranking* particular.

Al observarla de perfil, veo como en su boca se dibuja una sonrisa de satisfacción. La «abuela cocinitas», como la llaman cariñosamente todos los nietos.

¿Qué tendrá la comida de las abuelas que tan especial es para todos? Supongo que, entre muchas cosas, el cariño que emplean en prepararla. Bueno, y la abundancia. Creo que las madres de ahora, en general, somos mucho más prácticas. La falta de tiempo entiendo que también ayuda. No conozco a ninguna cuyo menú no sea un plato único. Con unos entremeses de picoteo a lo sumo.

La verdad es que Miguel y Santi alucinan cada vez que venimos. Mi madre es

capaz de preparar aperitivo, tres platos y mil postres distintos. Es más, con las sobras podríamos comer el resto de la semana.

Mientras coloca unos cuantos langostinos en un plato y llena de diferentes tipos de embutido otro, reparo en que es el momento, ahora que estamos las dos solas, de hacerle la pregunta:

—Mamá, cuando terminemos de comer, ¿os importaría que os dejase un momento a los niños? Es que tengo que acercarme a un lugar, pero no voy a tardar mucho —le pregunto mientras fijo la vista en los entremeses.

—Sara, ¿pasa algo? Ya sabes que no hay ningún problema en que se queden aquí. Pero ya cuando hablamos anoche te noté preocupada. ¿Todo va bien?

—Es que la madre de Sebas está en el hospital. Me llamó ayer Dani para decírmelo. Y quería acercarme a verla.

Mis padres no saben nada acerca de los motivos de mi ruptura con Sebas. Siempre he sido muy hermética a la hora de hablar con los demás de mis relaciones. Y más con ellos. Lo pasaron muy mal cuando me divorcié de Javier y no quiero que algo así vuelva a suceder. Por suerte, ellos lo respetan, o más bien mi madre se da por vencida después de la vigesimonovena negativa a contestarle a la misma pregunta.

3:30 p. m. Mientras conduzco el coche camino del hospital voy intentando buscar las palabras adecuadas que decir al llegar. Aun no sé la situación que me voy a encontrar y eso hace que me sienta nerviosa. Elegí esta hora porque me imagino que será en la que se encuentren solos los padres de Sebas. Él, si no ha habido cambios, no sale de trabajar hasta las seis y media, por lo que es poco probable que me lo encuentre. Mejor así.

4:00 p. m. Mientras subo en el ascensor noto como el corazón brinca en mi pecho y mi estómago arde de nervios. ¿Cómo es posible que venir a ver a la madre de Sebas me haga sentir así? Creo que más bien es el miedo de encontrarme a Sebas allí. No quiero hacerlo, o quizás sí. Me siento triste. Indignada. Confundida. Miles de recuerdos se agolpan en mi mente. Y el estar en un hospital no ayuda. Son demasiadas sensaciones concentradas: Sebas, lo vivido este último año con María, mis sentimientos. Hasta Paco viene a mi cabeza en el tiempo que tarda este dichoso aparato en subir cinco pisos y llegar hasta la habitación que me indicó la recepcionista de la entrada.

Y mientras camino buscando la puerta que tenga el número 501 encima de su marco lo veo. En una de las sillas de madera de una pequeña sala de espera que se encuentra a unos diez metros de mí se encuentra Sebas. Está sentado, con sus grandes y tatuados brazos apoyados en las rodillas, mientras las palmas de sus manos sujetan su rostro. Se le ve tan vulnerable... Él, que parece indestructible, que nada es capaz de afectarle.

Me acerco lentamente. No esperaba que esto sucediese. O sí, pero no venía preparada para afrontarlo. Justo en ese momento, Sebas levanta la cabeza y me descubre. En su rostro se dibuja un gesto de sorpresa y como un resorte se levanta. Aprecio cómo sus músculos se tensan bajo esa camiseta blanca que le queda tan bien y que consigue que mis ojos recorran todo su torso. Supongo que espera que yo diga o haga algo. Está claro que no esperaba encontrarme aquí.

El nudo que tenía en mi estómago se aprieta más y creo que o consigo relajarme un poco o voy a acabar vomitando.

Me acerco a él sin separar mis ojos de los suyos. Me doy cuenta de que los tiene enrojecidos y aparentan estar cansados, pero incluso así siguen siendo impresionantes. Noto como la respiración se me queda presa en los pulmones. Necesito conseguir que salga el aire o voy a caerme redonda delante de él, lo cual no sería lo más adecuado.

No me doy cuenta ni de en qué momento ni de cómo sucedió, pero cuando vuelvo a la realidad me encuentro entre sus brazos. Los míos rodean su cintura mientras mi cara se hunde en su pecho. No sé cuánto tiempo llevamos abrazados. Es una sensación extraña, familiar. Después de todo lo que ha sucedido en estos años atrás, es increíble cómo un triste acontecimiento consigue que parezca que nada ha pasado entre nosotros. Nada, ni siquiera el tiempo.

No fueron necesarias palabras. No hubo nada más que un simple abrazo con el que nos dijimos todo.



Viernes, 30 de marzo

Seis de la tarde de Viernes Santo en pijama y entre mantas en el sofá mientras Lebrón me observa, desde la alfombra, con cara de reprobación.

Voy por el décimo segundo capítulo de *Pequeñas mentirosas*, la nueva serie a la que me he enganchado, aconsejada por mi sobrina Laura. Este ha sido mi maravilloso plan de dos días de Semana Santa sin niños. Voy de mal en peor. ¡Con lo bien que había empezado el mes! Y todo tirado por la borda. Lo del reto de los veintiún días no me duró ni cuatro. Y entre ayer y hoy debí de recuperar lo perdido en el hotel, pero multiplicado por tres.

Por culpa de mi encuentro con Sebas en el hospital, mi cabeza no ha parado de darle vueltas a los miles de recuerdos y sentimientos que se agolpan en ella sin poder evitarlo.

Después de nuestro inmenso abrazo en la sala de espera, pasamos dos horas charlando. No tocamos el pasado ni todo lo malo que sucedió entre nosotros. Hablamos de la vida, de lo injusta que puede ser a veces y de lo corta que es.

Me contó mil anécdotas de sus padres que yo desconocía, a pesar de todos los años que pasamos juntos: cómo emigraron a América recién casados y tuvieron que luchar por labrarse un futuro y sacarlos adelante a él, a su hermana y al resto de la familia; lo mal que lo pasó su madre cuando, con tan solo catorce años, se tuvo que encargar de sus hermanos pequeños y dejar de estudiar al morir sus padres en un accidente de coche... Y mil historias más que Sebas me narraba con orgullo. No nos damos cuenta de lo sencilla que es nuestra vida comparada con lo que vivieron nuestros padres y abuelos. No es justo que ahora, en el momento que podía empezar a disfrutar de sus nietos, de una vida acomodada y de la libertad de la jubilación, sea la salud quien se lo impida.

Sebas estaba tocado y agotado. Me duele mucho verlo así. Y a su madre también. Es una maravillosa mujer y sé que, a pesar de las diferencias entre ellos y lo orgullosos que son los dos para demostrarse lo que sienten, se adoran.

Mientras estábamos hablando una enfermera salió de la habitación en la que se encontraba su madre:

—Sebastián, disculpe. Ya la hemos cambiado. Le acabamos de dar la medicación. Ya puede pasar a verla. Se acaba de quedar dormida —dijo, dirigiéndose a él con una enorme sonrisa, mientras se alisaba la falda del uniforme.

En los ojos de ella podía ver el efecto que Sebas produce en cualquier persona que no esté acostumbrada a verlo. Estaba fascinada con él: su altura, su porte, su piel, sus rasgos perfectos, sus increíbles ojos. Tengo que reconocer que parece sacado de un anuncio.

Notaba hasta cómo mi presencia le molestaba. Y a mí la de ella. ¿Pero qué se creía? ¿Cómo intentaba coquetear con él delante de mí y con su madre muy enferma en una cama casi a su lado? Sentía como el corazón me latía con fuerza y la sangre comenzaba a subir por mi rostro. No me puedo creer que la enfermera pudiese despertar en mí semejante ataque de celos.

Vale. Lo reconozco. No lo he superado. Y no ayuda el no poder odiarlo en estos momentos por la situación en la que nos encontramos.

Esa noche, mientras preparaba la cena, fue Sebas el que tomó la iniciativa y me mandó un SMS:

Sabes que soy un poco parco en palabras. A mi madre le hizo mucha ilusión verte. Sé que te aprecia mucho. Solo decirte GRACIAS, aunque sé que entre nosotros sobran las palabras.

Negué con la cabeza una y otra vez. ¿Por qué me sentía fatal por tenerlo aún bloqueado? ¿Por qué había sido tan cobarde y egoísta cuando estábamos juntos? ¿Por qué lo tuvo que estropear todo?

Y entonces entré de nuevo en un bucle de intentos de justificación de su comportamiento conmigo: que si estaba confuso, que si a lo mejor lo que hizo fue sin pensarlo, pudiese ser que yo hubiese malinterpretado algunas de sus acciones, que si no le dediqué el tiempo suficiente, que si después de Javier mi paciencia no es la misma...

¡NO! ¡No puedo volver a aquello! Me costó mucho superar la ruptura y conseguir de nuevo una estabilidad mental.

Y por «su culpa» y por volver a aparecer de nuevo en mi vida este ha sido el resultado: dos días perdidos entre comida basura, manta y sofá, reviviendo recuerdos del pasado.

8:00 p. m. Cuando pensé que mi cabeza ya no podía dar más de sí y que iba a llegar un momento en que iba a explotar literalmente, mi teléfono suena. ¿Qué podría estropear más estas odiosas vacaciones? Estoy deseando que lleguen los niños y empezar a trabajar. Necesito volver a mi círculo de confort para dejar de pensar. Por un momento pienso en no cogerlo. No me apetece hablar con nadie. Solo quiero quedarme aquí tumbada, bajo mi manta, mientras me bebo medio litro más de Coca-Cola y me acabo la enorme mona de Pascua en forma de unicornio que había cogido para mi ahijada. Mañana ya compraré otra. Ahora la necesito.

Pero, después de unos segundos, recapacito y pienso que pueden ser Miguel o Santi, que necesiten algo. Y eso me puede. Así que decido responder. Pero no llego a tiempo. La llamada se corta justo en el momento en el que cojo en mis manos el aparato.

Cuando vi el nombre que aparecía como llamada perdida en la pantalla de mi móvil, mi boca se abre de forma que mi mandíbula inferior casi toca el suelo. Lo que me faltaba. Cerré los ojos y los volví a abrir para ver si era real o simplemente estaba delirando. Teniendo en cuenta que en los doce capítulos de la serie que llevaba viendo estos dos últimos días las protagonistas no paraban de recibir mensajes y llamadas extrañas, por un momento llegué a pensar que era una paranoia mía.

PACO. El que faltaba.

¿Qué es lo que querría? Si no he vuelto a saber nada de él desde nuestro encuentro en el hotel... Si es que, cuando pretendo que mi vida sea sencilla, no sé cómo consigo que se vuelva lo que se dice complicada no, lo siguiente.

¿Por qué me llamará justo hoy? ¡Han pasado casi diez días desde que pasamos una tremenda noche de pasión y desenfreno juntos y no he vuelto a saber de él! ¿Y de repente me llama ahora? Yo os juro que cuantos más años cumplo menos entiendo a los hombres. A veces empiezo a creer que la rara soy yo. ¡Lo que daría por estar dentro de sus cabezas! Estoy convencida de que su cerebro es totalmente distinto al nuestro. Parecemos especies diferentes.

Mientras sigo elucubrando sobre la disparidad existente entre los dos sexos de

la raza humana el sonido de un *wasap* me mete tal susto que a punto está de caérseme el teléfono en la cabeza del pobre Lebrón, que sigue mirándome atónito.

*Hoy es un día de ayuno. Y aunque está prohibido comer carne,
no puedo dejar de pensar en saborear y acariciar la tuya de nuevo. ¿Pecas
conmigo esta noche?*

¡Ay, Señor! Dame fuerza para no caer en la tentación.



Sábado, 31 de marzo

Estuve exactamente diez minutos observando el mensaje de Paco en la pantalla de mi móvil pensando qué debería hacer. De pronto, al mirar mi mano izquierda vi que me había comido todas las uñas sin ni siquiera darme cuenta. ¿Cómo es posible que con cuarenta y un años continúe con esta odiosa manía cada vez que la ansiedad me puede? No me lo explico. Como me las vea mi madre me va a echar un buen sermón, y con toda la razón. ¡A mi edad! Ahora voy a tener que comerme las de la otra para igualarlas.

En el fondo era sencillo. Quedar o no quedar. No había más. El problema es mi cabeza: no me parece justo quedar con Paco sin conseguir quitarme a Sebas de mi mente. Y encima estaba mi estado: lamentable. Me encontraba hecha un desastre y sin ganas de arreglarme ni de hacer nada, aunque tengo que reconocer que su mensaje había conseguido sacarme la primera sonrisa de los últimos días.

La verdad es que el chico es ocurrente. Pero ¿por qué no supe nada de él en todos estos días atrás? ¿Estaría aburrido y sería yo su última opción para darse una alegría después de que le fallasen el resto de los planes? Y realmente, ¿qué más daba si realmente fuese así? Tampoco yo le he prometido amor eterno.

Tengo que reconocer que, por mucho que lo intento, me cuesta dejar de ser cerebral en lo que a relaciones se refiere. ¡Cómo me gustaría ser a veces como un tío y saber lo que se siente consiguiendo desconectar el placer de la racionalidad! Porque estoy convencida de que ellos sí pueden y nosotras no. Creo que es algo innato del género, pero seguro que hay alguna excepción, y a mí me encantaría serla por momentos.

Tardé unos segundos más antes de levantarme y reaccionar. Al verme en el espejo del baño, lo primero que se me vino a la cabeza fue volverme corriendo debajo de mi manta. Cierta dejadez tiene su encanto, pero en mi caso se pasaba de la raya. No veía forma de adecentar mi aspecto en poco tiempo.

Por no hablar del estado de la casa. No era el más adecuado para invitar a Paco a conocerla. Solo pensar en ello consiguió que un escalofrío recorriese todo mi cuerpo por dentro. Además, el único hombre que ha estado en ella, sin contar a mi padre, ha sido Sebas. Para mí es un paso demasiado importante el dejar que alguien traspase el umbral de la puerta de entrada, aunque parezca una tontería. Es mi espacio, mi privacidad.

Pero no podía consentir tampoco terminar el mes así. ¡Tenía que hacer algo! Y vaya si lo hice: fue un cambio de chip en cuestión de segundos.

En cuarenta minutos conseguí tener la casa medianamente decente: pasé la aspiradora, limpié el polvo de los muebles del salón, descubriendo que estos tenían un tono más oscuro del que estaba acostumbrada a ver, recogí toda la ropa que se encontraba esparcida por los radiadores de las distintas estancias en un intento de que secase más rápido, limpié los baños (es increíble lo que puedes encontrar al levantar la tapa de los urinarios conviviendo con dos minihombres) y recogí la cocina. Eché un vistazo a mi alrededor y me sentí satisfecha de lo conseguido. Aunque no quedase con Paco, su mensaje al menos me ayudó a hacer una primera puesta a punto de la casa muy necesaria.

Entonces me acordé de que me había olvidado de algo muy importante: ¡no había cambiado las sábanas! Teniendo en cuenta que Miguel y Santi suelen venirse a media noche y meterse en mi cama, solo faltaba que tuviese una sesión de sexo salvaje con Paco en ella y que ¡pillara piojos!

Sí, como lo oís. Es algo que se escapa a mi entendimiento. En mis tiempos, una niña o niño podía coger piojos y su madre se los quitaba con vinagre y ya estaba. Pero ahora no. Es una plaga horrorosa que se ha hecho resistente a cualquier tipo de producto. Yo creo que los echan en los colegios y que tienen un acuerdo con los laboratorios. ¡Si hasta han abierto en la ciudad más de una decena de centros especializados en eliminarlos! ¡Es increíble!

Desde que Miguel empezó el colegio, todos los lunes toca despioje. Y siempre sale algo: si no es uno de esos odiosos bichitos, es alguna liendre. Y encima siempre está la madre que dice que su hijo nunca los pilló. Ahí es cuando descubres el foco de contagio que impide que se erradiquen en la clase. Os juro que es un suplicio. Y, claro, yo lo tengo controlado y mi almohada ni la tocan. Pero solo me faltaba que Paco cogiese la que no debe y se lleve huéspedes de recuerdo.

Una vez que consideré que estaba todo aceptablemente visible y antes de meterme en la ducha, decidí mandarle un mensaje a Paco, en el cual, junto con la dirección de mi domicilio, ponía:

Soy débil. Te invito a pecar un ratito.

Mientras elegía la ropa para nuestro encuentro, no dejaba de pensar en Sebas. Ya sé que no tiene mucho sentido, pero me sentía mal. Él estaría en el hospital acompañando a su madre muy enferma mientras yo iba a desconectar del mundo en la piel de Paco. Aunque también era muy viable la posibilidad de que Sebas estuviese consolándose en los brazos de la chica del concierto o, conociéndolo como lo conozco, en algún almacén del hospital con cualquiera de las enfermeras que le hubiesen hecho ojitos. Este pensamiento me sirvió para reafirmarme y saber que estaba haciendo lo correcto. Borrón y cuenta nueva.

Habían pasado ya treinta minutos y Paco seguía sin dar señales de vida. Tuve que conectar y desconectar la wifi y los datos de mi móvil varias veces, no fuese a ser que no tuviese la cobertura suficiente y por eso no me entrase la contestación. ¿Cómo podemos llegar a ser tan paranoicas cuando esperamos algo que no llega?

Para ayuda de mi salud mental, a continuación, mi móvil sonó indicándome que tenía un nuevo mensaje:

Coge una chaqueta. Estoy en la puerta.

«¡Uy, qué mandón!», pensé. ¿Qué tendría planeado? Y yo que había elegido un *look* casero y sexi pensando que no íbamos a salir de casa y tendríamos una sesión parecida a la del hotel. Es lo que necesitaba después de estos días. Solo esperaba que no le diese por una charla trascendental. En ese momento empezaba a dudar si habría sido una buena idea el haber quedado.

Pensé en contestarle diciéndole que no, que mejor entrase, pero recapacité y me dije a mí misma que no perdía nada por dejarme llevar y ver qué sucedía.

Al salir del portal me quedé de piedra. No me esperaba la estampa que tenía frente a mí: allí se encontraba Paco, apoyado en una impresionante moto roja, mirándome fijamente con sus preciosos ojos verdes mientras su boca esbozaba una pícaro sonrisa. En ese momento caí en la cuenta de que había echado de menos la imagen de su rostro. Estaba especialmente guapo con unos vaqueros ceñidos y una bonita chaqueta de cuero negra.

—¿Preparada para volar conmigo? —me preguntó mientras me entregaba el casco que sostenía en su mano, sin separar sus ojos de los míos.

—Eres una caja de sorpresas. No sabes lo que hacer por estar entre mis piernas —le contesté guiñándole un ojo mientras me montaba en la moto y me agarraba a su cintura.

Mientras se reía arrancó la moto y noté como los músculos de sus piernas se tensaban. Me incliné sobre él de forma que mi pecho descansaba sobre su espalda y su aroma inundaba todos mis sentidos. Cerré los ojos y simplemente me dejé llevar. ¡Pensar que podía estar tirada bajo la manta en el sofá, compadeciéndome de mis horribles vacaciones, sin disfrutar este momento! Y sin embargo ahí me encontraba, disfrutando de ese increíble paseo en moto junto al mar, creando un bonito recuerdo más.



Lunes, 2 abril

¡Qué mejor forma de comenzar la semana después de unas cortas vacaciones que con una reunión de cierre de objetivos con tu jefe!

Ayer fue un día complicado, ya que tuve que preparar todas las posibles justificaciones a las posibles áreas de mejora que Sergio me pudiese plantear con la idea de bajarme la puntuación y, por lo tanto, el importe de mi paga extra.

¡Odio este momento! Está claro que su objetivo es ahorrarle dinero a la empresa y el mío luchar por lo que me merezco. Siempre se producen momentos desagradables que me generan mucha ansiedad. Lo único bueno es que nos entendemos lo bastante bien como para conseguir separar lo personal de lo profesional y, una vez terminamos dicho encuentro, por muy duro que sea, somos capaces de irnos a tomar un café juntos y cambiar de tema.

Lo único bueno del domingo, aparte de la sesión de cine que nos metimos los niños y yo antes de irnos a dormir, fue la gran cantidad de mensajes que intercambié con Paco.

Después de la noche del viernes, la cual no pudo ser más perfecta (bonito paseo en moto recostada sobre su espalda, una romántica cena a la luz de las velas en un precioso restaurante argentino con vistas al mar y noche de sexo salvaje hasta el amanecer), estuvimos el resto del fin de semana como dos adolescentes escribiéndonos chorradas sin parar. Solo nos faltaba, en las seis

llamadas que nos hicimos, estar durante horas despidiéndonos con frases del estilo «cuelga tú...», «no, tú...», «venga, tú...», como remate final.

¡Bendita adolescencia tardía!

9:00 a. m. Al entrar en la oficina me cruzo con Fran gritándole como un loco a la pobre Elena por un problema con el pedido de papel. ¡Os juro que no entiendo cómo hay personas que pueden vivir con esa necesidad de buscar problemas inexistentes en cualquier situación y de estar en un estado de estrés continuo por gusto!

El día que lo vea relajado creo que tendremos que utilizar el nuevo desfibrilador que nos colgaron hace un mes al lado del cuarto de las impresoras, porque será que estará a punto de entrar en estado crítico.

Está muy bien eso de estar equipados en la oficina, lo que no sé es si alguien tiene la más remota idea de cómo se usa el aparatito. Yo no sé si preferiría esperar a la ambulancia antes de que algún compañero empezase a hacer experimentos conmigo. Podrían al menos habernos dado un curso *on-line* de su funcionamiento. ¡Será por cursos en la empresa...!

Echo un vistazo general y veo que la puerta de cristal del despacho de Sergio está cerrada. A través de ella puedo ver a Inma, que se encuentra sentada en uno de los confidentes frente a él. Solo espero que no lo caliente mucho y que su cierre sea sencillo. Es mejor empezar nuestra reunión relajados que ya con un punto de tensión.

Sergio me citó a las diez, así que a ver si aprovecho esta horita a tope.

Me siento y enciendo el ordenador. Lo miro con recelo porque es posible que explote con la cantidad de trabajo atrasado que tengo. En el intervalo de salir de casa, dejar a los niños en el colegio y llegar hasta la oficina, la pantalla de mi móvil muestra la friolera de 19 llamadas perdidas. ¡Salí con la batería al 100 % y en menos de una hora, entre la actualización continua de entrada de *e-mails* y el resto de actividad, me queda solo un 69 %!

Parece que cuando tienes unos días de descanso los clientes tienen mono de ti. Es como si se pusiesen de acuerdo para, al primer día de curro, llamarte todos juntos y evitar así que te olvides de ellos. Lo malo es que necesito revisar toda la información que tengo pendiente antes de empezar a devolverlas, porque si no me voy a pasar la mañana entera sin avanzar en ningún asunto. Casi prefiero irme anticipando a los problemas.

—¡Hola, Sara! Creo que te toca ir ahora a ti al matadero. —Escucho decir de repente a Inma. Estaba tan concentrada en el trabajo que ni siquiera me he dado

cuenta de que ya han pasado cincuenta minutos desde que me senté. ¡Ahí estaba ella, a mi lado, con su enorme sonrisa! A lo mejor no le ha ido tan mal.

—¡Hola, Inma! ¿Qué tal todo? No te veo muy mala cara. Espero no me lo hayas enfadado mucho, no vaya a ser que las pague ahora todas conmigo —le contesto sonriendo.

—La verdad es que espero que tengas más suerte que yo. Ya no sé si es él o si realmente es cierto que desde la central le aprietan mucho. Porque río por no llorar. Te aseguro que esperaba más. Lo que pasa es que este año he decidido no amargarme. ¿Para qué? Si al final siempre se salen con la suya —dice, y noto en su voz cierto tono de resignación.

—Ya sabemos lo que hay. Yo te juro que cada día entiendo menos lo que esperan. El otro día llegó un correo de «recursos inhumanos» diciendo que este año iba a haber revisiones salariales. Ya no recuerdo la última vez que tuve una. Pero cada día hay más chollo y encima no están cubriendo todos los puestos de los que se van jubilando. Esto va a terminar reventando por algún lado.

—Paciencia. Es lo que nos queda. A estas alturas de la película ya no nos debería sorprender nada. Yo ya me voy, a ver si aprovecho para hacer un par de visitas. ¡Empezando la vuelta con fuerza! —grita mientras empieza a recoger sus cosas.

—Yo voy para dentro. Cuanto antes entre, antes termino y me lo saco de encima. No está bien hacer esperar al jefe antes de cerrar la paga, no vaya a ser que aproveche la falta de puntualidad para quitarme más —digo haciendo una mueca mientras me levanto y le doy dos besos de despedida.

Después de dos horas y media de dura negociación, incluyendo algún que otro grito y puñetazo en la mesa, acabamos llegando a un acuerdo de cierre. ¡Es agotador! Reconozco que no envidio para nada el trabajo de Sergio. No sé cuánto gana, pero para mí está mal pagado fijo. Tiene que ser difícil hacer los cierres con las directrices que le mandan, porque sabe que siempre va a haber alguien que no va a estar contento y muchas veces tiene las manos atadas. Para beneficiar a algunos va a tener que perjudicar a otros. No tiene que ser fácil.

Justo al abrir la puerta del despacho de Sergio, su aroma llega a mí. Yo creo que, aunque estuviese tres pisos más abajo, sería capaz de sentirlo. Ahí está Paco, frente a mí, aguantando con una seductora sonrisa la trigésima sexta queja de Fran de esta mañana.

Me quedo mirándolo como una idiota de arriba abajo, olvidándome de dónde me encuentro. ¡Está tan guapo...! Y entonces mi mente empieza a volar y a recordar numerosas escenas de cómo su cuerpo desnudo y sudoroso se deslizaba sobre el mío en mi cama, sus jadeos, su voz pronunciando mi nombre cuando...

—¿Sara? ¿Te pasa algo? ¿Qué haces parada en la puerta? —De repente la voz

de Sergio me mete semejante susto que consigue que se me caigan todos los papeles que llevaba en la mano.

Mientras me agacho a recogerlos notando cómo mis mejillas arden de calor consigo balbucear unas pocas palabras:

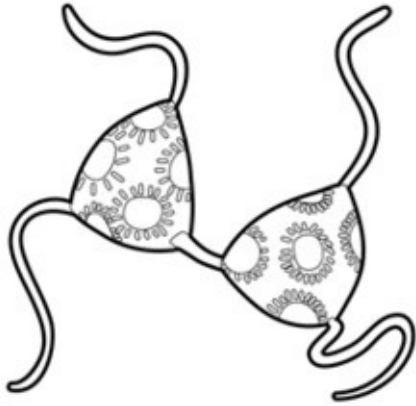
—¡Oh, no! Perdona. Es que se me fue el santo al cielo. Estaba pensando en una llamada que tenía que devolver y me acabas de meter un susto de muerte.

—¡Hombre, mira! ¡Acaba de llegar Paco! ¿Qué os parece si bajamos los tres a tomar un café? Después de la mañanita que me estáis dando con los cierres, os aseguro que lo necesito —dice Sergio mientras le guiña un ojo a Paco, el cual me observa divertido intentando disimular la risa.

—A mí me parece perfecto. ¿Y a ti, Sara? —indica Paco mientras clava sus verdosos ojos en los míos, desafiándome con la mirada.

—¡Venga, Sara! Que con el cierre que te he hecho qué menos que invites tú a la ronda. Además, así me ponéis al día de qué tal os han ido las vacaciones. ¿Hicisteis algo especial? —suelta Sergio mientras coge su abrigo.

«¡Vaya si lo hicimos! ¡Si tú supieras!», pienso para mí mientras evito mirarlo a los ojos para que estos no me delaten.



Miércoles, 4 de abril

Tengo que reconocer que este bañador negro disimula bastante la cruda realidad. «¡Pena que no llegue hasta los tobillos!», pienso mientras me miro en el espejo del vestuario de Mr. Fitness.

No hay nada como que un hombre como Paco parezca colado por tus huesos para que tu autoestima se venga arriba en cuestión de segundos. Así que, después de darle unas cuantas (no pocas) vueltas, pensé que si a él le pongo tanto, con lo bueno que está, malo será que el resto del gimnasio se escandalice por ver mis carnes flotando en la piscina. Además, la toalla que compré creo que me da para enrollarnos a mí y a medio vestuario dentro de ella.

Otro aspecto que influyó en que arrastrase mi cuerpo hasta aquí fue el hecho de subirme de nuevo a la báscula y comprobar que había vuelto a superar la barrera de los 66 kilos. ¡Esto es horrible! A los veinte podía embutirme con cantidades ingentes de comida basura y dulces, que no había forma de que engordase, y, sin embargo, en la cuarentena, intentando cuidarme (a veces), no hay forma de eliminar los kilos de más que se instalan en mi cuerpo solo con respirar.

Tengo mis propósitos demasiado abandonados... y ya estamos en un nuevo mes. Y precisamente, en lo que se refiere al primero de la lista, el tema comienza a ser preocupante, dado que no he avanzado nada y el verano está al caer. Este año necesito poder disfrutar de la playa sin complejos. Y más si mi idilio con Paco continúa. No es lo mismo en una habitación casi a oscuras que mostrarme en todo mi esplendor a plena luz del sol en las condiciones actuales.

Tengo que conseguirlo. Ya no es por Paco. Es por mí. Además, necesito liberar toda la tensión acumulada: la laboral, la personal y la sexual. Y para eso, nada mejor que el ejercicio.

Así que hoy, al salir de trabajar y aprovechando que los niños se quedaban en el comedor del colegio, decidí pasarme por el centro comercial a ver la nueva colección de trajes de baño para este verano. Aún no estoy preparada para comprarme un bikini, debido a la flacidez y a mi color mortecino. Hasta barajé la idea de un neopreno y alegar alguna alergia en caso de que me preguntasen el motivo los socorristas. Pero, entonces, allí lo vi, puesto en el maniquí que se encontraba frente a las escaleras mecánicas que me conducían a la planta de ropa de mujer. ¡El bañador perfecto! Lo que más me llamó la atención fue su impresionante escote en pico. Estaba segura de que era la mejor forma de que no se fijasen en el resto de mi cuerpo. Además, el color negro dicen que estiliza.

¿Qué hombre, con un buen par de razones delante, iba a reparar en el resto de mis defectos? Ninguno, está claro. Al menos de mi pecho me encuentro satisfecha, ya que aún la gravedad no ha conseguido hacer estragos en él. Así que, sin pasar ya por el probador para no volverme atrás, pagué la prenda y con la esperanza de que fuese la talla correcta me dirigí a Mr. Fitness.

3:20 p. m. Aquí estoy, preparada para sumergirme en la piscina olímpica y hacer unos cuantos largos, a ver si con eso consigo poner duro el culo y coger algo de resistencia, dado que en la última noche con Paco me di cuenta de que estoy perdiendo fondo y, sobre todo, aguante en las piernas. ¡Y por ahí sí que no paso!

Sentada en el borde de la piscina, me fijo en el resto de las personas que entran y salen del agua. Yo preocupada por mi cuerpo y no había reparado en lo antiestéticos que son los gorros de licra y las gafas de bucear. Creo que son dos de los complementos más antilujuriosos que conozco. Encima a esta edad, que te remarcan las arrugas instaladas en la frente. ¡Hasta va a ser necesario un chute de ácido hialurónico para poder venir a nadar!

La verdad es que después de hacer unos largos me siento mucho mejor. Es una pena que no sea constante, porque en el fondo no me disgusta hacer deporte. Mientras estoy chapoteando agarrada a las boyas que separan las calles de la piscina me fijo en la enorme cristalera que está en lo alto frente a mí. Detrás de ella se halla la sala en la que, en mi primer día, me encontré con Sebas.

Y entonces me doy cuenta de que no he vuelto a saber nada de él ni de su madre desde el día que estuve con él en el hospital. ¿Se encontrará ya mejor?

¿Habrá tenido alguna complicación? La verdad es que debería haberlo llamado o, al menos, enviado algún mensaje preocupándome por su estado. Tengo que reconocer que en el momento en el que hoy me decidí a venir tuve en cuenta que era improbable que él estuviese aquí ahora.

Me pongo a repasar mentalmente nuestro último encuentro y toda la conversación que mantuvimos, cómo fuimos capaces de aparcar el pasado y, durante esos instantes, ser los amigos que en un pasado habíamos sido. Sin rencores. Sin enfados.

—Perdona, en diez minutos van a empezar las clases de natación, y si te fijas en ese cartel esta es una de las calles reservadas —me indica uno de los socorristas amablemente, interrumpiendo así mis pensamientos y devolviéndome a la realidad.

Entonces veo el enorme reloj que se encuentra colgado en la pared y me doy cuenta de que ya es tarde y tengo que irme a trabajar.

Además, esta noche los niños están con Javier y tengo una cita con Paco. ¡Ya lo echaba de menos! Necesito volver a sentirlo. Desde la noche del Viernes Santo no hemos vuelto a pecar, y la última vez que nos vimos, con Sergio por el medio, me quedé con unas ganas horribles de besarlo.

¡Esto de las relaciones clandestinas va a acabar conmigo!

9:00 p. m. Paco me acaba de enviar un mensaje diciéndome que se retrasa diez minutos. Parece ser que ha tenido una de sus primeras negociaciones y no ha sido tan fácil como pensaba.

Mientras espero a que llegue me pongo a revisar el WhatsApp y reparo en el chat de Sebas. Creo que después de lo del otro día debería desbloquearlo. Total, todo está claro entre nosotros. Ya no hay mal rollo. No es que lo haya perdonado, simplemente creo que en estos momentos debería prevalecer nuestra amistad pasada, y más con lo que está pasando con su madre. Los dos tenemos claro que no puede haber nada más. Entonces, ¿por qué mantener esta actitud infantil de tenerlo bloqueado? Somos adultos, ¿no?

Justo cuando aprieto el botón de desbloquear, mi teléfono empieza a sonar. ¡Casi me da un infarto! Es Paco, que ya está fuera. ¿Será el susto debido a que no tengo la conciencia tranquila por cambiar el estado de Sebas?



Jueves, 5 de abril

7:30 a. m. Para mi sorpresa me desperté mejor de lo que esperaba. La verdad es que anoche nos quedamos dormidos bastante tarde. Tengo que reconocer que fue otra noche perfecta, como casi todos los momentos que he compartido con Paco. ¡Es tan fácil sentirme a gusto con él! No necesito forzar nada, simplemente, a su lado el tiempo transcurre sin que me dé cuenta.

Serían ya las tres de la mañana cuando Paco y yo nos metimos en su cama. Después de recogerme en casa, fuimos al cine, a tomar unos vinos y unas cervezas por el centro y para finalizar unos *gin-tonics* mientras hablábamos sin cesar de cualquier tema que surgiese y nos reíamos sin parar. Es increíble cómo en cualquier relación que comienza vamos estudiando y analizando todos los aspectos que hacen que la otra persona sea especial y distinta a las demás. Y cómo es posible que la sencillez de la forma de fluir las cosas entre nosotros sea lo que hace que Paco me impresione y consiga que me deje llevar.

Él logra, por momentos, que me olvide de que no está bien lo que estamos haciendo. Siempre, en algún momento muerto, no puedo evitar que me venga a la cabeza qué es lo que pasará en el caso de que no funcione. No es como cualquier otra relación en la que puedes hacer borrón y cuenta nueva. En nuestro caso, nos íbamos a tener que seguir viendo cada semana. Y si la cosa termina de forma amigable, pues no hay problema. Pero si alguno de los dos le hace daño al otro, el tema realmente se complica.

Por no hablar del tener que andar escondiéndonos. Nos la estamos jugando mucho: ayer nos podríamos haber encontrado con cualquier compañero. ¡A ver cuál sería la excusa que hubiésemos puesto! Porque, aunque intentamos controlarlo, es cierto que en ocasiones se nos olvida y nos dejamos llevar con

algún beso o caricia.

7:45 a. m. Me acurruco junto a él, dándole la espalda, y él instintivamente me envuelve entre sus brazos, encajando sus rodillas detrás de las mías y con sus partes pegadas a mi trasero. Noto su respiración suave en mi nuca. La verdad es que no recordaba lo que era despertarme con esta sensación de paz y de notar que la persona que me abraza lo hace con sinceridad. ¡Lástima que en unos minutos se tenga que acabar! Aún tengo que pasar por casa por los perros antes de empezar a trabajar.

Pasados unos cinco minutos me giro y lo observo. ¡Me dan unas de ganas de abalanzarme sobre él y volver a sentir todas las sensaciones que hace pocas horas disfruté...! ¡Está tan guapo dormido...! Me encanta poder mirarlo en esta situación y recrearme con calma en cada una de las partes de su bien formado cuerpo.

Pero tengo una manía que se me ha desarrollado con los años, y es que no soporto besar por las mañanas sin haberme lavado los dientes antes. Años atrás me daba igual. Pero ahora necesito sentir el frescor en mi boca antes de que se me ocurra enrollar mi lengua con otra.

Así que muy despacio, para no despertarlo, me levanto y me voy hacia el baño. ¡Tengo que acostumbrarme a meter un cepillo de dientes en el bolso! Aún es pronto para dejar uno aquí en su casa... Si lo propongo a lo mejor sale corriendo. Yo lo haría..., creo.

Al mirarme en el espejo del baño me doy cuenta de que tengo el rímel corrido. Puedo decir que, a pesar de que mi maquillaje no está todo en el sitio que debiera, no tengo demasiada mala cara. Debe ser que el sexo me revitaliza.

Una ducha rápida y a empezar el día. Se acabó el relax. «¡Cómo agradezco el agua cayendo sobre mi cuerpo!», pienso, mientras cierro los ojos e intento ordenar en mi cabeza todo lo que tengo que hacer hoy. Sé que no me va a dar tiempo a todo..., pero por intentarlo que no sea.

Al abrirlos, veo a Paco totalmente desnudo delante de la mampara mirándome divertido:

—¡Bonita imagen! ¿Hay un hueco para mí? —pregunta mientras sus increíbles ojos verdes recorren mi cuerpo descaradamente.

Tengo que reconocer que este hombre consigue ponerme a mil. Desde Sebas nadie me había excitado así, y eso es algo bueno, ¿no? Creo que significa que podré olvidar todo lo malo que me hicieron tiempo atrás. Además, su forma de ser también ayuda. No sé por qué, pero me da confianza. Aunque también me la

daban otros... Prefiero dejar de pensar antes de que se me baje la libido, aunque con semejante cuerpo delante reconozco que sería complicado.

Veo como se echa el gel en las manos y comienza a enjabonarme los hombros sin despegar sus ojos de los míos. Su gesto de morderse el labio mientras sus manos bajan hasta mis pechos hace que lo agarre del cuello y lo bese con pasión. Me aferro a su espalda mientras el agua resbala por nuestros cuerpos.

—Me excitas hasta límites insospechados —me dice al oído en un susurro que consigue volverme ya loca por completo.

No sé cuánto tiempo pasó. Solo sé que nuestros cuerpos se fundieron en uno solo mientras cientos de besos de placer con nuestras lenguas entrelazadas disfrutando de ese sabor a deseo colmaban nuestro apetito. Con los ojos cerrados me dejé llevar disfrutando del placer que Paco me da.

9:45 p. m. ¡Menuda locura de día! A ver si los niños terminan los deberes y consigo que se acuesten pronto. Hoy Miguel se entretuvo más de lo esperado en el vestuario al salir del entrenamiento y hemos llegado tardísimo a casa. Al menos les compré unos buenos bocatas de tortilla de patata que les sirven de merienda-cena, por lo que ahora, con unos tazones de ColaCao y galletas arreglo.

Menos mal que Paco consiguió que comenzase el día muy relajada, de lo contrario no sé cómo lo acabaría.

—¡Mamá! ¡Tu teléfono está sonando! —grita Santi con la sutileza que lo caracteriza desde la otra punta de la casa. ¿Tan complicado será coger el móvil y acercármelo un segundo sabiendo que estoy preparando sus cenas?

Al cogerlo veo que es María quien llama:

—¡Hola! ¿Qué tal el día? Estoy pensando en hacerle una fiesta sorpresa a Manu para el próximo fin de semana. Este año se lo ha ganado después de todo lo que me ha aguantado. ¡Necesito que me ayudes a encontrar un local! Quería un sitio donde pueda haber música en directo y picoteo, ¿se te ocurre alguno? —me suelta de golpe.

—Hola, hermanita. Así, de pronto, no se me ocurre ninguno. Pero déjame pensar y te digo. ¿Qué día lo celebrarías? ¿Invitados? —le digo intentando ganar algo de tiempo.

—Pensaba en el sábado que viene. ¡Resérvalo! El número aún no lo sé. Estoy con la lista. Por cierto, traerás a Paco, ¿no?

Ahí está la pregunta que me hace que me plantee en qué punto me encuentro con Paco. No hemos hablado nada al respecto de qué es lo que hay entre

nosotros. Simplemente nos hemos dejado llevar. Hablamos, nos mensajamos y cuando podemos, que no es muy a menudo, quedamos y nos enrollamos. Pero ¿realmente sería normal que lo invitase al cumpleaños del novio de mi hermana si no es mi pareja? No sé si estoy preparada para dar el paso de oficializar de alguna forma lo nuestro. Incluso, a lo mejor, es un compromiso para él.

—¿Sara? ¿Sigues ahí? —Oigo cómo pregunta María al otro lado de la línea.

Pero mi pensamiento continúa en otro lugar. ¿Debería hablar con Paco y aclarar las cosas, o bien seguir dejándolas fluir y que el tiempo decida hasta dónde debemos llegar? ¿Realmente quiero hacerlo?



Domingo, 8 de abril

11:00 a. m. Mientras agarro la mala hierba que tengo frente a mí con la intención de tirar de ella e intentar arrancarla soy consciente de que no debí abandonar tanto el jardín a su suerte. Para conseguir arreglar esto voy a necesitar un milagro. ¡Más que yerbajos parecen árboles ya por su tamaño!

Estoy sudando la gota gorda. Pero, ya que es domingo y hace un día precioso, tengo que aprovechar. Llevo unos tres meses posponiendo este momento y va a empezar, se supone, el buen tiempo y en estas condiciones no podremos disfrutar del jardín. Además, dentro de poco Jordan y Lebrón se me pierden en esta jungla, por no decir que si no lo arreglo acabaré teniendo problemas con los vecinos, y era lo que me faltaba.

Así que hoy me levanté con la energía y la suficiente fuerza de voluntad para ponerme a ello. Los niños aún duermen. Ayer tuvieron partido los dos y terminaron el día reventados. Fue un sábado dedicado a «sus compromisos», como ya es costumbre: partido de Miguel por la mañana y comida con su equipo; partido de Santi por la tarde y merienda con el suyo. Y esta tarde uno tiene un cumpleaños y otro una comunión. Su vida social al lado de la mía no tiene color. ¡Es increíble el ritmo que llevan hoy en día! No hay un solo fin de semana que no tengan cinco planes diferentes cada uno. No me imagino a mis padres cuando yo era pequeña renunciando a los fines de semana familiares por los cuatro cumpleaños, partidos, quedadas o cualquier otro plan que arruinase los dos únicos días de la semana que teníamos para estar los cinco juntos.

Aunque la llegada de Paco ha servido para darle un poco de alegría a mi vida social. Ayer vino a ver los partidos, y tengo que reconocer que me gustó. Parece que a los niños les cae bien. Eso sí, con ellos delante mantengo las distancias. No

quiero volver a caer en el mismo error que con Sebas: que se encariñen y luego, cuando lo nuestro no funcione, salga de sus vidas sin más. No quiero tener que darles más explicaciones de ese tipo. ¡Si ni siquiera sé yo qué es lo que realmente hay entre nosotros, como para explicárselo a los niños!

Así que hoy, antes de empezar a ejercer de taxista de nuevo para acercar a Miguel y a Santi a sus respectivas citas, y aprovechando que tengo la mañana disponible, decidí adecentar el poco césped que queda y dejarlo al menos corto. A ver si para la semana llamo a un jardinero para que me eche una mano. O a Paco... Ya me lo imagino sin camiseta, sudoroso, con un aspecto primitivo con el rastrillo en las manos...

Mientras me dejo llevar por esa maravillosa escena, de repente, el yerbajo al que me encuentro agarrada cede y me caigo de culo.

—Te parecerá gracioso... ¡Estate quieto, pesado! —le digo a Jordan mientras empujo su enorme y preciosa cabeza intentando quitármelo de encima.

4:00 p. m. Al terminar de comer decido telefonar a Paco para ver si podemos aprovechar estas horas sin niños para vernos. ¡Tengo unas ganas tremendas de sentirlo! A pesar de que ayer me encantase verlo y nos lo pasásemos genial durante los partidos, es un suplicio tener que mantener la compostura y no poder besarlo y acariciarlo.

—Buenas tardes, preciosa. ¿Qué tal la mañana? —contesta con ese tono de voz que hace que me derrita cada vez que lo escucho.

—¡Agotadora! Me dio por intentar arreglar un poco el jardín, pero me da la sensación de que no avanzo. Al menos me ha servido para hacer algo de deporte y sudar un poco, ya que tú hace días que no consigues que lo haga... —ronroneo en el teléfono mientras una sonrisa asoma en mis labios al recordar la última vez que sudamos juntos.

—Mmmmm..., creo que eso tiene fácil solución. Tú pide por esa boquita que tanto me gusta, que yo me encargaré de que tus deseos se cumplan.

Nunca entendí a todas esas personas que me decían que sentían mariposas en el estómago y calores repentinos cuando conocían a alguien que de verdad les gustaba. Creo que yo siempre fui un poco más fría, sobre todo en cuanto a los comienzos se refiere. Puede que fuese debido a que era yo la que elegía siempre primero, y la verdad es que nunca tuve problema a la hora de conseguir a la persona que me gustaba. Y siempre empezaba por algo más carnal que idílico. Pero con Paco no es así. No por la parte de lo sexual, sino porque con él experimento esa sensación de adolescente que, o bien no recordaba, o bien no

recuerdo haber sentido antes.

Quedamos en que pasaría a recogerlo después de dejar a Santi en la comunión a la que había sido invitado. Justo al colgar me entra un mensaje de Dani. La verdad es que no había vuelto a saber nada de él desde el día en que me llamó para decirme lo de la madre de Sebas:

¿Qué tal todo? Solo te escribía para saber si al final habías hablado con Sebas y sabías algo del estado de su madre. Yo he intentado contactar con él en varias ocasiones, pero no lo localizo. Avísame si te enteras de algo. Un beso.

¡Sebas! No había vuelto a hablar con él. Se me pasó varias veces por la cabeza el enviarle un mensaje después de desbloquearlo para saber si ya le habían dado el alta a su madre, pero al final no me decidí a hacerlo. Y encima ahora Dani me lo recuerda. ¡Con lo bien que vivía yo en mi olvido!

Paso el dedo por la lista de contactos hasta llegar a su foto. Veo que la ha cambiado: es una preciosa instantánea en la que aparece él en el medio de su padre y de su madre. Se los ve a los tres tan felices y riendo. En su estado puedo leer la siguiente frase: «Nunca sabes lo fuerte que eres hasta que ser fuerte es tu única opción». ¿Qué querría decir con ello? ¿Le habrá pasado algo a la madre y se referirá a su estado de ánimo? ¿Será dedicada a la madre porque está luchando por conseguir salir adelante?

Mi mente empieza a barajar mil y una posibilidades distintas y después de deliberarlo durante unos cinco minutos (ya sé que no es mucho tiempo) decido que debo llamarlo. Prefiero hablar con él que escribirle un mensaje. A lo mejor así no se da cuenta de que lo he desbloqueado y casi prefiero que no quede nada por escrito. Al plantearme esta última opción, por un instante Paco viene a mi cabeza. ¿Debería hablarle a él de Sebas? Aunque, como tampoco es que hayamos formalizado nada, la verdad es que no tiene mucho sentido. Si lo pienso, yo tampoco sé nada de su vida amorosa pasada. ¿Seguirá teniendo contacto con alguna de sus ex? ¿Cuántas serán y cómo serán? ¿Realmente me fastidiaría que lo tuviese? ¿Le importaría a él que yo llame a Sebas en una situación como esta?

En contestación a esta última pregunta, entiendo que no debería fastidiarle. Es un motivo de fuerza mayor y entre Sebas y yo ya no hay nada. Ni va a haberlo

nunca más. Pero a lo mejor debería decírselo, eso sí, después de aclarar lo nuestro. Creo que esta tarde es un buen momento para sacar el tema, aunque aún no sé cómo hacerlo. Encima, María lleva todo el fin de semana dándome la tabarra con la fiesta de Manu de la semana que viene y aún no le he dicho nada sobre si voy a llevar a Paco o no.

Al final lo que prometía ser una tarde de esparcimiento se ha convertido en una auténtica agonía. Reconozco que a veces me encanta ser como un avestruz y esconder la cabeza bajo tierra y dejar pasar el tiempo a ver si las cosas por sí solas van tomando el camino adecuado, sin tener que tomar ninguna decisión que suponga algún esfuerzo o que me lleve a hacer algo que no me apetece, por el simple motivo de que pueda salir lo contrario de lo que deseo.

—¡Sara? ¿Estás ahí? —Mi corazón está a punto de salirse de mi pecho al escuchar la voz de Sebas de repente al otro lado de la línea.

Mientras me perdía en mis pensamientos sin querer le di al botón de llamar.



Lunes, 9 de abril

¡Qué tardecita la de ayer! Hasta agradezco que hoy sea lunes y que mi bandeja de entrada esté a reventar. ¡227 e-mails sin leer no está nada mal! Lo positivo que saco de esto es que cuanto más trabajo tenga menos tiempo tengo para pensar en el resto.

Se puede decir que mi encuentro de ayer por la tarde con Paco no fue de los mejores. Y no por su culpa precisamente. El problema fue que mientras estaba con él no podía quitarme de la cabeza la conversación que había mantenido con Sebas. Y él, que de tonto no tiene un pelo, se dio cuenta de que algo me pasaba. Aunque fue lo suficientemente prudente como para no preguntarme nada, a pesar de que en un par de ocasiones, mientras me hablaba, estoy convencida de que era consciente de que no lo estaba escuchando y de que mi mente se evadía, desconectando totalmente de sus palabras.

Lo mejor habría sido quedarnos en su casa revolcándonos en su cama sin la necesidad de pensar en nada, en lugar de ir a tomar algo a la nueva *bakery* que han abierto hace unos días en el centro.

Pero aún ahora, mientras intento concentrarme en el trabajo, las palabras de Sebas retumban en mi mente una y otra vez:

*Lo siento, Sara. Te hice daño y no te imaginas lo que me arrepiento.
No hay día que no te eche de menos.*

¿Que cómo pudo derivar nuestra conversación hasta ese punto? Pues la verdad es que ni yo lo sé. Empezamos hablando del estado de su madre, que gracias a Dios se está recuperando poco a poco, y terminó soltando esa lapidaria frase. No sabría explicar qué fue lo que sentí al escucharla. Pero lo que más me fastidia es que, en un rincón muy pequeño y profundo de mi corazón, hay algo que aún quiere creer que parte de ella es cierta. Y eso me lleva a pensar que aún no he conseguido sacarlo del todo fuera de él.

¿Qué más me da que realmente se arrepintiese o no de lo que me hizo? Eso no cambia nada. Lo hizo. Y tampoco sirve de nada que ahora reconozca que no estuvo bien. ¿Qué pretende, limpiar su conciencia a costa de que yo vuelva a sufrir rememorando lo pasado? Solo quiero que se vaya de mi mente y seguir con mi vida como estos últimos meses. Ahora que volvía a disfrutar de todo, que me estoy dejando llevar con Paco, no puedo permitir que por una simple frase todo pueda venirse abajo otra vez.

Ya he hecho lo que debía. Lo he llamado. Por su madre, por lo que un día fuimos. Pero tengo claro que no estoy preparada para ser de nuevo su amiga. No sé si lo podré estar algún día. Creo que es muy difícil, una vez que has traspasado la barrera de la amistad, poder volver a retomarla, haciendo un *kit kat* y olvidando los sentimientos que has sentido y vivido en ese paréntesis intermedio. Siempre una de las dos partes queda herida. Hay una frase que refleja muy bien este sentimiento: «Los besos en la mejilla resultan extraños cuando los labios ya se conocen». Es una gran verdad.

7:00 p. m. Necesito ver a Paco. Lo he llamado más de diez veces. Ahora que los niños están en el entrenamiento es el momento perfecto. Necesito besarlo, tocarlo, redimir mi culpa por mi actitud de ayer. Me siento mal y no sé por qué. No quiero que lo que está empezando entre nosotros se vea ensombrecido por culpa de lo que Sebas y yo hemos tenido en un pasado.

Pero nada. No contesta. Supongo que estará aún trabajando, que es lo que debería estar haciendo yo, en lugar de estar mirando como una posesa el teléfono esperando a que él me devuelva las llamadas.

9:00 p. m. Entrando en casa y sigo sin tener noticias tuyas. ¿Se habrá cabreado por mi actitud de ayer y por eso no me contesta? No creo. Paco no es

así. Además, al despedirnos estuvo cariñoso y no parecía molesto. Tampoco fue tan grave, únicamente estuve un poco distraída, pero nada más. Malo hubiese sido que se me hubiese escapado el nombre de Sebas mientras estábamos juntos. Que tampoco hubiese sido nada extraño, teniendo en cuenta que acaparaba mi mente en todo momento, por culpa de la puñetera frase. Tampoco sería la primera vez que me pasa lo de confundirme de nombre sin querer. Y eso sí que me hubiese llevado a tener la conversación con Paco que ayer, al final, evité tener.

Vuelvo a mirar mi teléfono por enésima vez para ver si está conectado a WhatsApp. Porque si está conectado y no me ha llamado después de ver todas las llamadas perdidas que le he hecho es que sí le pasa algo. Pero encima lo tiene configurado para que no pueda ver su última hora de conexión y solo puedo saber si está o no cuando aparece la frasecita «en línea» debajo de su nombre, lo que hace que, en plan psicópata, entre cada dos minutos en la aplicación. ¡Ay, María!, ¡con todo lo que te dije! Qué fácil es aplicar la lógica a los comportamientos de los demás. Pero en estos momentos que estoy descontrolada cualquier razonamiento que intente aplicarme, teniendo en cuenta que no tengo la conciencia muy tranquila, solamente me lleva a que algo malo va a pasar con Paco.

—¡Mamá! ¿Y la cena? ¡Me muero de hambre! —grita Miguel desde el salón.

Si es que tengo que centrarme. No puedo volver a caer en las comeduras de olla por culpa de las relaciones con los hombres. Lo había conseguido. Estaba tranquila y vuelvo otra vez a perder el tiempo que no tengo en tonterías. Pero tengo que reconocer que en este caso la culpa no es de Paco. Es solo mía. Y encima es por lo mismo de siempre, por haber vuelto a permitir que Sebas entre en mi vida.

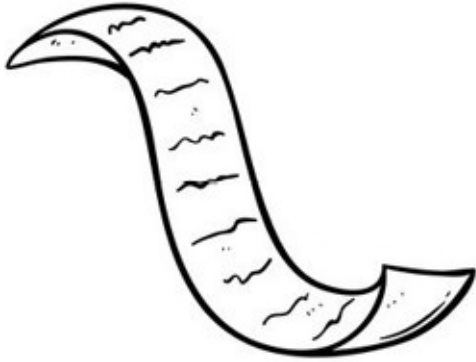
Mientras saco la lasaña del horno antes de que se queme oigo mi móvil sonar. Casi dejo a los niños sin cena del brinco que pego al escucharlo. Consigo contestar antes de que se corte la llamada: ¡es Paco!

—¿Sara? ¿Estás bien? ¿Pasó algo? ¡Tengo quince llamadas perdidas tuyas! Fui a una visita y me dejé el móvil en casa y estoy entrando ahora —dice con voz preocupada.

En ese momento me doy cuenta de lo que mi mala conciencia me ha hecho hacer. Paco no es como Sebas. ¡Soy imbécil! A ver qué excusa busco yo ahora para justificar mi comportamiento.

—¡Hola, Paco! ¡Lo siento! Es que necesitaba urgentemente un número de teléfono de un cliente de tu cartera, pero no te preocupes, que ya lo arreglé —le contesto, sintiéndome la peor persona del mundo por estarle mintiendo, mientras noto como mi rostro se enrojece de vergüenza a pesar de no tenerlo delante.

¡Odio mentir, yo no soy así!



Martes, 10 de abril

—¿Qué tal te fue el cierre con Sergio al final? ¡No coincidimos desde entonces! Es horrible el ritmo que llevamos. Yo te juro que cada vez estoy más agobiada. ¡Total, para que encima no reconozcan todo el esfuerzo que hacemos! A veces me dan ganas de mandarlo todo a la mierda —se desahoga Inma mientras se muerde el labio inferior y remueve su café con leche sin cesar.

—La verdad es que tienes razón. No estoy muy contenta con el cierre, creo que merecía más. Pero me consuela pensar que también pudo haber sido peor, teniendo en cuenta que cada día nos aprietan más. De verdad que no sé a dónde vamos a llegar. Supongo que el resto de compañeros estarán como nosotros. A mí esta mañana me entraron tres clientes más. ¡Ya no sé cómo programar las rutas! Y desde relaciones laborales siguen sin decir nada. No sé a qué esperan para empezar a cubrir las vacantes que faltan.

—Ya te digo. Se han jubilado tres personas y solamente han contratado a Paco desde entonces. Y el resto del trabajo nos lo comemos nosotros.

«Paco». Ese es el motivo por el que realmente he venido hoy a la oficina. Después de la metedura de pata de ayer con mis paranoias mentales y de nuestro último encuentro, tengo una necesidad horrorosa de verlo y hablar con él. Sí, ya sé que la oficina no es el mejor lugar para hacerlo, pero, teniendo en cuenta que no tengo más huecos fuera del horario laboral, no se me ocurrió otra opción mejor.

Así que al despertarme le envié un mensaje diciéndole que me iba a pasar por la mañana por la oficina y que tenía ganas de verlo. Él me contestó diciendo que

él también y que intentaría pasar. ¡Solo con verlo ya me conformo! Necesito comprobar que todo sigue bien entre nosotros. Y si, además, encontramos la forma de poder escaquearnos y comer juntos, teniendo en cuenta que ya organicé para que los niños comiesen en el colegio por si se daba la posibilidad, mejor que mejor.

Observo a Inma sentada enfrente de mí, que sigue hablándome sin parar, aunque mi mente en estos momentos no consigue prestar atención a lo que me dice. Oigo su voz muy lejana y apagada. Desde que ha pronunciado su nombre me he quedado ausente. ¿Debería contarle lo de Paco? Me cae muy bien y me parece una compañera diez. La verdad es que me fastidiaría mucho que se enterase por otra fuente. A lo mejor, si eso pasase, mi relación con ella cambiaría por sentir que no confiaba lo suficiente en ella para decírselo y no me lo perdonaría. Para mí es mi mayor apoyo en el trabajo. Lo que pasa es que sin aclarar lo que tengo con Paco antes no me parece adecuado, porque si al final se termina y no queda más que en simple desliz, ¿qué necesidad tengo de que ningún compañero sepa que algo ha pasado entre nosotros? Sin embargo, si fuese al revés y fuese ella la que estuviese en mi situación, a mí me gustaría que me lo contase. ¡No sé qué hacer! ¡Menudo dilema!

—Sara, ¿estás bien? ¿Subimos? —La escucho de repente y observo una expresión interrogante en sus ojos.

—¡Perdona, Inma! ¡Claro! Es que se me fue el santo al cielo pensando en una llamada urgente que tenía que hacer ahora por la mañana. —Otra vez mintiendo, mira que lo odio.

11:35 a. m. Aquí me encuentro, en la oficina y sin rastro de Paco aún. ¡Qué ganas de enviarle un mensaje para saber por dónde anda y si al final va a poder pasar! Pero después de mi oleada de llamadas de ayer creo que es mejor no hacerlo, o va a terminar pensando que soy una psicópata acosadora. ¡Qué difícil es, en las relaciones clandestinas cuando empiezan, controlar las veces que puedes contactar sin parecer neurótica!

12:15 a. m. Sin señales todavía. ¡Esto es un suplicio, y encima no consigo concentrarme en el trabajo! ¡Tengo que hacerlo! Miro mi teléfono por última vez a ver si funciona correctamente y de paso compruebo si entró algún *wasap*, pero nada.

Cuando ya empezaba a dar por perdida la posibilidad de vernos hoy, oigo como se abre la puerta de entrada de la oficina y entonces lo veo: una corriente eléctrica atraviesa mi estómago al ver de nuevo sus preciosos ojos verdes y ese hoyuelo que se le forma debajo de la barba mientras saluda sonriendo a Fran, que acude a ayudarlo con la puerta. Viste unos vaqueros y un bonito jersey gris que se ajusta perfectamente a su cuerpo remarcando su definido torso. La verdad es que no me importaría arrancárselo con los dientes en un segundito. ¡Está claro que este no es el mejor lugar para este tipo de pensamientos!

—Mira, acaba de entrar Paco. ¿Qué tal le irá en el puesto? —me dice Inma, que se encuentra sentada a mi lado. No sé si lo hace con ironía porque se dio cuenta de que me quedé como una boba mirándolo o si, realmente, fue un comentario inocente.

—Supongo que bien. Parece que tiene bastante don de gentes —digo mientras noto como mis mejillas empiezan a arder de calor. ¡Y tanto don que tiene! Me siento fatal por no decirle la verdad.

Veo cómo Paco se dirige directo hacia nosotras.

—¡Buenos días, chicas! ¿Qué tal todo? —dice mientras se agacha para darle a Inma dos besos en la mejilla.

A continuación se coloca a mi lado. Mi cuerpo reacciona a su cercanía y empieza a sudar mientras él se agacha y me planta un beso en la mejilla derecha. Fue un beso tierno, lento..., algo largo. Se aparta de mí suavemente sin dejar de clavar sus preciosos ojos en mi boca. ¡Será cabrón! ¿Cómo puede hacerme esto ahora? ¡Se va a dar cuenta todo el mundo de lo que hay entre nosotros!

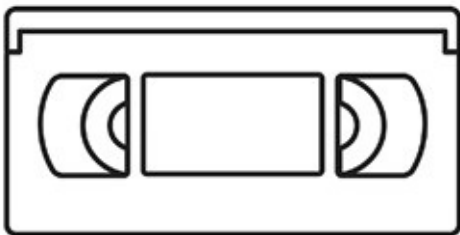
Sabe perfectamente lo que consigue provocar en mí. No es que necesite desnudarlo aquí mismo (o sí) para sentir que todo sigue bien entre nosotros, pero ese pequeño instante en que sus labios rozaron mi piel me hace sentir que necesito algo más de él. Solo quiero saber que no he estropeado nada. No me lo perdonaría.

Es en este preciso momento cuando me doy cuenta de que quiero que lo que hay entre Paco y yo funcione. Quiero olvidarme del pasado, de Sebas y dejarme llevar con él. ¿Querrá él lo mismo? Sé que mi situación no es fácil para empezar algo, pero tengo que reconocer que la suya tampoco lo es. Acaba de empezar en la empresa y... ¿nada más entrar se enrolla con una compañera de trabajo separada con dos hijos? Sé que no es la mejor opción para él, si lo analizo fríamente. Así que, si intentamos algo, está claro que los dos tenemos mucho que perder.

Mientras lo observo dirigirse a su mesa sumida en mis pensamientos no evito mirar lo bien que le sientan los vaqueros.

«Pero está claro que también tengo mucho que ganar». Sonríó mientras fijo mi

mirada en el ordenador, intentando que no se note la lujuriosa sonrisa que soy incapaz de quitar de mi rostro acalorado.



Miércoles, 11 de abril

—Al final Paco viene a la fiesta de Manu —le confirmo a María, sin estar aún totalmente segura de estar haciendo lo correcto.

—¡Genial! ¡Cómo me alegro de que al final te hayas decidido a invitarlo! Ya verás qué bien nos lo vamos a pasar. ¡Manu va a flipar! ¡No se lo espera ni de broma! —chilla María extasiada al otro lado del teléfono.

La verdad es que tengo que reconocer que se lo ha currado un montón. Y tiene razón en que Manu va a flipar. Lleva toda la semana acribillándome a mensajes con todos los preparativos de la fiesta. Aunque lo malo de las fiestas sorpresa es que no todo el mundo reacciona igual. Espero que a Manu le guste, porque María se ha dejado media vida en prepararla.

—Necesito que grabéis un vídeo de diez segundos bailado y que me lo mandes. Le estoy preparando una felicitación conjunta para ponérsela allí en el local. ¡No te olvides!

—¿Es necesario? ¿Y si te lo mando yo sola? Es que aún no sé si voy a ver a Paco antes de la fiesta, que hoy tenemos un día horrible de trabajo y la tarde la tengo a mil —digo mientras me empiezo ya a arrepentir de haberlo invitado. No tengo muy claro cómo va a reaccionar al hecho de que le pida que haga el imbécil en un vídeo para una persona a la que apenas conoce, junto a mí, y que se va a proyectar delante de otras cincuenta más a las que no ha visto en su vida. Por no decir que, conociendo a María, terminará subido en todas las redes sociales.

—¡Venga! No seas aburrida. En ese caso, mandadme dos, uno cada uno. No va a ser el único de la fiesta que no aparezca en el vídeo. Paco tiene pinta de ser enrollado, ¡seguro que le parece una idea genial!

Paso de insistir. Sé que, si María se ha empeñado en grabarle el vídeo a Manu, todo lo que vaya a alegar solo me va a servir para perder el tiempo.

Y como siempre que se empeña en algo acaba consiguiéndolo, ayer no me quedó más remedio que invitar a Paco a la fiesta, ya que creo que hubiese tenido que escuchar a María durante muchos días. Aunque reconozco que me hace un poco de ilusión que me acompañe.

Quiero besarlo.

Esto es lo que pienso mientras lo observo, por encima de la pantalla de mi ordenador, hablando con Fran en el otro lado de la oficina. Esta afirmación hace que mis dedos se muevan de forma involuntaria en mi teclado y le den a enviar al siguiente e-mail, el cual escribieron en diez segundos sin dudarlo:

Remitente: Sara García

Asunto: Efectos secundarios que compensar

Estás en deuda conmigo. No puedes llegar a la oficina y dejarme un beso de esas características, que lo único que ha conseguido provocar es que mi rendimiento empeore al ser incapaz de concentrarme en las tareas que estaba realizando previamente.

Por ello, considero que deberías compensarme con una ración de esos besos, a modo de almuerzo, para evitar pérdidas importantes a la empresa.

Echaba de menos esto de los e-mails. Desde que empezamos a hablar a través del teléfono, dejamos de enviarnos correos y tengo que reconocer que muchos días abro el Outlook con la esperanza de encontrarme algún mensaje suyo.

Veo que aún permanece de pie y no se ha dado cuenta de que le he escrito. Ya es casi la una y media. Espero que no tenga ninguna comida con ningún cliente ni cualquier otro plan que evite que nos podamos quedar a solas un rato. ¡Tengo tantas ganas de sentirlo!

—En diez minutos me voy. Voy a seguir trabajando desde casa, no me digas por qué, pero creo que avanzo más. Además, me olvidé allí unos papeles que necesito. ¿Tú te quedas? —me dice Inma mientras compruebo que empieza a recoger todas sus cosas.

—Yo voy a quedarme un rato más, porque tengo que mandar una documentación a la central y aún no he terminado de prepararla —digo sin mucho convencimiento mientras me siento ridícula al mentirle y pensar que es

posible que Paco no pueda quedar y me dé calabazas y tenga que irme sin poder estar un rato con él a solas. ¡Me siento como una adolescente! ¿Por qué no podremos tener una relación, o lo que sea lo que tengamos, normal?

Justo al volver la vista hacia la pantalla de mi ordenador veo como un sobrecito aparece en la barra inferior de mi escritorio indicándome que me acaba de entrar un e-mail nuevo. Levanto la cabeza hacia donde se encontraba Paco y entonces lo veo, frente a su ordenador, sonriendo de tal forma que me dan ganas de levantarme y sentarme sobre él a horcajadas y enroscar mi lengua en la suya mientras mis manos se enredan en su precioso pelo color tabaco. ¡Sara, contrólate!

*Remitente: Francisco Montero
Asunto: Convocatoria de comida
Lugar: Mi casa
Día: 10/04/2018
Hora: 14:45*

Confirmar Confirmar con mensaje Rechazar

¡Confirmar! ¡Confirmar!

Solamente me faltó ponerme a dar palmas y saltos al ver su contestación. Creo que fueron los quince minutos más lentos de mi vida los que transcurrieron desde que recibí su mensaje hasta que salí por la puerta hacia el garaje para coger mi coche y dirigirme hasta su casa.

Allí nos encontrábamos, en el sofá de su casa, dejándonos llevar sin control. El sentirlo tan cerca de nuevo, su olor, su respiración en mi cuello, el deseo en su mirada, el calor que nuestros cuerpos desprenden al rozarnos el uno contra el otro hacen que mi mente se evada de todo.

—Sara, no puedes provocarme así en la oficina delante de todos los compañeros —dice mirándome a los ojos mientras sus manos deslizan la camiseta por encima de su cabeza, dejándome contemplar su perfecto y definido torso.

—La culpa es tuya por dejarme con las ganas durante tanto tiempo —ronroneo mientras lo agarro y lo empujo de nuevo hacia mí, de forma que sus labios vuelven a quedar a menos de un centímetro de los míos.

—Si esto es lo que provoca, voy a tener que plantearme que no es tan mala

idea lo de encontrarnos en la oficina más a menudo. —Sonríe antes de estampar de nuevo sus labios contra los míos.

Poco a poco nuestros besos se vuelven más agresivos, cargados de pasión, del deseo reprimido en los últimos días sin vernos, sin sentirnos. Nuestros labios se mueven rápida y apasionadamente mientras nuestras manos nos desnudan y recorren todos los recovecos de nuestros sudorosos cuerpos. Hacía mucho tiempo que no me besaba con nadie de esta forma. Su barba corta y perfectamente arreglada me hace cosquillas en cada uno de los centímetros de piel que roza, volviéndome completamente loca.

Me encantan todas las sensaciones que Paco provoca en mi cuerpo. Me hace sentirme deseada, guapa, joven. Me hace sentir bien.

—Me encanta verte disfrutar así y notar cómo tiembles en mis brazos —susurra en mi oído mientras está en mi interior, consiguiendo con sus palabras que me deje llevar completamente y olvidarme de todo...

Paco se gira para mirarme mientras coloca la sartén que tenía entre las manos sobre la vitrocerámica. Después de la increíble sesión de sexo que acabamos de tener y teniendo en cuenta la hora que es, ha decidido preparar algo para comer antes de que volvamos al trabajo.

—Sara, ¿estás bien? Te noto pensativa —dice sutilmente, siendo lo suficientemente prudente como para no manifestar lo neurótica que debí de parecerle estos días atrás.

—Sí. No pasa nada. Estos días he estado desbordada. Entre los niños, el trabajo, la casa, a veces ya no sé dónde tengo la cabeza —respondo, sintiéndome mal por no mencionar todo lo que ha rondado mi mente últimamente. Sobre todo, en lo que se refiere a nosotros y a todas las dudas que me mantienen en un sinvivir tantas horas al día.

—Mejor así. —Sonríe mostrándome esos preciosos hoyuelos que se forman en sus mejillas bajo esa barba que tantas buenas sensaciones me acaba de hacer disfrutar.

—¿Tienes planes el sábado? Si los tienes no pasada nada —suelto de forma repentina—. No quiero que lo veas como un compromiso, pero es que mi hermana María ha decidido organizarle una fiesta sorpresa a su pareja por su cumpleaños y me preguntó si te apetecería venir. ¡Me tiene loca con los preparativos! Entiendo que no te apetezca, en serio...

—¡Una fiesta sorpresa! ¡Me encanta la idea! Será temática, ¿no?

Este hombre no deja de sorprenderme. En estos momentos no puedo evitar que venga a mi cabeza la vez que se me ocurrió prepararle una fiesta sorpresa a Sebas hace unos tres años. No pudo salir peor. Ahí descubrí, entre otras muchas cosas, que odiaba las sorpresas y todo aquello que hiciese parecer que perdía el

control de la situación. A pesar de aguantar el trago toda la noche disimulando ante todos los invitados, el dichoso evento hizo que nos distanciásemos durante varios meses. ¡No pueden ser más distintos! Solo espero que Manu sea como Paco y no como Sebas, por el bien de María.

Y ahora ya solo me queda plantearle lo del vídeo. Aunque a lo mejor María tiene razón. Después de la reacción de Paco de ayer, es posible que hasta le haga gracia. Va a resultar que al final la aburrida soy yo y él no le va a dar la más mínima importancia a grabarlo. Además, así tengo excusa para que quedemos un poco antes de la fiesta y, quién sabe, a lo mejor repetir lo de ayer para ir un poco más entonados...



Sábado, 14 abril

—Paco, ¿en serio que no te importa? De verdad que no tienes por qué hacerlo — le digo mientras lo observo peinarse en el espejo del pasillo de su apartamento, vestido con su chupa de cuero negra y con las gafas de sol puestas, preparándose para grabar el vídeo de felicitación a Manu.

Y es que al final tuvo razón. María me sorprendió esta mañana diciéndome que se le había olvidado comentarme que la fiesta SÍ era temática. Y como no podía ser de otra forma, el tema era el *rock and roll*.

Así que aquí nos encontramos en casa de Paco, después de dejar a Miguel y a Santi con los abuelos, caracterizándonos para conseguir enviarle a María nuestro trocito de felicitación y que así le dé tiempo a incluirla. ¡Me muero de vergüenza! Yo creo que no estoy ya en edad de hacer estas cosas. Tengo una reputación que mantener. Además, no me saco de la cabeza que alguien del trabajo pueda ver el vídeo y se enteren de lo que pasa entre Paco y yo. ¡Es una inconsciencia! Me había olvidado de este pequeño detalle en el momento de proponérselo. Y creo que él tampoco reparó en ello. O a lo mejor no le importa. No tengo muy claro que quiera llevar nuestra relación, o lo que tengamos, en secreto. La verdad es que cuando salimos por ahí no hace nada para que parezca que no estamos juntos. Esta es otra de las dudas que no acabo de sacarme de la cabeza: ¿le habrá dicho a algún conocido suyo que estamos juntos o bien no lo ha compartido con nadie porque realmente no le da importancia? Porque, al fin y al cabo, un miembro de mi familia ya sabe de su existencia. Bueno, mejor dicho, tres, ya que María ha invitado a la fiesta a Raúl y a Lucía, por lo que esta noche

ellos lo sabrán también.

Creo que la peluca de rizos rubios que he encontrado en el chino de abajo junto con mis Ray-Ban de hace tres temporadas pueden ayudar a que casi no se me reconozca.

—¡Ya estoy listo! ¿Qué te parece? ¡Prepara la cámara! —suelta Paco mientras se dirige hacia donde me encuentro con dos preciosas guitarras eléctricas, una en cada mano. Lo dicho, es una auténtica caja de sorpresas.

8:30 p. m. Nada más entrar en el local veo como María viene corriendo hacia nosotros. Tengo que reconocer que es increíble lo que ha conseguido montar: hileras de pequeñas bombillas iluminaban el bonito local, creando un ambiente muy agradable. Al lado de la puerta de la entrada, un enorme *photocall* con la frase *Born to be a Rock Star* (que significa «Nacido para ser una estrella de rock») te da la bienvenida. Junto a él, veo una caja llena de divertidos accesorios roqueros. Y, a escasos metros, sobre una bonita mesa, hay un libro de firmas abierto en ella y a su lado una Polaroid. ¡María es tremenda! ¡No se le escapa ningún detalle!

—¡Llegasteis! ¡Qué bien que hayas venido! —dice eufórica mientras le da dos besos a Paco. Tengo que reconocer que está guapísima con sus *leggings* de cuero negro y su camiseta de los Rolling Stones. ¡Cómo me gusta verla así de contenta! La verdad es que ella sí que se merecía que le organizásemos una fiesta así después de todo lo que ha pasado. Ojalá Manu esté a la altura y valore el tremendo esfuerzo y cariño que ha invertido en preparar esta maravillosa sorpresa.

—¡Está todo increíble! No te has olvidado ni de un solo detalle —contesto mientras contemplo atónita la cantidad de detalles que adornan toda la estancia.

—Solo espero que le guste. Le pedí a un primo suyo que lo trajese al salir de trabajar engañado. Ya solo queda media hora para que llegue y aún faltan por llegar varios invitados. ¡Y Raúl, como siempre, llegando tarde! Solo espero que lleguen todos antes que Manu —dice mientras su voz denota lo emocionada que se encuentra.

—¡Le va a encantar! ¡Ya lo verás! ¿Te llegó el vídeo a tiempo? —Aún me queda la esperanza de que no le haya dado tiempo a incluirlo. Aunque tengo que reconocer que nos ha quedado bastante bien al final. Una sonrisa se me escapa al recordar todas las tomas falsas realizadas antes de conseguir el definitivo. ¡Hacía tiempo que no me reía tanto! En los primeros intentos salía un poco cohibida (digo «salía» porque Paco lo dio todo desde el principio). Pero después de la

cuarta o quinta toma ya me solté y, después al verlos, nos partíamos de la risa. ¡Adiós, vergüenza!

11:30 p. m. ¡La sorpresa está siendo un éxito! A Manu le ha encantado. Una vez que superó la impresión inicial, no podía creer lo que María había sido capaz de organizar y la cantidad de gente que había conseguido reunir. Algunos amigos, a los que no veía desde hacía mucho tiempo, se habían desplazado bastantes kilómetros solamente para compartir este día con él. ¡Estaba emocionado! Pero lo mejor fue el «momento tarta»: todo el mundo empezó a corearle a Manu que pronunciase unas palabras y, como no podía ser de otra forma, todas ellas fueron dedicadas a María. Fue un momento muy emotivo (todos los invitados sabían lo mal que lo habían pasado el año pasado) que terminó con la proyección del vídeo en una enorme pantalla de plasma que se encontraba colgada de una de las paredes del local. ¡Qué risas nos echamos! ¡Lo que somos capaces de hacer una panda de cuarentañeros cuando nos venimos arriba! Algo bueno tenía que tener esto de cumplir años, y es que a los cuarenta contamos con más medios que a los veinte para hacer unos fiestones tremendos, y como por falta de tiempo no sabemos cuándo va a ser la próxima vez que nos vamos a poder juntar, pues el día que salimos lo disfrutamos a tope. ¡Lástima del poco tiempo libre del que disponemos!

La noche está siendo perfecta. La verdad es que Paco se adapta perfectamente a cualquier ambiente en el que se encuentre. Congenió muy bien con Raúl, y Lucía, mientras nos hacíamos unas cuantas fotografías divertidas en el *photocall*, me dijo que le parecía un encanto. No hizo falta que entrase en detalles con ella de lo que había entre nosotros, ya que pudo ver cómo llevábamos toda la noche riendo, bailando, abrazándonos y besándonos como dos adolescentes.

12:01 a. m. Algunas personas se empiezan ya a marchar y María comenta la posibilidad de ir, los que quedamos, a un nuevo local que acaban de abrir al lado de la playa que dicen que está muy de moda. Me acuerdo de que cuando yo tenía veinte años apenas había locales en la ciudad para gente de treinta y pico en adelante. Casi todos los sitios estaban llenos de adolescentes. La verdad es que, de aquellas, nuestros padres apenas salían por la noche, y uno de los motivos puede que fuese que no tenían a dónde ir. Pero hoy en día es diferente. Hay un montón de locales espectaculares a los que ir a tomar una copa. Y hoy vamos a ir

a conocer uno de ellos: El 57.

La verdad es que el sitio es impresionante. Al llegar, dos imponentes porteros trajeados nos reciben en la puerta de acceso. Creo que tuvimos suerte de llegar pronto, porque dicen que se forman unas colas tremendas para poder acceder. Y es algo, a mi edad, por lo que ya no paso: salir para ponerme a hacer cola durante dos horas para poder entrar a un local. Antes me voy a otro. ¡Con lo que valoro yo mi escaso tiempo libre, como para desperdiciarlo así!

La decoración es de todo menos minimalista. Enormes jarrones y lámparas decoran cada uno de los rincones del local. Puedo divisar unos cuantos reservados con preciosos sofás de piel que te invitan a sentarte y disfrutar plácidamente de un refrescante *gin-tonic* mientras numerosas pantallas decoran cada una de las paredes. La música es muy agradable y tiene el volumen perfecto para que podamos hablar sin tener que estarnos chillando al oído.

—Gracias por invitarme a pasar esta noche contigo —me susurra Paco mientras esperamos a que la camarera nos traiga las bebidas.

—Gracias a ti por venir. La verdad es que no ha estado nada mal la fiesta, ¿verdad? Me alegro un montón por María y Manu. Se lo merecen.

Veo como Paco clava sus ojos en mis labios, luego en mis ojos y en mis labios de nuevo. Está guapísimo. Noto como le brillan los ojos cada vez que se cruzan con los míos, aunque puede ser debido también a los cuatro vinos que nos hemos tomado en la fiesta de Manu. Me acerco los escasos centímetros que separan su rostro del mío y lo beso. El aroma de su piel invade todos mis sentidos. Debería estar prohibido que alguien oliese tan bien. Siento la fuerza con la que sus brazos me ciñen a su cuerpo y me dejo llevar por completo.

—¿Sara?

Al oír su voz me separo bruscamente de Paco y lo veo. Era evidente que, siendo el local más de moda de la ciudad en estos momentos, lo más probable era que nos encontrásemos con alguien conocido. Soy una inconsciente. ¿Y ahora, qué?



Domingo, 15 de abril

—¿Paco? —*La expresión de Sergio es indescriptible al ver que es Paco el hombre que se acaba de girar y que me estaba besando hacía dos segundos contra la barra del pub.*

Creo que si me preguntan quién sería la última persona a la que esperaría encontrarme el sábado en ese lugar diría que Sergio. Está claro que los juegos de azar y las estadísticas nunca han sido lo mío. Es más, se puede decir que la ley de Murphy tiene en mí a uno de sus máximos referentes.

Hoy estuve todo el día dándole vueltas a lo sucedido ayer por la noche y a las consecuencias que me podría traer en el plano laboral. La verdad es que la situación fue surrealista.

—¡Sergio! ¿Y tú por aquí? —*Son las únicas palabras que consigo que salgan de mi boca mientras noto como me voy ruborizando de forma descontrolada y mis manos empiezan a sudar.*

Un incómodo silencio se forma entre los tres durante unos instantes, los cuales me parecieron horas. Menos mal que Paco reaccionó de forma rápida, intentando darle algo de naturalidad a la situación:

—¿Qué tal, Sergio? ¿Desconectando un poco?

—Sí, bajé a ver el fútbol con unos amigos y después decidimos venir a tomar algo —*contesta de forma dubitativa mientras no puede evitar que se note la incredulidad que transmiten sus ojos. Creo que, si en lugar de vernos a nosotros besándonos le ponen a su jugador de fútbol favorito invitándolo a una copa, su*

sorpresa iba a ser menor, a juzgar por su reacción. O, si en ese momento la camarera buenorra que se encontraba detrás de la barra le hubiese plantado un buen morreo de repente y sin venir a cuento, se habría quedado menos petrificado. Estoy segura de ello.

Y eso me hace pensar qué es lo que realmente le sorprende: si el vernos a Paco y a mí juntos por el hecho de ser compañeros o que un hombre como Paco esté conmigo. ¿Cuál será la imagen que realmente tiene Sergio de mí? Es lo que tiene ser una mujer de más de cuarenta, separada y con dos hijos. Supongo que lo que se espera de mí es que un sábado por la noche esté en el sofá de casa viendo la serie de turno, después de haberme pasado todo el día limpiando y haciendo las labores domésticas que no he podido hacer durante el resto de la semana, y no de copas en el nuevo local de moda de la ciudad, dándome el lote con el compañero sexi y soltero de la oficina.

—¡Sara! ¡Paco! ¡Al fin os encuentro! ¡Os he estado buscando por todas partes! —grita María, visiblemente feliz, apareciendo entre la gran cantidad de personas que abarrotan el local, como un hermoso ángel para rescatarnos de esta embarazosa situación.

Nos despedimos de Sergio torpemente y seguimos a María entre la multitud para reunirnos con el resto del grupo. Durante unos minutos no fui capaz de mirar a Paco a la cara. Creo que no quería ver cuál sería la expresión que me encontraría en sus preciosos ojos verdes. La verdad es que, en el fondo, tenía miedo de encontrarme alguna parecida a la que en estos momentos estaría reflejada en mi rostro: de preocupación y duda.

—¿Sara, estás bien? —me pregunta suavemente Paco al oído, devolviéndome a la realidad, mientras coloca su mano en mi cintura.

No sé si debo apartarla o no. ¿Qué debo hacer ahora? Total, ya nos han pillado. El lunes, en la oficina, todo el mundo va a saber que Paco y yo tenemos un lío. Porque solo es eso. Un lío con el nuevo compañero de oficina. Seremos la comidilla de todo el mundo. Y encima se enterará Inma por terceras personas. Y todo el trabajo que realicé durante tantos años en la empresa va a quedar relegado a un segundo plano. Ya lo he vivido con otras compañeras que se han visto en situaciones parecidas. Dejaré de ser la preocupada madre que trabaja duro para sacar a sus hijos adelante para ser la que se dedica a vivir la vida liándose con las nuevas incorporaciones, jóvenes y sexis. ¡Cuántas conversaciones de café hemos facilitado esta semana!

Tengo que conseguir cambiar el chip y que me dé igual. Ya soy mayorcita para que ese tipo de chismes me preocupen. No estamos haciendo nada malo, ¿no? Nos gustamos, estamos bien juntos. ¿Por qué me tiene que importar a estas alturas de mi vida lo que piensen los demás? ¿Acaso a mí me preocupa lo

que haga Sergio con su cuerpo en sus ratos libres? No.

Aunque, a decir verdad, me quedaría de piedra si me lo llevo a encontrar hoy aquí, liándose en la barra con una compañera de la oficina. En el fondo entiendo su reacción. Supongo que sería la sorpresa del momento. Sin más.

La noche continuó, aunque tengo que reconocer que mi actitud con Paco se volvió algo más distante. María, que se dio cuenta, me preguntó varias veces si todo iba bien. Después de tranquilizarla diciéndole que lo estábamos pasando genial, pero que ya estábamos cansados debido a la falta de costumbre de trasnochar, Paco y yo nos despedimos de todos.

Mientras nos dirigíamos hacia el coche noto que Paco se detiene. Al girarme, lo veo parado, mirándome fijamente, y compruebo que existe una expresión de preocupación en su rostro.

—Sara, ¿qué pasa? ¿Quieres hablarlo?

Noto cómo mis ojos empiezan a humedecerse rápidamente. No quiero llorar. Ahora no. Y menos delante de él. Pero la situación me viene grande. Entre la mezcla de alcohol y la tensión acumulada después del encuentro con Sergio, un nudo se forma en mi garganta que me impide hablar y expresar todo lo que llevo dentro.

Lo miro, pero mis labios parecen sellados y soy incapaz de pronunciar una sola palabra. ¿Qué es lo que estará pasando por su cabeza? ¿Realmente le preocupará lo que ha pasado esta noche o le dará igual? No creo que entienda lo que para mí supone.

—¿Por qué no vamos a mi casa y hablamos un rato mientras tomamos una copa? —pregunta.

Aparto la mirada un segundo de sus ojos pensando qué es lo que debo hacer. Deseo decirle que sí, que vayamos a su casa. Necesito abrazarlo, besarlo, hacerle el amor. Necesito olvidarme de Sergio, de lo pasado esta noche y que todo vuelva a ser como era hasta hace unas horas, antes de encontrárnoslo.

—Si no te importa, prefiero que me dejes en casa. —Sin embargo, estas son las palabras que salen de mi boca sin poder evitarlo.

—Sara..., ¿no crees que podríamos, no sé, hablarlo, aunque sean solo unos minutos? No lo dejemos así, por favor. —En sus ojos podía ver una súplica que me decía que él también quería que todo siguiese igual. O al menos eso creía.

—No, de verdad. Estoy cansada. —Sonreí sin ganas—. Mejor mañana, ¿vale? No pasa nada, en serio.

—Pero...

No acabó la frase. Resignado, abrió el coche. No insistió más.

10:00 p. m. No he tenido aún noticias de Paco. He intentado enviarle varios mensajes, pero como no sabía qué poner, al final no le he escrito. Y él tampoco a mí. Ayer debería haber ido a su casa y hablarlo todo. Me comporté como una cría. Y ahora, ¿qué le digo?

Necesito hablar con él. Reconozco que Paco tenía razón. Teníamos que haberlo solucionado ayer, en el momento. Me siento fatal. No debí dejarlo ir así. Sin un beso de despedida siquiera. Él no tenía la culpa. Es solo mía. De mis comeduras de cabeza y de mis paranoias. Estábamos bien, muy bien, hasta que Sergio apareció. ¿Por qué debía estropearlo eso todo? No tiene sentido.

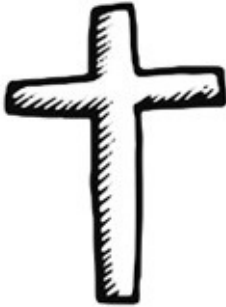
Pero no quiero hablarlo por teléfono. Necesito verlo, pero esta noche no puedo, ya que tengo a Miguel y a Santi en casa.

Quizás mañana. Podría mandarle un mensaje para que vaya hasta la oficina y vernos allí o tomar un café antes. Aunque no sé si es una buena idea. A lo mejor debería dejar pasar algún tiempo antes de que se presente la oportunidad de encontrarme de nuevo con Sergio. Puede que se olvide de lo que pasó, aunque no lo veo muy probable.

Siento lo de ayer. Me gustaría que hablásemos. ¿Podemos vernos mañana?

Es el mensaje que consigo escribir.

11:57 p. m. Sin noticias de Paco aún. No puedo ver su última conexión. Ni siquiera sé si lo ha leído o no. Odio estas malditas aplicaciones. María, ¡cómo te entiendo!



Martes, 17 de abril

Ayer fue un día para borrar. Al despertarme, lo primero que hice fue comprobar mi móvil para ver si tenía contestación de Paco. Al ver que no había ningún mensaje suyo de contestación al que le había mandado la noche anterior, decidí, después de dejar a los niños en el colegio, pasarme por la oficina para ver si, por suerte, él había tenido la misma idea que yo. Si pudiésemos vernos un momento y aclarar lo sucedido después de nuestro encuentro con Sergio, sería estupendo. ¡Odio estar así!

Aunque, pensándolo fríamente, sería poco probable que esa fuese su intención, dado que si no se hubiese dignado a contestar a mi mensaje. Además, corría el riesgo de que el que sí estuviese fuese Sergio, y no tenía muy claro cómo íbamos a reaccionar al encontrarnos cara a cara. ¿Se lo habría contado ya a alguien?

Pero no hubo suerte. Después de toda la mañana en la oficina, ni Paco ni Sergio aparecieron por ella. Ni siquiera tuve el valor de llamar a Inma para ver si se le ocurría pasar a tomar un café, por si ya hubiese llegado a sus oídos el idilio entre Paco y yo. ¡A esto es a lo que le llamo yo complicarse la vida! Con lo bien que estaba hace unos meses sin estas comeduras de tarro. Es cierto que he pasado con Paco unos momentos increíbles que de otra forma no hubiese vivido, pero ¿realmente me compensa la sensación que tengo hoy y los marrones que me estoy jugando en el trabajo como todos se enteren? A lo mejor estoy exagerando y a la gente le da igual y pasa de todo. Pero, realmente, lo dudo. Sé cómo se las gastan la mayoría de mis compañeros en la hora del café y los numerosos chismes que surgen a diario.

2:00 p. m. Y hoy más de lo mismo. Sigo sin noticias de él. La verdad es que tampoco entiendo su actitud. Es cierto que deberíamos haberlo hablado el día de la fiesta de María y que no estuvo bien por mi parte el decirle que en ese momento no me apetecía hablar, dado que él tampoco tuvo la culpa de nada. Pero su actitud de ahora me parece de un crío. No es necesario que esté dos días sin dar señales de vida.

Yo, por mi parte, ya le he mandado un mensaje para aclarar las cosas. Si es él ahora el que decide que no le apetece hablar, pues me parece correcto, pero lo único que me demuestra es que no es más maduro de lo que fui yo entonces. Y no me merece la pena perder dos días de mi vida comiéndome la cabeza por ese motivo. A lo mejor cuando le entren las ganas de arreglarlo es a mí a quien no le apetece. ¿Pero qué se ha creído?

Noto como mi indignación va creciendo por momentos mientras espero en la puerta del colegio a que salgan los niños.

Relativizar, tengo que aprender a relativizar. Y me doy cuenta de que sigo sin conseguirlo. Creo que lo mejor es dejar que lo nuestro quede como está. Sin complicarlo más. Incluso aún estamos a tiempo de hacer como que nada ha pasado entre nosotros. No creo que Paco se dedique a airear nada de lo sucedido, por lo que, si Sergio se va de la lengua, al final no es más que su versión contra la nuestra.

¿Cómo es posible que las cosas cambien tanto en cuestión de horas? Hace dos días estábamos riéndonos y besándonos como locos, mientras que ahora me planteo hacer como que nada de eso ha pasado entre nosotros.

—¡Mami! —Escucho de repente la voz de Santi gritar mientras observo cómo viene corriendo hacia mí con una preciosa sonrisa en su rostro. Solo esa imagen consigue en estos momentos borrar de mi mente a Paco y todo lo que le rodea.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal hoy en el cole? —le pregunto mientras le doy un beso e intento ordenar un poco sus enmarañados pelos.

—¡Muy bien! Hoy ha sido mi último día de catequesis. ¡Ya queda muy poquito para mi comunión!

¡La comunión! ¿YA? Se me había olvidado completamente. ¿Ya han pasado los dos años de preparación? ¡No me lo puedo creer! Y ya estamos a finales de abril. Me queda menos de un mes y medio para prepararlo todo. Está claro que ya no tengo tiempo que perder con nadie. El poco tiempo libre del que podría gozar va a tener que ser invertido en todos los preparativos de la fiesta de Santi. ¡Al menos tengo la paga extra para poder organizarla! Este es uno de los

instantes en los que entiendes de nuevo la importancia de ahorrar. Aquí se va de momento al traste mi objetivo número cinco para este año. Hasta después del evento está claro que no lo voy a poder empezar a cumplir. Porque quiero que sea un día increíblemente especial para él. Se lo merece.

Hace casi dos años organicé la de Miguel. Fue un día precioso para él. Aún recuerdo su carita de emoción al levantarse y saber que era su día. Me encargué de que no le faltase ningún detalle: desde la tarta de comunión realizada con la forma de la camiseta de su jugador de baloncesto favorito hasta una enorme fiesta con más de veinte amiguitos en la que disfrutaron de juegos en la playa con una *yincana* con premios para todos. El día anterior, los dos me ayudaron a preparar una preciosa mesa dulce y a terminar el *photocall* con el que se realizaron unas increíbles fotografías con las que a aún hoy, de vez en cuando, nos echamos unas risas al verlas de nuevo. Pero el principal motivo de que ese día fuese tan increíble fue el hecho de que era el primer día que nos volvieron a ver a Javier y a mí juntos después de la separación.

Y sé que para Santi eso significa mucho también. Porque, aunque coincidamos en los partidos los fines de semana, nunca nos han visto a las dos familias juntas, exceptuando ese día. Por lo que entiendo que para ellos sea especial, porque, a pesar de los problemas que hayan existido entre nosotros, para Miguel y Santi somos las dos personas más importantes de sus vidas. Y es por eso por lo que quiero que ese día no lo olvide nunca.

Esto me recuerda también que me quedo sin tiempo para ponerme en forma para el evento. ¡Qué desastre! Menos de cuarenta días para conseguir perder algún kilo y lucir espectacular. Porque las fotografías que se saquen ese día quedan para la posteridad. Irán pasando de generación en generación.

Decidido: mañana empiezo de nuevo en Mr. Fitness. Pero ahora tiene que ser de forma intensiva. Tengo un objetivo a la vista: perder tres kilos en un mes. Además, tengo que tener en cuenta el hecho de que es probable que Javier venga acompañado a la ceremonia por la veinteañera que en estos momentos ocupe su corazón y la comparación de años entre las dos puede ser horrorosa. ¡Y nadie puede eclipsar a la madre del homenajeado!

10:30 p. m. Tengo un montón de trabajo atrasado. Después de realizar esta tarde dos visitas, llegar a casa de los entrenamientos, de que Santi me haya facilitado la lista de todos los amiguitos a los que quiere invitar, de que los niños ya hayan cenado y estén acostados y de dedicarles unos minutos de caricias a los dos peludos, decido encender el ordenador para mirar si ha entrado algún correo

urgente.

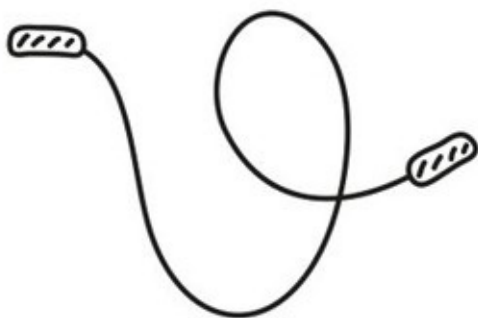
Reviso por encima los ciento tres mensajes que tengo pendientes en la bandeja de entrada por si hay alguno muy urgente y llego a la conclusión de que pueden esperar todos hasta mañana por la mañana. Tampoco hay ningún mensaje de Paco. ¿Qué esperaba?

Cojo el móvil y me voy para la cama. No puedo evitar abrir el WhatsApp y mirar mi último mensaje enviado:

Siento lo de ayer. Me gustaría que hablásemos. ¿Podemos vernos mañana?

Sigo sin saber si lo ha leído o no. Pero por lógica entiendo que sí.

A continuación, sin pensarlo, me veo mirando la foto de Sebas, y recuerdo nuestra última conversación. ¿Por qué es todo siempre tan complicado? ¿Por qué las relaciones entre dos adultos no pueden ser como en las películas de amor? ¿Es posible que en algún momento de mi vida exista un final feliz para mí en lo que al amor se refiere? La verdad es que cada vez lo dudo más. Son ya más de cuarenta años y las posibilidades cada vez son menores. ¡Quién me iba a decir con veinte años que mi futuro sería este! Aquí, con cuarenta y un años y sola en la cama, mirando la fotografía del último ex y pensando si ese final feliz algún día llegará.



Viernes, 20 de abril

No entiendo cómo puede volver a liarse con él después de todo lo que le ha hecho. ¿Cómo se puede caer tan bajo?

Me siento indignada. Noto como el sudor cae por mi frente, no sé si debido al esfuerzo que estoy realizando mientras pedaleo sin parar en esta odiosa bicicleta estática o por la rabia que me da que la protagonista principal de la serie, con la que me siento totalmente identificada (cuarentona separada con hijos y económicamente independiente), haya vuelto a caer en los brazos del guaperas imbécil que la engaña una y otra vez con la primera que le pone morritos.

Y es que mi humor estos últimos días no es el mejor. Por eso, ayer y hoy me he arrastrado hasta Mr. Fitness para intentar desahogar un poco. Ha sido una semanita para borrar. Lo único positivo de ella es que he adelantado un montón de trabajo, gracias a querer tener mi mente ocupada en todo aquello que no me hiciese pensar en Paco.

Y es que, después del maravilloso mensaje que se dignó a mandarme el miércoles por la mañana, he decidido hacer un cambio de chip y centrarme en lo que realmente importa. No tengo tiempo que perder en comerme la cabeza con ningún tío y menos ahora que Miguel y Santi comienzan ya la recta final del curso (en breve van a tener los exámenes globales) y se juegan la liga. Y, además, está el tema comunión y todos sus preparativos.

Y encima hoy es viernes noche, por lo que lo último que me apetecía era

quedarme en casa debajo de la manta en el sofá, comiendo como una posesa y regocijándome en mi desgracia.

Sara, siento no haberte contestado antes, pero es que necesitaba desconectar y pensar sobre lo nuestro. Creo que no tienes claro lo que quieres. Ni siquiera estoy seguro de que quieras algo serio y me necesites en tu vida ahora. Yo estoy empezando a sentir algo por ti y no quiero pasarlo mal. Por eso pienso que es preferible que lo dejemos así y, cuando te aclares, hablemos.

¡Por WhatsApp! ¿A mis cuarenta y un años, mi compañero de oficina, con el que no sé si tenía o no una relación, va y me deja por teléfono con un mensaje de WhatsApp? ¡Es que no me lo puedo creer!

No voy a entrar en si tiene o no razón con el contenido del mensaje, pero qué mínimo que me llamase y quedásemos para hablar como dos personas adultas, ¿no?

La música que indica que ha llegado el final del capítulo suena en mis auriculares, devolviéndome a la realidad. ¡Ya me he vuelto a perder el final por culpa de mis pensamientos en Paco y su mensaje! Al llegar a casa, cuando me ponga a preparar la cena, lo rebobino en Netflix y lo veo de nuevo. Miro la pantallita de la bicicleta y compruebo que he conseguido estar pedaleando cuarenta y cinco minutos seguidos y quemar doscientas ochenta y dos calorías ¡De algo tienen que servir los desengaños amorosos! Menos mal que he conseguido encontrar hueco y fuerza de voluntad y venir estos dos días al gimnasio, dado que la nevera, cada vez que llego a casa, empieza a temblar y a la báscula ya no me atrevo ni a subirme.

Mientras me dirijo hacia las duchas no puedo dejar de pensar en que tarde o temprano voy a tener que encontrarme con Paco. ¡Trabajamos juntos! O dejo de ir por la oficina o va a ser un poco difícil no vernos. Y, la verdad, es que va a resultar bastante incómodo cuando se produzca el encuentro. ¿En qué momento decidí dejar mi vida relajada y complicar así las cosas? ¿Con qué estaba pensando cuando me dejé llevar? Está claro que con la cabeza no... Lo peor es que crees que con la edad aprendes y vas a actuar de forma más coherente y madura, pero no.

Encima Sergio pensará que estamos juntos. Y a saber a cuántas personas se lo

habrá contado ya. Aunque tengo que reconocer que una gran parte del mensaje de Paco tenía sentido. Realmente no sé lo que quiero o espero de él. Bueno, de él y de mí. Es cierto que me sentía muy a gusto cuando estábamos juntos, pero me doy cuenta de que me preocupa mucho más la situación que se pueda producir ahora en el trabajo o que los compañeros se enteren que el hecho de que de una manera u otra me haya dejado. ¿Por qué me he vuelto tan fría o cerebral para ciertos asuntos del amor?

—¡Sara! ¡Al fin coincidimos!

No me lo puedo creer. La que faltaba. Aquí me encuentro, desnuda bajo la ducha, enjabonándome el pelo y observando, incrédula, cómo Amanda, la hermana de Sebas, mueve su increíble cuerpo hasta la ducha que está vacía justo a mi lado mientras me esboza una enorme sonrisa.

—¡Vengo de clase de *zumba*! ¿Estabais en la sala de *fitness*?

Entiendo que con el «estabais» se refiere a mí y a su hermano. Parece ser que aún no le ha debido de aclarar la situación.

No sé qué palabras emplear para describir cómo me siento: LENTA, quizás ese sea el término más adecuado. Mientras miro a Amanda, intento que mi boca articule las palabras que tengo estructuradas en mi cerebro, pero tengo dificultades para pronunciarlas. Son tantas las cosas que se agolpan en mi cabeza en estos momentos que lo único que estoy deseando es salir de este vestuario corriendo y refugiarme en mi manta y mi sofá y volver a un año atrás, cuando tenía el control de todo.

—¿Sara, estás bien? —Amanda me mira con cara extrañada cuando ve que sigo mirándola sin decir nada.

—¡Perdona, Amanda! Es que estoy sin lentillas y no te había reconocido —miento descaradamente—. Hoy vine yo sola...

¿Hoy vine sola? ¿Perdón? ¿Por qué han salido estas palabras de mi boca? ¿Por qué le he dejado entrever que es posible que alguna vez viniese acompañada? Con lo fácil que es cerrar capítulos y dejar las cosas claritas y cómo sin darnos cuenta tenemos esa asombrosa facilidad de complicarlas sin más.



Lunes, 23 de abril

—Me he liado con Paco.

Después de pasar todo el fin de semana dándole miles de vueltas a lo sucedido con Paco y sus consecuencias, esta mañana, al levantarme, decidí enviarle un mensaje a Inma y quedar con ella para tomar un café antes de empezar la jornada para contárselo. No sé si lo que hago es lo correcto: a lo mejor es un poco egoísta, ya que le hice ver a Paco que lo último que querría es que ningún compañero se enterase de lo nuestro. ¿Y si él hubiese hecho lo mismo? ¡Me cabrearía un montón!

La verdad es que no sé si lo hago como desahogo o para evitar que Inma se enfade conmigo ante la posibilidad de que se enterase antes por Sergio que por mí; o quizás para restarle importancia a lo que ha significado Paco estos últimos meses en mi vida y hacerme ver a mí misma que realmente solo ha sido un rollo pasajero sin la más mínima importancia.

Y es probable que así, una vez que me libere de este secreto, pueda seguir con mi vida tal y como estaba antes.

Tengo que reconocer que la reacción de Inma es la normal en estas circunstancias. Está claro que no se esperaba una confesión de este estilo como desayuno un lunes por la mañana:

—¿Paco, nuestro Paco? —me pregunta mientras observo sus ojos abiertos de par en par, aunque veo cómo a continuación, al ver que asiento con la cabeza, baja la mirada mientras se muerde el labio inferior, como dudando si debería seguir preguntando o no acerca de lo que pasó entre nosotros. Lo que no puede disimular es que se muere de ganas por hacerlo.

—Prefería contártelo yo antes de que te enterases de otra forma. La verdad es que no fue nada importante, solo un rollo, sin más. No sé por qué me complico así la vida. ¡Es nuestro compañero! Pero, bueno, como te decía fue un simple rollo de una noche loca.

Tampoco es necesario contarle todo. Con estas pinceladas básicas ya quedo cubierta para que entienda la posible situación incómoda que pudiese darse si nos encontramos en la oficina o por si Sergio soltase algo que pudiese llegar a sus oídos. Así ya tengo la justificación perfecta.

Pero la verdad es que después de hacerlo me siento fatal. En primer lugar, porque le estoy mintiendo a Inma al ocultar bastante información sobre lo que realmente hemos tenido, y también porque lo que pasó entre Paco y yo tengo que reconocer que estuvo muy bien. Y en el fondo soy consciente de que he sido yo la que lo ha estropeado todo. Él no tiene culpa de nada.

—¿Subes hasta la oficina? —me pregunta Inma mientras nos disponemos a pagar el café, haciendo que mi mente vuelva de nuevo a la realidad.

—Mejor ya no subo. Hoy he programado tres visitas y voy un poco justa de tiempo. Además, no me apetece mucho la posibilidad de encontrarme con Paco en estos momentos. Casi es mejor que pase algo de tiempo y que se suavice lo sucedido.

—Olvídate, Sara. No le des importancia a lo que ha pasado. Si después de los cuarenta aún nos vamos a tener que preocupar por dar explicaciones por hacer lo que nos apetece, mal vamos. No hay nada de malo en lo que ha pasado entre vosotros. Ya sois mayorcitos para hacer lo que os dé la gana con vuestro cuerpo. Estáis los dos solteros, ¿no? Pues ya está. No le habéis hecho daño a nadie. Si los dos tenéis claro lo que queréis, no hay ningún problema.

Este es uno de los motivos por los que me encanta hablar con Inma. ¡Es tan práctica y optimista! Ojalá pudiese ver yo las cosas como ella. Pero tengo que reconocer que tiene razón: que piensen lo que quieran.

Sin embargo, al escuchar su última frase, no puedo evitar que un cosquilleo recorra mi estómago, ya que consigue que vengan a mi mente las palabras de Paco en su mensaje: «Ni siquiera estoy seguro de que quieras algo serio...».

Porque ¿qué es lo que quiero realmente? ¿Lo sé? Tranquilidad, eso lo tengo claro. Me doy cuenta de que sigo como a principios de año. ¿Dónde quedó mi propósito de bajarme de la montaña rusa y pararme a pensar en lo que me hace feliz? De momento lejos, muy lejos.

Sentada en el coche pienso en Paco, en nuestras conversaciones, nuestros momentos de risas y confidencias, la impaciencia con la que nos besábamos y buscábamos cada uno el cuerpo del otro, el deseo en todos esos momentos juntos donde nos dejábamos llevar como dos adolescentes, las ganas de descubrir cada

día un poco más del otro, mis ganas de cerrar con él una etapa de desengaños amorosos pasados...

Y aquí es donde me entra la duda: si realmente quiero estar con él o si lo veo como una salida para olvidarme del pasado, de Sebas. Porque pensaba que lo había superado y Paco me ayudaba a creerlo. Porque él es lo opuesto a todas las personas que he tenido hasta ahora a mi lado. Me hizo ver que una relación es otra cosa: las desconfianzas, los miedos, con él no los sentía. Simplemente era yo misma. Y funcionaba. Pero aun así no fui capaz de dejarme llevar con él. Y la excusa era por ser mi compañero. Pero después de pensar detenidamente en las palabras de Inma, ¿estoy convencida de que ese era el verdadero motivo?



Miércoles, 25 de abril

Tengo que reconocer que ayer ha sido un buen día. Quizás la conversación del otro día con Inma tuvo algo que ver, ya que me siento mucho mejor sin la presión de que se pudiese enterar de lo sucedido entre Paco y yo de otra forma que no fuese por mi boca. La verdad es que, después de darle muchas vueltas, he llegado a la conclusión de que me da igual lo que puedan opinar el resto de mis compañeros, incluido Sergio. Se puede decir que él, precisamente, no es el mejor ejemplo en este aspecto, ya que existen rumores de que el año pasado tuvo un escaqueo amoroso con Elena, la administrativa. Pero Inma es mi confidente y me gusta nuestra relación. No me perdonaría que se estropease por algo así. Así que, después de quitarme esa losa de encima, ayer por la tarde, al salir de trabajar, decidí que ya era hora de ponerme las pilas y empezar con los preparativos de la comunión de Santi. ¡Se me echa el tiempo encima! Por lo menos conseguí ir a la iglesia y fijar la fecha, encargar los recordatorios y encontrar los teléfonos de todas las madres de los amiguitos a los que quiere invitar y crear el temido grupo de WhatsApp. Y no os penséis que es una tarea sencilla, ya que a la mayoría no los tenía grabados.

Con Miguel, al ser el primogénito, las iba grabando a todas poniendo «Miguel» seguido de «mamá» y el nombre del niño. Pero con Santi, y después de los cambios de clases de los dos, de los compañeros de baloncesto, de los de judo, etc., dejé de grabarlos. Y aquí perdí el control. Esto es como lo de las fotografías: del primer hijo tienes veinte álbumes diferentes de su primer año, su primer cumpleaños, sus primeras Navidades, su primer día de playa, su primer día de campo..., y del segundo, nada. Y esto me recuerda otra de mis tareas pendientes: prepararle a Santi todos sus álbumes atrasados. Seguro que antes de

convertirme en una cincuentañera encontraré tiempo para ello. Pero, de momento, voy a añadir a la lista de preparativos del evento la contratación de un fotógrafo profesional, y así al menos no se me acumula uno más.

Eso sí, mi objetivo de conseguir ahorrar algo este año creo que ya es historia.

Lo importante es que aún me quedan treinta y un días para prepararlo todo y ya solo me queda el convite, los invitados, los regalitos para ellos, los regalitos de Santi, la tarta, su ropa, mi ropa, la ropa de Miguel, el *photocall*, la animación... ¡Para, Sara! No quiero agobiarme. He dicho que ayer he avanzado y ahí voy, poco a poco.

Y eso que la idea es hacer una celebración sencilla con sus amigos y la familia más directa (padres, abuelos, tíos y primos), pero aun así son tantas las cosas que tengo que tener en cuenta para conseguir que sea uno de los días más especiales de su infancia que, por muchas que vaya cerrando, parece que no avanzo. Y no quiero que se me escape nada. Si no hubiese estado tan preocupada con mis líos de faldas, o de pantalones, mejor dicho, seguramente me hubiese dado cuenta antes y no se me hubiese echado el tiempo tan encima.

Pero ahora ya no puedo volver atrás, así que no tiene sentido que me lamente. Y por eso he decidido que, después de la mañana de locos que llevo en el trabajo, voy a aprovechar para ir a comer con mis padres, ya que hoy los niños se quedan en el comedor del colegio, y así comunicarles a los abuelos del homenajeado el día de celebración. Ya solo me queda rezar, y nunca mejor dicho, para que no me empiece a poner todo el mundo problemas con que ya tienen planes para ese día y a decirme que cómo no avisé con más tiempo.

Al menos Javier me dijo ayer que el día le parecía bien y sé que no se va a entrometer en la preparación. Algo es algo.

2:00 p. m. La verdad es que no sé por qué no vengo a comer más a menudo con papá y mamá. Además de hacerlos las personas más felices del mundo con este simple gesto, tengo que reconocer que la comida de mamá es la más rica del planeta y, después de comer casi todos los días fuera, este asado suyo me está sabiendo a gloria. ¡Suerte la de Miguel y Santi, que ya tienen cena para hoy!

Mamá está emocionada. Tiene un *feeling* especial con Santi (yo creo que influye el hecho de que todo el mundo le diga que se parece mucho a ella) y le hace mucha ilusión su comunión. Ella siempre ha sido muy creyente: aún me acuerdo cuando, cada vez que alguna de sus tres hijas teníamos un examen o enfermábamos, iba a encender una velita a la iglesia del barrio para pedir por que todo saliese bien. En muchas ocasiones me ha contado lo importante que fue

para ella el día de su comunión. ¡Se sintió como una princesa! Solo tiene una fotografía suya de ese día que guarda como un tesoro. La verdad es que iba preciosa.

Está claro que los tiempos que les tocaron vivir a nuestros padres son muy diferentes de los que, por suerte, disfrutaron los niños hoy en día. Porque ahora los niños tienen de todo y, por norma general, no los privamos de ningún capricho, pensando que dándoles todo lo material que desean los colmamos de felicidad. Muchas veces pienso que es un error, porque cada vez valoran menos las cosas y no son conscientes del trabajo que cuesta conseguirlas. Sin embargo, en sus tiempos era muy diferente. Y por eso recuerdan esos días de celebración como algo muy especial.

—¿Y sabes ya dónde vas a celebrar el convite? —pregunta mi madre mientras le da un sorbito a su copa de vino.

—Pues la verdad es que hay un par de sitios que me gustan. Lo que quiero es que tengan un espacio grande para poder organizarles muchos juegos y que se lo pasen genial, como en la de Miguel. Lo malo es que ya me han dicho varias madres que la mayoría están completos. No sabía yo que esto de buscar un sitio era tan complicado. ¡Ahora las comuniones parecen bodas!

—Es que lo deberías haber mirado antes. El otro día me encontré con Eva, la hija de Manoli, la vecina del cuarto, ¿te das cuenta?, y me dijo que ya tenía todo cerrado desde enero, que es lo normal. —Me encanta la capacidad que tiene de soltar los reproches con tanta naturalidad que no se le note que lo está haciendo en el tono de voz. Lo deja caer, así, sin más.

—Bueno, ya solo me queda eso —miento descaradamente para que vea que tengo todo bajo control y no comience a llamarme a todas horas hasta la celebración, logrando así estresarme, si cabe, un poquito más.

Tras el postre, papá se pone a recoger la mesa. Pillo el móvil para ver si tengo alguna llamada importante del trabajo, dado que lo había puesto en silencio. Mi padre no soporta que utilicemos el teléfono en la mesa a la hora de comer. Y la verdad es que tiene razón. Me parece de mal gusto estar en una mesa comiendo y ver cómo cada uno está a su rollo, o bien leyendo y contestando mensajes, o bien hablando por teléfono. Me parece muy desagradable. No creo que haya algo tan importante que decir diariamente que no nos podamos permitir el tomarnos media hora de nuestro día para sentarnos a comer y charlar con las personas que nos acompañan sin estar pendientes de esta maldita droga.

—¿Y vas a llevar acompañante? —suelta mamá de repente consiguiendo que casi se me caiga el teléfono al suelo.

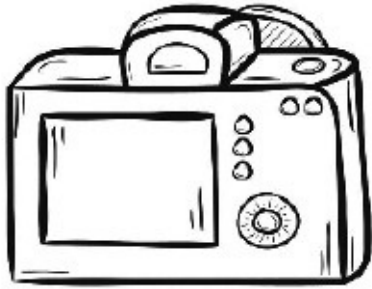
Al girarme para contestarle, veo como clava en mí su mirada, ansiosa por que le cuente algo que no sé qué es.

—No, ¿a quién iba a llevar de acompañante a la comunión de mi hijo?

—No sé, quizás a ese chico tan guapo que sale contigo en todas las fotos que ha colgado María en Facebook de la fiesta de Manu. Y por las imágenes te aseguro que parece que es algo más que un amigo, aunque aún no le hayas hablado a tu madre de él. —Esta vez sí que puedo notar el reproche en su tono de voz.

¡Mierda! Con todo lo que ha pasado últimamente no he tenido tiempo ni para entrar en las redes sociales.

¡María, te mato!



Sábado, 28 de abril

Hace un día precioso.

La verdad es que da gusto despertarse un sábado por la mañana con la luz del sol filtrándose a través de la ventana de la habitación. Me encanta esta época del año, donde los días comienzan a ser más largos y amanece mucho antes. Y encima si es con un día como el de hoy, que promete ser espectacular, ya ni os cuento. ¡Qué ganas de que llegue el verano y el calor! La verdad es que a mí me influye un montón el tiempo en mi estado anímico: cuando pasa una semana entera lloviendo sin parar es como si los nubarrones no solo estuviesen en el cielo, sino que también se anclasen en mi cabeza, haciendo que al final esté de peor humor.

Pero hoy no. Y ya lo remato cuando me subo a la báscula del baño y compruebo que mi peso es de ¡65 kilos! ¡Qué más puedo pedir! Al final va a ser que las cosas van por buen camino. No hay nada como levantarse positiva... y unas cuantas complicaciones amorosas para perder algo de peso.

Mientras desayuno cojo el ordenador para hacer un repaso rápido de todos los asuntos que he conseguido cerrar esta semana. Tengo que reconocer que ha sido bastante productiva, por lo que he decidido que el lunes voy a hablar con Sergio para solicitar unos días de vacaciones a finales de mayo y aprovecharlos para terminar con todos los preparativos de la comunión de Santi, que ya no queda nada. ¡El tiempo pasa volando!

Esto me recuerda que tengo que recordarle a Javier que me confirme el número de invitados de su familia. A ver si consigo así cerrar hoy el restaurante y al menos puedo decir que lo más importante ya lo tengo controlado. Además, Miguel y Santi este fin de semana duermen con él, por lo que tengo tiempo para irme de compras con calma.

10:00 a. m. Antes de calzarme las zapatillas de *running* para sacar a pasear a los perros, cojo el móvil y rebusco en la agenda el número de teléfono del fotógrafo que me aconsejó María. Parece ser que es un amigo de Manu y que trabaja muy bien, por lo que casi que lo llamo ahora para pedirle que me mande el presupuesto y otra cosa menos. Tampoco quiero un reportaje de boda, sino algo sencillo y natural.

Me llevo el aparato a la oreja y mientras espero con un politono de reguetón muy horterera a que descuelgue la llamada (aquí es cuando empiezo a pensar si habrá sido una buena elección) acaricio la preciosa y peluda cabecita de Lebrón, que empieza a impacientarse al ver que apoyo las correas en el mueble de la entrada.

Nada, no contesta. Lo intento más tarde. O mejor le mando un *wasap* y que me llame él cuando pueda.

10:30 a. m. Hay cosas que no tienen precio, y esta es una de ellas. Aquí, sentada en la arena, mirando cómo Jordan y Lebrón corren sin parar de un lado a otro de la vacía calita, me doy cuenta de lo afortunada que soy. ¡Cuántas personas desearían poder estar como lo estoy yo ahora, disfrutando de esta tranquilidad y de este espectacular paisaje! Y lo tengo a trescientos metros de mi casa. Es increíble que dejemos de valorar cosas tan increíbles como esta sensación de paz, esta imagen tan maravillosa, este aroma a mar inconfundible, simplemente por la rutina de que lo tenemos al alcance de las manos. Luego me dedico a mirar folletos de playas paradisíacas por las que tendría que donar riñón y medio para ir a conocerlas y, la verdad, poco tienen que envidiar a esta.

Noto como vibra el móvil en el bolsillo de mi chándal. Debe de ser el fotógrafo. Pero no. Es un mensaje de Javier. Al abrirlo compruebo que es la lista de los invitados a la comunión de Santi. No es muy larga, pero al revisarla veo un nombre que no conozco: Elisabeth. No me suena. Debe de ser «la nueva», porque los niños no me han hablado nunca de ella.

Mi mente empieza a trabajar a mil por hora imaginándomela: ¿cómo será? ¿Otra veinteañera o esta vez habrá elegido a una mujer de su edad? ¿De dónde las saca? ¿Y por qué la invita si los niños aún no la conocen? Porque si realmente la conociesen estoy segura de que, al igual que del resto de sus relaciones, me hubiesen comentado algo acerca de ella. ¿Cómo es posible que

cambie de pareja con tanta facilidad? ¿Y cómo se le ocurre invitarla a un día tan señalado para su hijo, si hace tres meses estaba con otra? No tengo muy claro que a Santi le vaya a gustar la decisión, pero es su problema. Yo paso.

Y entonces me doy cuenta, al hacer un rápido repaso mental de todos los asistentes, de que soy la única que no va a llevar pareja. La verdad es que no es que me importe, ya me he acostumbrado a ello y, teniendo en cuenta que es el día especial de Santi y voy a estar volcada en él, aunque la llevase tampoco podría dedicarle mucha atención. Además, tendría que ser algo muy consolidado para llevarlo a un evento tan familiar. Ni siquiera a Sebas lo invité a la de Miguel, a pesar de que ya llevábamos bastante tiempo juntos. Y menos mal, porque si no mi hijo tendría ahora todas las fotografías de la ceremonia con el recuerdo de una de las exparejas de su madre.

Pero, en un rinconcito muy, pero muy profundo de mi pensamiento, algo me dice que un poquito sí que me fastidia ser la única que no va a tener a su lado a alguien con quien compartir ese día tan especial.

Y no puedo evitar que mi mente haga un recorrido por mi vida amorosa pasada, desde Paco, pasando por Sebas y mi frustrado matrimonio con Javier, hasta mis relaciones de la adolescencia. ¿Seré yo realmente el problema en cada una de ellas? ¿Será el perfil de pareja que elijo? Y cuando cambio de perfil, ¿soy yo la que hace que fracase a propósito?

Tengo que reconocer que el hecho de que mi matrimonio con Javier no saliese bien para mí fue un palo muy duro. Y aunque después la relación con Sebas fue larga e intensa, si lo pienso detenidamente, nunca llegué a entregarme al cien por cien en ella. Y menos mal, porque si no el palo que me hubiese llevado habría sido muy duro. ¿O quizás él me falló porque yo no me entregué y no le di todo lo que realmente necesitaba de mí?

Mientras mi cabecita no para de trabajar ni un segundo en mi desastroso pasado sentimental sonrío al ver cómo Lebrón corre por la playa con un enorme palo en la boca mientras Jordan intenta alcanzarlo, pero sin éxito. Y pienso que me gusta esto. Me encanta esta sensación. ¿Debería conformarme con la estabilidad que me da la soledad? Sé que a veces es necesario arriesgar, buscar algo nuevo, o simplemente dejar que aparezca y entre en tu vida. Pero no sé si el riesgo merece la pena.

Sola no se está tan mal, sobre todo cuando ya te has acostumbrado a ello. Este es mi principal problema, es el motivo por lo que todo se vuelve tan complicado, ya que tendría que aprender de nuevo a compartir: a ceder parte de mi espacio, a dedicar parte de mi tiempo y de mis hijos a otra persona, a anteponer en ocasiones sus deseos y gustos a los míos. Y yo sé que me he vuelto egoísta. Lo pasé muy mal con Javier, porque entonces sí que me entregué completamente,

dejando incluso de ser yo misma: solo me importaba que él estuviese feliz. Y no me compensó. Por lo que no creo que ahora fuese diferente. Con Sebas lo intenté, y aunque sé que pude dar más, al final todo se estropeó. Y con Paco, ya ni lo intenté. Demasiados inconvenientes.

¿Echo de menos el tener a un hombre a mi lado? Probablemente hay veces que sí, pero aquí y ahora estoy bien así. Me siento bien, fuerte, invencible. Y aunque sé que el amor es maravilloso, sensacional e indescriptible, en ocasiones es cruel, te vence y te daña de la forma más dolorosa posible. ¿Me merece la pena el riesgo?



Domingo, 29 de abril

—Sara, ¿seguro que estás bien? —me pregunta María mientras compruebo cómo pedalea a un ritmo muy relajado en la bicicleta estática que se encuentra al lado de la mía.

Esta mañana, al levantarme, decidí telefonarla para ver si conseguía convencerla de que me acompañase a Mr. Fitness. Anoche recordé que al inscribirme me habían regalado una invitación, y como sabía que este fin de semana mi sobrino Mario estaba con su padre, le propuse que viniese a probar conmigo. Y es que después del horrible tratamiento los médicos le insistieron mucho en que era muy importante para su recuperación que cuidase la alimentación e hiciese ejercicio, y como, al igual que yo, anda a cien todo el día, pues sé que la segunda parte la tiene un poco abandonada últimamente.

Además, pensando de forma egoísta, si consigo que ella se enganche me sirve para que logre arrastrarme a mí varios días a la semana.

—Estoy perfectamente, en serio. No pasa nada. Sé que Paco es un tío guay, María. Pero no pudo ser.

—Me da mucha rabia. ¡Se os veía tan bien juntos! Además, reconoce que estaba muy bueno. Yo creo que aún lo podéis arreglar, ya verás —afirma, chillando más de la cuenta y consiguiendo que el «musculitos» que tenemos en la máquina de al lado nos mire de reojo.

—Ni siquiera sé si eso es lo quiero. ¿Por qué es todo tal complicado? ¡Con lo

fácil que sería dejarse llevar y que no me comiese tanto la cabeza! Yo creo que mi problema se traduce en ansiedad.

—No, solo que no eres capaz de arriesgarte en nada para no perder. Pero así tampoco ganas, Sara. Siempre estás con tus prioridades y listas. A ver si consigues un día dejar el control a un lado y desmelenarte. Lo que tenga que ser será. No puedes controlarlo todo. Y, además, no es divertido —asiente mientras me mira con cara de reprobación.

—Lo sé, pero es que no sé si me compensa, María. Solo es eso, estoy bien así —respondo mientras me limpio el sudor de la frente con la toalla.

—¿Qué dudas tienes acerca de Paco? ¿Es por la tontería de que es tu compañero de trabajo? ¡Si, total, en la oficina ya lo saben!

—¡Claro que no! —contesto sacudiendo la mano de forma demasiado exagerada, como intentando restarle importancia a su comentario.

—Entonces, ¡no lo entiendo! No sé cómo eres capaz de, después de leer el último mensaje que te mandó, no haberle escrito aún para aclarar las cosas. Vale que podía haberte llamado, pero lo único que te decía en él es que realmente estaba empezando a sentir algo por ti y que el problema lo tienes tú. Y la verdad es que no se equivoca —afirma muy segura mientras se incorpora en el sillín, despegando durante unos segundos la vista de la pantalla de su bicicleta para clavar sus ojos en los míos.

A veces no me entiendo ni yo. Con lo fácil que sería dejarme llevar y permitir que mi corazón se empezase a abrir otra vez poco a poco, dejando así que nuevos sentimientos volvieran a fluir en él. Pienso en las últimas palabras de María sobre el mensaje. Es cierto que pensé en ponerle algo, pero no sabía muy bien el qué, por lo que preferí no decir nada más. Él dejó claro lo que quería de nosotros: algo más serio. Y la verdad es que yo sigo sin estar segura de que realmente sea eso lo que quiero ahora.

Un codazo de María, que casi consigue tirarme de la bicicleta, me trae de vuelta a la realidad.

—¿Estás loca? ¿Qué pasa? —protesto mientras me froto la zona dolorida.

—Mira a quién tenemos allí —me indica señalando con la mirada hacia la zona de pesas. No sé por qué, pero su tono hace que algo se remueva en mi interior.

Trato de tragar saliva, pero entre los treinta y cinco minutos que llevo sudando encima de este dichoso aparato y la imagen que tengo enfrente, tengo la boca tan seca que incluso me cuesta pronunciar una sola palabra.

Sebas. Al verlo, mi corazón comienza a palpar aún con más fuerza en mi pecho y noto una sensación de opresión que se instala dentro de mí. No puedo evitar fijar mis ojos en él. Está de espaldas a nosotras, sentado en un banco de

abdominales. ¡Y qué espalda! Intento eliminar de mi mente todas las veces que mis manos la recorrieron, incluso la arañaron sin piedad en nuestras noches de placer, pero no puedo.

Y entonces se gira y nuestras miradas se cruzan. Un instante en el que todo se paraliza, se congela. Parece como si el resto del gimnasio hubiese desaparecido de repente y nos encontrásemos solos, él y yo. No hace gesto alguno, únicamente clava sus impenetrables ojos en los míos, pero no hace ningún ademán de acercarse a mí. Solo me mira. Nos miramos.

Recuerdo su último mensaje y su «no hay día que no te eche de menos». Esas palabras martillean mi cabeza una y otra vez. Noto que el aire a mi alrededor se vuelve más pesado y el nudo que siento en mi garganta se aprieta un poco más. Por mucho que intento evitarlo, cientos de recuerdos pasados vuelven a ocupar todos los rincones de mi mente. Escucho la voz de María, pero no consigo entender lo que me dice.

Necesito salir de la sala. El aire, aquí dentro, se ha vuelto demasiado pesado, pero mis piernas no me responden. Separo mis ojos de los suyos y cuento hasta diez. Parece que funciona. Consigo controlar mi respiración y es entonces cuando escucho con claridad las palabras de María:

—¡Ahora lo entiendo todo! ¡Sigues pillada por él! ¡No me lo puedo creer!

No es cierto. No puede ser cierto. Lo había olvidado. Pero entonces, ¿por qué me siento así cada vez que lo tengo delante o tengo noticias de él? Solo el pensar en él consigue descontrolar todo lo que he conseguido construir desde nuestra ruptura. Siempre pensé que el tiempo todo lo borra, o al menos lo suaviza. Pero con Sebas no.

Me intento bajar de la bicicleta bajo la incrédula mirada de María, que aún está intentando asumir mi reacción.

—Voy al baño un momento. No te preocupes, estoy bien. En serio. Solo necesito salir de aquí unos segundos. Ahora vuelvo.

Vuelvo la mirada, sin poder evitarlo, hacia donde hace unos segundos se encontraba Sebas. Pero ya no está. Entonces me dirijo a toda prisa hacia el vestuario. Giro por el pasillo como si me estuviese persiguiendo alguien y, una vez dentro de él, me meto en uno de los cubículos individuales y me siento en el banco, sosteniendo la cabeza entre mis manos.

¿Por qué reacciono así? Intento tranquilizarme y recuperar un poco la calma para ver si consigo pensar con claridad. Tengo mucho estrés últimamente. Tiene que ser eso. Y recordar de nuevo asuntos dolorosos del pasado no ayuda. En cuando siento que ya estoy más tranquila, me levanto y salgo. Al ver mi imagen en el espejo no me reconozco. Abro el grifo y me empapo la cara con agua fría, con la esperanza de conseguir así refrescar mis ideas. ¿Qué ha pasado con la

Sara segura de sí misma ahí fuera? ¿Realmente quiero consentir que Sebas ponga mi mundo patas arriba de nuevo? ¿Es por culpa de él por lo que no me he dejado llevar con Paco realmente y el hecho de que fuese un compañero de trabajo era solamente una excusa?

Abro la puerta para dirigirme de nuevo a la sala. Tengo que hablar con María. A lo mejor es algo que debería haber hecho hace tiempo: compartir mis sentimientos con alguien en lugar de guardármelos todos para mí, como es costumbre. Quizás eso me ayude a avanzar.

Pero al abrirla ahí se encuentra Sebas. Imponente, como siempre. Observándome con su penetrante mirada, esperando quizás la respuesta al mensaje que hace veinte días no le di.



Lunes, 30 de abril

5:13 a. m. No puede ser que el hecho de encontrarme con Sebas implique tener que pasarme la noche en vela (y no precisamente por placer). ¡Si va a ser así, solo espero que no nos crucemos muy a menudo o si no mi aspecto empeorará si cabe aún más!

La verdad es que se puede decir que ayer, al final, la visita al gimnasio no me ha servido de mucho. Más bien todo lo contrario: he venido más tensa de lo que llegué, he tenido que escuchar los sermones de María antes, después y durante el partido de Miguel y, para colmo, al llegar a casa, me he vaciado literalmente la despensa. Si hay una cosa que tengo clara hoy es que ni de broma me subo a la báscula.

—Sara, quiero que hablemos. —Esta es la forma que tiene Sebas de saludarme. Está claro que hay cosas que no cambian, y su tono autoritario es una de ellas. Aunque tengo que reconocer que hay momentos en los que me gustaba mucho que lo utilizase. ¡Sara, céntrate!

Abro la boca para contestarle, pero no me sale ninguna palabra. Y el motivo es que no sé qué decirle. Tendría que contestarle que no tenemos nada de lo que hablar, pero reconozco que las últimas veces que lo hicimos no estuvo mal. Lo que no quiero es hablar de nosotros, ya que eso no existe, ya no es posible.

—¿De qué tienes miedo? Solo quiero que hablemos, no te pido nada más.

Creo que lo necesitamos los dos —asiente, sin despegar sus ojos de los míos.

—No sé, Sebas. No es el momento. Y, además, no tengo tiempo últimamente. Ya sabes cómo es mi vida y no creo que hablar vaya a cambiar nada —contesto intentando que mi voz suene convincente.

—No tiene que ser ahora —dice mientras se acerca y su perfume envuelve todo a mi alrededor. ¿Cómo es posible que venga de hacer ejercicio y encima huela tan bien? ¡No es justo!

—Vale, pues ya te llamaré. —Trato de esquivarlo para salir de su lado lo antes posible. Me siento incómoda, nerviosa y bastante confusa. Necesito huir de esta situación.

—Sé que si dejo que te marches ahora sin fijar un lugar y un día no vas a llamarme. ¿A quién quieres engañar? Nos conocemos muy bien. —Veo cómo frunce el ceño mientras cruza los brazos sobre su pecho. ¡Es tan grande que no veo hueco posible por donde escapar!

—Eh..., no, ¡qué va! ¡En serio que sí! Te llamo un día de esta semana, ¿vale? —contesto, de forma que no me creo ni yo misma mis palabras, mientras busco un hueco por donde escabullirme.

Sin embargo, de repente Sebas descruza los brazos y apoya una mano en la puerta del vestuario, quedando su cuerpo demasiado cerca del mío y dejándome sin salida.

—¿Es por tu acompañante del otro día en el sv por lo que no quieres quedar para hablar conmigo? ¿Qué pasa, no te deja? —dice con tono serio.

—¿A qué viene eso ahora, Sebas? ¡Me parece de escándalo! ¿Me estás pidiendo algún tipo de explicación? —contesto totalmente enfadada e indignada.

Entonces la otra mano de Sebas aterriza también en la puerta. Menos mal que no hay gente en estos momentos en el pasillo, porque el espectáculo es surrealista. ¡Espero que a María no le dé por bajar ahora!

—Parece mentira que no te imaginases que me iba a enterar. Me lo dijo Pedro, el jefe de seguridad del local, ¿o acaso no sabes que en el mundo de la noche nos conocemos todos? —susurra mientras acerca su rostro un poco más hacia el mío.

—¿Y qué más me da a mí de lo que te enteres o no? Las explicaciones se las pides si quieres a tu acompañante del concierto de Manu. ¡A mí ya no! —contesto con rabia sin poder controlar mi tono de voz.

En ese instante se aparta y respiro aliviada. No sé si por el hecho de que se separe de mí y pueda así respirar más tranquila o por haberme quitado de encima esas palabras que llevaba clavadas en mi interior. No me quita ojo de encima. Me conoce demasiado y sabe que estoy nerviosa, pero no voy a permitir

que piense que se va a salir con la suya. Esta vez no.

—¿Acaso te molestó verme con ella? —me pregunta, y noto como en su boca se vislumbra una pequeña sonrisa.

—Sebas, estamos en el pasillo del gimnasio, por favor. No es sitio para este numerito, nos puede ver cualquiera —murmuro mirando al suelo, intentando así evitar que mis ojos se posen en esos labios tan carnosos, que tanto placer me dieron.

—Ella es solamente una amiga —afirma.

—Ya, como todas. No tienes que darme ninguna explicación. No te la estoy pidiendo. Puedes hacer con tu vida lo que quieras. Ya no es mi problema —suelto, aunque en el fondo sé que algo sí me importa y me gustaría saber.

—Sé que no es verdad. Igual que a mí me importa la tuya también, Sara. Lo siento. Empecemos de nuevo. No quiero que discutamos. Por favor, hablemos.

Mientras pronuncia esas palabras su enorme mano acaricia una de mis mejillas girando mi cara hacia la suya, obligándome a mirarlo. ¿Qué tienen esos ojos que me vuelven loca? El suave tacto de sus dedos en mi rostro hace que me deje llevar y no consiga apartarme de él. Y así nos quedamos durante unos maravillosos segundos.

—¡Al fin! ¡Estabas aquí! —La voz de María me devuelve a la realidad.

Desvío mi mirada y aparto de golpe la mano de Sebas de mi cara. De repente me siento muy incómoda.

—Hola, María, ¿qué tal estas? —se dirige Sebas hacia mi hermana.

—Hasta ahora muy bien —responde en un tono lo suficientemente borde como para que él capte que no le hace ninguna gracia vernos juntos—. Nos vamos ya, ¿no, Sara? —me interroga con la mirada.

7:00 a. m. ¿Por qué quedaría hoy con Sergio? Es lo último que necesito en estos momentos. Claro que cuando le dije de vernos el otro día en la oficina con la idea de solicitarle las vacaciones no tenía ni idea de que ayer iba a pasar lo que pasó y que hoy iba a tener estas pintas. ¡Esto no hay quien lo arregle!

9:00 a. m. Mientras subo en el ascensor mi mente vuela de nuevo hasta el día de ayer. Maldito Sebas. Lo odio. ¿Por qué la oficina tiene que estar en el undécimo piso? Necesito llegar ya y sacar de mi cabeza esos ojos y esa boca. Hasta su aroma parece que aún me acompaña.

Me miro en el espejo e intento acomodarme el pelo. Al fin la puerta se abre, indicando que he llegado a mi destino. ¡Me queda un día tan largo...!

9:10 a. m. Agradezco que Sergio esté ya en su despacho. A ver si así terminamos rápido y me voy a hacer unas cuantas visitas.

—Sergio, antes de nada, me gustaría aclarar lo del otro día en el *pub*...

—Sara, déjalo. No tienes que darme explicaciones de ningún tipo. Es tu vida personal. A mí no me importa, siempre y cuando no afecte al equipo. Creo que ya somos adultos para saber separar las cosas, por lo que el resto no me interesa.

—Tienes razón, por eso prefería hablarlo...

Al menos algo de cordura. No todo va a ser malo hoy. Tengo que reconocer que Sergio me ha sorprendido gratamente. A lo mejor sus rumores del año pasado tienen algo que ver. O no. ¿Le habrá comentado ya algo Paco al respecto?

La verdad es que podría haberle dicho que no estamos juntos para que se quedase más tranquilo y supiese que lo que tuvimos Paco y yo no iba a afectar a nuestros objetivos. Pero tiene razón. Es mi vida y no tengo por qué darle explicaciones a nadie.

9:30 a. m. Al final he cogido la semana que viene entera de vacaciones. Y como mañana es festivo, tengo tiempo suficiente para conseguir terminar con todos los preparativos de la comunión de Santi. ¡Voy a conseguir que sea un día inolvidable para él! A ver si esta semana saco adelante bastante trabajo atrasado... ¡Así que no puedo perder el tiempo con nada más!

Le entrego a Fran los sobres que tenía pendientes de enviar por valija a la central y recojo todos mis bártulos.

Al final no va a ser tan mal día como pensaba. Mientras espero a que llegue el ascensor para bajar al garaje, busco el móvil en el bolso. Antes lo escuché sonar. Efectivamente: cinco llamadas perdidas. Y dos de ellas son de mi madre. Ahora recuerdo que anoche no la llamé.

Y entonces las puertas del aparato se abren. Y al levantar la vista de la pantalla de mi móvil veo a Paco, inmóvil, frente a mí.



Martes, 1 de mayo

Siempre me he preguntado por qué hoy, que se celebra el Día del Trabajo, no se trabaja. Es un poco incoherente, ¿no? Es como lo de comprar nata desnatada. Son cosas que mi cerebro no es capaz de asimilar.

Pero en este caso no seré yo quien se queje. ¡Faltaría más! ¡Con lo bien que me viene el día de hoy para seguir avanzando con la comunión de Santi!

—¡Lebrón! ¿Otra vez? —suspiro mientras recojo la zapatilla de baloncesto toda roída que mi queridísimo hijo mayor dejó tirada ayer por la noche en medio del suelo de su habitación. Estaba claro que era una tentación demasiado grande para el pobre peludo. ¡Ya he perdido la cuenta de los pares que lleva destrozados desde principios de año! ¡Y como son tan baratos...! Pero está claro que la culpa no es suya.

Tengo que reconocer que he fracasado en el intento de conseguir inculcarles a Miguel y a Santi la importancia de ser ordenados. Está claro que precisamente yo no soy el ejemplo ideal. Es por ello por lo que pienso que es algo innato que se repite de generación en generación: «¡Verás cuando te toque sufrirlo a ti en un futuro!». Las palabras que, hace veinticinco años, mi padre me repetía sin cesar cuando entraba en mi habitación retumban en mi cabeza cada vez que intento enfadarme con ellos por dejar la ropa tirada en el suelo, los armarios de sus habitaciones abiertos o el plato de la merienda apoyado en el sofá. ¡No sé si esto tendrá remedio ya! Espero que sí. Será uno de mis propósitos para el año que viene.

Miro a mi alrededor y soy consciente de que hoy la casa necesita una sesión

de limpieza urgente. Creo que la última que hice fue el día que se presentó Paco para llevarme a dar una vuelta en su moto, hecho avalado por la espectacular capa de polvo que cubre la totalidad de los muebles de la casa. ¿De dónde sale tanto polvo? ¡Es increíble!

Al recordar ese día, vuelve a mi mente el encuentro de ayer con Paco en el ascensor de la oficina. La verdad es que fue una situación un tanto incómoda, además de inesperada. Mi primera reacción al verlo fue la necesidad de transmitir naturalidad. Pero creo que no lo conseguí: es más, aún intento borrar de mi mente la imagen de mi saludo, parada delante de él, agitando la mano como lo hacía mi madre a la salida del colegio cuando tenía diez años. ¿En qué estaría pensando? O lo peor: ¿qué estaría pasando por la cabeza de él al verme actuar así? Que no soy muy normal, seguro. Creo que si hubiese sido al revés me hubiese servido para saber que no era el chico adecuado para mí y que separarnos era lo mejor que nos podía haber pasado.

—Hola, Sara. ¿Qué tal estás? —contesta Paco a mi humillante saludo, sin separar sus ojos de los míos.

—¡Muy bien! —exclamo de manera demasiado eufórica.

Un silencio incómodo, además de eterno, se instala entre los dos. Es increíble cómo hace unos días reíamos sin parar, nos acariciábamos, nos besábamos, compartíamos momentos en los que parecía que éramos uno solo y ahora, de repente, parece que somos dos extraños. Sabía que esto iba a pasar y que nuestro primer encuentro no iba a ser lo que se dice fácil. En el fondo sabía que la situación sería así, pero quizás no era consciente de que me iba a doler tanto.

—Genial. Me alegro de verte. Que tengas un buen día —dice mientras desvía la mirada y pasa por mi lado dirigiéndose hacia la puerta que da acceso a la oficina.

—Paco... —murmuro sin girarme y sin saber aún qué es lo que quiero decir. Lo único que sé es que no me gusta el ambiente que se ha generado entre los dos en este momento.

—¿Sí? —Noto en su voz un tono de esperanza, como si esperase escuchar algo que mi boca no es capaz de pronunciar.

—Que yo también me alegro de verte —susurro mientras poso una melancólica mirada en sus preciosos ojos verdes. Es mejor así. En estos momentos no puedo decirle nada más. No quiero engañarlo. No se lo merece. Es el hombre que cualquier mujer debería tener a su lado. Pero esa mujer, en estos momentos, no soy yo. Necesito saber realmente lo que quiero. Tengo que aclarar

mis ideas y mis sentimientos. De momento me ha demostrado que es un buen tío y se merece que sea sincera con él. ¡Se supone que esto es lo que hace una mujer madura! Aunque puede que, como me lo piense mucho, al final sea tarde. Es el riesgo que tengo que correr. Incluso puede que ya lo sea.

9:00 p. m. ¡Qué gusto relajarse un rato en el sofá después de un día tan relajado y productivo como el de hoy! Al final he conseguido cerrar el restaurante para la comunión de Santi en un precioso hotelito que se encuentra muy cerca de casa. Es lo bueno de que estos negocios abran los días festivos, aunque seguro que la amable chica que me atendió no pensaba lo mismo. Sabía que hacían celebraciones, pero nunca había entrado en él. Y encima fue idea de mi madre. ¡Ya la tengo contenta por un año! No estaba muy convencida de que fuese el sitio que buscaba hasta que esta tarde, mientras los niños descansaban en casa jugando a la Play, se me ocurrió ir a dar una vuelta y acercarme a preguntar. ¡Casi doy saltos de alegría cuando me entero de que tenían disponibilidad! En esta ocasión, los astros se alinearon a mi favor. No está mal que, de vez en cuando, alguna cosa me salga bien.

La verdad es que me cautivó el enorme y precioso jardín que rodeaba el bonito y acogedor salón de cristal en donde se ubicarían las mesas. Creo que es el sitio ideal para que los niños puedan estar jugando sin parar durante todo el día. Ahora solo me queda pensar en los juegos y actividades que consigan que ese día sea inolvidable para Santi.

—¡Mamá! ¿Qué voy a llevar mañana de comida para la excursión? —grita Mario desde la otra punta de la casa, para variar.

—¿Excursión? ¿Qué excursión, Mario? ¡No me dijiste nada de que mañana fueses de excursión! —grito, imitándolo, por no acercarme a él, en un intento de apaciguar el enfado que va creciendo en estos momentos en mi interior. ¡Se acabó mi momento de relajación!

—¡Te lo dije hace dos semanas cuando me viniste a recoger al cole! —contesta, sin inmutarse lo más mínimo.

No me lo puedo creer. ¡Señor, dame paciencia! A ver qué imprevisto yo ahora...



Viernes, 4 de mayo

¡Al fin es viernes! A pesar de que esta semana ha sido más corta gracias al festivo, a mí se me ha hecho eterna. Entre el trabajo atrasado, los entrenamientos de baloncesto y los primeros parciales de los niños, ha sido horrible. Eso que dicen de que si estás ocupada el tiempo se te pasa más rápido es mentira. Seguro que, si en lugar de tanto ajeteo hubiese estado tirada en una playa paradisíaca tomando el sol y sin más estrés que reponer el mojito para refrescarme, se me hubiese hecho cortísima.

Y encima el fin de semana se plantea movidito, ya que el domingo el equipo de Miguel se juega las semifinales de la liga. Reconozco que es un plan que me resulta bastante apetecible. Sus partidos cada vez son más emocionantes y lo mejor de todo es que mientras los veo no pienso en nada más (ni en nadie), y eso es muy bueno. Yo creo que los vivimos tanto o más los padres desde la grada que ellos en la pista. Incluso, en algún caso, se puede decir que alguno lo vive, o lo sufre, demasiado intensamente, sobre todo a estas alturas del campeonato. Os aseguro que no hay mayores *hooligans* que los padres de un equipo de adolescentes. ¡Si a alguno lo grabasen lo metían en la cárcel de cabeza!

—¡Mamá! ¡Como no apures vamos a llegar tarde! Y Roberto nos dijo que teníamos que llegar pronto, que el partido del domingo es muy importante — protesta Miguel desde el asiento de atrás. Por su comentario es bastante obvio que no se ha dado cuenta de que parece que me ha poseído el espíritu de Fernando Alonso mientras intento, por todos los medios, conseguir que lleguen a la hora. Da igual cuál sea mi intención, lo único que le importa es el resultado.

«¡Sara, relájate y no contestes!», pienso mientras agarro el volante con tanta fuerza que parece que voy a arrancarlo de cuajo.

Me hace gracia lo fácil que lo ven todo. Llegar pronto, dice. No tiene en cuenta que en la hora y media que ha pasado desde que salí de trabajar y pasé a recogerlos por el colegio he preparado la comida, buscado su ropa de entrenamiento y ayudado a preparar sus bolsas, atendido una llamada de mi madre (lo cual es algo que requiere bastante tiempo) y pasado a recoger a su querido compañero Simón, ya que sus padres no podían acercarlo hoy. ¡Pero qué importa todo eso! Solo espero, como decía mi padre, que el día de mañana me den unos preciosos y adorables nietecitos que les hagan valorar todos mis esfuerzos de ahora con creces.

4:02 p. m. ¿Qué son dos minutitos de retraso de nada? Está claro que para Miguel, por la cara que me puso al bajarse del coche, una eternidad. Esto se lo apunto para cuando empiece a salir por la noche y se retrase en la hora de llegada a casa...

—¿Vas a contarme al final qué fue exactamente lo que pasó con Sebas el otro día en el gimnasio?

Sabía que María no se iba a dar por vencida con el asunto de Sebas. ¡Qué mejor forma de aprovechar la espera en las gradas del pabellón que someterme al tercer grado!

—No fue nada, en serio. Solo dice que quiere hablar conmigo.

—Supongo que tienes claro que no tenéis nada de qué hablar, ¿no? —afirma María mientras me escruta con la mirada.

La verdad es que me pone nerviosa hablar de este asunto con ella. Sé qué es lo que quiere oír y también sé que lo más fácil sería decírselo y así olvidarme del tema, pero soy incapaz de hacerlo. Pero tampoco quiero contarle mis dudas porque ni siquiera yo sé qué es lo que pienso ni lo que quiero. ¿Cómo es posible que nuestra mente sea tan retorcida?

—La verdad es que tenía claro que todo se había terminado entre nosotros. Ha pasado mucho tiempo y creí que ya no me afectaba nada de lo que Sebas pudiese hacer o decir.

—Pues está claro que no es cierto. Sobre todo, después de tu cara el otro día. O la del día del concierto, ¿o te crees que no me di cuenta? —pronuncia María mientras no puede evitar hacer una mueca que indica el desagrado que le produce Sebas y todo lo que le rodea.

—Lo sé. No te preocupes. No voy a volver a caer, María. En serio.

—No permitas que te manipule, Sara. Ya sabes cómo funciona esto. Sebas no ha cambiado. Es más, nunca va a cambiar. Lo único que busca en estos momentos es recuperar lo que un día perdió. Ya sabes cómo es. Únicamente es por orgullo, porque ahora no te tiene. Como te vuelva a conseguir va a volver a hacerte lo mismo. La gente no cambia. No permitas que lo haga.

—No creo que sea por eso. —En el mismo instante en el que pronuncio esta frase me sorprende al escuchar un cierto tono de duda en mi propia voz. ¿Cómo es posible que en algún remoto rincón de mi mente pueda albergar la mínima esperanza de que Sebas haya cambiado y de que realmente busque recuperarme después de lo que me ha hecho?

—¿No habrás hecho nada que no me hayas contado ya? ¿Hay algo que deba saber? —Noto en su voz una cierta preocupación por la respuesta que pueda salir de mi boca.

—De verdad que no. Cuando me paro a pensarlo fríamente, no entiendo por qué las palabras de Sebas aún llegan, a veces, a confundirme. No puedo evitar que se me remueva algo por dentro cuando lo tengo delante, pero no va a pasar nada entre nosotros. Supongo que será por todo lo que hemos pasado juntos. Fue mucho tiempo. Solo es eso —respondo con cierta tristeza.

—Sara, no dejes que te confunda. Estabas bien con Paco y estoy convencida de que lo has estropeado a propósito por culpa de la reaparición de Sebas en tu vida. Él no te quiere. Date una oportunidad de ser feliz. Te la mereces.

Me quedo callada pensando en sus palabras. Y en Paco. Ni siquiera sabe que Sebas existe en mi vida. Si alguien me llega a decir hace veinte años que iba a estar con estos dilemas a estas alturas de mi vida pensaría que estaba loco. ¿No se supone que a los cuarenta debería tener una estabilidad sentimental? Esto está bien a los quince, incluso a los veinte. Pero a los cuarenta ¿no puede ser!

—Lo que necesito es estar una temporada sola y aclararme. No puedo empezar nada si ni siquiera sé lo que quiero ni lo que siento. Sola tampoco se está tan mal, ¿no? —contesto con una ligera sonrisa, intentando convencerla de que todo está bien así.

—No, si es lo que deseas. Pero recuerda que solo se vive una vez y que no debes desaprovechar las oportunidades que la vida te regala. Piensa en ti de una vez. Te lo mereces, Sara. Eres preciosa, divertida, lista. Quiérete un poco y sé sincera contigo misma. ¿No te das cuenta de que dejas de disfrutar muchas cosas por ser como eres y darle mil vueltas a todo?

Le sonrío, agradeciéndole lo mucho que sé que me quiere y se preocupa por mí. Sé que en parte de lo que dice tiene razón, pero no puedo evitar dar mil vueltas a las cosas. He sufrido en muchas ocasiones las consecuencias de decisiones equivocadas, y por mucho que quiera dejarme llevar en determinados

momentos no puedo evitar ser como soy. No quiero volver a sufrir en temas del corazón y restar ese tiempo a mis hijos. No me compensa. ¿Dónde están los finales felices de cuentos de hadas con los que soñamos de pequeñas? No tengo muy claro que existan en la vida real...



Domingo, 6 de mayo

7:00 a. m. No puedo creer que mis ojos estén abiertos a estas horas. Menuda forma de empezar un domingo y mis «minivacaciones», si es que se les puede llamar así. Hoy era el único día que podía quedarme durmiendo en la cama hasta tarde, ya que mañana, aunque no trabaje, voy a tener que levantarme para llevar a Miguel y a Santi al colegio. ¡No es justo!

Dicen que en las últimas fases del sueño, para que tu cuerpo se prepare para despertarse, se liberan unas hormonas relacionadas con el estrés. Está claro que mi nivel de este tipo de hormonas a las siete de la mañana debe estar disparado. ¡Tengo un reloj interno que no me merezco!

O puede que estén revolucionadas debido al mensaje que recibí de Sebas anoche:

Unos días te quiero, otros te odio, pero no dejo de echarte de menos.

Catorce odiosas palabras que han conseguido que me pase en vela la mayor parte de la noche. Y la otra parte con pesadillas que prefiero no recordar. Pero ¿cómo puede ser tan egoísta con todo lo que me hizo sufrir? No me quito de la cabeza las palabras de María, las cuales cada vez cobran más sentido. Está claro

que esto lo hace porque ahora no me tiene y, encima, no debe de estar en estos momentos con ninguna camarera espectacular, similar a aquellas con las que me ponía los cuernos cuando estábamos juntos y tanto me quería.

Estoy convencida de que si le empiezo a seguir de nuevo el juego se cansará rápidamente. Pero tampoco quiero fomentarlo y no contestar, porque si no me convertiré en su reto que conseguir, y lo que para él es una diversión a mí me hace daño. ¿Qué hago? Al menos ayer, después de leer su mensaje, conseguí controlar mis dedos temblorosos y después de dar mil vueltas en la cama, maldecirlo, dejar y coger el teléfono unas noventa veces para releer su mensaje e intentar borrarlo y pensar detenidamente los pros y los contras de cualquiera de las dos opciones que podía elegir (contestar o no) no lo hice. No contesté.

9:00 a. m. Al mirarme en el espejo me doy cuenta de la mala pinta que tengo. Entre el color blanquecino de mi piel, las enormes ojeras que han decidido acomodarse debajo de mis ojos y los pelos con los que me he levantado después de las vueltas que le he dado a la almohada, creo que mi aspecto, esta mañana, ha tocado fondo.

Necesito liberar de alguna forma toda la ansiedad que tengo, porque si no voy a explotar. Incluso Jordan me mira de reojo sin despegar su peluda cabeza del suelo del baño. Yo creo que hasta a él lo he asustado con el careto con el que me he levantado hoy.

¡No puedo seguir así! ¡Sara, cambia el chip! Cuando empiezo a hablarme mentalmente a mí misma en tercera persona es que la situación se vuelve preocupante.

Lo que más desearía en estos momentos es empezar a mover muebles en casa. No me preguntéis por qué, pero en mis momentos de más ansiedad una de las cosas que más me relaja es empezar a cambiar la decoración de cada una de las estancias que componen mi hogar. Me pongo a mover muebles de un lado a otro y dejo de pensar en todo. Es una forma de agotarme físicamente y desconectar mi mente de todo.

Lo malo es, que teniendo en cuenta la hora que es y que los niños aún duermen, no es una opción válida. Y chocolate no me queda, así que, sin pensarlo dos veces, me pongo un chándal, cojo unos cascos y decido intentar ir a correr un rato. Reconozco que no es algo que me guste, pero ¿no dicen que es la forma de generar endorfinas, las cuales nos proporcionan instantes de felicidad? Pues yo necesito unas pocas de esas en estos momentos.

9:30 a. m. El mar está agitado y el cielo plomizo augura lluvia. La verdad es que solo la brisa del mar rozando mi cara parece que me ayuda a relajarme. Mientras corro intento centrar mis pensamientos en todo lo que me queda por hacer en el día de hoy. Si consigo tener mi mente ocupada en la lista de tareas pendientes, es posible que así consiga olvidarme, al menos a ratos, del dichoso mensaje de Sebas.

*Si conmigo te quedas
o con otro tú te vas,
no me importa un carajo
porque sé que volverás.*

Pero Maluma me devuelve a la realidad. ¡Maldita lista de Spotify de Miguel!
¡A ver cuándo saco tiempo para actualizarla! Su voz y su letra traen a mi mente a Sebas cantándome la dichosa estrofa.

*Y siempre que se va, regresa a mí.
No importa el qué dirán, nos gusta así.*

¿En serio que no escribió Sebas esta canción para mí? Está claro que hubiese sido una mejor opción ir escuchando las noticias de la radio en lugar de esto.

2:30 p. m. Mientras abro la despensa para coger el ajo en polvo mis ojos se detienen en las decenas de botellas de vino que se encuentran colocadas en el estante de arriba. Todas han sido regalos de Navidad, o bien por parte de la empresa, o bien de algún cliente agradecido. La verdad es que no me gusta mucho, pero decido ponerme una copa de vino. Ya estoy en edad de aprender a disfrutar de una buena cosecha y empezar a sustituir la Coca-Cola Zero en las reuniones de trabajo.

—¡Mamá! ¿Sabes dónde está la equipación azul? ¡La necesito para el partido de esta tarde y no la encuentro! —grita Miguel, para variar, desde su habitación.

—¿La trajiste de casa de tu padre el pasado fin de semana?

—No lo sé —responde.

No esperaba menos. Y, para variar, se acuerda tres horas antes de que empiece el partido. ¡Si es que me dan ganas de ahogarlo! Y encima sabe Dios cómo la tendrá. Seguro que la ha dejado, después del partido del fin de semana pasado, empapada en la mochila, como suele ser habitual, en casa de Javier. Relativizar, tengo que relativizar...

—¿Y a qué esperas para llamarlo? —pregunto de la forma más relajada posible mientras me doy cuenta de cómo el agua que tenía al fuego está hirviendo y ha empezado a desbordarse por fuera de la *pota*. Decido llenar la copa y me la bebo de penalti.

4:00 p. m. Mientras espero con Santi en el coche a que Miguel baje de casa de Javier de recoger la equipación no puedo evitar releer el mensaje de Sebas. Espero que a María no le dé por sacar el tema durante el partido, porque si no sé que se va a dar cuenta de que le oculto algo y, la verdad es que prefiero no decirle nada del mensaje. Es capaz de quitarme el móvil y contestar mandándolo a la mierda. Que no digo que no tenga razón, pero no estoy preparada para hacerlo.

—¡Mami, ya viene! —exclama Santi desde el asiento trasero, con esa preciosa vocecilla que hace que den ganas de comérselo a besos.

Al girar la mirada hacia el portal veo aparecer a Miguel con la ropa en la mano (al menos parece que viene doblada) y, a continuación, tras él, sale Javier acompañado de una mujer: Elisabeth, supongo. No puedo evitar observarlos: charlan de forma animada y veo como sonrían sin parar. Lo que más me llama la atención es cómo es ella. En esta ocasión no se trata de la típica veinteañera con *look* hortera como las últimas que le he conocido, sino que lo que más me extraña es que es «normal». Es decir, no es un pibonazo, pero es bastante mona. Pienso que debe de tener mi edad o algún año más y viste de forma sencilla. Un poco ñoña para mi gusto, pero aceptable. Y eso me lleva a pensar que esta vez va a ser algo serio. No es el tipo de Javier para nada, o eso pienso yo por la trayectoria que lleva y las novias anteriores a nuestra relación que le he conocido, por lo que, si están juntos y, además, la ha invitado a la comunión, es que esta vez no es como las anteriores.

Y no puedo evitar que me dé un poco de envidia. Hasta él ha conseguido salir

de su círculo vicioso en lo que se refiere a relaciones antes que yo y es probable que haya encontrado a su media naranja. Claro que también ha tenido muchas pruebas más. Voy a agarrarme a eso para consolarme.

—¡Arranca, que llego tarde! —espeta Miguel mientras se sienta en el asiento del copiloto.

Mientras lo hago observo por el espejo retrovisor cómo Javier y Elisabeth se besan en la acera. Acelero mientras un prolongado suspiro escapa de mi garganta. ¿Volveré a sentirme algún día otra vez ilusionada como ellos en este momento?

No se sabe cuándo la vida nos trae a la persona correcta, a la definitiva. Puede que en ocasiones no exista, que estemos predestinados a estar solos, o puede ser que en algún lugar nos esté esperando. Pero también es probable que la hayamos conocido ya y sin querer la hayamos dejado marchar.



Martes, 8 de mayo

El primer día de vacaciones se me ha pasado volando. Lo bueno es que ya he conseguido cerrar el menú de la comunión de Santi. Tengo que reconocer que voy bastante bien de tiempo: aún me quedan diecinueve días y tengo casi todo listo. Ya solo me quedan pequeños detalles, aunque uno de ellos es elegir el modelito que voy a llevar, y la verdad es que no encuentro nada que me convenza.

Pero lo más importante es que he conseguido aguantar un día más sin contestar el mensaje de Sebas. Y puedo asegurar que no ha sido nada fácil. Es más, ha sido una tortura.

10:00 a. m. Acabo de entrar en casa después de dejar a los niños en el colegio. Decido prepararme un té verde antes de empezar a organizar todas las tareas que ocuparán mi día de hoy. Dicen que el té ayuda a adelgazar y a controlar la ansiedad, por lo que he decidido sustituirlo por el café de media mañana. Cojo un sobrecito de *stevia* (lo vi el otro día en las estanterías del supermercado y recordé que había leído algo acerca de lo buena que era en alguna revista para sustituir al azúcar). Cosas de la edad. Es un primer paso para empezar a cuidarme, claro que sería bueno eliminar las seis galletas que utilizo para acompañarlo.

Mientras remuevo con la cucharilla la infusión hago un repaso mental de lo que tenía organizado para hoy. Creo que voy a dedicar la mañana a ir de

compras, porque por la tarde con los entrenamientos de Miguel y Santi lo tengo más complicado.

Saco el móvil del bolso para comprobar todo lo que tengo anotado en la *app* que me sirve de bloc de notas. La verdad es que no sé cómo hacíamos antes sin teléfono ni alarmas. Creo que ahora somos más lentos mentalmente por este motivo: ya no tenemos que pensar. Hace unos años, cuando no te acordabas de algo, no te quedaba más remedio que estrujar tu mente hasta conseguir que el recuerdo o el hecho volviesen a ella. Pero ahora no: si no te acuerdas de un dato, lo primero que haces es recurrir a Google. Y para las citas ya tienes un aparato que te pita recordándotelas tantas veces como creas necesario. ¡Ahora ya no se discute nada! No es necesario, ya que todo se comprueba y se sabe al momento gracias a este odioso pero imprescindible aparatito.

Veo que tengo una llamada perdida de Inma. ¡Qué raro! Le dije que esta semana estaba de vacaciones y, conociéndola, o ha pasado algo muy gordo en el trabajo o sé que evita por todos los medios llamarme.

Mientras marco su número intento adivinar el motivo por el que podría hacerlo. Juraría que he dejado todos los contratos listos, por lo que o ha habido un accidente o le ha pasado algo a algún compañero. Me empiezo a impacientar al ver que suena el quinto tono y no responde. Salta el buzón de voz. A lo mejor se equivocó al marcar.

Mientras espero a ver si me devuelve la llamada abro el WhatsApp y reviso todos los mensajes de los grupos. El del equipo de Miguel echa chispas. El domingo consiguieron clasificarse para la final. ¡Menudo partidazo de infarto! Es divertido ver cómo lo viven los padres. ¡128 mensajes sin leer! ¡Increíble! Después de revisarlos todos y hacer mi aportación al grupo con algún que otro comentario, no puedo evitar parar mi mirada en la foto de perfil de Sebas y en el trocito de su último mensaje que puedo leer en la lista de chats. Es entonces cuando mi dedo índice derecho decide desobedecer mis frágiles órdenes mentales y se coloca sobre él. Lo abro y lo releo. Ese y alguno de los mensajes anteriores. Y no pudo evitar que, nuevamente, mi corazón lata de forma frenética. No puedo contestarle. María tiene razón. Todo el mundo opinaría como ella. Sin embargo, soy consciente de que una parte de mí necesita hacerlo. Porque, aunque desearía con toda mi alma que sus mensajes no me afectasen o que, simplemente, no me provocasen ningún tipo de sentimiento, la realidad es que no es así. Pensaba que todo este tiempo que habíamos estado sin saber nada el uno del otro habría servido para olvidarme de él en todos los aspectos. Pero no es real. Y es tan jodido...

Y no puedo evitarlo y escribo. «Buenos días». Dudo en cómo continuar con el mensaje. Y veo que está en línea. ¿Estará viendo que estoy escribiendo?

Supongo que no. Con toda la gente que le mandará mensajes, mi chat debe de estar muy abajo en la lista.

Y justo en ese momento suena el teléfono. Mi corazón está a punto de salirse por la boca debido al susto que me he llevado. ¿Será una señal para que no lo mande o simplemente casualidad? Es Inma.

—¡Hola, Inma! Vi que tenía una llamada perdida tuya de hoy. ¿Pasó algo? —pregunto mientras me intento reponer mordiéndome el labio con nerviosismo. Tengo que eliminar de mi mente lo que estaba a punto de hacer.

—¡Buenos días, Sara! Siento molestarte en tus vacaciones. Dudé si llamarte más tarde por si acaso estabas durmiendo, pero luego me acordé de que llevarías a los niños al cole. ¿Te pillo en buen momento?

—¡Claro que sí! ¡Cuéntame! —le contesto intrigada.

—No te preocupes, que no es nada importante. Es más, no tiene que ver con el trabajo. Lo que pasa es que hoy tuve que pasar por la oficina a primera hora. Y al entrar, justo en la mesa de la entrada, había una bandeja enorme de pasteles. Le pregunté a Fran quién era el que los había traído y me dijo que había sido Paco, porque hoy es su cumpleaños. La verdad es que no sé si ya lo sabías, pero después de lo que me comentaste el otro día pensé que debía decírtelo.

Me quedé de piedra, sin saber qué contestar. ¡Hoy es el cumpleaños de Paco! Es cierto que mientras estuvimos juntos llegamos a hablar de muchas cosas, pero nunca le llegué a preguntar por el día en que nació. Y, ahora, ¿qué es lo que debo hacer yo? No puedo evitar que venga a mi mente el recuerdo del mío: comenzó con un mensaje de Sebas que me hizo polvo y, sin embargo, lo terminé feliz con un mensaje de Paco, el cual se acabó convirtiendo, días más tarde, en uno de los mejores regalos que me han hecho hasta el momento. O al menos en uno de los más memorables.

—Sara, ¿me escuchas?

—Perdona, Inma. Muchas gracias por avisarme. La verdad es que no sabía que era hoy su cumpleaños. Voy a mandarle un mensaje.

—¿Volviste a hablar con él? —pregunta con curiosidad.

—¡Sí! Me lo encontré el otro día en la oficina cuando quedé con Sergio. Ya está todo olvidado —miento, sin poder evitarlo.

—¡Me alegro! Pues no te molesto más y ¡disfruta de estos días! Un besazo.

—¡Muchas gracias de nuevo! Un besazo y nos vemos a la vuelta.

Al colgar me quedo unos segundos pensando. Cierro los ojos y suelto un grito de frustración. ¿Y ahora qué hago yo? No me llegaba romperme la cabeza con el hecho de contestar a Sebas, como para saber qué debería hacer ahora con Paco. ¡Lo que me faltaba!

Tengo que reconocer que Paco tuvo el detalle de mandarme un mensaje de

felicitación cuando ni siquiera me lo esperaba. Pero nuestra situación tampoco era la misma que ahora. ¿Cómo le voy a escribir, si el último mensaje que tengo suyo es en el que rompió lo que se suponía que había entre nosotros y al que ni siquiera le contesté? Si le mando algo va a volver a ver el otro mensaje, y eso no creo que le alegre mucho el día. A no ser que haya borrado todos nuestros mensajes. No sé por qué, pero prefiero pensar que no es así.

Y, además, no sé qué ponerle: ¿un simple «felicidades»?; muy frío. ¿«Te deseo un feliz día»?; cutre, en nuestra situación. ¿«Invitarás a algo»?; no adecuado en este momento...

Así que he ahí el dilema: dos hombres, un móvil, dos mensajes...



Miércoles, 9 de mayo

10:30 a. m. ¡Cuánta falta me hacía el retoque de mechas! Está bien esto de cogerse vacaciones mientras los niños aún tienen clase y así tener tiempo libre para poder venir a la peluquería a adecentarme un poco. ¡Si hasta me he pillado un *peeling* corporal! Y es que el otro día, mientras me peinaba en el baño y Miguel esperaba para lavarse los dientes detrás de mí, me comentó que tenía algún que otro granito en la espalda (me sorprende que se fije en esas cosas...). ¡Claro! ¡Como ya no tengo quien me los quite y yo no me los veo...! Así que hoy sesión de belleza al completo y, de paso, me relajo un poco.

Lo necesito después del día de ayer. Al final casi no hice nada más que evaluar los pros y los contras de contestar o no al mensaje de Sebas y de mandar o no la felicitación a Paco. Fue un día casi perdido.

—¿Cómo no vas a felicitarlo? —Fue la reacción de María cuando al fin me decanté por pedirle opinión. En cuanto a lo de Paco, claro. Preferí obviar mis dudas acerca de si responder o no al otro mensaje.

—Sé que debería hacerlo, el problema es que no sé qué ponerle para no empeorar las cosas entre nosotros.

—Sara, sé sincera con él y dile las cosas claras. Hablando se entiende la gente, ¿no?

—Pero es que no las tengo claras ni yo, como para decírselas a él. Además, no creo que su cumpleaños sea el mejor momento para eso. Solo quiero felicitarlo de forma que no se estropeen más las cosas entre nosotros. No sé qué debo hacer, la verdad.

—Y todo esto por culpa de Sebas, ¿verdad? —Noto cierto enfado en su tono de voz al otro lado de la línea.

—¿A qué te refieres? —susurro.

—Que si Sebas no hubiese aparecido de nuevo y te dijese que quería hablar contigo, estoy segura de que hoy no estarías en esta situación. Es más, estoy completamente convencida de que estarías dándole a Paco su regalo de cumpleaños con un buen revolcón. ¿Me equivoco?

—No lo sé, María —contesto mientras suspiro.

—Antepones antiguos sentimientos que lo único que te hicieron fue daño. ¿No te das cuenta?

—¿Y cómo quieres que controle lo que siento? —espeto de repente—. ¡No es tan fácil! ¡Ojalá no me afectase! —Noto como mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas. Porque en el fondo sé que tiene razón.

—Deja de pensar en lo mucho que te pone Sebas, Sara. Lo de Sebas es solo atracción, nada más. Recuerda todo lo que te hizo y sigue con tu vida, por favor. Me duele, porque sé que vas a volver a caer. —Puedo sentir la resignación que desprende su voz.

—¿En serio piensas que solo me dejo llevar por lo mucho que me atrae? ¡Claro que no es eso! Hemos vivido muchas cosas juntos. Fueron muchos años compartidos, ¿te has olvidado de eso?

—No, Sara. No me he olvidado. Compartidos con muchas otras también. Creo que es a ti a quien se le olvida ese pequeño detalle.

Aquí, tumbada en la camilla, rememoro, mientras me masajean la espalda, la sensación que me invadió después de hablar con ella. Porque en el fondo sé que algo de razón tiene. Si al final va a resultar que todos estos años de desamores la han ayudado a convertirse en una experta en asuntos del corazón. Aunque hay que reconocer que siempre es más fácil dar consejos que aplicárselos a uno mismo. A mí me pasa a menudo.

Y esto me lleva a pensar qué le hubiera aconsejado yo a ella si la situación fuese al revés. Está muy claro: lo mismo. A lo mejor mi reacción al asunto de Sebas está condicionada por el hecho de que estamos en primavera y ya sabemos lo que pasa en esta estación: las hormonas se descontrolan. Si mis últimos

encuentros con él hubiesen sido en otoño o invierno, puede que mi reacción no hubiese sido la misma, ¿no? No lo tengo yo muy claro...

Mientras la esteticista intenta eliminar la gran cantidad de células muertas que se han acumulado (según Miguel) en la piel de mi espalda pienso que hice lo correcto.

Vale por todas las explicaciones que debí darte y no di.

Sin fecha de caducidad.

Deseo que hayas pasado un día muy especial. Te lo mereces.

Felicidades.

Son los dos mensajes que decidí enviar ayer a Paco. Considero que, después de lo pasado y de cómo se portó él conmigo, lo mínimo que podía hacer era felicitarlo. Y no solo por eso. Yo también deseaba hacerlo. Sé que María no se equivocaba cuando me dijo que si no fuese por Sebas es probable que me hubiese comportado de forma distinta con él. Que fuese mi compañero al principio me preocupaba, pero después de lo que me dijo Sergio y de la reacción de Inma, ese motivo pasó a un segundo plano. Incluso puede que antes y que lo estuviese usando de excusa para no avanzar con él.

Esperé a última hora de la noche para enviárselos y es cierto que aún no he tenido contestación. ¡Qué me esperaba! Pero, al menos, sé que he hecho lo correcto. Aunque no tuviésemos nada serio y no fuese necesario justificar mi comportamiento, creo que el hecho de que Paco indicase, en su último mensaje, que empezaba a sentir algo por mí lo hace merecedor de que le dé una explicación de por qué me comporté como lo hice el día de la fiesta de Manu.

Sé que llegamos a una edad en la que te tiene que dar igual lo que los demás piensen de ti y que no es malo ser un poco egoísta y pensar en uno mismo. Sin embargo, no me siento bien estando así con Paco. Al contrario que con Sebas, con él solo tengo buenos recuerdos de los pocos momentos que compartimos y siempre se ha portado muy bien conmigo. Pienso que le he cogido mucho cariño en poco tiempo y tengo que darle la razón a María en que, si Sebas no hubiese vuelto a mi vida, es posible que le hubiese dado una oportunidad.

Pero creo que después de los últimos mensajes de Sebas permití que, en algún pequeño y oscuro rincón de mi corazón, me creyese que había una pequeña oportunidad para nosotros, que ahora era sincero, que no mentía y me echaba de

menos. Y que sí, era posible que hubiese un final feliz para los dos.

Pero... ¿realmente es eso lo que quiero? ¿Podría algún día volver a confiar en él o viviría pensando en cuándo volvería a engañarme de nuevo? ¿Una relación así me haría feliz? ¿Es verdad que aún lo quiero o es solo atracción y el reto de conseguirlo de nuevo?

9:00 p. m. No puedo comprender la forma de enseñanza de los colegios hoy en día. ¿Cómo es posible que un niño de nueve años tenga que estudiarse para un examen el número de soldados que componen una legión romana, entre otros datos? ¿En serio piensan que se va a acordar de ello en un año?

Miro la carita del pobre Santi, que está desesperado con el examen de ciencias sociales de mañana. Considero que deberían hacer más trabajos prácticos en lugar de enseñarles desde pequeños a memorizar como loros. Pero es mi opinión. Por lo que hablo con otras madres, la forma de enseñanza en todos los colegios es muy similar. No estoy muy convencida de que estas generaciones salgan más preparadas que la nuestra. Es más, cada vez más niños abandonan los estudios y, la verdad, por lo que puedo comprobar, es que no los hacen muy apetecibles para que consigan engancharlos a ellos.

—¡No me voy a acordar de tanto número! —solloza Santi mientras me mira con sus ojitos cansados.

—¡Claro que sí! Ya verás como te sale genial. Cuando termine con la cena, repasamos juntos el resumen, ¿vale? Y después a la camita, que si no descansas lo suficiente entonces sí que no te va a salir bien —le respondo mientras le beso cariñosamente su precioso pelo color tabaco.

Ya les queda poquito para las vacaciones. La verdad es que estoy deseando que lleguen. Aunque sé que va a ser, como todos los años, una locura organizarme. Pero las necesitan. Y yo también. La recta final del cole siempre se hace más dura.

—¡Mamá! ¡Tu teléfono acaba de sonar! —grita Miguel desde su habitación de la misma forma que lo haría si fuese para avisarme de que la casa estaba en llamas.

Será mi madre. Sabe que estoy de vacaciones esta semana y encima hoy no he hablado con ella. Le voy a pedir que me acompañe mañana a mirar los detalles que me quedan para la comunión de Santi. Sé que le va a hacer ilusión y así compenso el poco caso que le he hecho últimamente.

Al coger el teléfono veo que no tengo ninguna llamada. Lo único que tengo son 76 mensajes de tres chats distintos. Dudo unos segundos si deslizar con el

dedo hacia abajo el mensaje emergente de WhatsApp que me informa de ello y ver así a los remitentes. ¿Me habrá contestado Paco? Son muchos mensajes, pueden ser de tres grupos.

Y lo hago. Y lo veo. Dos grupos y sin contestación de Paco. Solo un mensaje escueto:

Lugar, día y hora.

Mensaje de Sebas.



Viernes, 11 de mayo

7:00 a. m. Al abrir los ojos, lo primero que vino a mi mente fue el último mensaje que envié ayer por la noche antes de caer dormida:

Está bien. Mañana a las nueve en El 13.

Esta fue mi contestación al mensaje de Sebas. Después de darle muchas vueltas creo que es la mejor opción para conseguir zanjar de una vez por todas cualquier tema pendiente que pueda haber quedado entre nosotros y, así, poder continuar con mi vida sin que los fantasmas del pasado me persigan y me siga rompiendo la cabeza cada vez que lo veo o tengo noticias suyas. Además, en el fondo sé que tarde o temprano esa conversación iba a tener lugar y lo único que estaba haciendo era retrasarla, no sé si por miedo a cerrar esa puerta de una vez por todas, por miedo a caer de nuevo en sus redes o por los miles de dudas que se agolpan en mi cabeza cada vez que lo tengo delante.

Aunque la contestación que recibí de Paco al mensaje que le envié de felicitación de cumpleaños, poco después de leer el mensaje de Sebas, también ayudó algo a que me decidiese:

Muchísimas gracias, Sara. La verdad es que mi mejor regalo ya es recibir tu mensaje. Me aparté un poco porque sé que era lo mejor para los dos. Pero no significa que me haya olvidado de ti. Un beso.

Al leerlo, mil y un recuerdos de momentos y sensaciones compartidas invadieron mi mente: risas, caricias, besos apasionados, esas mariposas en el estómago que consiguió hacerme sentir. Tengo que reconocer que Paco fue un revulsivo en mi vida. Me pilló de sorpresa. Lo nuestro era bonito, sincero y real. Pero no lo esperaba y no lo supe gestionar.

Pero, además de todas esas sensaciones placenteras, me hizo recordar el motivo por el que no fui capaz de dejarme llevar con él, tal y como intuía María. Y es que, por muchas excusas que quiera buscar sobre el trabajo, el no tener tiempo para una relación, etc., tengo que reconocer que el verdadero motivo fue la reaparición de Sebas en mi vida. Y es que nuestro reencuentro, después de tanto tiempo, consiguió confundirme de nuevo. Y sé que sus mensajes y sus bonitas palabras lograron que me hiciese ilusiones de que en el fondo podría haber un final feliz para nosotros que borrara todo lo pasado.

Pero es un mundo irreal, porque no hay nada que pueda eliminar lo sucedido, los engaños, las mentiras, el daño que me hizo. Sé que, por mucho tiempo que pase, no podría volver a confiar en él como pareja. Me atrae: sí, es cierto. Tampoco soy ciega y he compartido con él muchos momentos de placer. Y lo sigo queriendo, aunque no sea como antes, pero han sido muchos años juntos, tanto de amigos como de novios. Y es entonces cuando soy consciente de que tengo que conseguir cerrar ese capítulo de mi vida de nuevo. Por mí. Para poder volver a avanzar con alguien. No sé si será Paco esa persona. Pero lo que sí sé es que él me hizo ver que, ahí fuera y cuando menos te lo esperas, hay alguien que puede revolucionar tu vida y hacerte sentir de nuevo especial.

5:00 p. m. El motivo de la elección de El 13 fue que se trata de un pequeño y discreto restaurante en las afueras de la ciudad. La verdad es que no me apetecía quedar con Sebas en uno de los cientos de locales de moda que hay en el centro y que sé que un viernes por la noche iban a estar a tope de gente. Si lo que quiere es hablar y aclarar las cosas, mejor un sitio discreto y alejado del bullicio. Además, teniendo en cuenta que Sebas conoce a casi todo el mundo en esta ciudad (es lo que tiene trabajar en la noche), tampoco me apetecía que nos viesen juntos y que se extendiese el rumor de nuestra vuelta. Y como mi idea es que el encuentro dure lo justo y necesario, este local me queda lo bastante cerca de casa para evitar la tentación de prolongar la velada sin necesidad.

Ahora me queda por dilucidar uno de los aspectos más complicados de mi encuentro de hoy: ¿qué se pone una persona que va a reunirse con una expareja a la que va a decirle que nunca más va a pasar nada entre ellos? ¡Dios, es tan difícil! Solo de pensarlo un cosquilleo nervioso recorre mi estómago y hace que por un segundo dude si estoy realmente preparada para abordar la situación. ¡Tú puedes, Sara! ¡Eres una mujer fuerte y ningún ex va a poder contigo!

Podría ponerme un vestido increíblemente sexi para que se dé cuenta de lo que ha dejado escapar. Pero ¿realmente me importa lo que piense? Además, creo que eso es lo que espera y le haría ver que le doy importancia al encuentro, que es lo último que deseo. Lo único que quiero es que vea que he conseguido avanzar, que he conseguido ser feliz estos años sin estar junto a él y que quiero seguir así. Y, más que lo vea él, necesito creérmelo yo.

8:30 p. m. Salgo de casa mientras noto cómo mi corazón palpita como un loco dentro del pecho. Parece que de un momento a otro va a salir disparado. La hora que me he echado debajo de la ducha en un intento de relajarme solo surtió efecto hasta el momento en que abrí la puerta de casa para dirigirme al encuentro con Sebas. Encima en la calle hace un calor horroroso. Se nota que se está acercando el verano. Pero esta temperatura no ayuda a que me despeje, sino todo lo contrario. Me hace sentir pegajosa. Menos mal que al final me decanté por una indumentaria muy sencilla y cómoda: unos vaqueros, una camiseta blanca flojita con una enorme estrella de tachuelas doradas en el centro y unas bambas color *camel*.

Necesito sentirme cómoda y segura mientras hablo con él. Después de mucho meditarlo no necesito ir a impresionarlo. Ya me conoce de sobra. Lo único que quiero que vea en mí es que tengo claro que lo nuestro se ha acabado para siempre. Y para hacerle ver eso no es necesario que me calce unos tacones y me maquille como si fuese a una cita. Ya que no lo es. Y no lo será nunca más entre los dos.

8:55 p. m. No pensé que iba a estar tan complicado aparcar en esta zona. Sentada en el coche, con los nervios a flor de piel, empiezo a darme cuenta de que es probable que llegue tarde. Resoplo una y otra vez al comprobar que el que tengo delante ha conseguido encontrar un sitio. ¡Ya es el tercero que me quitan delante de las narices! Y seguro que ellos no tienen tanta prisa como yo.

Compruebo de nuevo la hora en el móvil, ya que con las prisas olvidé ponerme el reloj. Y odio salir sin él.

De repente un golpe de suerte: cuando termina de aparcar el que tenía delante, compruebo que justo el que estaba aparcado a continuación se apresura a abandonar la plaza, la cual queda casi al lado de El 13. No todo iba a salir mal esta noche, ¿no?

Después de repasar mi aspecto en el espejo retrovisor y echarme un poco de brillo en los labios, bajo del vehículo (es cierto que me eché una base de maquillaje para al menos tener una cara decente: una cosa es maquillarse y otra adecentarse, y la verdad es que a partir de los cuarenta esta capita sin importancia tampoco sobra). Camino a paso ligero mientras compruebo que llevo todo en el bolso: llaves, cartera, móvil, la batería portátil... Todo correcto. Y la dignidad, esa la llevo puesta.

Al llegar a la puerta del local me doy cuenta de que está abarrotado de gente. ¡Un lugar tranquilo era lo que quería! Es lo que tiene no salir demasiado, que no me entero muy bien de cómo van los flujos de gente un viernes por la noche. Y, por lo que veo, este lugar debe de ser uno de los más solicitados una noche como la de hoy. Miro a un lado y al otro intentando localizar la silueta de Sebas. Es fácil de ver, por lo que si ya ha llegado no me va a resultar complicado visualizarlo.

Pero no lo veo, por lo que me dirijo a la barra y espero a que el camarero termine de atender a la joven pareja que tengo delante. Observo como él la agarra por la cintura y ella apoya la cabeza en su hombro. Es una tierna imagen. Una bonita cena un viernes por la noche. ¡Casi como la que me espera a mí, vamos! Noto como un nudo se empieza a instalar en mi garganta. Agacho la cabeza mientras empiezo a lamentarme, de forma mental, pensando que hubiese sido mejor idea haber quedado para tomar un café, de forma que la cosa hubiese sido más rápida, en lugar de una cena. Porque intuyo que Sebas no se espera cuál va a ser mi discurso esta noche. Creo que aún piensa que puede convencerme. Y es normal, después de mis reacciones en los últimos encuentros que hemos tenido.

—¿Sara?

Entonces oigo su voz. Esa voz que me obliga a girarme mientras mi pulso se acelera a su compás. Y descubro a Sebas justo detrás de mí. Trago saliva y lo observo. Está guapo, muy guapo. Noto como sus ojos recorren mi rostro, quizás buscando alguna señal que le indique qué es lo que va a suceder esta noche. Es la hora. Ya no hay marcha atrás.



Sábado, 12 de mayo

6:00 a. m. Llevo ya unas cinco horas dando vueltas en la cama sin poder dormir. Y, sí: la cena con Sebas es la responsable de mi insomnio.

—¿A que es increíble?

Una sonrisa estúpida se instala en mi rostro mientras observo cómo Sebas me mira interrogante. He perdido el hilo de la conversación hace bastante tiempo y solo su última pregunta me ha hecho volver a la realidad. No sé qué debo contestarle, porque no sé qué es lo que me estaba diciendo. Desde que nos sentamos y comenzamos a cenar, lleva toda la velada hablando sin parar, como si esta situación fuese algo normal. Como si no hubiesen pasado casi dos años desde nuestra ruptura y esta no fuese la primera «cita» en tanto tiempo. ¿Cómo le es tan fácil normalizar una situación que no tiene nada de normal?

Otra copa de vino. Realmente es lo que necesito. Creo que debo de llevar ya media botella yo sola. No va a ser necesario que Sebas me emborrache para aprovecharse de mí, ya que, con la idea de no pensar, ya lo hago yo solita. Necesito conseguir ese puntito en el que te sientes desinhibida y eres capaz de hablar sin tapujos. Solo espero que no me dé por decir o hacer ninguna tontería...

Cuatro copas de vino más tarde, los nervios iniciales empezaron a

desaparecer y mi lengua se empezó a soltar:

—Perdona, Sebas, no te escuché bien. ¡Hay tanto barullo!

—¿Estás bien? Te noto distraída y no paras con el vino... Esa faceta es nueva en ti.

—¿Qué pasa? ¿Te extraña que una mujer de más de cuarenta en una cena con un colega un viernes por la noche se beba unas copitas de vino? Pues sí, puede que sea una faceta que no conozcas de mí, como otras muchas...

Notaba cómo poco a poco la ira se iba apoderando de mi interior. Creo que este era uno de los motivos por los que evitaba hablar con él. Porque sabía que tenía mucho rencor acumulado. Y, claro, entre el alcohol, al que no estoy acostumbrada, y una frase suya que haga encender la mecha... ¡Boom! Estallo...

—No estés a la defensiva, por favor. Estamos aquí para empezar de cero, para hablar y aclarar las cosas.

—¿Aclarar las cosas? ¡No hay nada que aclarar! Yo solo he venido a escuchar eso que insistes tanto en contarme. Porque entre nosotros está todo muy claro, Sebas. ¿Qué es lo que quieres aclararme? ¿Los motivos por los cuales me engañaste? ¿Por qué no fui suficiente para ti y necesitaste meter a más personas en nuestras vidas? ¿Qué es exactamente lo que pretendas que entienda? ¿Que ahora no me tienes y soy tu nuevo reto? —grito como una histérica al mismo tiempo que me pongo de pie y le lanzo la servilleta que tenía encima de las piernas.

Noto como en mis ojos se empiezan a instalar decenas de lágrimas de rabia contenida, por lo que decido darme la vuelta y, ante la disimulada mirada de todas las personas que se encontraban cenando en las mesas más próximas a la nuestra y que eran fieles testigos del bochornoso numerito que acababa de montar, empecé a caminar a paso rápido hacia la salida. Al final no había sido buena idea. Eso estaba claro.

Al llegar afuera y sentir la ligera brisa sobre mi rostro me derrumbé. Las lágrimas se desbordaron y noté cómo empezaban a rodar por mis mejillas sin poder controlarlas.

—Sara, lo siento —escuché decir a Sebas, que se encontraba justo detrás de mí.

Podía sentir su calor, su aroma. Podía sentir también cómo lo odiaba. No había conseguido en todo este tiempo que me fuese indiferente. ¿Por qué no lo había superado si pensaba que sí lo había logrado?

Me giré y mirándolo a los ojos le grité:

—¡No me digas que lo sientes, porque mientes! ¿Que te arrepientes? Tal vez... ¡Pero no lo sentías mientras lo hacías!

—Sara... —dijo en un susurro mientras se acercaba más a mí.

—¡No lo digas, Sebas! ¡Déjame en paz! ¡Te odio! —le dije mientras apoyaba mis manos en su pecho para separarlo de mí lo más lejos posible.

Pero entonces agarró mis manos y me atrajo a él. Al principio luché por separarme, pero sé que fueron unos segundos. Pasó las manos alrededor de mi cintura apretándome con fuerza contra su cuerpo. Esa sensación tan familiar que tantas veces había disfrutado y soñado que sería para siempre...

No era capaz de pensar con claridad. Está claro que mi cabeza iba por un lado y mi cuerpo se dejaba llevar, pero por el contrario. Y mientras intentaba controlar mis sentimientos, mis deseos, aclarar mis pensamientos... Lo hizo. Me besó.

9:00 p. m. Menuda mierda de sábado. Todo el día dándole vueltas a lo mismo. ¿Por qué tuve que caer? ¿Por qué permití que consiguiese de nuevo lo que quería? Sabía que una vez que lo besase no habría marcha atrás. Pero al despertarme de madrugada en su casa fui consciente del error que había cometido. Al fin lo vi claro.

¿Por qué lo he hecho? No soy capaz de describir la sensación que siento en estos momentos aquí, tumbada a su lado en la cama. Pero lo que tengo claro es que lo único que necesito es salir de aquí. Me siento fatal. Al mirarlo ahora, mi corazón me indica que lo que siento por Sebas es un enganche al pasado, a una historia que se me fue de las manos y que no supe terminar. Pero nada más, ya que nunca podré olvidar el daño que me hizo.

Tenía razón María. ¿Realmente lo que quiero para el resto de mi vida es continuar dentro de una relación que ya falló en más de una ocasión? ¿Por qué cuando cumplimos años preferimos aferrarnos a lo conocido que intentar empezar de cero y descubrir lo que el futuro nos depara? ¡Solo estoy en la cuarentena! ¡Aún me queda más de la mitad de la vida por vivir! ¡Qué malo es el miedo a la soledad!

Es como si al entrar en esta década necesitásemos la seguridad de lo conocido, vivir en la monotonía, aunque no seamos felices, antes de arriesgar cuando las cosas no funcionan y dejarnos llevar para encontrar aquello que realmente nos

complete.

Lo observo fijamente intentando recordar aquello que sentía cuando creía que él sería el definitivo, que era el hombre que siempre había soñado. Pero mi corazón me indica que ya no, que se acabó. Miro su boca intentando recordar los besos que hace unos instantes nos dimos, sin embargo, son otros los que vienen a mi mente. Y noto como entonces mi corazón sí se acelera. Necesito terminar con esto lo antes posible, pero no sé cómo actuar. ¿Qué voy a decirle?: «Sebas, despierta. Ya sé que nos acabamos de acostar, pero no quiero verte nunca más. Se acabó».

¿Por qué es tan complicado, siendo ya adultos, hablar las cosas con claridad y expresar lo que sentimos?

—¿Qué hora es? ¿Estás bien? —pregunta de repente con voz somnolienta, devolviéndome a la realidad.

—Perdona, Sebas. Siento haberte despertado. Vuelve a dormir. Es la una de la madrugada. Será mejor que me vaya —contesto mientras noto como la voz se me quiebra.

En el fondo, aunque es un alivio darme cuenta de que no es él lo que necesito en mi vida, me duele. Me duele muchísimo que toda nuestra historia vaya a terminar aquí y ahora. Porque sé que nunca podremos ser amigos. Es demasiado lo vivido. Y pensarlo me hace daño. Es cerrar una etapa de mi vida que ha durado mucho tiempo y esto siempre cuesta. Me hace analizar los motivos que nos llevaron a esta situación y el porqué de que no funcionase.

—Aclárame qué es lo que pasa por tu cabeza —indica sin despegar sus ojos de los míos.

—Sebas, lo fuiste todo para mí. Lo he pasado muy mal después de nuestra ruptura y sé que tú lo sabes. No fue fácil acostumbrarme a estar sin ti.

—Sara, no sigas. He cambiado. Déjame demostrártelo. Deja el pasado atrás. Mañana pensarás con más claridad. Las cosas no fueron como tú te imaginas y...

—No sigas por ahí, en serio. No es el momento de hablar de lo que ya pasó. Como dices, todo eso quedó atrás. Pero ahora quiero tranquilidad en mi vida.

Es lo único que necesito. Y sabes que tú no puedes dármela. Pertenece a mundos muy distintos y tu ritmo de vida y el mío son totalmente opuestos y llevamos mucho lastre detrás. Si estoy con una pareja, no puedo estar pensando todo el día en si me estará engañando o no. Necesito confiar plenamente en la persona que esté a mi lado y sé que contigo eso es imposible.

—No tiene por qué ser así. Yo conseguiría que volvieses a confiar en mí.

Aparto la vista de sus labios. Sé que en el fondo él quiere creer sus palabras y piensa que puede cambiar. Pero los dos sabemos que no es verdad. Por el rabillo del ojo veo como se cubre la cara con las dos manos mientras yo me quedo callada mientras aparto la sábana y comienzo a buscar mi ropa interior.

—¿Hay algo que pueda hacer para recuperarte? ¿Es que hay otra persona?

—No es eso, Sebas. Simplemente no funcionaría. —Por un momento dudo si hablarle o no de Paco. Pero no lo hago porque tengo claro que no es él el motivo de que lo nuestro se haya terminado. Simplemente no siento por él lo de antes y sé que nunca podría fiarme de él.

Estira sus brazos y posa sus manos sobre las mías. Siento como las yemas de sus dedos acarician el dorso de mis manos y noto como mis ojos empiezan a empañarse, a llenarse de lágrimas sin poder evitarlo. Siento que esto acabe así, que nunca más mi piel vaya a notar de nuevo sus caricias. Debería decirle muchas cosas que me he callado, que supiese todo lo que he sentido, pero hay secretos que es mejor guardar. ¿De qué serviría? ¿Por qué duele tanto dejar marchar a alguien que sabes que no es para ti?

—Por favor, Sara, no llores. Lo último que quiero es verte triste. Si me dices una oportunidad sé que podría funcionar. Es toda una vida juntos. Hemos tenido problemas, pero sabes que hemos logrado por momentos complementarnos. Hemos tenido instantes muy buenos: viajando, con los niños, con amigos, en la cama... —dice mientras sonrío de forma melancólica intentando relajar el ambiente.

—No quiero odiarte, Sebas. Reconozco que llegué a hacerlo y prefiero no intentarlo de nuevo. Es mejor que quede todo aquí, ahora que aún nos tenemos cariño, y no volver a pasar por lo ya vivido. Sabes que siempre vas a ser muy especial para mí, pero el volver a intentarlo solo haría que termináramos odiándonos —consigo responder mientras me limpio con la sábana una lágrima que no consigo retener.

—¿Y si funcionase? Puede salir mal. Pero ¿y si no? ¿Y si esta vez es realmente la buena?

Lo observo en silencio y un nudo se forma en mi pecho mientras aparto mis manos de las suyas. Esto es un adiós. Yo sé que no puede salir bien porque ya no lo quiero. Al menos no como antes.



Lunes, 14 de mayo

7:00 a. m. ¡Vuelta a la rutina! La verdad es que, con todo lo que ha pasado en las vacaciones, hasta lo agradezco.

Además, encender el ordenador y encontrarte con 283 correos sin leer no tiene precio. Es lo que tiene cogerte unos días de descanso, que luego ya viene todo de golpe. Pero esta vez no me importa. Sé que así voy a estar lo suficientemente entretenida como para no darle más vueltas a lo sucedido. Ya agoté ayer el cupo y decidí hacer borrón y cuenta nueva. Voy a olvidar lo sucedido con Sebas. Además, creo que al final no ha sido mala idea. No me refiero a lo de acostarnos, evidentemente. Eso no fue lo más acertado. Pero me alegro de que se haya acabado. No sé qué tipo de pensamientos pasarán por mi cabeza cuando me lo vuelva a encontrar, pero al menos ya sé lo que no pasará más.

Había fantaseado tantas veces con que volviese a suceder algo entre nosotros y lo que sentiría en caso de que pasase que ahora, que al final ha sucedido, me he dado cuenta de que mi imaginación se había hecho unas expectativas demasiado altas. Y, lo más importante, me he dado cuenta de que no lo amo. Ya no.

No hemos vuelto a hablar desde que me fui de su casa el sábado de madrugada. Quizás esperaba un mensaje suyo después de lo sucedido, pero tampoco tendría sentido. Había pasado y se había acabado. Sin rencores, sin malos rollos. Es probable que él lo único que buscase fuese tenerme en su cama una vez más. Pero su cara, mientras me escuchaba hablar en su cama antes de irme, me dice que no era así. O a lo mejor es lo que mi subconsciente quiere pensar... ¡Qué más da!

Lo peor de todo es que el segundo objetivo de mi lista, el único que iba viento en popa..., ¡zas! ¡A tomar viento!

8:48 a. m. ¡Justo a tiempo!

—Cada vez lo tengo más controlado, ¿eh? —digo guiñándoles un ojo a los niños mientras aparco delante del colegio.

Miguel y Santi me sonríen con sus preciosas caritas somnolientas. La verdad es que estoy deseando que acabe ya el curso. Estos dos últimos meses siempre se me hacen eternos. Y a ellos también.

—¡Pasadlo muy bien! —les grito mientras se bajan del coche.

—Vamos..., ¡una cosa! —me replica Miguel con ese ímpetu adolescente tan adorable...

Claro que, mirado desde su punto de vista, aún no comprende que la de estudiante es la mejor vida. O al menos para mí lo era. La única responsabilidad era aprobar. Después era todo fiesta y diversión. El resto te lo daban todo hecho. Ya lo comprenderá con el paso del tiempo...

9:15 a. m. Ayer me mandó un mensaje Inma para ver si tomábamos un café y así la ponía al día de mis vacaciones y, de paso, ella me contaba todo lo sucedido durante mi ausencia y los asuntos pendientes que se habían acumulado durante la pasada semana.

Mientras la espero en la cafetería que está debajo de nuestra oficina reviso la agenda para intentar organizar esta semana. Este fin de mes va a ser duro: entre el trabajo atrasado, la comunión, los entrenamientos, la final de Miguel y los exámenes, lo único que espero y suplico es que no nos pongan una reunión o algún curso que me rompa con la necesaria conciliación familiar que necesito esta semana. Y como ya sabemos que la ley de Murphy conmigo siempre se cumple...

—¡Buenos días! —me saluda Inma mientras se sienta frente a mí, con su fiel sonrisa.

—¡Hola, Inma! ¿Qué tal? ¡Se acabó lo bueno! Aquí me tienes de vuelta a la realidad —le respondo mientras me incorporo sobre la mesa para darle dos besos.

—Espero que los clientes te dejasen desconectar y no te molestasen. ¿Conseguiste cerrar ya todo lo de la comunión de Santi?

—La verdad es que ya lo tengo casi todo listo. ¡Menos mal! Porque me empezaba a quitar el sueño.

—¿Aprovechaste para salir o ir a algún sitio?

Y entonces la noche del viernes pasado viene a mi cabeza. Espero que no me haya visto nadie conocido montando el numerito en el restaurante. Lo que me faltaba. Ya me llegó que me viese Sergio con Paco, para que encima alguien me hubiese visto primero discutiendo y después besándome con Sebas. Entonces sí que iban a hablar...

—Nada relevante. Aproveché para descansar un poco y ordenar algo en casa. Ya sabes que son cosas que si no las haces en vacaciones no las haces nunca. Por cierto, muchas gracias por avisarme del cumpleaños de Paco el otro día. La verdad es que no tenía ni idea de que era el martes pasado. Si no llegas a avisarme, no me entero. Y no me hubiese gustado quedar mal con él, ya que él sí me felicitó el día del mío.

—¡Qué menos! Después de lo que me comentaste el otro día, supuse que querrías felicitarlo. La verdad es que es muy majo, Sara. El martes, después de trabajar, nos vinimos aquí a tomar unas cañas él, Sergio y yo. Me parece un chico muy interesante. Y me preguntó por ti. Le dije que te habías tomado esta semana de vacaciones. A lo mejor son imaginaciones mías, pero, a pesar de querer aparentar naturalidad, yo creo que para él lo que pasó entre vosotros no fue un simple rollo. No me gusta meterme donde no me llaman, pero creo que a Paco le gustas —afirma mientras me mira a los ojos, supongo que intentando adivinar cómo me caen estas palabras.

—La verdad es que es un chico encantador. Eso no lo puedo negar. Pero no creo que él quiera algo más —miento descaradamente, apartando mis ojos de los suyos y centrándolos en el café que tengo enfrente para que no se dé cuenta—. Y la verdad es que prefiero no planteármelo, porque yo estoy bien así. Ya sabes cómo es mi vida de complicada en estos momentos. No tengo tiempo para meter a un hombre en ella, Inma. Además, no soy un buen partido para él: ya soy mayor y tengo dos hijos. Creo que él tampoco necesita complicarse la suya con una relación conmigo —respondo con una sonrisa melancólica, porque realmente sí pienso lo último que le estoy diciendo.

—Sara, tú eres un partidazo para cualquiera. A ver cuándo quieres creértelo. Y te mereces rehacer tu vida de nuevo y compartirla con alguien que te quiera.

—Se está bien sola, de verdad. Al menos por ahora no es algo que necesite. Está claro que, si surge, pues no podré hacer nada para evitarlo. Pero, de momento, prefiero no buscarlo. ¿Quieres que te diga el número de correos que tengo sin contestar después de esta semana de vacaciones? ¡Como para encima tener que buscar un ratito esta semana para dedicárselo al churri de turno! ¡Quita, quita! —le respondo sonriendo, intentando desviar así la conversación.

Paco. La verdad es que el fin de semana me acordé mucho de él. No me puedo

creer que, viendo a Sebas desnudo en su cama tumbado junto a mí, me hubiesen venido a la mente los besos de Paco. Hace muy poco tiempo sería impensable que, en esa situación, hubiese podido pensar en otro hombre que no fuese Sebas.

Pero ayer, después de leer el mensaje de Paco varias veces, a pesar de ser muy bonito y decirme que no me había olvidado, comprendí que no insinuó en ningún momento que quisiese las explicaciones que le regalaba en el mío. A lo mejor es que no las necesita. O, mejor dicho, que no le importan ya, dado que lo nuestro se ha terminado.

Y eso es lo que yo quería, ¿no? Sin complicaciones, sin riesgos. Mejor quedarme con los momentos perfectos que Paco y yo hemos disfrutado. Porque todo al final se estropea. Porque las parejas, además de tener buenos momentos, también se pelean y discuten. Porque las parejas, además de quererse, también se hacen daño. Siempre pasa. Es inevitable. Y en estos momentos prefiero renunciar a la parte buena a tener que sufrir la mala. No lo necesito. Ahora no.



Jueves, 17 de mayo

La verdad es que esta semana se me está pasando volando. ¡Ya es jueves! Es increíble lo rápido que pasa el tiempo cuando tienes tantas cosas que hacer.

Ayer conseguí dejar listo el asunto más delicado de la comunión y el que más complicado veía: comprarme el modelito.

Llamé a María para ver si podía ayudarme. Sabía que ella tampoco lo había comprado y así, por la tarde, mientras dejamos a los niños en los entrenamientos, nos acercamos al centro comercial para ver si había suerte y conseguíamos las dos quitarnos ese marrón de encima.

—Y... ¿qué tal las vacaciones? Porque no te has dejado ver el pelo. Al menos pudiste avisar el fin de semana para tomar algo. Para una vez que estamos sin niños y podemos... —me pregunta María mientras se prueba un precioso mono en color turquesa y me escruta con la mirada a través del espejo del probador. La conozco demasiado bien para saber cuándo sus preguntas llevan un doble sentido e intenta sonsacarme información acerca de si hice algo que no le haya contado.

—La verdad es que nada especial. Ya sabes, lo de siempre. Recoger la casa e intentar terminar con todos los preparativos de la comunión, que no es poco —contesto, sintiéndome fatal por ocultarle todo lo sucedido con Sebas.

Pero sé que si se lo cuento se va a enfadar un montón y no va a entender los motivos, y mucho menos se va a creer que no quiero nada más con Sebas y que me he dado cuenta de que lo nuestro ya no tiene futuro. Pero no puedo evitar que me duela porque nosotras siempre nos lo contamos todo y me da la sensación de que, al no hacerlo, de alguna manera le estoy fallando.

—Estás espectacular con ese mono —afirmo, intentando así desviar la conversación y evitar seguir mintiendo.

—No sé, la verdad es que me apetece un montón que la semana que viene sea la comunión, porque reconozco que últimamente ando hecha un desastre. Estoy en una de esas etapas en las que no me apetece nada arreglarme y ando siempre con lo mismo. No sé qué me pasa, pero vuelvo a estar de bajón. Supongo que será que en breve toca revisión y ya sabes cómo me afecta. Por eso necesito cambiar el chip y venirme arriba. Esta última semana no hago más que comer. ¡He debido de coger 3 kilos! Y, como siempre, lo pago con Manu. Reconozco que a veces se merece el cielo. Pero es que no puedo evitarlo. Ojalá mi cerebro tuviese un interruptor en el que cambiar mis estados de ánimo...

—María, es normal. A cualquiera le pasaría... Pero ya sabes que todo va a estar bien. No tienes que preocuparte —le contesto completamente convencida de mis palabras.

—Lo sé. Quiero creerlo, pero no puedo evitarlo —dice, mientras se da la vuelta, con una sonrisa melancólica.

—Está bien. No puedo hacerlo: me acosté con Sebas. ¿Contenta? —suelto de repente. No puedo verla así y encima mentirle. Al menos sé que con la bomba que acabo de soltar voy a mantener su preciosa cabecita ocupada durante algún tiempo para que no piense en el resto. Me merezco su sermón y ella se merece no pensar en la próxima revisión.

Veo como los ojos y la boca de María se abren al unísono, de par en par, sin dejar de mirarme.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que algo había pasado! ¡Te conozco! ¡Y no pensabas decírmelo! —grita como una loca sin despegar sus ojos de los míos.

Reconozco que la situación es un poco surrealista: María gritando como una histérica medio desnuda en el probador mientras yo asumo el chaparrón sentada en el minúsculo banquito con unas ocho prendas y sus correspondientes perchas encima.

—María, baja el tono. ¡Por Dios! Que nos está oyendo todo el mundo. Tampoco me apetece que se entere todo el centro comercial.

—Es que no me lo puedo creer. Ya me imaginé el día que os vi en Mr. Fitness que algo pasaba... Pero, Sara, ¿que vuelvas a caer? ¿Es que no has aprendido nada? ¡Avanza, por favor! Es que no puedo entenderlo... ¿Qué tiene que hacer

para que lo olvides? ¿No te ha llegado ya con todo lo que te hizo sufrir?

—Se acabó, María. De verdad. Pero necesitaba que pasase lo del viernes. Necesitaba quitarme esa espina que tenía dentro desde hace mucho tiempo de si existía alguna remota posibilidad de que lo nuestro pudiese volver a funcionar. No sé, a lo mejor no ha sido la mejor forma de hacerlo, pero te aseguro que ahora sé que ya no quiero volver con él. Que ya no es lo mismo —afirmo, esperando que realmente crea mis palabras.

—No sé, Sara. Espero que realmente sea como dices. No quiero que te vuelva a hacer daño. No te lo mereces. No es para ti. Sé que existe la persona perfecta que está esperando a tropezarse contigo y hacerte la persona más feliz de este mundo. Está en algún lugar y solo tienes que abrirte y aparecerá. Pero para ello es necesario que dejes la puerta del pasado cerrada y no la vuelvas a abrir una y otra vez. Porque si lo haces no avanzas. Y lo sabes.

—Lo sé. Y por eso la he cerrado para siempre. Te lo prometo.

—Ojalá sea cierto. —Y veo como sus ojos me suplican que así sea.

Miro el precioso vestido morado que cuelga en la percha delante de mi armario. La verdad es que me alegro mucho de habérselo contado ayer a María. Necesita sacarlo de dentro. Parece que cuando compartes las cosas es como si las hicieses realidad. Necesitaba pronunciar en voz alta que ya se había acabado. Que Sebas era pasado. Ahora, por fin, podré empezar de nuevo. Avanzar, como dijo ayer María.



Domingo, 20 de mayo

¡Domingo! Hoy es la gran final de Miguel. Después de que ganasen los últimos partidos han conseguido clasificarse para la final del campeonato. ¡Está tan feliz...! Pase lo que pase hoy, han hecho una temporada extraordinaria. Ayer Santi jugó también su último partido. Este fin de semana es el que marca el comienzo del verano, ya que vamos a empezar a disfrutar de los fines de semana libres. Y sin madrugones, lo cual también se agradece.

9:30 a. m. ¡Mamá! ¿Sabes dónde están los calcetines grises? ¡En mi cajón no están y necesito llevar esos! —Escucho gritar a Miguel como suele ser habitual.

—¿Comprobaste que no estén para secar? Mejor dicho, ¿los echaste a lavar o los habrás dejado olvidados en alguna bolsa? —grito desde el baño.

Era mi momento de relax. Hay padres en el colegio que se quejan de que sus hijos adolescentes se encierran en el baño con el móvil. Pero yo entiendo a los niños, ya que para mí es mi escapatoria. Es ese ratito que tengo para mí sola en casa para poder mirar el Instagram y ponerme al día de los cotilleos. Es como si, en ese instante, desconectase de todo. Hasta que me llega algún grito del exterior que me devuelve a la realidad.

—Recuerdas que tenemos que salir en media hora, ¿no? ¡Y tendidos no están!

¿Puedes venir? —Ahí llega el mencionado grito con el que noto como Miguel empieza a desesperarse.

—Voooy —le contesto, resignándome a salir de mi refugio. Y lo peor es que o están en casa de Javier, o están en la bolsa, o realmente están tendidos y como siempre no los ha visto.

10:30 a. m. El ambientazo que hay en el pabellón es espectacular. En el fondo vamos a echar de menos estos fines de semana de nervios y desahogo en las gradas. Está claro que las competiciones de los niños te limitan mucho a la hora de hacer planes los fines de semana, pero la verdad es que, una vez que ya te encuentras metida en la vorágine de tensión de los partidos, cuando llega ese primer sábado o domingo sin ellos hasta te encuentras un poco perdida.

—¡Hola, Sara! ¡Qué nervios! Ojalá ganen hoy... Álex no ha pegado ojo en toda la noche por culpa de los nervios —me dice Begoña, la madre de uno de los compañeros de equipo de Miguel.

—La verdad es que sí. ¡Con lo difícil que es llegar hasta aquí! ¡Quién sabe si lo vuelven a lograr! Pero pase lo que pase tienen que disfrutarlo, que ya es un logro lo que han conseguido.

En ese momento suena la bocina indicando que queda un minuto y medio para que comience el partido. Vemos como los niños dejan la pista y se van para el banquillo a esperar las instrucciones de su entrenador. ¡Se les ve a todos tan nerviosos...! O eso es lo que a mí me parece, aunque a lo mejor es por lo nerviosa que estoy yo.

—¡María! ¡Aquí! ¡Te he guardado sitio! —le grito a mi hermana, que acaba de entrar corriendo en el pabellón.

—Todo el día corriendo. Pensé que no llegaba... ¡Es horrible cómo está la zona para aparcar! —comenta mientras se sienta a mi lado.

12:45 p. m. Quedan cinco segundos y estamos uno abajo en el marcador. No hemos tenido ni un respiro en todo el partido. Ha estado muy igualado. La verdad es que da pena que cualquiera de los dos equipos pueda perder, porque los dos se merecen ganar la final. Pero está claro que más pena me daría que fuesen los nuestros.

El entrenador ha pedido tiempo muerto y en las gradas, a pesar de los nervios, nos lo estamos pasando todos genial. Da gusto ver un ambiente tan ameno y

divertido por las dos partes.

No puedo evitar que venga a mi mente el último partido que estuvo tan igualado hace ya más de dos meses. Y tampoco puedo evitar pensar que me hubiese gustado que Paco estuviese hoy aquí. Si aquel día disfrutó de lo lindo (según me dijo), está claro que hoy disfrutaría mucho más.

Justo en este instante suena la bocina que indica que el tiempo muerto se ha acabado, devolviéndome a la realidad.

Veo a Álex preparado para sacar de banda. El árbitro hace sonar el silbato indicando que empiezan los segundos decisivos. ¡Hay que marcar! Miguel coge la pelota y corre como un rayo con sus calcetines grises de la suerte hacia la canasta. Los cinco del equipo contrario se cierran sobre él para evitar que pueda penetrar. Tres, dos... Y en ese instante se saca un pase de no sabemos dónde que aterriza en las manos de Mario, que se encuentra solo al otro lado y que lanza a canasta. Uno... ¡Y anota!

Suena el pitido final. ¡Ha ganado! Los niños saltan en la pista como locos abrazándose unos a otros. Y los padres en las gradas igual. ¡Menudo subidón!

Y entonces Paco reaparece en mi memoria. Recuerdo la celebración del once de marzo. Contra la pared del pabellón primero y en su cama después. Y recuerdo lo mucho que me gustó. Y lo que sentía al estar con él. Y, entonces, unas mariposas empiezan a revolotear en mi estómago sin poder evitarlo.



Martes, 22 de mayo

Es increíble lo rápido que pasa el tiempo. En menos de un mes empieza ya el verano y, debido a eso, ayer por la tarde Sergio nos envió una convocatoria de reunión para hoy. Supongo que será para organizar el tema de las vacaciones y que queden todas las carteras cubiertas. La verdad es que aún ni me he planteado cuándo cogerlas, ya que todavía no sé si vamos a ir a algún sitio o si nos quedaremos disfrutando aquí de la piscina y de la playa. Es lo que tiene vivir en una preciosa ciudad costera, y encima, al tener piscina en casa, me da pereza pagar por disfrutar de lo mismo en otro lugar. Y el tener dos perros también influye. Es más complicado organizarte con ellos. Y, además, como los niños suelen irse unas semanitas de campamento, también agradecen el poder descansar en casa y disfrutar de las fiestas de los pueblos cercanos con los amigos, teniendo en cuenta que algunos días tienen que irse con Javier.

9:35 a. m. Cuando entro ya están todos en la sala de reuniones. No he podido evitar retrasarme, ya que ayer Santi se puso un poco pocho de la barriga y me costó un montón conciliar el sueño después de conseguir que él se durmiese. Miro a ver dónde está Inma para sentarme como siempre a su lado, pero veo que el sitio está ocupando, quedando solamente uno libre. Al lado de Paco. ¡Pues sí que empezamos bien la mañana!

—¡Hombre, Sara! ¡Gracias por venir! —me saluda Sergio de forma irónica.

—Siento el retraso. Es que Santi no se encontraba muy bien —me disculpo mientras tomo asiento, intentando no cruzar mi mirada con la de Paco, ya que siento sus ojos clavados en mí. Como sabía que inevitablemente iba a encontrármelo, tengo que reconocer que esta mañana me he esmerado un poquito en arreglarme, lo que también contribuyó a que no llegase a tiempo.

Mientras saco del maletín de mi portátil unos folios y un bolígrafo para tomar notas noto como el aroma de Paco envuelve toda la sala. O al menos yo es el único olor que puedo percibir.

—¿Todo bien? —me susurra acercándose a mi oído, lo que provoca que un escalofrío me atraviese todo el cuerpo.

Levanto la vista y miro a Inma, que sonrío desde el otro lado de la mesa.

—Todo bien. Lo de Santi no es nada importante. Dolor de barriga, le debió de coger el frío. Seguro que esta tarde se encuentra mejor. Gracias por preguntar —le contesto, fijando mi mirada en los folios para que no se dé cuenta de que me sonrojo al hacerlo.

—Me alegro. Si necesitas algo ya sabes. —Sonrío mientras me contesta con timidez.

Entonces levanto los ojos y lo miro. En sus ojos veo que es sincero, que puedo contar con él si lo necesito. Y me doy cuenta de que eché mucho de menos esa preciosa mirada verde. Recordé lo rápido que pasaba el tiempo cuando mis ojos se clavaban en los suyos. Cómo las horas parecían que encogían transformándose en pocos minutos. Y entonces me doy cuenta de que no sé cuánto tiempo llevo mirándolo.

—Sara, Paco, ¿estamos? —La voz de Sergio nos devuelve a la reunión.

—Perdona, Sergio —contesto azorada por la situación, teniendo en cuenta que él sabe lo que pasó entre Paco y yo.

2:15 p. m. Una vez terminada la reunión me despido de todos. Sergio había reservado para comer todos juntos en un nuevo restaurante que acaban de abrir en la zona, pero, a pesar de que reconozco que me apetece un montón quedarme (teniendo en cuenta que Paco sí que se queda), me disculpo y decido ir al colegio a recoger a los niños, ya que necesito saber que Santi ha pasado una buena mañana y que se encuentra mejor. Sé que se podrían encargar perfectamente mis padres, pero no puedo evitar sentir la necesidad de comprobarlo por mí misma.

4:30 p. m. La sala de urgencias está a reventar. Cuando recogí a Santi del colegio, el pobre tenía muy mala carita. La tutora me dijo que había vomitado y que le habían preparado una manzanilla y que no me llamaron porque parecía que se encontraba mejor. Pero al salir me dijo que aún le seguía doliendo un poco la barriga, por lo que decidí que era mejor acercarlo a que lo viese un pediatra. Todos los años a estas alturas, al llegar el buen tiempo, empiezan las gastroenteritis, que se propagan como una plaga. El año pasado, en clase de Miguel, llegaron a faltar más de diez compañeros a la vez. Y lo peor es cuando me contagian, ya que no sé cómo se las arreglan: ellos se recuperan en dos días y a mí me dejan doblada más de dos semanas. Debe de ser la edad...

—Cariño, ¿te duele mucho? —le pregunto mientras acaricio su suave mejilla. Parece tan indefenso recostado en mi regazo que me dan ganas de achucharlo con todas mis fuerzas.

—Un poco menos. Mami, ¿me van a pinchar? —me pregunta con cara de preocupación. Santi es capaz de decirme que ya casi no le duele si con eso me lo llevo del hospital.

—Seguro que no, cariño. Pero lo importante es que te pongas bueno y que te deje de doler la barriga. —Prefiero no arriesgarme a prometerle que no le van a clavar ninguna aguja, ya que la última vez que lo hice le terminaron poniendo un gotero y me lo estuvo echando en cara durante más de dos semanas.

8:50 p. m. Al fin salimos del hospital. Lo de siempre: un virus. Desde que han nacido los niños, ese es el diagnóstico que me han dado los médicos en el ochenta por ciento de las ocasiones que los he acercado a urgencias. ¿Qué virus? Eso no lo sé, pero es lo de menos. Muchos líquidos, unos días a dieta blanda y un poquito de descanso. La única preocupación que tenía el pobre es que solo quedan cuatro días para su comunión. ¡Con la ilusión que le hace! Todo el año sin ponerse malo y justo ahora. Ya es mala suerte. Siempre sucede lo mismo. Pero aún queda tiempo para que se ponga bueno. Tendrá que guardarse las chuches, pero seguro que se recupera para estar con fuerzas para pasárselo genial con sus amiguitos y que sea un día inolvidable.

10:15 p. m. Estoy agotada. Al final Santi se ha dormido y al menos no ha vuelto a vomitar. A ver si al descansar se le va asentando el cuerpo y mañana se levanta mucho mejor.

Me doy cuenta de que desde que he entrado en el hospital no me ha sonado el móvil, y eso es algo muy raro. Entonces recuerdo que lo puse en silencio cuando estaba en la sala de urgencias. Y, como era normal, al cogerlo compruebo que tengo veintiocho llamadas perdidas (catorce de ellas de mi madre) y trescientos veinticuatro mensajes de ocho chats diferentes. ¡Qué barbaridad!

Después de veinte minutos de conversación con mi madre (decidí que era la primera llamada que tenía que hacer por dos motivos: el primero, porque sé que se preocupa de más cada vez que los niños enferman, y el segundo y no menos importante, porque si no las catorce llamadas podrían transformarse en treinta y dos), me metí en la cama para mirar los mensajes con calma. Casi todos eran de grupos, como siempre. De hecho, cuarenta y dos mensajes eran del equipo de baloncesto de Santi, que al poner que no podía ir a entrenar porque le dolía la barriga, todos los padres y madres decidieron poner un «que se recupere pronto», repetido veintidós veces y acompañado de mensajes de solo emoticonos con besitos-corazón y corazones varios... ¡Cómo se nota que ahora los mensajes son gratuitos! Esto está claro que hace unos años con los SMS no lo hacíamos, que con lo caros que eran ya nos encargábamos de aprovechar hasta el último de los caracteres que teníamos en cada mensaje.

Y al bajar en la lista veo el circulito verde con un tres en su interior a la derecha de su nombre: tres mensajes sin leer de Paco. Aunque solo puedo ver parte del último:

... Un besazo enorme (y besitos-corazón).

Noto como un cosquilleo recorre mi estómago. Son los primeros mensajes que me escribe desde su cumpleaños. Ya pensaba que no volvería a suceder. Después de pensarlo unos segundos, pincho sobre su nombre:

*Fue una pena que no te pudieses quedar a comer.
La verdad es que se te echó de menos. Al menos yo. Espero que Santi se encuentre ya bien. Por cierto, me dijo Elena que tenías en la oficina una documentación que te olvidaste de recoger.
Te lo comento por si te urge. Un besazo enorme...*

¡Qué mono! No se te tenía que molestar. ¡Y dice que me echó de menos! Seguro que lo dice por decir... Aunque yo prefiero pensar que es verdad.

Me cuesta mucho decidir cuáles son las palabras adecuadas para contestarle. Mis dedos escriben y borran sin parar. Veo que está en línea. Solo espero que no tenga mi chat abierto y me vea en estado «escribiendo» durante los veinte minutos que tardaré en enviarle el mensaje...

Muchas gracias por preguntar, Paco. La verdad es que hice bien en no quedarme porque Santi se puso un poco pachucho y lo tuve que llevar al médico. Pero ahora está mucho mejor. Seguro que mañana se encuentra mejor, o eso espero.

“

A mí también me hubiese gustado comer con vosotros.

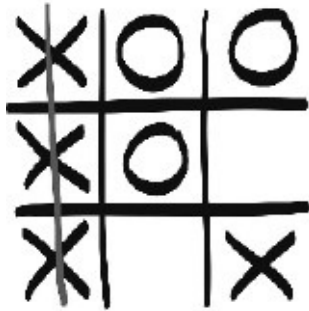
Además, hacía tiempo que no nos veíamos y me alegró mucho haberlo hecho hoy.

Gracias por decirme lo de la documentación.

Tiene que ser el contrato que estaba esperando.

Que descanses. Hasta mañana (besitos-corazón).

Y, mientras dejo el teléfono en la mesilla, noto como el corazón galopa con fuerza en mi pecho mientras una sonrisa tonta se dibuja en mis labios al recostarme sobre la almohada. Con qué facilidad consigue Paco, con un simple mensaje, que me olvide de lo duro y agotador que ha sido el día de hoy.



Miércoles, 23 de mayo

10:00 a. m. Hoy he decidido dejar a Santi descansando en casa. No me quiero arriesgar a que este fin de semana no esté totalmente recuperado. Mientras, voy a ver si consigo poner al día todos los mensajes sin contestar, ya que para el resto de la semana tengo un montón de visitas planificadas y la documentación pendiente de firma se me está amontonando. El teléfono no ha dejado de sonar en toda la mañana. Entre las llamadas de los clientes y las de mi madre para saber qué tal está Santi, debo de llevar unas doce desde que me he levantado.

11:15 a. m. Otra llamada más. Cojo el móvil para contactar con una clienta que me ha telefoneado hace unos minutos mientras estaba en línea con otro. Mientras escucho los pitidos de la espera suena el timbre del portal. Decido colgar la llamada y ver quién puede ser. El cartero con alguna multa a estas horas, supongo. Es uno de los problemas que tiene conducir tanto, que las multas se reproducen. Y no es que yo sea una irresponsable al volante, pero es que con tantos desplazamientos y la inmensa cantidad de radares de tramo que han puesto en todas las autopistas, en los que de repente te bajan de 120 a 90 y te vuelven a subir, para bajar de nuevo a 100, pues yo, que suelo ir con el limitador siempre puesto, caigo como mosca en la miel cada dos por tres. ¡Y me da una rabia! Porque pagar multas es como abrir la ventana y tirar el dinero por ella. Y no creo yo que ayuden mucho a reducir los accidentes de tráfico. Eso sí, a dejarme tiesa sí ayudan, sí.

—¿Hola? —No consigo ver a través de la ventanita al cartero.

—Hola, Sara. Soy Paco. Espero no molestarte, pero ya que pasaba por aquí

decidí probar a ver si estabas y acercarte el contrato que me dijiste que estabas esperando.

Me quedo patidifusa. ¿Paco en mi portal? Un escalofrío recorre mi espalda. Me he quedado muda y ni siquiera le he contestado.

—¿Sara? ¿Estás ahí?

—Perdona, Paco. Un momento. Ahora salgo.

Por lo menos mi mente ha sido lo bastante rápida como para no invitarlo a entrar. No porque no quiera que entre en mi casa, sino por el caos total que hay en ella... ¡y las pintas que tengo! Como Santi aún duerme, por no hacer ruido no he recogido nada y ¡yo aún estoy en pijama, con un moño puesto y las gafas!

Tengo cinco minutos para reaccionar y conseguir adecentarme algo. Y los pelos creo que no tienen solución. ¿Por qué tuvo que venir ahora?

Aunque tengo que reconocer que me hace ilusión. Me miro en el espejo mientras siento como el corazón me palpita con fuerza en el pecho. Paco está en el portal. Después de ponerme un *look* informal pero estudiado, colocarme las lentillas y conseguir domar el pelo, miro otra vez por la pantallita del telefonillo y lo veo. Mi Paco. Me apresuro a coger las llaves de casa y con dedos temblorosos giro la manilla de la puerta y salgo hacia el portal.

Mientras avanzo hacia la puerta lo observo: ¡qué bueno está! Hoy debe de tener alguna reunión con algún cliente importante, porque va bastante arreglado. Esos pantalones le sientan de vicio y esa camisa blanca con el cuello desabotonado... ¡Sara, contrólate! Que solo ha venido a traerte un contrato...

—¡Buenos días! —exclama al verme salir, con esa sonrisa suya que derrite hasta el asfalto.

—¡Hola! No tenías que haberte molestado, en serio. Perdona que no te invitase a entrar, pero es que Santi aún está durmiendo y tampoco quería entretenerte mucho, ya que supongo que hoy tendrás un montón de cosas que hacer y ya bastante tiempo has perdido con hacerme este favor... —Me siendo gilipollas con la excusa que estoy poniendo, cuando al mirarlo lo único que me pasa por la cabeza es empujarlo, primero hacia dentro de casa y después sobre mi cama.

—No te preocupes. Ya sabes que es un placer poder ayudar. Y qué menos... ¿Qué tal está Santi?

—Ya mucho mejor, gracias. Pero hoy preferí dejarlo descansando en casa, que todavía está algo debilucho. A ver si consigo que se recupere del todo para el sábado, que celebramos su comunión.

—¡No lo sabía! Pobre, menuda casualidad. Bueno, seguro que estará perfecto para ese día, ya verás —contesta mientras clava sus ojos en los míos.

Lentamente se va acercando a mí, con el sobre en la mano, sin dejar de

mirarme. Noto como las palmas de mis manos empiezan a sudar mientras su aroma empieza a envolverlo todo a mi alrededor. Un cosquilleo recorre mi estómago mientras mis ojos bajan desde los suyos hasta sus labios. ¡Qué ganas de volver a sentirlos sobre los míos!

—Paco...

No consigo que me salgan las palabras. Hay muchas cosas que quiero decirle. Demasiadas que quiero explicarle. Aún le debo su regalo de cumpleaños. Y compruebo que lo he echado de menos. Mucho. Siento el calor que emana su cuerpo a pesar de la escasa distancia que nos separa. Al agarrar el sobre que me acerca no puedo evitar rozar su mano con mis dedos. Estamos demasiado cerca y él sigue sin dejar de mirarme de esa forma que me vuelve loca y lo sabe. Pero antes tenemos que hablar. Tengo que aclararle muchas cosas. Quiero decirle lo que ha pasado, el porqué de mi actitud con él. Quiero contarle lo de Sebas. Si hay algo que empezar entre los dos, quiero que sea sin secretos, sin mentiras. No sé qué es lo que él espera de mí, pero al verlo ahora sé lo que yo quiero de él. Y espero que no sea tarde. Sé lo que despierta en mí con solo mirarlo.

Nos quedamos callados unos segundos, o tal vez un minuto, contemplándonos, sin separar mis dedos de su mano. Y entonces sonrío. Estamos tan cerca... Su otra mano, de pronto, acaricia mi mejilla y no puedo evitar mordirme los labios, intentando controlar el deseo que brota de mi interior que me empuja a querer besarlo.

—Reconozco que lo del sobre es una excusa, ya que tenía ganas de volver a verte...

Todos los recuerdos de los buenos ratos que pasamos juntos vuelven a mi mente. Tantos días sin sentir ese roce de su piel en la mía. Sin observar su sonrisa. El pelo le ha crecido y me encanta cómo le queda. Me estoy muriendo por enredar mis dedos en él y atraerlo hacia mí. Pienso en cómo sus manos acariciaban mi piel, en su lengua recorriéndome entera y no controlo... Y lo beso.

De pronto me toma de las mejillas y me separa. Compruebo como su mirada está cargada de deseo. Y se arroja a mis labios de nuevo. ¡Cómo echaba de menos el sabor de sus besos! El sobre se encuentra ya en el suelo. Me engancho a su espalda para acercarlo más a mí. Necesito sentirlo más cerca aún. Necesito su cuerpo completamente pegado al mío.

De repente la puerta del portal se abre, devolviéndonos a la realidad de donde nos encontramos. Nos separamos y nos miramos sonriendo. Nos damos unos cuantos besos más. Pequeños. Más lentos. Y nos despedimos.



Viernes, 25 de mayo

Hoy es viernes y el domingo es el gran día. ¡No queda nada! La verdad es que Santi ya está totalmente recuperado y ya lo tengo todo organizado. Solo queda esperar que todo salga según lo previsto y que sea un día inolvidable para él. Tengo que reconocer que me encuentro de un humor espectacular después de lo sucedido con Paco. Me alegro un montón de haber arreglado las cosas con él. La verdad es que estoy muy ilusionada con la idea de que lo nuestro pueda funcionar. Ya no pienso en el futuro, ya que soy de vivir el día a día. Pero la verdad es que me encanta y estoy feliz de poder disfrutar con él esta nueva etapa de mi vida.

A la despedida del otro día en el portal le sucedieron un montón de mensajes y risas. No encuentro el momento de estar a solas con él y sentirlo de nuevo. Sus caricias, su piel, su aroma. Necesito que me haga el amor y sentir ese escalofrío que recorre mi cuerpo cada vez que me toca.

Sé que nos quedan muchas cosas que aclarar. Quiero contárselo todo, empezar de cero, olvidar todo lo que ha pasado y darnos una oportunidad de ser felices. Sé que él está dispuesto y esta vez no voy a ser yo quien lo estropee sin haberlo intentado antes. Y tenemos mucho tiempo por delante.

Ya me da igual lo que pueda pensar la gente, lo que puedan decir en el trabajo. Es mi vida y quiero ser feliz. Creo que me lo merezco. He quedado con Inma en media hora en la oficina porque necesito contárselo. No sé si lo nuestro irá a alguna parte o no, pero por lo menos esta ilusión que siento ahora necesito hacerla real. Y sobre todo necesito que Paco vea que no me escondo, que no me

avergüenzo de iniciar lo que sea con él, sino todo lo contrario.

Ayer llamé a María para decírselo. Sabía que se iba a alegrar. Sé que Paco le gustó desde el primer día en que lo vio en el pabellón. Ella quiere que sea feliz. Y después de que le contase lo que había pasado con Sebas, estaba algo preocupada porque realmente pensaba que no iba a ser capaz de cerrar esa puerta. Pero ahora está sellada: él es mi pasado y Paco mi presente. ¿Y mi futuro? A saber..., pero en estos momentos deseo que Paco lo sea.

12:30 p. m. Inma me escruta en silencio. Se la nota intrigada. Creo que puse demasiado énfasis por teléfono cuando hablé con ella diciéndole que teníamos que quedar para tomar un café, que tenía novedades que contarle. La verdad es que no sé cómo empezar, pero necesito que ella lo sepa. Es la forma de derribar la barrera que me pongo entre Paco y yo con el tema «trabajo». Si Inma lo sabe es como si le restase importancia a que seamos compañeros.

—Venga, ¡suéltalo!, que me tienes en ascuas —dice mientras coge la taza de café que reposa en la mesa.

—A ver cómo lo digo... —empiezo—. No sé si es una buena idea o no, pero voy a intentarlo con Paco y quería que tú lo supieses —suelto, finalmente, sintiendo un gran alivio en mi interior.

—¡Sara! ¿En serio? No te imaginas cuánto me alegro. Por ti, por él... Por los dos —contesta con una sonrisa que le llena la cara.

—No sé, Inma. Me da un poco de miedo cometer un error y que luego las cosas se compliquen. Es lo que me frenaba al principio. Pero la verdad es que quiero intentarlo con él. Me gusta mucho —confieso, aunque no le menciono nada acerca de que Sebas también era uno de los motivos que me había frenado anteriormente.

—Sara, nadie sabe lo que va a pasar en un futuro. No puedes vivir pensando en lo que será o no. Disfruta el presente. Tú más que nadie lo sabes después de todo lo vivido. Vive este momento y sé feliz. Me encanta Paco para ti. Y a él se le nota que está muy ilusionado contigo.

Justo en ese momento un aroma conocido invade todo el aire que me rodea y veo como Inma me guiña un ojo.

—Bueno, será mejor que vaya subiendo a la oficina, que tengo que enviar unos contratos. Pero te dejo en buena compañía... ¿Qué tal estás, Paco? —dice con una amplia sonrisa dirigiéndose a la persona que acaba de colocarse justo detrás de mí.

Es oír su nombre y que todo mi sistema nervioso se ponga en alerta. Paco está

aquí, justo detrás de mí. Me giro y veo como me observa con una enorme sonrisa. ¡Tenía tantas ganas de verlo...! No puedo evitarlo: me levanto, me acerco a él y sello sus labios con un beso. Veo como Inma sonrío. Y Paco también.

2:00 p. m. No podíamos esperar más. Necesitábamos sentirnos. Mi piel necesitaba el contacto de su piel. Y viceversa. Hoy los niños están con Javier, por lo que decidimos venir a su casa. Y no a comer, precisamente. Me miro en el espejo del baño de Paco. No me puedo creer que esté aquí de nuevo. Me siento nerviosa por lo que sé que va a suceder ahora entre nosotros. Parezco una adolescente que se va a meter mano con su novio por primera vez. Pero tengo que reconocer que esta sensación me encanta. Da igual la edad que tengas que, en asuntos del corazón, la sensación de nerviosismo y éxtasis que experimenta tu cuerpo cuando los sentimientos se desbordan es lo más bonito que se puede sentir.

Al entrar en la habitación lo veo de pie junto a la ventana. Se gira y se acerca a mí, quitándose la camisa. Observo como sus dedos van desabrochando los botones uno a uno. No quiero perderme nada de este momento. Quiero que todas estas imágenes queden grabadas en mi mente, así como que cada una de las sensaciones que ellas provocan queden grabadas a fuego en mi piel.

Paco no quita sus ojos de los míos. Esos ojos que reflejan tan bien el deseo que nos devora por dentro desde la primera vez que nos vimos. Nuestras respiraciones agitadas lo corroboran.

—¿Sabes cuánto tiempo he deseado que llegase este momento? —susurra mientras sus manos se apoyan en mi cadera, acercándose a su torso desnudo.

Mis manos se enlazan en su cuello, atrayéndolo hacia mí. Necesito saborearlo, apoyar mi boca en la suya, morder esos labios que me vuelven loca.

—No te imaginas lo que lo he echado de menos —respondo, besándolo con pasión.

Paco responde a mi beso. Noto como sus manos se deslizan con suavidad por mi espalda y no puedo evitar suspirar contra su boca. Separo los labios con la necesidad de sentir su lengua en mi interior y que se funda con la mía en una sola. ¡Adoro su sabor!

Me levanta los brazos y me quita el vestido. Siento como sus manos ascienden hasta mis pechos, los cuales acaricia por encima del sujetador. Me encanta la suavidad con la que me toca y los escalofríos que recorren mi piel al sentirlo.

Nuestra piel echa fuego. Cierro los ojos intentado guardar para siempre este

momento en mi interior.

Solo cuando notamos que el aire comienza a faltar nos separamos. Pero son unos instantes, para tomar más y empezar a devorarnos de nuevo con pasión. Me iza de forma que mis piernas se enredan en su cintura y me conduce hasta su cama. Yo me aferro a él, ansiosa de que no se separe y continúe besándome sin parar. Sus manos acarician cada palmo de mi piel, arrancándome mil y un gemidos.

Suavemente se introduce en mi interior y un huracán de placer me eleva al cielo y vuelo. Vuelo hacia el orgasmo más increíble que recuerdo. Mi cuerpo se rinde y vibra junto al suyo. Al unísono. Y entonces lo miro. Y en sus preciosos ojos verdes puedo ver las palabras que yo quiero decirle, pero que mi boca no pronuncia. A veces una mirada dice mucho más.

Al terminar, me quedo abrazada a él. No quiero que este instante termine. Ya tengo un nuevo propósito para mi lista. Me da igual no haber sido capaz de cumplir lo otros. Pero este me lo voy a tomar muy en serio:

Propósito 6: Dejarme llevar con Paco y ser feliz. Aunque el fijar este no implica que no intente retomar alguno de los anteriores. Además, estoy segura de que alguno de ellos, al estar con Paco, vendrá rodado. Siempre que empiezas una relación con ilusión, el buen humor hace que te esfuerces más en hacer que los demás aspectos de tu vida mejoren. Estoy segura de que, junto a él, conseguirlos será más sencillo.

Lo miro de nuevo, acurrucado a mi lado, y no puedo evitar sonreír. Me siento tan bien...

Sus dedos recorren mi brazo lentamente mientras sus ojos me miran con dulzura. ¿Acaso no es esto lo que tanto ansiaba, poder sentirme así de bien junto a alguien, sin miedos, sin rencores, sin celos...? Mi corazón palpita con fuerza dentro de mi pecho.

—Paco..., hay algunas cosas que quiero contarte —susurro sin dejar de mirarlo a los ojos. Necesito sacar todo lo que llevo dentro. No quiero que nada pueda estropear esto.

—Estás preciosa —murmura acariciando mi pelo alborotado—. No te preocupes, Sara. Tenemos mucho tiempo para hablar. Disfrutemos de este momento ahora.

Se incorpora en la cama y se coloca sobre mí de nuevo, de forma que puedo notar su erección. Su boca se posa de nuevo en la mía y su lengua se desliza en mi interior. Mientras me penetra de nuevo pienso en que no puede ser tan perfecto. Es mejor de lo que nunca hubiese imaginado. Necesito que esto funcione, que dure.

Nos dejamos llevar, extasiados, por un maravilloso vaivén de placer. Abrazados, gimiendo, sudando... Intentando recuperar el tiempo perdido y aprovechando cada segundo como si pudiese ser el último.

Paco tiene razón. Tenemos mucho tiempo para hablar. Tenemos mucho tiempo para confesarnos y conocernos a fondo.

Quién sabe..., a lo mejor toda una vida.



Sábado, 26 mayo

8:00a. m. Me despierto. Es muy temprano para ser sábado y más teniendo en cuenta todo el ejercicio que hicimos ayer Paco y yo. La verdad es que odio las rupturas, pero tengo que reconocer que las reconciliaciones son lo mejor del mundo. Giro los ojos y veo que Paco aún está dormido, por lo que decido levantarme y preparar el desayuno.

Mientras revuelvo en su cocina intentando encontrar todo lo que necesito, me doy cuenta de que no puedo dejar de sonreír. Es cierto que mi vida me llena y que sin Paco lo tengo todo para ser feliz. Pero tengo que reconocer que lo que me hace sentir cuando me mira, me toca, me abraza, me gusta mucho. Me hace tener una nueva ilusión. Creer de nuevo en que es posible que a lo mejor sea verdad que existe esa persona que me complementa y con la que pueda planear un futuro juntos.

Las sensaciones que he tenido al volver a dormir con él, sentir su cuerpo pegado al mío y despertarme a su lado son indescriptibles. La verdad es que cada minuto que paso con él hace que tenga ganas de algo más. No sé exactamente el qué, pero sí de tenerlo en mi vida e intentar que estos momentos tan maravillosos que vivimos juntos sean los máximos posibles.

Creo que ni cuando empecé con Sebas sentí una ilusión como la que siento ahora. Puede ser porque, a pesar de estar colgadísima por él y quererlo con locura, siempre hubo algo que me indicaba que se acabaría estropeando. El empezar con él después de mi divorcio pudo ser uno de los motivos. Quizás fue demasiado precipitado y yo no estaba preparada. Y no conseguir fiarme al 100 %

de él, pudo ser otro de ellos. Siempre, en nuestra relación, planeaba alguna duda, la desconfianza. Y después de la primera crisis, ya nada volvió a ser lo mismo.

Pero ahora con Paco es distinto. Aún me faltan por saber muchas cosas de su vida y yo todavía tengo que contarle muchas de la mía. Necesito tener «la conversación» lo antes posible con él. Pensaba que ayer era el momento perfecto, pero llevábamos tanto tiempo sin sentirnos que no quisimos perder ni un minuto en hablar. Como dijo Paco, tenemos mucho tiempo por delante.

—Buenos días. —Escucho decir a Paco a mi espalda.

Me giro y lo observo. No lleva camiseta y no puedo evitar fijarme en ese torso que me vuelve loca. ¡Sara, las tostadas, que se queman!

—Buenos días, dormilón —contesto mientras consigo rápidamente apagar la tostadora y evitar un estropicio.

—¿Intentabas sorprenderme con tus habilidades culinarias? —pregunta con esa sonrisa pícara que provoca que lo único que me apetezca en estos momentos sea tumbarlo encima de la isla que hace de mesa y comérmelo a él de desayuno.

—Aún hay muchas facetas mías que desconoces... Poco a poco las irás descubriendo. Aunque ya te adelanto que la cocina no es una de las mejores —le contesto y, al girarme, observo como sus ojos recorren todo mi cuerpo con descaro. Solo llevo puesta una camiseta suya que encontré apoyada en una silla en su habitación y, teniendo en cuenta que no es excesivamente larga, puede recrearse en todas mis imperfecciones, lo que hace que involuntariamente mis manos tiren de ella hacia abajo y me sonroje.

—No te tapes, Sara. No quiero perder un segundo más de disfrutar de ti —susurra mientras se levanta y se acerca a mí. Siento como sus manos se deslizan por debajo de la camiseta llegando hasta mis pechos. Un escalofrío empieza a recorrer todo mi cuerpo e intento contener un suspiro irrefrenable. El deseo se apodera de mí. Estoy a punto de derramar el vaso de zumo que tengo en la mano.

—Paco...

10:30 a. m. Ha sido el mejor desayuno de mi vida. Creo que no hay ninguna escena en ninguna película que supere lo vivido esta mañana en la cocina de Paco. Después de comernos enteros el uno al otro, de miles de besos desenfrenados y caricias apasionadas, decidimos darnos una ducha y bajar a dar un paseo. Hace un día espectacular y en breve tendré que ir a recoger a los niños, ya que mañana es la comunión y quiero dedicar toda la tarde a comprobar que no me he olvidado de nada y, sobre todo, a que Santi descanse para que disfrute a tope su gran día.

Es increíble la cantidad de gente que hay paseando un sábado por el centro de la ciudad. La costumbre de ir, por comodidad, a los centros comerciales a comprar hace que te olvides de lo bonitas que son las pequeñas tiendas de siempre. Es una pena que muchas de ellas estén cerrando porque no pueden competir con las grandes superficies. Mientras camino entre ellas agarrada de la mano de Paco pienso que debería cambiar mi rutina y empezar a comprar más en ellas. Nos paramos en el escaparate de una preciosa tienda de dulces que no conocía, en el que hay unas increíbles galletas en forma de niño de comunión. ¡Me encantan!

—¿Sara? —Escucho cuando me dispongo a entrar, aún agarrada de la mano de Paco.

Me cuesta girarme, porque reconozco la voz al instante. Sebas. Yo y la ley de Murphy. Hay cosas que no cambian.

—Hola, Sebas —respondo y, sin poder evitarlo, mi mano toma vida propia y se suelta de la mano de Paco. El ambiente se vuelve tenso y muy incómodo. Puedo ver la interrogación en la cara de Paco y la sorpresa en la de Sebas. Y notar el silencio incómodo que nos envuelve a los tres. Ya sabía yo que hubiese sido bueno tener ayer la conversación pendiente con Paco para evitar esta situación, pero está claro que lo último que podía pensar era que, por culpa de las malditas casualidades del destino, nos fuésemos a encontrar aquí y ahora.

—Hola, soy Paco —dice, alargando la mano hacia Sebas, en un intento de romper el tenso ambiente que nos rodea, sobre todo después de darse cuenta de que me he quedado muda.

Sebas se la aprieta sin separar los ojos de mí. Y yo no puedo mirarlo. Noto que me empieza a faltar el aire. Quiero salir de aquí. Volver a la cocina de Paco y que este encuentro no se haya producido.

—Sebas, lo siento, tenemos prisa. Me alegro de verte. —Son las palabras que consigo articular esperando que esta situación se termine ya.

—Igualmente, Sara. —Puedo notar la dureza de su penetrante mirada—. Por cierto, creo que el otro día te dejaste unos pendientes en mi casa...

11:00 p. m. Aún sigo sin poder creerme que Sebas me hiciese eso. ¡Cómo pudo soltar esa mentira delante de Paco! Después de mirarlo con cara de incredulidad y conseguir indicar que debía de ser un error, porque yo no me había dejado ningunos pendientes en su casa, tuvo el santo morro de decir que entonces serían de Amanda, como quitándole hierro al asunto. Pero el mal ya estaba hecho. A continuación, se despidió de Paco y de mí con una sonrisa de

satisfacción, contento de haber conseguido romper el momento mágico que nos envolvía cuando nos encontró.

Paco no dijo nada al respecto. Ni entonces ni durante la hora que pasamos juntos después. Debí hablar con él y explicárselo todo, pero me quedé demasiado en *shock* como para reaccionar, y la verdad es que él tampoco hizo ninguna pregunta. Pero en su mirada y en su despedida noté tristeza y decepción.

Sé que no he hecho nada malo. No estábamos juntos cuando lo de Sebas pasó, pero creo que él esperaba que en el tiempo que estuvimos separados hubiese pensado solo en él y no me hubiese ido a los brazos de otro. Espero que cuando se lo explique lo entienda. Que se dé cuenta de que gracias a lo sucedido entre Sebas y yo me he dado cuenta de que realmente con quien quiero estar es con él y que deseo que lo nuestro funcione. Que era lo único que me frenaba para estar con él, el no haber cerrado esa historia. Pero que ahora ya lo había hecho y no podría separarnos más.

Por favor, tiene que creerme. Después del increíble despertar de esta mañana y de nuestra velada de ayer, ahora que las cosas empezaban a funcionar, ahora que realmente me iba a dejar llevar, no se puede haber estropeado todo así, de repente. Sin más.

Quiero a Paco en mi vida. Necesito que el último propósito de mi lista se cumpla. Pienso hacer todo lo posible para intentarlo. Solo espero que Paco también esté dispuesto a hacerlo.

Siempre pensé que esta década sería mucho más sencilla. Que tendría ya una vida estable y que estas situaciones amorosas no se darían ya. Dicen que los cuarenta son los nuevos treinta, pero parecen más bien los nuevos veinte. Desde luego para mí no está siendo fácil.

Mañana es la comunión de Santi. Necesito descansar. Pero antes necesito mandarle un mensaje a Paco:

*Sé que tengo que explicarte muchas cosas.
Espero, como me dijiste el otro día, que tengamos mucho tiempo para
hablar y que confíes en mí. Te aseguro que ya sé lo que quiero, y es estar
contigo. Que descanses ♥♥♥*

Durante quince minutos me quedo con el teléfono en la mano sin apartar la vista del chat, esperando su respuesta. Pero esta no llega. Seguro que está

durmiendo ya. Seguro que mañana, al despertar, tendré un mensaje suyo. Mejor apago el teléfono e intento dormir. Al despertar me daré cuenta de que ha sido una tontería y que Paco lo entenderá. Porque si no es así no habré cumplido ninguno de mis propósitos y entonces la lista se resumiría solo a uno: recuperarlo.

Agradecimientos

Los agradecimientos son, para mí, una de las partes más complicadas a la hora de escribir, dado que no querría que se me olvidase nadie. Esta novela la empecé hace unos dos años. De hecho, a pesar de ser la segunda obra que publico, fue la primera que empecé a escribir.

Esta historia que acabáis de leer surgió cuando pasé a formar parte de ese club tan selecto de «los cuarentañeros y las cuarentañeras». La verdad es que cuando más se acercaba ese quince de marzo en el que entraría en esta temida década más ganas tenía de hacer algo que marcase ese día para siempre. Había vivido en mis hermanas y en otros amigos, compañeros de trabajo, conocidos... lo que significaba cumplir cuarenta. Algunas personas lo llevaron mejor que otras, pero lo que sí está claro es que la entrada en esta década no deja indiferente a nadie.

Es por ello por lo que mis primeros agradecimientos son para todos ellos. Para esos grandes ejemplos de que la edad no es nada más que un número. Que, como decía mi abuela, la edad solo está en la mente. Si te sientes joven, serás joven eternamente.

En segundo lugar, quiero darle las gracias a mi familia: a mis padres, por ser mi gran apoyo y el mejor ejemplo de lo indicado en el párrafo anterior. A mis hermanas, por ser las cuarentañeras más guapas y joviales que conozco. A mis hijos, por ser el motor que me impulsa a no ponerme límites en nada y mi mejor obra.

Gracias a Nerea, de Imagina Designs, por la maravillosa portada que ha hecho para este primer libro de la serie. ¡Me encanta!

Gracias a la editorial Rubric, por su profesionalidad y por ser la segunda vez que me acompañan en esta aventura.

Y, por último, quiero darles las gracias a todos mis lectores. Sin vosotros esto no sería posible. Gracias por vuestras maravillosas reseñas y comentarios que me animan cada día a seguir con este sueño. Espero que Sara os enganche y os haga sentir. Este es el inicio de la aventura de su vida. Solo deseo que nos acompañéis a las dos y nos ayudéis a construir su futuro.

Gracias a todos. De corazón.

Table of Contents

[Martes, 13 de febrero](#)
[Miércoles, 14 de febrero](#)
[Jueves, 15 de febrero](#)
[Viernes, 16 de febrero](#)
[Sábado, 17 de febrero](#)
[Domingo, 18 de febrero](#)
[Miércoles, 21 de febrero](#)
[Jueves, 22 de febrero](#)
[Viernes, 23 de febrero](#)
[Martes, 27 de febrero](#)
[Jueves, 1 de marzo](#)
[Domingo, 4 de marzo](#)
[Martes, 6 de marzo](#)
[Jueves, 8 de marzo](#)
[Viernes, 9 de marzo](#)
[Sábado, 10 de marzo](#)
[Domingo, 11 de marzo](#)
[Miércoles, 14 de marzo](#)
[Jueves, 15 de marzo](#)
[Viernes, 16 de marzo](#)
[Domingo, 18 de marzo](#)
[lunes, 19 DE MARZO](#)
[Miércoles, 21 de marzo](#)
[Jueves, 22 de marzo](#)
[Martes, 27 de marzo](#)
[Miércoles, 28 de marzo](#)
[Viernes, 30 de marzo](#)
[Sábado, 31 de marzo](#)
[Lunes, 2 abril](#)
[Miércoles, 4 de abril](#)
[Domingo, 8 de abril](#)
[Lunes, 9 de abril](#)
[Martes, 10 de abril](#)
[Miércoles, 11 de abril](#)
[Sábado, 14 abril](#)

Domingo, 15 de abril

Martes, 17 de abril

Viernes, 20 de abril

Sábado, 28 de abril

Domingo, 29 de abril

Lunes, 30 de abril

Martes, 1 de mayo

Viernes, 4 de mayo

Domingo, 6 de mayo

Martes, 8 de mayo

Miércoles, 9 de mayo

Viernes, 11 de mayo

Sábado, 12 de mayo

Lunes, 14 de mayo

Domingo, 20 de mayo